



HUELVA,

LA ORILLA DE LAS TRES CARABELAS

HUELVA,
LA ORILLA DE LAS TRES CARABELAS

Relatos de viajeros de habla inglesa
Siglos XIX y XX



María Antonia López-Burgos

HUELVA,
LA ORILLA DE LAS TRES CARABELAS

Relatos de viajeros de habla inglesa
Siglos XIX y XX



© de la presente edición: Consejería de Turismo, Comercio y Deporte. Junta de Andalucía
© Estudio preliminar, selección de textos y traducción: María Antonia López-Burgos del Barrio
© de Ilustraciones y acuarelas: María Antonia López-Burgos del Barrio
Diseño y producción editorial: Signatura Ediciones de Andalucía, S.L.

Depósito Legal: SE-4465-09

ISBN: 978-84-89225-67-1

Núm. Registro: JATUCODE 2009/009

Impreso en España

A Pura Olivares Olivares y a Lourdes Sánchez Estévez,
dos granadinas que hicieron de Huelva su hogar.

In memoriam

ÍNDICE

ÍNDICE

Prólogo de Manuel Moya	13
Estudio Preliminar de María Antonia López-Burgos del Barrio	19
Autores del siglo XIX	
RICHARD FORD (1830-1833)	33
Ruta V. De Sanlúcar a Ayamonte	35
Ruta VI. Sanlúcar a Portugal	41
Ruta VII. De Sevilla a Río Tinto	43
ROBERT DUNDAS MURRAY (1846-1847)	47
Rumbo a Huelva.	49
Escacena y Niebla.	60
Valle del Río Tinto	65
Palos y el Convento de La Rábida.	71
Fuga de prisioneros en Moguer.	77
Zalamea la Real, Beas y Valverde del Camino	79
Río Tinto	86
Planes	90
La posada de Campofrío.	92
Aracena.	96
La Corte y Cala	103
H. WILLIS BAXLEY (1875)	105
Santa María de La Rábida.	107
W.R. LAWSON (1890)	109
Huelva	111
Rábida	115



Historia de las Minas de Río Tinto	119
Río Tinto bajo los suecos	123
El Río Tinto anglo-alemán	131
AUTORES DEL SIGLO XX	
ALBERT F. CALVERT (1903)	137
Breve reseña de la minería en España	139
Las minas de Río Tinto.	141
ABEL CHAPMAN Y WALTER J. BUCK (1910)	145
El Coto de Doñana.	147
Nuestra Señora del Rocío	151
THOMAS EWING MOORE (1927)	157
Excursión a Aracena	159
De Sevilla a Huelva.	163
HALLIDAY SUTHERLAND (1933).	169
Huelva	171
Señoritas.	175
Sangre y Arena	187
El Intento.	195
Un Castillo en el aire	204
HALLIDAY SUTHERLAND (1948).	211
La tierra de la luna	213
ROSE MACAULAY (1949)	239
Huelva	241
SACHEVERELL SITWELL (1950).	243
La Romería del Rocío	245
CEDRIC SALTER (1953)	247
El Rocío	249



HENRY VOLLAN MORTON (1955)	251
El río Tinto.....	253
La Rábida.....	254
Niebla.....	258
TRACY HONOR (1957)	261
Un intento fallido.....	263
Punta Umbría.....	264
La Rábida.....	265
Huelva	269
A Aracena en autobús.....	272
Santuario de la Virgen de los Ángeles	273
El Hotel Serpes de Aracena	276
La Gruta de las Maravillas.....	277
El Castillo de Aracena.....	279
Lavaderos públicos en Aracena	282
GORDON COOPER (1958)	287
Huelva	289
BIBLIOGRAFÍA FUENTES PRIMARIAS.....	291
BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....	293
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA	294



PRÓLOGO

LA MIRADA Y LO MIRADO

El primer conflicto al que me hube de enfrentar cuando comencé a leer las presentes anotaciones viajeras de escritores anglófonos sobre las tierras y las gentes onubenses, fue el de extrañeza, es decir, el de no reconocermé exacta y fielmente en esos relatos. También yo me sentía un “extranjero” en estas relaciones etno-geográficas y eso me producía una curiosa desazón intelectual. Ciertamente, las experiencias y percepciones de estos turistas pioneros no se correspondían mucho con las que yo había experimentado en los mismos lugares y ante las mismas gentes, pero acaso esto se debiera –trataba de explicarme a mí mismo–, a que ellos viajaron y relataron una época anterior a la que yo había vivido y, por tanto, sus referentes visuales y sociales debían ser a la fuerza distintos a los míos, pero no acababa de convencerme tal explicación, así que cavilando más sobre el asunto fui llegando a la conclusión de que, si bien no debía perder la incuestionable referencia temporal, en sus relatos había algo más y, ese algo más se me presentó en forma de “mirada”.

Porque, la realidad, el concepto en el que podamos encajar cualquier realidad que nos es “extraña”, depende, como mínimo, de dos factores distintos y en cierto sentido opuestos: la mirada y lo mirado. Así como el agua toma la forma del vaso que lo contiene, lo mirado está condicionado por la mirada de quien se coloca frente al objeto. Ya el filósofo ilustrado Étienne Bonnot de Condillac nos advertía en *El tratado de las sensaciones* (1754) que “*por más alto que subamos o más bajo que caigamos, nunca saldremos de nuestras propias sensaciones*”. Más tarde, el aristócrata y diplomático ruso Jean Potocki, precursor de los viajeros románticos europeos por Andalucía, autor de los libros *Viaje a Turquía y Egipto* (1788) y, en lo que nos ocupa, *Un manuscrito hallado en Zaragoza* (1815), a quien debemos esa visión liminar y exótica de nuestra tierra que luego fue seguida y hasta perseguida por viajeros de la talla de W. Irving o Richard Ford, nos



llamaba la atención sobre este trascendental asunto: “*desgraciadamente, los viajeros no disponen para su observación más que de los anteojos que han traído de su país y ni siquiera tienen la precaución de hacerse tallar los cristales en el país al que van*”¹. De modo que ya a principios del siglo XIX, cuando los europeos del Norte, desde la luz que otorga la razón, comienzan a sentir una creciente curiosidad por los pueblos y paisajes del Sur (Oriente, Egipto, Marruecos, Italia o España), algunos viajeros empiezan a advertirnos sobre el hiato que se establece entre la mirada y lo mirado, entre el sujeto y el objeto de la mirada. Pessoa, un hombre que una vez regresado del exilio surafricano, se negaba a abandonar Lisboa, da en el clavo cuando afirma en su monumental *Libro del desasosiego*: “*Nunca desembarcaremos de nosotros mismos. [...] Quien ha cruzado todos los mares sólo ha cruzado la monotonía de sí mismo*”.

Lo que pretendo insinuar es que la Huelva pintada y retratada por los viajeros de habla inglesa del XIX y del XX recogidos por María Antonia López-Burgos tiene algo de caricatura, cuando no de cierta y acaso no tan inconsciente impostura. No pretendo insinuar con ello que lo que vean los presentes viajeros deje de tener validez descriptiva, sino que lo que ven ya está previamente manipulado por su mirada. La cuestión no sólo es evidente en cómo nos miran, sino en los puntos donde casi de una reiterativa manera focalizan su mirada. Al etnocentrismo cultural, evidente en muchas de sus catalogaciones, añaden un interés pertinaz por los lugares “colonizados” cultural y económicamente, y donde ya existe una cierta presencia de carácter anglófono.

Lugares como Palos y La Rábida, tan significativos en el imaginario histórico americano concentran un interés de especial significación: si por un lado, todos los viajeros contraponen el genial sueño colombino de Colón a la evidente miopía de la

1 Tomado del libro *Antropología de los géneros en Andalucía (De viajeros, antropólogos y sexualidad)*, de Carmen Moreno Mozo y Fernando Tena Díaz (Ed. Mergablum, Sevilla 2003). En este interesante libro se analiza de manera crítica y exhaustiva la mirada y los imaginarios que los viajeros románticos europeos del siglo XIX proyectaron sobre Andalucía, haciendo especial hincapié sobre los aspectos de género.



corona española, por otro, se manifiesta una singular jactancia en la descripción de decrepitud y ruina en el que se halla un enclave tan emblemático como La Rábida, especialmente en Ford, al que seguirán casi sin matices los demás viajeros. Por otra parte, tanto Río Tinto como Huelva, donde no sólo existen intereses ingleses, sino que históricamente han formado parte de esa plataforma de semi-colonización británica en Andalucía (Gibraltar, Jerez, Río Tinto, Huelva), no son sólo reiteradamente descritos, sino que aparecen presentados como islotes de civilización frente a la barbarie circundante; consulados de progreso y refinamiento, frente a la falta de higiene y a las bárbaras y sangrientas costumbres heredadas sin duda de nuestro pasado árabe, del que la ruinoso y medieval Niebla se convierte en el referente más obvio; bastiones de una cierta regeneración social y económica, frente al anquilosamiento y la decrepitud de un pueblo instalado en la irracionalidad, el desgobierno, la inepticia y la apatía.

En definitiva, lo que los viajeros subrayan en sus descripciones, es razón frente a caos, urbanidad frente a ruralidad, modernidad frente a primitivismo, liberalismo frente a superstición. No es que dudemos de la sinceridad de Ford cuando tan a menudo hace referencia a las ruinas o a la falta de salubridad que va encontrando en todas partes, lo que dudamos es del lugar donde centra su foco. Él, como todos sus sucesores, se interesan más por lo que de distinto y pintoresco tiene la España que visitan, que por la objetividad o neutralidad de sus relatos. Esto, que pareciera concernir sólo a la etnografía y a la tipología psicológica de los personajes con los que se encuentran, es singularmente sintomático cuando se atienen a la descripción del paisaje, al que en la mayoría de sus relaciones se obstinan en calificar como abrupto y desértico, cuando la realidad objetiva desmiente esa mirada. El suyo parece un paisaje impostado, traído al pelo.

Pero las relaciones que esta nómina de autores nos ofrecen no sólo serán escritas por personas convencidas de su propia superioridad moral, sino que están dirigidas a un público británico, civilizado y burgués que espera justamente ese diagnóstico. Es como si cada uno de los autores tratara de plegarse a un imaginario previo, es decir, a lo que sus



propios compatriotas esperan que ellos les narren. De ahí el cierto sentido reiterativo y endogámico de esta literatura que parece nutrirse de sus propias referencias. La cuestión no carece de interés porque durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, los llamados países civilizados están insertos en un proceso colonial centrado en buscar materias primas que alimenten su pujante tejido industrial; al mismo tiempo esa sociedad industrial trata de enmascarar su afán colonial desde una evidente coartada civilizadora. Riqueza por buenas costumbres, he aquí la cuestión. No de otra naturaleza debemos considerar las pretéritas relaciones españolas sobre los territorios de ultramar, en plena expansión americana o filipina o la literatura surgida de las más recientes experiencias colonizadoras en el Norte de África. Si sumamos a todo esto el que las descripciones están dirigidas a un público pudiente y evasivo, que prefiere observar desde la distancia el exotismo y el contraste, eludiendo en lo posible las contradicciones del colonialismo, como por caso la conflictividad social, el resultado no puede ser otro que estos relatos, que, reitero, hablan más de la mirada que de lo mirado. Por todo ello, y a modo de ejemplo, a pesar de la descripción minuciosa de la riqueza que producen las minas y el puerto, excluyen toda referencia a los arduos conflictos sociales y laborales que la explotación y comercialización de los recursos mineros conlleva.

Dicho todo esto, el interés de las relaciones de los viajeros centroeuropeos, ingleses y norteamericanos de los siglos XIX y XX es evidente. Su mirada no sólo ha azuzado, sino también agrandado la manera de observar e interpretar nuestra propia realidad. Es indudable que su mirada fría y distante sirvió para que adquiriésemos una visión crítica de nuestro propio carácter y de nuestro devenir en la historia. Y, sin duda, ha sido este carácter crítico el que nos ha permitido avanzar hasta lo que hoy somos. La pregunta que me hago a día de hoy es si queda algo de estos equívocos y estereotipos en el imaginario anglófono, o hasta qué punto la visión decimonónica y orientalizante de España y en particular de Andalucía, sigue condicionando la percepción exterior e incluso interior de España ¿Cómo nos ven ahora los viajeros del Norte? ¿cómo nos vemos nosotros? Es



posible que gracias a los cambios políticos, sociales y económicos experimentados por el país en las últimas décadas, esa mirada se halle en un punto de inflexión, pero también es posible que flecos de esos imaginarios nos persigan todavía durante algún tiempo. Sea como fuere, estos textos tienen ya para nosotros un incuestionable valor literario.

Manuel Moya

Fuenteheridos, 30 de junio de 2009



ESTUDIO PRELIMINAR

Para lectores iniciados en el fascinante género literario de viajes, decir que España ha sido el país del que más se escribió durante la segunda mitad del siglo XVIII, a lo largo de los siglos XIX y XX y uno de los que más se sigue escribiendo en la actualidad es obvio y de todos conocido. Pero para el lector profano en la materia que se acerca por primera vez a una antología de textos de viajeros por España debemos enmarcar el tema ofreciendo unas brevísimas pinceladas introductorias.

El impulso por viajar, ya fuese por necesidad o simplemente para satisfacer la curiosidad, ha sido una constante del ser humano a lo largo de la historia aunque no será hasta mediados del siglo XVII y sobre todo durante el siglo XVIII cuando se empieza a hacer cada vez más general la idea de que se puede viajar sólo por placer, y es entonces cuando España, país que había permanecido al margen de las rutas culturales europeas, comienza a ejercer una poderosa atracción entre los viajeros procedentes del Reino Unido quienes, cansados de las comodidades y de los caminos trillados de los países que tradicionalmente se incluían en lo que se dió en denominar el *Grand Tour*¹ ven en la Península Ibérica una tierra por descubrir.

Son cientos los viajeros que desde mediados del siglo XVIII y sobre todo durante el siglo XIX, recorren España, cuadernillo en mano, unos dibujando, otros escribiendo sus diarios, libros de bitácora coloristas y amenos, dejando constancia de haber realizado el viaje, pero ya fuese con el carboncillo, el pincel o la palabra escrita, a todos les mueve el ánimo de llegar a lo más profundo del alma de esta tierra indómita y describir un país que, aunque atrasado con respecto a algunos países de Europa, les ofrece el orientalismo y el pintoresquismo que podían desear y que por encima de todo era un país que consideran “diferente”.

1 Los británicos fueron los creadores de lo que luego se llamó el Grand Tour, es decir, el viaje que realizaban por centro Europa los hijos de las familias nobles, una vez finalizados sus estudios. Lo que en el siglo XVII había sido un viaje minoritario, con el paso de los años se convirtió en un recorrido turístico que la moda extendió a los hijos de familias acomodadas y que solía incluir Los Países Bajos, algunos principados alemanes, Francia, Suiza e Italia. En este recorrido había dos ciudades clave: París y Roma. Para saber más del Grand Tour ver: FREIXA, C. *Los Ingleses y el arte de viajar*. Barcelona, 1993.



Viajaron por España infinidad de extranjeros sobre todo centroeuropeos, pero fueron sin embargo los que llegaron desde las Islas Británicas y un tanto en menor grado los norteamericanos, los que han dejado una producción literaria más amplia y continuada a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX.

Peter Besas afirma en la introducción a su obra *The Written Road to Spain*² «Los estantes de muchas bibliotecas y librerías crujen bajo el peso de libros de viaje y guías sobre España. Y cada año el número se va incrementando», aunque esto no es nuevo, durante la estancia de H. Willis Baxley en España entre los años 1871 y 1874, su amigo George H. Williams, *Earl of Baltimore* le escribió en estos términos³: «mira y anota tanto como te sea posible de ese país, para tus amigos que no podemos estar contigo [...] sobre todo, observa y describe todo lo que te sea posible de Granada. Cuanto más mejor del estado pasado y presente de ese palacio árabe cuya historia ha sido tan rica en acontecimientos». Incluso Samuel Manning, autor de *Spanish Pictures*⁴ dice en 1870: «Residentes y turistas en España, están comenzando a quejarse de la invasión de hordas del norte. Ahora nos podemos encontrar con numerosos viajeros ingleses y norteamericanos, no sólo en lugares tales como Granada y Sevilla, sino en Segovia, Ronda o Ávila y los libros de viajes por España se han multiplicado en proporción. Unos años más tarde fue Horatio H. Hammick⁵, administrador de las fincas españolas del Duque de Wellington quien nos dice: «No hay país sobre el que se escriban anualmente más libros que España».

Si tenemos en cuenta las dotes de observación que enriquecen el temperamento anglosajón, no es de extrañar que se dedicasen a *observar* y describir países extranjeros.

Durante el siglo XIX y primeras décadas del XX, España ofrecía al viajero todo lo que podía soñar y era en Andalucía donde buscaban y encontraban las raíces románticas, se enaltece todo lo oriental, el mundo árabe, sus vestigios, sus restos arquitectónicos y su

2 BESAS, P. *The Written Road to Spain* Madrid, 1988, pág. 13.

3 BAXLEY, H. W. *Spain, Art Remains and Art Realities* London, Longmans, Green and Co. 1875.

4 MANNING, S. *Spanish Pictures drawn with Pen and Pencil* London, The Religious Track Society, 1870.

5 HAMMICK, H. *The Duke of Wellington Spanish's State* London, Spottishwoode, 1885.



cultura adquieren un espacio predominante en sus diarios y cuadernos de dibujo que una vez de vuelta en sus países de origen publicaron convirtiéndose este género literario en un gran negocio editorial. Muchos publicaron sus *experiencias de viaje* movidos por un afán de ayudar a futuros viajeros a salvar todos y cada uno de los inconvenientes y dificultades por los que ellos habían pasado y que habían superado de forma heroica, apareciendo un gran número de libros con formato de guía en los que con tratamiento más o menos literario se daban itinerarios y distancias, los lugares dignos de mención, medios de transporte que incluían hasta los nombres de las mulas que tiraban de esta u otra diligencia, los ingredientes y precios de las comidas, consejos para evitar ser extorsionado en ventas y posadas, si eran ruidosas o no las habitaciones de fondas o casas de pupilos, etc. Otros publicaron con la intención de poner en letras de molde todo lo que habían sentido al viajar por una tierra con tantos contrastes y tan rica en matices, otros simplemente para que sus familiares y amigos pudiesen disfrutar de sus peripecias y aventuras en tierras tan lejanas sin ningún tipo de riesgo y desde la tranquilidad de sus hogares y otros, porque ya antes de emprender viaje tenían el compromiso con alguna de las editoriales que se dedicaban a este género literario y que proliferaron a lo largo de todo el siglo XIX en las principales capitales de Europa, sobre todo en la del Reino Unido, no debemos olvidar que habían nacido las sociedades geográficas y que en los círculos culturales de Londres los temas de conversación que se alejaban de la política se centraban en el arte, los viajes y los grandes descubrimientos.

Para estos viajeros, escritores y pintores, Andalucía representaba la imagen más estereotipada de España y muchos fueron los viajeros de épocas pretéritas que se aventuraron por los polvorientos y accidentados caminos andaluces en busca de las escondidas bellezas que libros escritos por anteriores viajeros les habían desvelado y de las que tanto habían oído hablar.

El que fuesen muchos los que emprendían su “aventura española” no quiere decir ni mucho menos que el viaje fuese fácil. Así pues, el viajero necesitaba tiempo, dinero y audacia dependiendo de la duración, la época y el momento del año en el que se iniciaba el viaje, además de otros factores que si no eran imprescindibles, si eran recomendables. Los primeros viajeros tenían que saber geografía, conocer algo de español y poseer cier-



tas habilidades sociales. También se esperaba que supieran cabalgar, nadar, hacer fuego, disparar una pistola o preparar una tortilla.

Con un cuaderno de notas siempre a mano, ya fuese escribiendo o dibujando avanzaban por caminos y veredas dispuestos a dejar constancia de su aventura y a narrar sus impresiones ante la grandiosidad de elevadas montañas, escarpadas y tenebrosas gargantas y desfiladeros, siempre animados ante la idea de ser los primeros en ofrecer una imagen insólita de los más recónditos y pintorescos rincones de toda la región y llegar a pueblos y ciudades cuyos nombres ya les hacían evocar historias de un pasado caballeresco que habían ocupado un lugar imborrable en sus mentes desde los días de su más tierna infancia.

Mientras cabalgan a lomos de acémilas o se traquetean en pesadas diligencias, el viajero va mostrando con imágenes o palabras los rasgos orográficos de las zonas por las que atraviesa. No había montaña ni valle, risco o cañada, río o torrente, que no quedase descrito. No había pueblo o aldea que no despertase el interés del visitante. Lugares apartados adquieren de la pluma de estos escritores un gran protagonismo literario y llenan las páginas de sus diarios de bocetos de fortalezas y palacios, de iglesias y catedrales, de conventos y casas solariegas y se esfuerzan en plasmar con mil palabras o con hábil carboncillo las retorcidas y fantasmagóricas formas de viejos olivos, de esbeltos cipreses y exóticas palmeras. A la vuelta a sus respectivos países publicaban sus diarios, libros de bitácora fascinantes, coloristas y amenos y si bien hoy no nos extrañamos de que la mirada extranjera en ocasiones confunda realidad y ficción, y, siendo como somos conscientes de que sus juicios estaban distorsionados y que fueron los responsables de que corrieran por el mundo una serie de tópicos que no eran más que una parte ínfima de nuestra realidad, no podemos negar la validez de los datos que encierran.

Hombres y mujeres del otro lado de los Pirineos y de allende los mares hacen que vuelva a relucir el esplendor de Oriente como si el tiempo se hubiese detenido en épocas pretéritas y logran con la magia de sus plumas y pinceles restaurar en sus mentes, desmoronados castillos, atalayas y ciudadelas, devolviendo a su lugar cada una de las piedras que los siglos se habían encargado de destruir privándoles de su prístina belleza.



Los viajeros extranjeros de épocas pretéritas, como concienzudos notarios, van levantando acta de todo cuanto ven o medio ven, entienden o medio entienden, lo que sienten, lo que huelen o incluso lo que saborean. Viajeros que escribieron para lectores ávidos de otros mundos y que han contribuido a que España y todo lo español y por ende toda Andalucía y lo andaluz se conociera fuera de nuestras fronteras.

Al avanzar el siglo XIX contemplamos un cambio bastante significativo en lo que a los relatos de viaje se refiere. Las rutas se van haciendo cada vez más cómodas y seguras a decir de los viajeros que recorren las tierras andaluzas y vemos como tanto el viaje como el trayecto pierden importancia en el conjunto de las narraciones. Los caminos ya no son tan peligrosos como solían serlo o al menos, la presencia de la guardia civil en las zonas más solitarias, les hace pensar que el recorrido será bastante más seguro de lo que solía serlo en épocas anteriores. La mejora en las infraestructuras y en las instalaciones hoteleras son factores decisivos que se suman para facilitar a los intrépidos “turistas” sus desplazamientos y sus estancias en las distintas ciudades.

Viajar por España en la mente de muchos de ellos era viajar por Andalucía, y en Andalucía, no eran sólo los antiguos palacios árabes, los desmoronados castillos medievales o las iglesias y catedrales lo que buscaban los viajeros. Zonas tan cargadas de historia como la provincia de Huelva, aunque alejada de las rutas turísticas durante prácticamente todo el siglo XIX, despierta el interés de los viajeros por dos aspectos cruciales en su historia: el convento de La Rábida, lugar desde donde Cristóbal Colón zarpó para cruzar el océano y descubrió el Nuevo Mundo y las minas de Río Tinto, explotación minera conocida desde tiempos inmemoriales y que a raíz de una serie de concesiones a empresas extranjeras llegó a manos inglesas en 1872 adquiriendo al poco tiempo sus más altas cotas de producción.

Huelva, la orilla de las tres Carabelas. Relatos de viajeros de habla inglesa. Siglos XIX y XX recoge las narraciones de catorce⁶ viajeros, hombres y mujeres que visitaron Huelva

6 Halliday Sutherland presenta dos relatos distintos separados en el tiempo y pertenecientes a dos obras distintas, *The Arches of the Years* (1933) y *Spanish Journey* (1948).

y su provincia y que escribieron sus experiencias y nos han legado unos relatos de incalculable valor y diecinueve dibujos a plumilla, aguada y acuarela que he ido realizando de Huelva y de algunos de los rincones que más me han interesado de los pueblos que he visitado y que son mi aportación personal a los relatos.

No ha sido tarea fácil la localización de obras de viajeros de habla inglesa que incluyen descripciones de Huelva y su provincia ya que, aunque desde Sevilla algunos viajeros recomiendan hacer una excursión a tierras onubenses y visitar los lugares relacionados con el descubrimiento de América y a partir del último cuarto del siglo XIX con las minas de Río Tinto, no fueron muchos los que se aventuraron a atravesar las insalubres marismas o los extensos bosques y dehesas de la Sierra de Aracena que entonces permanecían prácticamente inhabitados. Avanzando cronológicamente se puede comprobar cómo la aldea de Almonte y la romería del Rocío adquieren gran protagonismo literario en los relatos.

Una vez seleccionados los libros, todos ellos ediciones originales en lengua inglesa, he traducido los textos manteniendo a conciencia el estilo narrativo de cada uno de los viajeros que aquí presento sin que en ningún momento haya sido mi deseo glosar los relatos sino presentar la traducción lo más literal posible con la intención de que el lector pueda distinguir los distintos estilos literarios de los viajeros en los que podrá comprobar que algunos estaban dotados de un buen hacer literario y que también los hubo que carecían completamente de él. Las traducciones a su vez favorecen a investigadores de las más diversas disciplinas: biólogos, geólogos, historiadores, sociólogos, historiadores del arte, urbanistas, arquitectos y un largo etcétera que podrán aproximarse a los libros y utilizar cuantos datos esconden estos textos, fuente de información de incalculable valor para toda persona interesada en conocer el estado en el que se encontraba Andalucía y en el caso que nos atañe, Huelva y los diversos pueblos de su provincia en épocas preteritas, sobre todo si tenemos en cuenta que estos viajeros no escribían para españoles y que podían ser todo lo *sinceros* que deseaban, amparados siempre en el anonimato, que el hecho de escribir en inglés y para sus compatriotas, les proporcionaba.



Por otro lado, quien se acerque a esta antología como libro de esparcimiento encontrará relatos amenos, llenos de entretenidas anécdotas, retrato que tan bien ha sabido poner en letras de molde la mirada escrutadora de estos viajeros curiosos, impertinentes o no, pero siempre entusiastas que pasearon y dieron rienda suelta a sus ensoñaciones cuando viajaron por tierras onubenses.

He mantenido la grafía de los topónimos del original inglés, aunque en algunos casos incluyo la corrección entre [...]. No he convertido las medidas de longitud al sistema métrico decimal para no romper el estilo de la narración. Aporto una serie de datos bio-bibliográficos de cada uno de los autores con objeto de ayudar al lector a situarse y conocer el contexto y los motivos de viaje de quien escribe.

En *Huelva, La orilla de las tres Carabelas. Relatos de viajeros de habla inglesa. Siglos XIX y XX*, unas veces leemos descripciones de experiencias vividas por el propio viajero durante las largas y tediosas jornadas de viaje, otras relatos de hechos históricos acaecidos en tiempos pasados, y otras los paisajes y monumentos de Huelva y su provincia son los que adquieren protagonismo literario dando pie a páginas que nos ofrecen la imagen de lo que el visitante vio y sintió a su paso por esta tierra tan interesante y que tanto ha fascinado a los viajeros.

He seguido un orden cronológico para presentar los distintos relatos tomando como referencia las fechas de realización de los viajes o períodos de estancia más o menos dilatados y también he intentado mantener la cronología de publicación de las primeras ediciones, si bien en algunos relatos vemos como las fechas se solapan. En ocasiones cuando la fecha del viaje es mucho anterior a la publicación de la obra fruto del mismo, he optado por dar prioridad a la fecha del viaje.

Los diecinueve dibujos que ilustran esta obra son mi aportación personal e individual a un trabajo de investigación sobre literatura de viajeros por España al que he dedicado más de tres décadas de mi vida y que como ocurre con los grandes amores, esta pasión por la literatura de viajes y por el dibujo y la acuarela que he mantenido, mantengo y espero mantener, con el tiempo se va haciendo cada vez más profunda.



* * *

Huelva, la orilla de las tres Carabelas. Relatos de viajeros de habla inglesa de los siglos XIX y XX comienza con la narración de **Richard Ford**, quien entre 1830 y 1833 permaneció en España pasando los inviernos en Sevilla y los veranos en la Alhambra de Granada. Siempre controvertido en sus juicios y en su actitud hacia España y lo español, Richard Ford es autor entre otros libros del *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home* Londres 1845, obra que alcanzó gran popularidad en su tiempo y que se puede considerar el libro de viajes por España por antonomasia. Edición esta de la que he seleccionado las rutas V, VI y VII, en las que se describe Huelva y su provincia. Aconseja al futuro viajero que lleve todo lo necesario ya que dice que las extensas llanuras estaban prácticamente deshabitadas. Richard Ford ofrece junto a la minuciosa y bien documentada descripción de pueblos y ciudades, sus restos arquitectónicos y sus paisajes, interesantes observaciones sobre el pasado histórico de los lugares que visita.

Unos años más tarde, entre 1846 y 1847 viajó por España **Robert Dundas Murray**, autor de la obra *The Cities and Wilds of Andalusia* Londres 1849. Llegó a Huelva procedente de Sevilla. Salió rumbo a Moguer una bonita mañana del mes de mayo y al llegar a Sanlúcar la Mayor describe la posada que dice que se puede tomar como modelo de todas las posadas de Andalucía. En este lugar recuerda que unos años atrás fue encarcelado por la autoridad del pueblo. Visitó Tejada, Escacena, Niebla, el valle del Río Tinto, Palos y el Convento de La Rábida, Campofrío, Aracena, La Corte y Cala, siendo su extenso relato uno de los más interesantes de los que se escribieron durante el siglo XIX.

En 1875 se publicó en Londres *Spain, Art-Remains and Art-Realities, Painters, Priest and Princes*, obra de **H. Willis Baxley** quien ofrece una breve descripción del convento de Santa María de La Rábida, recomendando a todos los viajeros que llegan hasta Sevilla que dediquen un tiempo a visitar la vecina Huelva, no sólo por la belleza de los paisajes, sino porque fue el lugar donde se llevaron a cabo los preparativos para la expedición de Cristóbal Colón. **W.R. Lawson**, autor de numerosas obras de carácter socio-económico ofrece en su libro: *Spain of To-day: A Descriptive, Industrial and Financial Survey of the*



Peninsula publicada en Edimburgo y Londres en 1890 una interesante descripción de Huelva y su provincia y apunta que todos los americanos, desde los de la Bahía del Hudson, hasta los del Cabo de Hornos deberían volver su mirada hacia el Monasterio de La Rábida como a un lugar de peregrinación. W.R. Lawson ofrece un detallado estudio de las minas de Río Tinto desde sus orígenes hasta la época en la que fueron las minas de cobre más importantes del mundo.

Dando un salto en el tiempo llegamos al siglo XX. España continua atrayendo las miradas de viajeros que se interesan por las costumbres y paisajes de esta tierra unas veces incomprendida, otras veces denostada y maltratada, pero que nunca dejó indiferente al visitante. El primer relato que he seleccionado pertenece a la obra *Impressions of Spain* de **Albert Frederick Calvert** publicada en Londres en 1903. Prolífico autor, incluye en su obra una minuciosa descripción de las minas de Río Tinto así como una breve reseña del estado de la minería en España. Siete años más tarde **Abel Chapman** y **Walter J. Buck** publicaron dos obras de temática española, *Wild Spain* (1899) y *Unexplored Spain* (1910)⁷. De esta última he seleccionado dos capítulos, El Coto de Doñana y Nuestra Señora del Rocío y si bien el capítulo dedicado a las Marismas del Guadalquivir presenta un gran interés, he pensado que las referencias a la fauna y flora de la zona son demasiado específicas para su inclusión en esta antología.

En 1927 **Thomas Ewing Moore** en su obra *In the Heart of Spain*, publicada en New York, recomienda hacer una excursión desde Sevilla a Aracena y la “Gruta de las Maravillas”. En Alájar visitó el Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles. En la desembocadura del Guadalquivir describe lo que entonces era la colonia veraniega de Matalascañas y la ciudad de Huelva.

7 Estas dos obras han sido traducidas y publicadas en castellano. La primera de ellas con el título de *La España agreste. La Caza*. Biblioteca Cinégetica Giner; Madrid 1982 y también publicada por la Sociedad de Bibliófilos Venatorios, en 1963 y la segunda *La España inexplorada*, Sevilla 1989. Dirección, Introducción y Notas de Antonio López Ontiveros, en la que se incluye una interesantísima semblanza familiar de los autores por Luis de Mora Figueroa, viznieto de Walter F. Buck.



El siguiente autor **Halliday Sutherland**, médico escocés y escribió entre otras obras de *The Arches of the Years* publicada en 1933 y *Spanish Journey* en 1948. En su juventud permaneció varios meses en Huelva, ayudando a su tío en la clínica inglesa, donde éste ejercía la medicina y la cirugía, relatando su estancia en *The Arches of the Years*, obra autobiográfica que obtuvo una excelente aceptación y que fue traducida a ocho idiomas europeos. Años después vuelve a la capital onubense y se reencuentra con una joven de la que estuvo enamorado, narración esta que leemos en *Spanish Journey*. Conoció al Litri e incluso toreó en un tentadero en dos ocasiones.

Al año siguiente en 1949, la escritora **Rose Macaulay** publicó la obra *Fabled Shore, from the Pyrenees to Portugal* en la que ofrece una breve descripción de la costa onubense. **Sacheverell Sitwell** autor de *Spain* publicada en Londres en 1950 ofrece una breve y animada narración de la romería de Nuestra Señora del Rocío. **Cedric Salter** autor de *Introducing Spain* publicada en Londres en 1953 también ofrece la descripción de la romería del Rocío, La Rábida y Palos de Moguer. Dos años más tarde **Henry Vollan Morton** publicó en Londres la obra *A Stranger in Spain* de la que he seleccionado una interesante descripción de La Rábida y del pueblo de Niebla. Le llega el turno a una dama, **Tracy Honor**, quien en 1957 publicó *Silk Hats and No Breakfast: Notes on a Spanish Journey* quien, mientras permanecía en Sevilla, pidió permiso en el consulado británico para visitar las minas de Río Tinto, permiso que le negaron rotundamente. De todas formas decidió visitar Huelva y algunos de los pueblos de la provincia. **Gordon Cooper** en su obra *A Fortnight in Andalusia* ofrece una brevísima descripción de la ciudad de Huelva y por último **Jan Morris** en 1964 en *The Presence of Spain* describe el Coto de Doñana en un capítulo que titula “La España Indómita”.

Al ofrecer estos relatos para entretenimiento de los lectores que se acerquen a ellos, ha sido mi deseo despertar en el viajero del siglo XXI el amor por los viajes a través de las rutas menos transitadas. Hacer que se adentre por los caminos rurales andaluces e inducirle a que saboree ese otro modo de viajar lento y pausado. Animarlo a que emprenda esos viajes que se hacen sin prisas y en los que el trotamundos descubre rincones en los que parece que el tiempo se ha detenido. Invitarlo a que conozca la inagotable



riqueza paisajística de Huelva y su provincia, avalada por cientos de años de tradición y guardada celosamente en sus apartados rincones. Hacerle que disfrute con la alegría de sus gentes, con sus fiestas, con sus fandangos, que paladee sus exquisitas especialidades gastronómicas, el insuperable jamón ibérico de bellota de Jabugo, los guisos de carne de caza o el riquísimo guiso de choco con habas. Que no deje de probar los ricos vinos del Condado, magníficos caldos de estas tierras andaluzas que saben mejor cuando se beben cerca de la barrica que los ha contenido durante tantos y tantos años.

María Antonia López-Burgos del Barrio
Universidad de Granada



AUTORES DEL SIGLO XIX

AUTORES DEL SIGLO XIX



CATEDRAL DE LA MERCED

RICHARD FORD (1830-1833)

Nacido en Londres en 1796, estudió en Winchester y se graduó en el Trinity College de Oxford. Llegó a ejercer ante los tribunales en Lincoln's Inn, aunque no continuó con la profesión de abogado.

Pasó varios años recorriendo Europa, puesto que había heredado una gran fortuna. En 1830 visitó España y permaneció tres inviernos en Sevilla y dos veranos en Granada en compañía de su esposa e hijos. A ella le habían aconsejado pasar una temporada en un clima cálido debido a lo delicado de su salud. Harriette le acompañó en algunas excursiones aunque la mayor parte de las veces Richard Ford iba con la única compañía de su fiel criado.

A su vuelta a Inglaterra se instaló en Devonshire en Heavytree House, en las cercanías de Exeter, donde se construyó una torre morisca y vivió dedicado a recordar sus años en España.

En 1837, en la *Quarterly Review* apareció un artículo suyo sobre tema español. En 1845 publicaba John Murray una obra maestra de la literatura de viajes, el *Handbook for Travellers in Spain*⁸. En 1847 se publicó una edición reducida a un sólo volumen y en 1855 apareció la tercera edición. Todas ellas tuvieron una magnífica acogida tanto por parte de la crítica como del público en general.

En 1846 apareció la obra *Gatherings from Spain*. Esta contiene capítulos que ya se habían incluido en la primera edición del *Handbook* junto con algunos nuevos.

8 FORD, Richard. *Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home. Describing the Country and Cities, The Natives and Their Manners; with Notices on Spanish History. Part I. Containing Andalusia, Ronda and Granada, Murcia, Valencia, Catalonia, and Estremadura: with Travelling Maps and a Copious Index.* John Murray, London. 1845.

Otras obras de Ford son: *An Historical Enquiry into the Unchangeable Character of a War in Spain*, Londres, 1839, en respuesta a un panfleto titulado *The Policy of England in Spain. A Guide to the Diorama of the Campaigns of the Duke of Wellington*, publicado en 1852. *Tauromachia, Bull-fights of Spain*, Londres, 1852. *Apsley House and Walmer Castle*, Londres, 1853 y *The Letters of Richard Ford* editadas por R.E. Prothero, Londres, 1905. Su muerte tuvo lugar en 1858.



RUTA V. DE SANLÚCAR A AYAMONTE

	Leguas	
Torre de Solavar	2	
Torre de Carboneros	1	3
<i>De la Higuera</i>	2	5
<i>Del Oro</i>	3	8
Moguer	3	11
Huelva	1	12
Alfarnaque	1	13
Cartaya	2	15
Lepe	1	16
Redondela	1	17
Ayamonte	3	20

Queda por describir, lo más brevemente posible, la monótona zona que se extiende a la orilla derecha del Guadalquivir y que llega hasta el Guadiana y la frontera portuguesa. Se llama la *Marisma* o zona pantanosa, y el *Condado* de Niebla: que no se le ocurra a nadie ir allí a no ser que esté movido por la más absoluta necesidad o para participar en una montería.

Hay una comunicación fluvial constante en los pintorescos *Místicos*; los que deseen ir por tierra tienen que cabalgar. Por todos lados los alojamientos son espantosos; así pues, conviene tener en cuenta nuestras observaciones preliminares; no encontrará ninguna comodidad y el viajero prudente sólo tendrá lo que lleve consigo. Las extensas llanuras están prácticamente inhabitadas y casi sin cultivar. La fertilidad natural del suelo se ve en los magníficos pinos e higueras. La carretera de la costa está protegida por *Atalayas* o "torres vigía". En árabe *Taliah*, de *taéa*, ascender: son muy antiguas. Las costas españolas siempre han estado expuestas a ataques de piratas desde África. Los descendientes de los cartagineses nunca olvidaron que habían sido despojados de sus bienes por los romanos. Los Bereberes recuperaron la zona de sus antepasados orientales y sus descendientes, desposeídos a su vez por los españoles, recuerdan España, que aún consideran su legítima propiedad.

Aníbal construyó tantas *Atalayas* desde Cádiz hasta Sagunto que acabaron siendo conocidas por su nombre *turres especulas Hannibalis* (Plinio, N.H. ii.71); Cesar siguió su ejemplo (Hirt. "B.H." 7) y desde estas se hacían señales con fuego por las noches y con humo durante el día. Estos eran los "signos de fuego" (Jeremías, vi, 1) los φρυκτοι de Tucídides. (iii.22) y vean Polibio. (x. 43, 45), y los magníficos versos de Esquilo (Agamenón. 291). Plinio describe estos "ignes prænunciativos" como utilizados "*propter piraticos terrores*". Carlos V reconstruyó estas torres fortaleza cuando se vió amenazado por la invasión de Barbarroja. Así pues, han ocupado el mismo lugar y son testigos de la continuidad de los miedos de la inalterable Iberia, ya fuera cartaginesa, romana, musulmana, goda o española. Muchas son muy pintorescas, situadas en promontorios o altozanos; se levantan contra el cielo azul como solitarios centinelas y monumentos del peligro de esta tierra siempre tan aquejada de problemas. Estas ahora son guarida de los guardas del servicio preventivo, quienes a duras penas se ganan su miserable y a veces no retribuido salario inquietando a honestos viajeros hasta que consiguen un soborno o facilitando la tarea a los contrabandistas. Las *Atalayas* normalmente se construyen en *tapia*, una especie de cemento africano o fenicio, introducido con el propio sistema de torres, y como ellas continua inalterable en las tierras de España y Berbería siempre tan relacionadas. Los componentes de esta mezcla, piedras, mortero y escombros se colocan húmedos en un marco móvil de madera que se sujeta con tornillos y que se mueve hacia arriba o hacia abajo como se requiera; de ahí que los romanos los llamaran "parietes formacei" (Plinio, "N.H. xxxv.14), muros hechos por medio de marcos; él particularmente describe los de España y se refiere a su indestructibilidad; de hecho se convierten en sólidas masas, fósiles. Los godos continuaron con ese sistema, llamando al método "formatum". La palabra *tapia* es árabe; en Egipto todavía se llama *tobi*, y significa un muro de tierra, en Devon, *Cob*. Estos muros se siguen construyendo en Andalucía y en el norte de África manteniendo el mismo método antiguo (ver: *Quarterly Review* cxvi. 537).

Moguer: Lontigui Alontigui, está situada en el Río Tinto, y se dedica al comercio de vino y fruta; tanto el pueblo como su castillo están en estado ruinoso; por debajo se encuentra el puerto de *Palos*, Palus Etreplaca. Visite el convento franciscano de Santa María de La *Rábida*, un nombre árabe muy común en España y que significa "una situación expuesta o fronteriza", Rabbitah, Rebath, que eran defendidas por los Rábitos; esos eran los Marabitines o Morabitos, los Almorábides de Conde, una

especie de Ghilzee, un tipo de monjes-soldado medio fanáticos de los que España tomó prestada la figura de los Caballeros de Santiago.

Este convento, ahora medio en ruinas, pero que debería haber sido conservado como un monumento nacional, ha dado refugio a aquellos grandes hombres que España tuvo en su día. Aquí en 1484, Colón, implorando caridad, fue recibido con su hijo por el prior Juan Pérez de Marchena. Este fraile cuando los reyes más sabios y sus consejeros habían rechazado como visionario el plan del descubrimiento del Nuevo Mundo, fue el único que vio que podría ser llevado a cabo y quien tuvo la valentía de defender el plan y el poder para preparar la expedición. Debe de hecho compartir la gloria del descubrimiento de América, porque sólo debido a la influencia que este ejercía sobre Isabel, permitió que su protegido Colón pudiese hacerse a la mar y emprender viaje. Su flota estaba formada por dos carabelas, o barcos ligeros sin cubierta y un tercer barco de mayor carga; embarcaron 120 personas y zarparon el tres de agosto de 1492 desde este puerto de Palos y le dijeron adiós al viejo mundo, dirigiéndose a la ignota extensión de agua, donde jamás antes se había desplegado una vela (Prescott, ii, 214). Colón estuvo acompañado por varios aventureros de nombre Pinzón, una familia que aún existe en las localidades de esta zona; y a este mismo puerto en marzo de 1493, siete meses y once días después, volvieron, después de haber llevado a cabo su gran idea y ofreciendo un nuevo mundo a sus soberanos y ganando la inmortalidad para él, servicios estos que al poco tiempo se vieron pagados con mala fe e ingratitud. Otra vez en Palos atracó Cortés en mayo de 1528, después de la conquista de Méjico, y también encontró refugio en los muros del mismo convento, donde Colón se había alojado a su vuelta 35 años antes y al igual que él, para ser ofendido y mal correspondido.

Por una extraña coincidencia, Pizarro, el conquistador de Perú, se encontraba en Palos en aquel momento, comenzando esa carrera de conquistas, derramamiento de sangre y saqueos que Cortés estaba a punto de finalizar. Pizarro fue asesinado: del mismo modo el Califa de Damasco hizo asesinar a Abdul-a-ziz, y luego recompensó con vergüenza a Musa y Tarik a quienes debía la conquista de España; todo esto es verdaderamente oriental y español, porque en ambos lugares, los hombres que han sido elevados por un capricho de la fortuna, revientan como cohetes cuando se encuentran en su momento de máximo encumbramiento, y caen como Lucifer para nunca volver a levantarse. Los americanos Prescott y Washington Irving han ilustrado, con singular gracia y propiedad, la época de Isabel y Fernando, cuando su

país fue descubierto. Para localizar los mejores trabajos sobre esta historia se debe consultar el catálogo publicado por Ms. Rich en Londres en 1832 o en la *“Bibliothèque Américaine”* del Sr. Ternaux, París 1837. Esta última obra, al igual que ocurre con los echarpes de Ternaux, es más bien una imitación del verdadero cashemira que ofrece el primero. Ahora Palos es un puerto de pescadores pobre, algo que ocurre en la decrepita España, y como bien ha contrastado el Sr. Barron Field, en sus *“Spanish Sketches”* que confiamos que no quede impreso sólo para uso privado:

... *Estos barcos pesqueros con los muelles*
De Liverpool, esos bosquecillos en movimiento,
Marcando la diferencia entre el triste sembrador
Y el jubiloso cosechador, como una nación siembra
Mientras otra recoge...

Huelva. Onuba, está situada en la confluencia del Odiel y el Tinto; es un puerto de mar y la capital de la provincia; su población es de siete mil personas; es una ciudad activa, dedicada a la pesca del atún y que está en constante comunicación con Portugal, Cádiz y Sevilla, enviando mucha fruta a estos dos últimos lugares. Algunos eruditos de la historia antigua ven en la palabra *Onuba* el significado de “abundancia de racimos de uvas”. Astarloa prefiere una etimología Vasca y traduce la palabra *Wuelba*, como “una colina situada bajo una montaña”. El agua es deliciosa. Los restos de un acueducto romano están desapareciendo a pasos agigantados por haber servido de cantera a los zafios agricultores.

Huelva se encuentra a dieciséis leguas de Sevilla; la carretera es un mero camino de herradura. El principal tráfico se lleva a cabo con barcos de pasajeros que navegan por el Guadalquivir. La ruta por tierra es la siguiente:

	Leguas	
San Juan del Puerto	2	
Niebla	2	4
Villarrasa	2	6
La Palma	1	7
Manzanilla	2	9
Sanlúcar la Mayor	4	13
Sevilla	3	16

La zona no presenta ningún interés, aunque es muy fértil con buenos cultivos de olivos, viñas, frutas y cereales. Niebla ya ha sido descrita.

Continuando la ruta V, después de salir de Huelva y cruzar el Odiel, se encuentra *Lepe*, *Leppa*, cerca del río Piedras; es un pueblo pobre situado en una zona muy rica; la población, tres mil personas, está dedicada a la pesca y al contrabando. En tiempos de Chaucer, Lepe abastecía a los londinenses con “vino tinto y blanco” que, de acuerdo con el *Pardoner’s Tale* se vendía en “Fish Street and Chepe” y que “se introducía sutilmente en el cerebro de los ciudadanos”. Estas bebidas es probable que procedieran de Redondela, donde los vinos son excelentes y la fruta deliciosa, en especial los higos llamados Lozio y Pezo mudo. Aquí crece el *junco* con el que se hacen las bellas *esteras* andaluzas. *Ayamonte*, Sonoba, Ostium Anæ fue la ciudad donde comenzaba la calzada romana que llegaba hasta Mérida. Una isla del Guadiana todavía es llamada Tyro y aún se pueden ver restos de ruinas. La población es de casi cinco mil personas. Es una *Plaza de armas* fronteriza que se encuentra en un lamentable estado de abandono. Hay dos *parroquias* y un castillo en ruinas. Es la llave y el puerto del Guadiana; los bosques de pinos de las cercanías dan madera para la construcción de *místicos* y embarcaciones costeras; es un puerto pesquero pobre.

Durante el siglo noveno los normandos o los hombres del norte hicieron incursiones de piratería en la costa occidental española. En el año 843 pasaron desde Lisboa al Estrecho y a todas partes, incluso a Francia donde se apoderaron de los franceses que no estaban preparados, saquearon, quemaron y destruyeron. Incluso llegaron a tomar la propia Sevilla el 30 de septiembre del año 844, pero allí salió a su encuentro el califa de Córdoba que los venció y los expulsó. Los moros los llamaban *Majus*, *Madjous*, *Magioges* (Conde, i.282) y los primeros cronistas españoles *Almajuzes*. La raíz se ha derivado erróneamente de *Μαγος*, *Magus*, magos o seres sobrenaturales, algo que casi eran considerados. El término *Madjous* era aplicado por los moros, hablando con propiedad, a los bereberes y africanos que eran paganos o Muwallads, o sea, que no creían en el Corán. La verdadera etimología es la de Gog y Magog que tanto menciona Ezequiel (xxxviii y xxxix) y en las Revelaciones (xx 8) como saqueadores de la tierra y las naciones, *May-Gogg* “el que desvanece” –los feroces normandos aparecieron, llegando nadie sabía de donde–, justo cuando las mentes de los hombres se estremecían ante la llegada del milenio y por tanto se les consideraba como precursores de los destructores del mundo. Este nombre de poder infinitamente gigante ha subsistido en el término *Mogigangas*, o imágenes te-

ribles que los españoles solían mostrar en procesión en sus festividades religiosas, como los Gogs y los Magogs de nuestros cívicos reyes magos de oriente. Así pues, como Andalucía era el punto intermedio entre el norte y el sureste, se convirtió en el lugar de encuentro de las dos grandes oleadas de saqueadores que desolaron Europa; aquí los fornidos hijos de la helada Noruega, adoradores de Odín, se lanzaron contra los sarracenos de la tórrida Arabia, seguidores de Mahoma. No puede aducirse una prueba más convincente del poder y relativa superioridad de los moros de Córdoba sobre las otras naciones de Europa, que esta resistencia triunfante que supieron oponer a esos fieros invasores que habían invadido sin dificultad las costas de Inglaterra, Francia, Apulia y Sicilia; vencedores en todos lados, aquí se vieron vergonzosamente expulsados. De ahí no es de extrañar el odio implacable de los normandos hacia los moros españoles, como tampoco el que se aliaran con los catalanes, en cuya arquitectura aún se percibe su influencia; pero, al igual que ocurrió en Sicilia, estos bárbaros procedentes del norte no tardaron en desaparecer o en ser asimilados, como era natural, por otros pueblos más civilizados a los que ellos habían dominado por la mera superioridad de su fuerza bruta.

RUTA VI. SANLÚCAR A PORTUGAL

	Leguas	
Palacio de Doña Ana	4	
Al Rocío	3	7
Almonte	3	10
Rociana	2	12
Niebla	2	14
Trigueros	2	16
Gibraleón	2	18
San Bartolomé	3	21
A los Castillejos	3	24
Sanlúcar de Gadiana	3	27

La primera parte es una de las mejores zonas de caza de España. *Marismillas* es una reserva excelente. El Palacio de Doña Ana, una corrupción de *Oñana*, fue el famoso retiro del Duque de Medina Sidonia, donde él recibió a Felipe IV en 1621. Hacia el norte queda el *Coto del Rey* o *Lomo del Grullo*, una reserva real. El palacio o pabellón de caza fue construido el siglo pasado por Francisco Bruna, alcaide del Alcázar de Sevilla, bajo cuya jurisdicción estaban o están estos bosques y forestas. Los grupos que vienen aquí con permiso del *Alcaide* se pueden alojar en este palacio; y que nadie se deje engañar por bonitos nombres y *palabras*. Este palacio español, como suele ocurrir con frecuencia en otros lugares, en inglés simple significa, *cuatro paredes*, cuatro muros desnudos; de la misma manera en que en una venta dicen “*hay de todo*” y se refieren a todo lo que el viajero pueda traer consigo. Una persona prudente siempre enviará antes una galera cargada con todo lo que pueda necesitar, desde un cocinero a un colchón; lleve especialmente buen vino ya que lo único que encontrará será leña y caza. Este coto se encuentra a ocho leguas de Sevilla y la carretera va por:

	Leguas	
Bollullos	4	
Aznarcázar	2	5
Villa Manrique	1	6
El Coto	2	8

El camino a caballo es muy agreste; las cinco primeras leguas van por el *Aljarafe*, en árabe Sharaf, tierra de colinas. Esta fértil zona fue llamada el jardín de Hércules y fue convertida en reserva por San Fernando como la parte del león en la conquista de Sevilla. Producía las mejores aceitunas béticas de la antigüedad: bajo los moros era un paraíso, pero hoy en día todo es ruina y desolación. Los españoles con sus *talas* lo devastaron todo y sus antiguas batallas se ven reflejadas en los caminos y puentes destrozados. Las ruinas permanecen sin tocar, sin que nadie las repare después de seis siglos del usual abandono y apatía; mientras tanto no sólo hay un excelente lugar para que se aposenten las lechuzas entre estos edificios en ruinas, sino un refugio de primer orden en el que se puede ocultar toda clase de caza, que prolifera en estos yermos, donde la naturaleza y su *feræ* son los amos indiscutibles. Ningún hombre que sea aficionado a la caza debería dejar pasar la ocasión de permanecer una semana o en el *Coto del Rey*, o en el de *Doña Ana*.

Saliendo de este último lugar y pasando por el santuario de Nuestra Señora del Rocío, llegamos a *Almonte* en el “*Condado*” de Niebla, que era un pequeño principado en tiempo de los moros y la provincia de los antiguos *Turdetanos*: aquí se produce el pobre vino que en Sanlúcar es adulterado y convertido en *puro* vino de Jerez barato. *Niebla*, *Ilipa*, es un lugar decadente y en estado ruinoso junto al Río Tinto. Su población es de unas ochocientas personas. Tiene un puente antiquísimo con un castillo en ruinas y una torre del homenaje que gozó de gran importancia en su día. Esta era la llave del pequeño reino y fue otorgado al valiente Guzmán *el Bueno*.

Trigueros era Cunistorgis, el puerto desde el cual los antiguos transportaban el mineral de Sierra Morena y los Montes Marianos. *San Lúcar de Guadiana* es el pueblo fronterizo situado a orillas del río que separa España de Portugal y que es navegable hasta la pintoresca *Mertola* situada sobre una roca y que está a cinco leguas. *Ayamonte* queda por debajo de *Sanlúcar*, a una distancia por el río de unas seis leguas; y aquí volvemos a repetir que no se le ocurra a nadie visitar esta orilla del Guadalquivir a excepción de los que piensen ir de caza.

RUTA VII. DE SEVILLA A RÍO TINTO

	Leguas
Venta de Pajanosa	3½
El Algarrobo	1½
Castillo de las Guardas	3
Río Tinto	5
Aracena	5

Hay minas de carbón en *Villanueva del Río* que aquellos que tengan intención de hacer todo el circuito de la ruta VII deberían visitar antes de comenzar.

La ruta VII es un recorrido a caballo con caminos pésimos y peores alojamientos; atienda por consiguiente nuestros consejos preliminares y adquiera un pasaporte *español* del Capitán General o *jefe político* explicando el objetivo científico de la excursión. Son también muy útiles las cartas de presentación para los encargados de las minas. Las distancias deben tomarse de forma aproximada; son leguas de montaña y por tanto las distancias son relativas. La botánica en estas *dehesas* y *despoblados* es muy interesante y la caza es muy abundante. En ciertos aspectos, una escopeta inglesa de dos cañones es más útil que las de un solo cañón. Para obtener datos sobre las minas en España y sobre los libros más útiles véase Cartagena.

[...] Desde *El Algarrobo* tres leguas por un paisaje parecido hasta un pueblo en la montaña *Castillo de las Guardas*, llamada así por su *atalaya* mora; aquí se puede parar para dormir. Al día siguiente cabalgando cinco leguas por una *dehesa* solitaria llegamos a Río Tinto. Las rojas laderas desnudas de la montaña de cobre *La Cabeza Colorada* con nubes de humo que suben en espiral sobre los oscuros pinares, anuncian desde mucha distancia la presencia de las célebres minas. Los alrededores de esta aldea son como los de una región infernal; la carretera está hecha de calcinadas cenizas y *escoria*, los muros están formados por escoria parecida a la lava, mientras que mineros demacrados, con caras cetrinas y ennegrecidas ropas, se acercan sigilosamente, agotados moradores del lugar; un pequeño arroyo verde cobrizo serpentea bajo la orilla de abetos, y es del *río teñido*, de donde el pueblo toma su nombre. Este río fluye de las entrañas de la montaña y se supone que está

conectado a algún antiguo conducto interno que aún no se ha descubierto; y es de este del que se obtiene el cobre más puro: se colocan barras de hierro sobre artesas de madera que están sumergidas en las aguas, cuando una cáscara o partícula de metal se deposita en esta, se rebaja; la barra entonces es sometida al mismo proceso hasta que queda completamente corroída. El agua es mortalmente venenosa; no hay animal ni planta que pueda vivir cerca y mancha y corroe cualquier cosa que toque.

Estas minas fueron conocidas a la perfección por los antiguos cuyas galerías y pozos están siendo descubiertas constantemente. Parece que los romanos y los moros trabajaron principalmente en la parte norte de la montaña; la enorme acumulación de *escoriales* muestra hasta qué extremo las explotaron; estas antiguas escorias están siendo utilizadas constantemente en la fundición, ya que debido a los métodos tan imperfectos de los antiguos, se ha visto que contienen una gran e inesperada cantidad de cobre.

El pueblo está construido a eso de una milla de las minas y fue levantado por Liberto Wolters, un sueco, a quien Felipe V había otorgado una concesión de las minas que tendrían que volver a la corona en 1783. Está principalmente habitado por los mineros; de todas formas hay, sin embargo, una *posada* decente: los *empleados* y los oficiales tienen una calle para ellos. La vista desde todo lo alto de la iglesia es sorprendente; el pueblo queda por debajo con su río y sus naranjales; hacia la izquierda se eleva la irregular montaña del cobre envuelta en sulfúreas espirales de humo, mientras que hacia la derecha la magnífica llanura plantada de abetos que proporciona combustible para los hornos, *la meseta de los pinos*, está protegida por una enorme extensión de montañas cubiertas de jaras, que se elevan una sobre la otra.

Un oficial muy correcto conducirá al viajero por las minas y luego seguirán el mineral en cada uno de los procesos hasta que se convierte en cobre puro; por lo tanto visítase el Castillo de Salomón en la *Cabeza Colorada*. Al entrar en la mina enseguida se desciende por un *pozo* bajando por una escalera de mano hacia una galería inferior; el calor se va incrementando con la profundidad ya que no hay ningún tipo de ventilación; en lo más hondo el termómetro marca 80^º F. y los mineros que van clavando cuñas de hierro en la roca antes de utilizar los explosivos, trabajan casi desnudos, y las pocas prendas de vestir que llevan encima están completamente empapadas de sudor; la escena es lúgubre, el aire casi venenoso, el titilante

resplandor de los carburos de los mineros, triste y sobrenatural; por todos lados, figuras, con lámparas en el pecho, iban de un lado a otro como los moradores de las calderas de Pedro Botero, y desaparecen por escaleras hacia las más oscuras profundidades. Es melancólico el sonido del pico del trabajador solitario, quien solo en su nicho de piedra está golpeando en su rocosa prisión como un demonio condenado que se esfuerza en abrirse camino hacia la luz y la libertad.

El cobre se encuentra en forma de piritas de hierro y produce alrededor del cinco por ciento. Las estalactitas son muy bonitas; porque donde quiera que el agua gotee por el techo de una galería forma carámbanos como si fueran de esmeraldas y amatistas; pero estos brillantes colores se oxidan al aire libre y pronto cambian a un tono marrón parduzco. Cuando se extrae la *zafra*, o mineral bruto, se lleva a la *calcinación* en la cima de la montaña y allí se quema tres veces al aire libre; el azufre se sublima y se disuelve formando nubes de humo; el metal bruto que parece una especie de carbón de coque, se lleva luego para ser fundido en casas situadas cerca del río, con cuyo caudal pone los fuelles en funcionamiento. En un principio el metal se mezcla a partes iguales con carbón y *escoriales*, prefiriéndose los antiguos y luego se funde con *brezo*, una especie de combustible formado por jaras y plantas de romero.

El mineral fluye como si fuese lava y el cobre se precipita en un cuenco o *copella* situado por debajo. Luego se refina en hornos o *reverberos* y así pierde aproximadamente un tercio de su peso; la escoria e impurezas se arrancan con un azadón de madera cuando salen a la superficie. El cobre puro se envía entonces a Sevilla a la fundición de cañones o a Segovia para hacer monedas.



Corrales
2009

BARRIO DE LA VICTORIA. HUELVA

ROBERT DUNDAS MURRAY (1846-1847)

Autor de la obra *The Cities and Wilds of Andalusia*⁹, dedicada a Lord Murray, se publicó por primera vez en 1847. No he podido encontrar ningún dato acerca de la personalidad de este viajero, salvo que Cayley, autor de *The Bridle Roads of Spain* se refiere a él, ya que le preguntaron en Val de Cabras, cerca de Cuenca, si él era paisano de Don Roberto... “Don Roberto vivió aquí unas semanas... Don Roberto *Duendas de Monroy*, muy buen mozo, muy guapo y muy liberal¹⁰.”

9 Robert Dundas MURRAY, *The Cities and Wilds of Andalusia*. Richard Bentley, London 1849 (2 vols.); 3rd. ed. R. Bentley, 1853. 8+442 págs.

Desconozco la fecha exacta del viaje, si bien me inclino a pensar que podría ser entre 1846 y 1847. Tanto Foulché Delbosc como Arturo Farinelli dan 1847 como fecha probable de su viaje, si bien en la obra de Ian Robertson *Los Curiosos Impertinentes* leemos, “En enero de 1840, John Brackembury le contó a Borrow que Dundas Murray se encontraba en Cádiz, en parte por razones de salud, en parte por motivos literarios”, como luego también apunta Carlos García Romeral-Pérez en su *Bibliografía*. He trabajado con la tercera edición de *The Cities and Wilds of Andalusia* publicada en un sólo volumen en 1853, no habiendo encontrado la fecha exacta de la segunda.

10 Cayley *The Bridle Roads of Spain* London 1856, pág. 301



ALGARROBO

RUMBO A HUELVA

Si el lector coge un mapa de España y echa un vistazo a esa parte que queda entre Sevilla y la frontera con Portugal, verá una zona completamente llana que bordea la costa, pero cuando se va adentrando hacia el interior, el terreno se ve cada vez más accidentado formando montañas y valles. Cuando mi mirada se detuvo en esas oscuras sombras que indican una zona repleta de elevados y agrestes picos, escalofriantes precipicios y solitarias veredas de montaña, sentí que crecía dentro de mí una irrefrenable necesidad de recorrer un territorio así: “¡La sierra, la sierra!” exclamé mentalmente y ardía de impaciencia por escuchar una vez más la canción del mulero, e ir coronando con él las laderas y cumbres de las montañas. No tardé mucho en organizar todo lo necesario para llevar a cabo mi propósito y una bonita mañana de mayo salí rumbo a Moguer, un pueblo que se encuentra cerca de la línea fronteriza entre los dos reinos y situado en el punto en el que el Río Tinto comienza a ser navegable.

[...] En Sanlúcar la Mayor me detuve para cenar en la posada, que puede tomarse como modelo de las posadas de toda Andalucía. La atención y el trato que se ofrecía allí era parecido al que por regla general el viajero puede esperar. Al entrar en lo que en Inglaterra podría considerarse un cuchitril de la peor especie, encontré a la dueña sirviendo en la única sala que había destinada a los huéspedes; en una de las esquinas había dos hombres jugando a las cartas y como es usual, aderezando su diversión con exclamaciones y juramentos de mal gusto.

“¿Qué puede usted darme para comer?”.

“Huevos”.

“¿Nada más?”.

“Sí, bacalao pero seco”.

“¿Y qué más?”.

“Eso”, dijo la posadera, señalando unos embutidos de aspecto poco tentador que colgaban de una de las vigas.

“Eso no me apetece”. Así pues, con huevos, pan y un poco de vino cené bastante bien. Mi cuchillo era la navaja, tan peligrosa en manos del campesino borracho o enfurecido; se trata de un cuchillo que se cierra normalmente, de cuatro o cinco

pulgadas de largo con la hoja ancha en medio y que se va estrechando hasta terminar en una punta muy afilada; con esta el campesino corta el pan; pela la naranja y cuando es necesario arremete contra el costado o da un tajo en la cara de su adversario. Se echó la tarde encima antes de llegar al pequeño pueblo de Escacena del Campo, el final de mi primera jornada de viaje. En la posada no se podía encontrar ni una sola habitación apropiada para “gente decente” pero me condujeron al cortijo de una señora de edad que tenía habitaciones que alquilaba a extranjeros. Sin embargo para esto era necesario obtener permiso del alcalde; y como este alto dignatario se encontraba disfrutando de su “siesta”, razón esta por la que no podía atender asuntos de estado, tuve que soportar cierto retraso. Después de esperar durante una hora, por fin pude entrar en el alojamiento que me ofrecían cuatro paredes a punto de derrumbarse y un tejado a través del cual se podía ver la luz del día por varios sitios. Mi posadera era una mujer muy habladora, o mejor dicho muy preguntona, y casi me deja sin aliento por la rapidez con la que me preguntaba una cosa tras otra. En diez minutos me había sacado todo un resumen de mi vida y de las razones que yo tenía para viajar. Yo me sometí de buen grado a todas sus preguntas puesto que sabía que mi momento estaba llegando. Aprovechando una oportunidad yo me interesé por la salud de uno de los residentes del pueblo. Luego siguieron dos o tres preguntas respecto al bienestar de algunos otros individuos que fui nombrando, a lo que ella contestaba con una curiosidad que se iba incrementando cuanto mayor era mi información; y al final terminé preguntando: “¿Cómo está Don Francisco T—?” Ante esta última pregunta se levantó rápidamente de su asiento, y poniéndose la mano en la frente para hacerse sombra en los ojos, me miró a la cara detenidamente llena de curiosidad.

“¡Ave María!” gritó; “Usted es el inglés que estuvo aquí prisionero”.

“¡Oh, abuela! El mismo”, contesté.

Para explicar esta alusión, es necesario abusar de la paciencia del lector durante un momento. Hace dos años en compañía de C. y de un amigo español que se disponía a visitar a un pariente que vivía en los alrededores, llegamos a este pueblo por la noche bastante tarde y terriblemente cansados. Casi desesperados después de haber estado buscando en este y en otro pueblo que se encuentra a un cuarto de milla de distancia pudimos encontrar el refugio del techo bajo el cual entonces me encontraba sentado. Una vez que tuvimos el alojamiento asegurado, nuestro siguiente pensamiento fue prepararnos unos huevos que por fortuna habían llegado

a nuestras manos en el camino. C— se las había arreglado para conseguir una sartén y se encontraba absorto en el interesante proceso de freírlos mientras yo estaba animando el fuego con unas cuantas ramitas, cuando un estrepitoso ruido hizo que nuestra atención se dirigiera hacia la puerta. Para nuestra sorpresa, la puerta estaba llena de oscuras figuras; bajo sus capas se podían ver con toda claridad las puntas de sus desenvainadas espadas. Entonces uno de los integrantes del grupo avanzó hasta la mitad de la habitación y dirigiéndose a nosotros de forma educada, pidió ver nuestros pasaportes.

“Los pasaportes” exclamaron los dos al unísono.

“¿Por qué? Nosotros los hemos dejado en Sevilla”.

“¿Quiénes son ustedes?”. Fue la siguiente pregunta que nos hicieron.

“Somos ingleses que como sólo teníamos intención de pasar uno o dos días aquí, no consideramos que fuese necesario traer nuestros pasaportes desde Sevilla, ciudad a la que tenemos pensado regresar”.

Esta respuesta no le pareció satisfactoria a nuestro interrogador. Él consultó con los hombres armados que permanecían en la parte de atrás, quienes, durante este diálogo, se habían lanzado a por nuestras escopetas de doble cañón. Después de una breve consulta, él nos informó que como resultado de sus deliberaciones habían decidido que se requería nuestra presencia en el ayuntamiento del pueblo. Las protestas fueron en vano, y así pues, escoltados por el grupo que acabo de mencionar, caminamos hasta el cuartel donde fuimos objeto de un largo interrogatorio en referencia al objeto de nuestra llegada al pueblo. Nos pidieron la documentación y nuestras cartas: entre ellas apareció la carta de presentación que tenía nuestro amigo español, quien, por otro lado, había sido tan negligente como nosotros y simplemente todo sirvió para comprobar que no éramos más que simples viajeros pacíficos, y no emisarios de los grupos “facciosos” como los que nos interrogaban estaban inclinados a suponer. De todos modos nuestros captores realizaron una consulta posterior y al final nos dijeron que tendríamos que permanecer detenidos y custodiados hasta que el caballero al que iba dirigida la carta de presentación llegase y se hiciese responsable de nuestro buen comportamiento o que se comunicara con el cónsul inglés. Aunque nos indignamos mucho ante este tratamiento, por supuesto sabíamos que resistirnos no habría servido de nada.

Como no había una cárcel en regla, fuimos conducidos a un lugar que se utilizaba como el granero del pueblo y allí nos metieron en una especie de almacén enorme y lúgubre. Según pudimos juzgar con la luz de la única lámpara que había, este lugar estaba desprovisto de ventanas por lo que no era un mal sustituto para una cárcel. Luego arrastraron un colchón y echaron una o dos mantas encima; cerraron la puerta y la atrancaron por fuera con una barra y así nos dejaron allí dedicados a meditar. No recuerdo quiénes eran mis compañeros en este cautiverio, lo que sí me viene a la mente es que estaba muy cansado y que tenía demasiado sueño como para tener plena conciencia de mi pérdida de libertad; y así pues, cuando a la mañana siguiente se nos comunicó que ya podíamos salir y éramos libres, puesto que el amigo de nuestro amigo se había comprometido a hacerse cargo de nosotros y responder por nuestra respetabilidad, yo no me volví loco de alegría, sino que salí caminando lentamente como si nuestro alojamiento hubiese sido un hotel y no un lugar de cautividad.

Este incidente fue el comienzo de mi relación con Don Francisco T—, quien, como alcalde del pueblo, fue responsable en persona de nuestro arresto y encarcelación. El buen alcalde, pienso, recapacitando con posterioridad, pensó que de algún modo se había excedido y que había sido demasiado estricto en el cumplimiento de sus deberes. Así pues, con los buenos sentimientos de un corazón honesto, intentó por todos los medios a su alcance y con la generosidad de su hospitalidad, borrar de nuestras mentes cualquier resentimiento que pudiésemos sentir sobre ese asunto. En esta ocasión su recibimiento fue el que se le hace a un viejo amigo; él insistió en que dejara mi alojamiento y me instalara bajo su techo; lo que hice a la mañana siguiente y estuve allí durante los días que permanecí en el pueblo. Don Francisco era un acaudalado agricultor y un buen ejemplar de su clase. Un hombre sencillo y sin pretensiones en sus modales, quizás incluso retraído. Su capacidad en cuestiones de agricultura le habían llevado a lo que era; en otro orden de cosas su información no se extendía más allá de la que tenían la gran parte de sus compatriotas, aunque él era superior a ellos puesto que se sentía libre de muchos de los estrictos prejuicios que deforman sus mentes. Yo solía compararlo favorablemente con dos agricultores de las cercanías de Ronda, quienes pasaron un mes en una “casa de pupilos” en la que dio la casualidad que estuve alojado durante un tiempo. Estos hombres, fuese cual fuese el propósito que les había llevado hasta allí, durante todo el tiempo que duró su estancia fueron elementos casi inamovibles en la sala de estar de la casa. Desde el desayuno hasta la hora de la cena, permanecían sentados

cara a cara alrededor del brasero lleno de carbón con el que se calentaba la habitación; con los sombreros puestos y embozados en sus largas capas, estaban fumando cigarrillos con aire taciturno y sólo de vez en cuando cruzaban alguna palabra entre ellos o con cualquier otra persona que hubiese por allí. Sólo los vi sonreír una vez y esto se debió a una payasada que hizo uno de los criados.

En lo que a mí respecta, no fueron muchas las palabras que cruzamos; pero aún siendo así, ellos me dijeron que mi país siempre había sido el peor enemigo de España y que había progresado únicamente cuando España comenzó a decaer y que estaba fomentando la actual guerra civil en su propio beneficio; o, aunque ese no era el tema de su discurso, aseguraba que Inglaterra estaba cayendo en picado entre las otras naciones y que había terminado ya su época de esplendor y que ella a su vez sería presa de aquellas naciones a las que durante tanto tiempo había saqueado.

Había un rasgo en el carácter de Don Francisco que me gustaba más que ningún otro puesto que ahora era algo cada vez era más raro en España. Era este viejo respeto español por la religión de sus padres y la demostración de un sentimiento de devoción –algo que para mí era aún más sorprendente puesto que no lo había visto en ningún otro lugar entre la población de los pueblos y ciudades en los que había estado residiendo.– La infidelidad y un total abandono de las formas externas de las creencias nacionales aquí se unen con la adopción de principios liberales de los cuales ellos son los baluartes. Cada vez que en nuestras conversaciones se pronunciaba la palabra “Dios”, él se levantaba el sombrero con reverencia; y para la “oración” toda la familia se reunía con él repitiendo en voz alta las plegarias escogidas para esa ocasión. Una vez concluida la oración sus hijos se iban aproximando de uno en uno a besarle la mano; mientras que a mí o a cualquier otra persona que hubiese en la sala ellos añadían: “Beso las manos a usted”.

Después de cenar, el primer día que estuve alojado en su casa, expresé mi deseo de visitar Tejada, una antigua ciudad romana pero que ahora no eran más que unas ruinas que se encontraban a una legua de distancia del pueblo. Ir a pie, como yo deseaba, le pareció tanto a mi anfitrión como a mi anfitriona, algo completamente impropio de un caballero, y ambos se esforzaron en disuadirme del intento, que por otro lado consideraban algo difícil de llevar a cabo debido a la gran resistencia física que sería necesaria. Sin embargo, al final cedieron a mis deseos y me proporcionaron un guía. Debo mencionar que el pueblo en sí está situado en la parte

más elevada de una ladera que rápidamente se hundía en una llanura y que ahora verdeaba con los cultivos de temporada. A la derecha, a una distancia de doce millas, se podían ver los blancos edificios de Sanlúcar la Mayor, localidad que yo tenía que atravesar, y justo enfrente los azules perfiles de una de las estribaciones de Sierra Morena interceptaba la vista. A mitad de camino entre la ladera sobre la que me encontraba y otra casi igual que se elevaba desde la misma llanura a unas dos leguas de distancia, había una elevación que, si no completamente artificial, la naturaleza había hecho que formara un montículo circular de magníficas proporciones. Esto era Tejada, la “plaza”, o fortaleza, como la llamó mi guía. Durante las guerras de otros tiempos debió haber sido un lugar bastante inexpugnable; los restos de la muralla árabe rodean la cima del cerro: esta muralla no estaba construida de piedra o de ladrillo, sino de una especie de hormigón compuesto de grava y cemento, y que es tan inalterable y duro como para presentar una impresionante resistencia a los asaltos del tiempo y a los de las armas hostiles. El proceso por el cual la muralla fue construida hasta la altura requerida merece una explicación. El material, cuando estaba caliente, se extendía sobre el muro hasta una profundidad de dos o tres pies; pero como se encontraba en estado líquido, se utilizaban unos encofrados de madera para contenerlo hasta que al enfriarse adquiría la suficiente solidez para mantener una posición vertical y sostener el peso de sucesivas capas. En muchos lugares, tanto del interior como del exterior de los paños de muralla, se podían ver las aperturas en las que se insertaba la estructura del andamiaje necesario para este propósito. Parecía como si los constructores no hubiesen pensado que merecía la pena rellenarlas y de hecho el aspecto de muchas partes era tan nuevo y reciente que no era difícil imaginar que los obreros se habían ido esa misma mañana del lugar de trabajo. En la zona más elevada, algunas casas en ruinas son el único vestigio de las calles y edificios que tuvo en su día; pero en la parte más occidental, a los pies de la cuesta se pueden ver los cimientos de los baños en cuyas aguas es probable que se refrescaran tanto los romanos como los árabes. Según Rodrigo Cearo, la decadencia de este lugar estuvo causada por lo insalubre de la situación marchando los habitantes hacia Escacena y Paterna del Campo.

Cuando íbamos volviendo mi guía se detuvo en una fuente cuyas aguas caían a un abrevadero para ganado. Encima del caño se podía leer la siguiente inscripción: “Nuestra Señora de la Luna, Patrona de Escacena, que se ve en el convento de los Padres Carmelitas Calzados, ha parecido [*sic.* aparecido] en el término de esta

villa". Con respecto a la imagen esta se encuentra custodiada por los Padres Carmelitas y mi guía con toda seriedad relató la siguiente tradición:

"Un carbonero estaba trabajando en un bosque de las cercanías, talando y arrancando árboles, cuando en un lugar solitario descubrió una muñeca, o imagen de la Virgen. La metió en el saco y cuando la llevó a su casa se dispuso a contar lo ocurrido a su familia: "¡Vaya!", dijo ¡He encontrado algo muy curioso! E inmediatamente abrió el saco para enseñarla. Para su sorpresa, allí no había ninguna imagen. Al día siguiente él volvió a su trabajo: juzguen su sorpresa cuando atisbó la imagen desaparecida en el mismísimo lugar en el que originariamente la había encontrado. Por segunda vez depositó la muñeca en su saco y, Señor, para asegurarse completamente, lo ató de este modo: le hizo más de veinte nudos e inmediatamente partió rumbo a su casa para relatar el maravilloso acontecimiento. Cuando llegó a su cabaña abrió el saco; pero aunque sea algo increíble de contar, a pesar de todas las precauciones que había tomado, la imagen había vuelto a escapar otra vez. Entonces, por tercera vez, se fue a su busca y la encontró reposando en su antiguo lugar, como si ninguna mano humana la hubiese profanado y de esa manera era evidente que Nuestra Señora se había aparecido en forma de imagen. Así pues, se levantó una ermita en el lugar donde ocurrió la aparición."

Viendo que yo escuchaba su milagroso relato sin dar ninguna muestra de incredulidad, mi guía se animó a continuar: "Pues bien, Señor, aquí también ocurrió algo igual de curioso. Un agricultor cogió una estampa de la Virgen y la colocó en el campo bajo un terrón de barro y con toda la lluvia que cayó no la mojó ni una sola gota y muchos de los habitantes del pueblo la pudieron ver tan seca como cuando la colocó en aquel lugar por primera vez".

"Lo más probable es que la metiera tanto en la arcilla que el agua no pudiera penetrar" fue lo que mi incredulidad sugirió.

"No Señor, la verdad es que la cubrió sin apretar demasiado y de hecho –su trigo escapó–, mientras que las cosechas de sus vecinos se perdieron completamente a causa del añublo".

Por la tarde llegó una invitación para Don Francisco y para mí para celebrar la inauguración en el pueblo de una *escribanía*, u oficina de abogados. Al día siguiente, con nuestros trajes de vestir nos dirigimos a la casa del escribano, en cuya puerta se había congregado un gran número de invitados. Nuestro anfitrión, que era un hom-

bre de poca estatura y con un solo ojo, nos condujo a la sala o habitación principal de la casa donde se habían hecho todos los preparativos para la fiesta. En el centro habían colocado una mesa repleta de dulces a cuyos lados había un gran número de botellas de licores de todos los colores. Después de esperar a que todos estuviésemos reunidos, nuestro anfitrión en persona comenzó a distribuir las viandas. Primero nos sirvió merengues, luego licores, siguieron mostachones y bizcochos de varios tipos, azucarillos que los aguadores dan junto a un vaso de agua; estos se iban pasando uno tras otro con mucha rapidez y se metían para mojarlos en vasos de vino, licores o el aguardiente del país. Al volver a la casa se nos unieron dos de los invitados a los cuales fui presentado por Don Francisco, ya que había algún tipo de relación entre ellos. Entraron con nosotros y después de permanecer sentados durante un momento, cada uno se fue levantando por orden y haciendo una reverencia pusieron su casa a mi disposición. Esta, yo era muy consciente, era la manera española de otorgar a un extraño los privilegios de la amistad y por consiguiente cuando llegó mi turno yo me puse en pie y expresé con los términos apropiados mi gratitud y el honor que me habían hecho. Además, para consolidar la amistad, yo los visité esa misma tarde –algo que de hecho era absolutamente necesario que yo hiciera, teniendo en cuenta las normas de etiqueta españolas– y fui sometido al interrogatorio usual que se da entre personas que tienen cierta confianza. Mi edad, el número de miembros de mi familia, mis creencias religiosas, si estaba o no casado y otras particularidades diversas fueron el tema de las preguntas de las que estas buenas gentes hablaban con toda libertad como si yo hubiese sido una especie de animal que acababan de cazar y cuyos rasgos peculiares consideraban que les correspondía investigar y comentar. De hecho, había mucha simpleza en sus preguntas y sus comentarios y yo no podía evitar meterme de lleno en la situación, y pronto me sentí bastante cómodo actuando como si fuese un hombre dedicado al espectáculo.

Por la noche habían decidido organizar un baile. Bastante tiempo antes, un maestro de baile portugués había llegado al pueblo y desde que apareció lo único que allí estaba de moda eran las cuadrillas, las mazurkas y las danzas escocesas. ¡Qué pena de los fandangos, boleros, zapateados y otros bailes populares! Estos en consecuencia comenzaron a considerarse poco elegantes y sólo apropiados para los corrales y para las atezadas muchachas que mueven sus brazos al ritmo alegre y animado del repiqueteo de las castañuelas. Cuando llegamos al lugar de la reunión, este estaba iluminado y allí se encontraban todas las bellezas de ojos negros del

pueblo cuyo número, lamenté comprobar, no se correspondía en absoluto con el número de hombres allí presentes. Todas ellas hicieron un gran esfuerzo, sin embargo, para hacer justicia a su maestro –realizando sus pasos, como los llamaban, con una minuciosidad digna de elogio. Sin embargo, la memoria de algunas hizo que de forma ocasional *asesinaran* algunas de las piezas, entre ellas “L’*Eté*” y “*Trenise*” y como esto invariablemente nos llevaba a una parada, pidieron por aclamación que el doctor actuase como una especie de maestro de ceremonias: así pues, durante el resto de la noche su tarea consistió en decir a gritos “Cadena de damas”, “Avance, retirada”, “Vuelta a sus parejas” y todo eso. Ya era muy tarde cuando nos fuimos y el último baile fue un *pas de deux* llevado a cabo por las jóvenes hijas de mi anfitrión.

A la mañana siguiente, apareció el guía que había contratado y después de tragarme el desayuno a toda prisa, me preparé para emprender la marcha –a pesar de las continuas e insistentes súplicas de mis anfitriones cuya amabilidad parecía incrementarse cada minuto que yo permanecía allí. Estaban deseosos de que me quedase unos cuantos días más para poder asistir a una feria que iba a tener lugar en un pueblo de las cercanías; pero no me sentía con libertad de seguir abusando de su hospitalidad durante más tiempo y, dándoles las gracias de forma reiterada, me despedí de ellos, con la promesa de que los visitaría si en alguna ocasión volvía a Sevilla. Al salir del pueblo nuestra ruta iba bajando por uno de esos caminos de herradura tan característicos del país. Debido al efecto de desgaste por el continuo tránsito de vehículos así como por la furia e intensidad de las lluvias invernales había veces que el camino se hundía como si se metiese en la tierra y se convertía en una verdadera zanja lo suficientemente ancha como para permitir el movimiento del carro. Plantas trepadoras colgaban de los farallones de tierra de este singular camino y se enganchaban a nuestros sombreros y nuestras capas cuando íbamos avanzando sin poder ver nada más que de vez en cuando un poco de cielo sobre nuestras cabezas. Por fin fuimos bajando hacia una llanura que presentaba todos los signos de estar laboriosamente cultivada. Enormes campos de maíz todavía verde y de trigo a punto para la hoz se extendían hacia la izquierda; mientras que más allá se elevaban los chapiteles de Manzanilla, mientras que oscuros olivares hacían que el propio pueblo quedase oculto: hacia la derecha había una vasta dehesa donde ramoneaban numerosas manadas de ganado. Por otro lado era un paisaje que bien podía hacer feliz el corazón de su dueño, con sus promesas de dorados granos y del trabajo bien recompensado, pero carecía del encanto de la variedad y la vista

pronto se cansaba de ver un campo tras otro de ondulante cereal. Mientras tanto mi guía no estaba dispuesto bajo ningún concepto a dejar pasar las horas en silencio y antes de que hubiésemos recorrido una legua, él estaba disfrutando de haber monopolizado completamente la conversación. Juanito era un poco más alto que la media, cenceño y enjuto de constitución, no sonreía casi nunca y hablaba y pensaba como un hombre que hubiera visto algo de mundo. Sus aventuras habían sido de muchos tipos y siempre habían estado más o menos relacionadas con la sistemática infracción de las leyes del país pero esto no había hecho que perdiese la estima de sus amigos o de la gente en general, y en lo que a mí respecta debo confesar que mis sentimientos se inclinaban hacia él por la misma razón: en una palabra, él era o había sido contrabandista. Un incidente de su historia bien merece narrarlo. En una ocasión, mientras estaba envuelto con algunos cómplices en un “asunto de contrabando” cerca de Málaga, tuvo la desgracia de ser capturado por un barco colombiano que lo llevó a él y a sus compañeros contrabandistas a Gibraltar. Aquí estuvieron prisioneros durante algún tiempo en la bodega del barco, vigilados muy de cerca y con gran escasez de alimentos. Para empeorar las cosas, cada día les daban menos comida hasta que dejaron de darles completamente y durante tres días estuvieron sufriendo todas las agonías del hambre. Desesperados, urdieron un plan para alcanzar la costa y hacer saber a las autoridades las terribles privaciones que estaban sufriendo. Como les estaba permitido subir a cubierta, pero sólo de cuatro en cuatro, acordaron que los que sabían nadar, tendrían que intentar llegar a tierra. Y así lo hicieron. Los cuatro integrantes del grupo rápidamente se despojaron de sus capas, se tiraron al agua y comenzaron a nadar hacia tierra; y a pesar de las barcas que enviaron a perseguirlos, ellos se las arreglaron para llegar a salvo. Cuando le hicieron conocer el caso al Gobernador, se dieron órdenes inmediatas para que el barco colombiano liberara a sus cautivos. “y, de ese modo” concluyó Juanito, “Me siento en deuda con sus compatriotas por mi libertad, y con toda probabilidad por mi vida; ya que la intención de nuestros captores era llevarnos a Colombia, aunque lo más probable es que hubiésemos fallecido en el camino a causa de la brutalidad con la que nos trataban”. Su última expedición la llevó a cabo en compañía de un grupo de contrabandistas a los que se les había pedido que ayudaran, y si era necesario defendieran con mano férrea, la descarga de un barco que había salido de Gibraltar con un rico cargamento de tabaco. Cuando se reunieron todos, el lector se asombrará de saber, sus efectivos sumaban 250 hombres, todos bien armados con escopetas y muchos de ellos con dos armas. Al ir aproximándose al lugar donde se

tenía previsto el desembarco en algún punto ya en la frontera de Portugal, se les unió otra partida de 150 bajo otro jefe y ya todos juntos se pusieron en marcha hacia su destino. Podemos imaginar que una partida tan grande de hombres armados que estaban atravesando la zona no dejó de alarmar a las autoridades portuguesas quienes enviaron tropas para dispersar al temerario grupo. Hubo bastantes escaramuzas entre las tropas portuguesas y los valientes contrabandistas y uno o dos de estos últimos cayó herido; pero como el barco que ellos esperaban no opuso una gran resistencia, se separaron sin llevar a cabo su misión. Cada hombre tenía dos caballos y recibía una paga en consonancia con la habilidad de sus animales y la carga que podían transportar: en general el acuerdo rondaba entre doce y treinta dólares, sujetos a la condición de que si no descargaban ningún cargamento, sólo podrían reclamar la mitad de la paga. ¿Qué gobierno, podríamos preguntarnos, podría esperar terminar con el contrabando, cuando los que se dedican a eso se unen formando partidas tan numerosas para mantener el tráfico de mercancías? Una autoridad fuerte ayudada por una combinación de circunstancias favorables y una importante remesa de fondos, quizás podría llevar a cabo tal cometido con alguna perspectiva de éxito; pero casi provoca una sonrisa ver cómo intentan las débiles y corruptas manos de España, la supresión de un sistema contra el que naciones mucho más poderosas han luchado en vano. Cuando nosotros contemplamos la inmensa extensión de la frontera, y además sabemos que los oficiales de esta tienen unas pagas muy exiguas y en consecuencia son propensos a la tentación, no nos extrañamos de que por todos lados podamos ver artículos tales como algodones ingleses, hilo, medias, muselina y cosas parecidas, que no suelen entrar en el país puesto que están sujetos a impuestos que los hace prohibitivos. [...]

ENTRE ESCACENA Y NIEBLA

Nuestro camino pasó por dos o tres pueblos aparentemente desmoronándose y en estado ruinoso. Sin embargo, en estos lugares miserables, se pueden ver con frecuencia casas con muy buen aspecto cuyos dueños son señores con patrimonio y hombres de refinada educación. El motivo de su existencia entre tal desolación es, como acabo de apuntar, encontrarse con la inseguridad de vida y propiedad que prevalece tan generalizado por toda España. Ningún hombre piensa en tener su hogar en una casa de campo, sino que escoge el pueblo o la aldea que esté más cerca de su propiedad, y desde allí sale para controlar y dirigir las tareas de sus empleados. Por esa misma razón son muy raros los cortijos; el dueño y el bracero habitan en el mismo pueblo y a menudo tienen que trasladarse más de una o dos tediosas leguas antes de llegar hasta el cortijo.

En uno de estos pueblos, a poca distancia de Escacena, llamó poderosamente mi atención una mansión que en su día debió ser el orgullo del lugar, pero que ahora, sin tejado y desmantelada, sólo se distinguía por sus elevados muros desmoronados, un poco más altos que el declive de sus antiguos ocupantes. Me di cuenta que la planta baja estaba convertida en corral para guardar ganado y que desde allí subía a las habitaciones superiores una escalera de maravilloso mármol blanco, aunque ahora tristemente hecha pedazos y mutilada. La historia de esta casa era una historia cotidiana; el que la construyó había vuelto desde Méjico cargado de riquezas, que le permitieron comprarse el título de Marqués y construyó su casa con sus columnas de mármol y su costosa ornamentación. Su heredero dilapidó la fortuna de sus padres rápidamente, dinero que con toda probabilidad era de dudosa procedencia; y los terceros en la línea sucesoria ahora residen en La Isla en la más completa indigencia y bastante ocultos. Sus necesidades han sido tales como para llegar a vender hasta el mismísimo tejado y la solería del hogar de sus antepasados por la suma que les puedan dar por la madera.

Desde una distancia considerable habíamos estado viendo las torres de Niebla, pero teniendo en cuenta el paso lento de nuestros jamelgos la distancia entre el pueblo y nosotros parecía no acortarse. Por fin llegamos a la orilla del Río Tinto; sus oscuras aguas, que salían a borbotones por encima de un canal en la roca nos

daban idea de frescor en delicioso contraste con el insoportable calor que cargaba la atmósfera. Siguiendo el sinuoso cauce del río durante una corta distancia llegamos a un lugar donde un antiguo puente de nueve arcos lo cruzaba. Más allá, hacia la izquierda, se elevaban las calcinadas y desmoronadas murallas del pueblo, coronando un pequeño montículo por cuya base seguía serpenteando el río que acabábamos de pasar; mientras que más cerca del puente las elevadas almenas de un castillo se asomaban y dominaban el pasadizo que las atravesaba. El camino entre el puente y el pueblo parecía haber sido obra de los elementos y del tiempo más que un camino hecho por la mano del hombre. Subimos penosamente por una empinada vereda empedrada por las rocas que los torrentes invernales habían dejado y bordeada a cada lado por arbustos de adelfas, cuyas flores de brillantes colores daban la bienvenida a los doloridos ojos que tanto habían sufrido la intensidad del sol sobre los polvorientos caminos. Enormes rocas interceptaban nuestro avance a cada paso y cubrían la ladera al lado y por debajo de donde nos encontrábamos; otras habían caído al lecho del río donde la espuma que formaba el agua al golpearlas señalaba el lugar en el que se encontraban.

Al llegar a las murallas del pueblo, uno al lado del otro, Juanito giró y se dirigió a una posada justo frente a la entrada, donde propuso detenernos para almorzar. El aspecto de este hospedaje para hombres y bestias era de todo menos reconfortante para un viajero cansado del camino.

Cerca de la entrada había aproximadamente media docena de muleros tendidos en sus mantas disfrutando de su siesta durante las horas de más calor del día. Nadie se preocupó en lo más mínimo de nosotros, ni siquiera hubo alguien que abriera un ojo, aunque el ruido de los cascos de nuestros caballos mientras los llevábamos por el empedrado de la casa debió haberse escuchado hasta el más alejado rincón; en vano estuve buscando al dueño del establecimiento entre las formas yacentes que había por todos lados, mientras mi guía, que conocía mejor las costumbres del lugar, se dirigió a una corpulenta señora que estaba retrepada medio dormida en una de las sillas bajas que se utilizan en el país y le preguntó si tenían cebada para su animal. Un movimiento de cabeza insinuó que no había y le ahorró a nuestra posadera, ya que eso es lo que ella era, el trabajo de abrir los labios. Si hubiésemos preguntado por provisiones de cualquier tipo sólo habríamos obtenido una mirada de asombro por nuestra falta de previsión, así pues, nos sentamos y dimos buena cuenta de lo poco que habíamos llevado en nuestras alforjas. Nuestra comida no nos hizo detenernos durante mucho rato y, puesto que no teníamos ninguna gana

de soportar durante más tiempo del necesario esta mansión de Morfeo, salí, acompañado por Juanito, a dar un paseo por el pueblo.

Entrando por la puerta del lado este, bajo un arco de arquitectura árabe, nos metimos de lleno en ruinas y desolación. Era un espectáculo muy triste de contemplar y yo, de manera involuntaria me giré hacia una escalera que conducía a todo lo alto de las murallas, pensando en que podría divisar alguna zona de la que la vida no se hubiera alejado tan completamente como lo había hecho de este escenario de soledad y decadencia. Pero por todos lados era lo mismo; había calles enteras donde sólo los muros de las casas se mantenían en pie y que ahora parecían largas filas de esqueletos aferrados unos a otros para sostenerse; todo tenía el aspecto de estar a punto de irse al suelo antes de que la primera ráfaga de viento que soplara sobre las fortificaciones tocara con sus alas la alta hierba que crecía sobre cientos de hogares de piedra y en los umbrales de las puertas.

Si todo esto hubiese sido provocado por los elementos, o por la guerra, o por cualquiera de esas catástrofes que en un instante echan por tierra el trabajo de años, uno lo podía haber contemplado con cierta pena y pesar aunque no sin esperanzas de que todo volviera a prosperar; pero había sido un agente mucho peor que esos el que había hecho que el pueblo estuviese tan destrozado como lo estaba, y que había atacado con las más funestas consecuencias sus perspectivas de futuro. Su ruina era fruto de la decadencia nacional con la que el observador se encuentra por cualquier lugar por el que se mueva. La buena vida en España ya no existe; su industria y vigor ya no son más que los débiles esfuerzos de otros tiempos; su vitalidad se mueve sin energía por un marco donde una vez reinaba la profunda avaricia, injusticia, ignorancia y superstición, y por todo esto se extiende bajo la cancerígena sombra del mal gobierno y la corrupción: España lleva a rastras su existencia con mucho dolor y mucho esfuerzo; y, al igual que ocurre con brazos y piernas que son los primeros en acusar la torpeza, así este apartado pueblo ha sido el primero en participar de su falta de solidez y mostrar las primeras pruebas de desintegración.

Mientras tanto, yo estuve paseando a lo largo de sus almenas: a veces resbalando entre la alta hierba que ondulaba sobre ellas o atravesando con precaución el umbral de tambaleantes torres que en su día habían soportado impasibles el caminar del centinela musulmán. Llegué a un ángulo desde el que había una vista muy bonita del valle por el que el río corría hacia el mar. Un poco más allá, una enorme grieta

impidió mi avance y bajé a *tierra firme*, donde la vista ya se limitaba a unas cuantas chabolas míseras que albergaban una población de atezadas mujeres y niños semi-desnudos. El pueblo, al igual que Palos y Moguer se dice que está poblado por los descendientes de los esclavos que los conquistadores del Nuevo Mundo se trajeron como botín conseguido con sus espadas; y es cierto que los actuales habitantes más parecen mulatos que europeos; pero a falta de una evidencia positiva para sostener esta afirmación, también es probable que su tono oscuro se deba a que por sus venas corre más cantidad de sangre árabe de la normal. De los pocos que encontramos, uno era un pilluelo de unos cinco o seis años quien, como Dios lo trajo al mundo –*en cueros*, como se dice en España; venía paseando calle abajo con el aspecto de un haragán de Bond Street de Londres. Se detuvo al vernos y cruzando sus bracitos, se volvió y me honró con una mirada de la que la persona más elegante se habría sentido orgullosa. Imagino que su inspección fue satisfactoria, ya que, moviendo su cabecita con un gesto de aprobación, continuó su marcha y se alejó de nosotros.

De camino al pueblo, y mientras recorría sus silenciosas calles, Juanito, para convencerme de las antiguas riquezas del lugar, en varios momentos se dedicó a ofrecerme minuciosas descripciones de tesoros de oro, y de no se qué más, que recientemente habían sido descubiertos dentro de sus murallas. Historias de este tipo son tan frecuentes en boca de la gente sencilla de España que yo rara vez les presto atención; pero en esta ocasión, no sé qué fue lo que me hizo pensar que su relato podía ser muy probable. El pensamiento me vino a la cabeza justo cuando estábamos ante una casa que tenía rasgos evidentes de haber sido parte de las antiguas fortificaciones; y como siempre se debe empezar por algún sitio, ¿Qué lugar, pensé, tan apropiado como este, para conocer algo de los tesoros enterrados por sus antiguos propietarios? Al “Dios guarde a Usted” de Juanito le respondieron con el acostumbrado “Pase usted adelante”. Atravesando el umbral de la puerta me encontré debajo de una especie de cúpula, por la que la luz penetraba por una apertura abierta en todo lo alto; la única persona que había allí era una mujer que paró de tejer mientras contestaba a mis preguntas. Yo tenía intención de ir a la casa de “Antonio el Cojo”. El camino que me describió era tan detallado que me quedé completamente desconcertado cuando concluyó, pero por fortuna Juanito se enteró mejor y sin demasiada dificultad me guió a la mansión de “Antonio el Cojo”. “¿Quién es?” fue la respuesta a la llamada a la puerta de Juanito, quien, en aquél momento ya estaba muy entusiasmado con el tema de la búsqueda arqueológica y aporreó la puerta como si se tratara de un asunto de vida o muerte lo que nos había

llevado hasta allí. “Gente de paz” contestamos. Una vez que se aseguraron de esto se abrió una ventanilla en la puerta, –o mejor dicho, la abrió justo lo necesario para permitirle a la negruzca esposa de Antonio reconocer a las personas que con tanta impaciencia había llamado que casi echan a bajo los goznes de la puerta.

La información que nos proporcionó fue muy poco satisfactoria; el dueño de la casa estaba ausente de viaje, y además, le había entregado sus tesoros a un amigo que estaba en Moguer. Como última esperanza, pregunté si allí podríamos encontrar a cualquier otro *virtuoso*; y después de pensarlo durante un momento, nuestra atezada amiga contestó que lo más probable era que el cura pudiese poseer algunas monedas antiguas y otras reliquias del pasado. Así pues, dirigí mis pasos hasta la morada del cura y me detuve delante de una casa cuyo exterior tenía un aspecto mucho más respetable que las que había visto hasta entonces. Las puertas se encontraban cerradas, indicando que sus moradores aún no se habían despertado de la siesta; sin embargo, mi reloj me indicaba que teniendo en cuenta las costumbres del país, el soñoliento señor debería haber abandonado su siesta media hora antes, y los curas, pensé, no deberían ser un ejemplo de pereza para su rebaño de fieles. Así pues, todas estas razones hicieron que mi mano se dirigiera hacia la aldaba y cuando informé al criado del propósito de mi visita, éste me condujo a la antesala. Al poco rato el cura hizo su aparición y en respuesta a mi pregunta relató que varios campesinos mientras estaban trabajando en un campo de su propiedad habían descubierto cerca de la orilla del río una enorme vasija; y que cuando la rompieron para ver qué contenía, aparecieron una gran cantidad de monedas árabes todas de plata. Calcularon que todas pesaban más de una arroba o medida que equivale a veinticinco libras. Como casi siempre suele ocurrir en estos casos, los que la encontraron no fueron capaces de repartirse el botín de forma pacífica, por lo que el asunto llegó a oídos de las autoridades, quienes reclamaron la totalidad; pero como la tierra en la que había sido encontrada era de su propiedad, a él le correspondía una parte que recibió con posterioridad. El cura me enseñó unas pocas y con toda franqueza me regaló una de ellas. Tenía la forma característica de las monedas árabes, era cuadrada y presentaba caracteres árabes (cúficos) y estaba en un perfecto estado de conservación. Expresando mi más sincero agradecimiento le dije adiós al amable y cortés cura –quien como casi todos los de su profesión que yo me fui encontrando con posterioridad, era un caballero en su porte y modales –y a los pocos minutos me encontraba en el camino en dirección a Moguer.

EL VALLE DEL RÍO TINTO

Bordeando el lado norte de las fortificaciones por una pedregosa vereda, descendí al valle del Río Tinto y seguí el cauce del “oscuro río” ya que es esto lo que su nombre significa, entre ricos campos de trigo en los que crecían verdes y exuberantes viñedos, mientras que los pueblos y las torres de sus iglesias que se veían en las laderas daban vida y animación al paisaje. Media legua más allá de Lucena, giramos por una cuesta hacia arriba a nuestra derecha para llegar a un convento, cuyas torres y esbeltos cipreses se podían ver en todo lo alto. Es un edificio que se encuentra en el fondo de un valle y que llama la atención del viajero. Todo el conjunto estaba sufriendo una metamorfosis que su pío fundador jamás hubiese imaginado; había trabajadores que se afanaban en convertir cada una de las dependencias en una casa de campo. Por todos lados las celdas y las capillas estaban siendo despojadas de su monjil reposo y estaban despertando al ruido de la maquinaria que las estaba convirtiendo en dormitorios y salones. Lamenté cuando me enteré que el propietario y su esposa se habían marchado ocho días antes; pero yo fui objeto de un cordial recibimiento por parte del maestro de obras, para quien llevaba una carta de presentación que me había escrito la señora. En otros tiempos, el padre Alonso, como todavía lo llamaban, se había encargado de dirigir los asuntos temporales de la hermandad de la que él era miembro; sin embargo, había visto cómo sus hermanos eran arrojados de su morada, cómo les confiscaron sus bienes y les ofrecían una exigua manutención como compensación cruel establecida por un gobierno que terminó con su fe tan pronto como la situación se hizo difícil y que se preocupaba tan poco por sus necesidades y por la miseria en la que estaban sumidos como de su propio crédito y honor. Sin embargo, no me gustaría que de mis palabras se dedujera que es mi deseo mostrar simpatía por las órdenes monásticas: aquí, como en otros lugares, su existencia había sido la pesadilla del país; y eso estaba tan generalmente admitido por los españoles de toda clase de opiniones que si Don Carlos hubiese ascendido al trono de España, la más enérgica resistencia a su restauración habría sido ofrecida por sus propios seguidores, a los que, con excepción de los consejeros sacerdotales, ellos eran tan odiosos como lo eran para los seguidores del Partido Liberal.

Teniendo en cuenta el gran tamaño del convento, este debió haber sido la morada de una comunidad numerosa y con una gran riqueza. Había tres claustros y todos se comunicaban entre ellos: el primero al que me condujo el padre era pequeño, pero el siguiente era bastante espacioso y muy bien diseñado. En una celda había un montón de enormes tomos apilados que formaban parte de la biblioteca de la comunidad y que evidentemente se consideraban como trastos viejos que ellos habrían considerado un acto de caridad si alguien se los llevaba y se los quitaba de en medio.

Aparentemente el respetable padre no mostraba un gran cariño por ellos ya que me estuvo convenciendo para que considerara míos varios volúmenes que yo estuve hojeando con gran interés: se trataba de antiguas ediciones de los padres y habrían supuesto un tesoro para un bibliófilo; pero la letra impresa y el papel de vitela, aunque yo la contemplaba con la veneración que le confiere su antigüedad, no me infundía el entusiasmo necesario para trasportar alguno de estos volúmenes arriba y abajo por montes y valles durante los próximos tres o cuatro meses, por lo tanto cortésmente rechacé la generosa oferta que me hacía el padre para que me llevase algunos libros propiedad de sus superiores. Sin embargo conservo uno de ellos con sumo cuidado como recuerdo de todos los que jamás volveré a ver. Cuando me disponía a viajar de vuelta a Inglaterra, mientras el barco se encontraba amarrado para emprender la travesía en la bahía de Cádiz, la señora me ofreció una Biblia en latín. Ella con buen criterio pensó que sería mejor recibida por un protestante que todas aquellas obras de conocimientos y tradiciones de otros tiempos rarísimas que había en la biblioteca del convento. La polilla se había comido muchas de sus páginas e incluso en la última, alguna mano había dejado constancia de que sus enseñanzas habían sido en vano contra el cáncer de las esperanzas defraudadas. Incluso en la celda hubo quien dejó que su espíritu escribiera lo siguiente:

Ya es [esta] la esperanza perdida
Y un solo bien me consuela
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.

Cuando atravesé las puertas del convento, había sido una sensación extraña si no hubiese deseado que jamás entrasen allí las penas; puesto que recibí tanta amabilidad por parte de sus nuevos propietarios como para pensar en aquel momento en otra cosa. La historia de la señora además era peculiarmente interesante. Hija y co-heredera de un acaudalado plantador de La Habana, en sus años de in-

fancia y juventud recibió la educación que solían recibir las mujeres allí y que era una educación orientada a la vida de indolencia y frivolidad que se esperaba que ellas llevaran a lo largo de su vida. Sin embargo esto no se correspondía con los gustos de Manuela G., en cuya mente estaba profundamente implantado el amor al conocimiento. En la literatura escrita en su lengua materna no había demasiado como para poder saciar su sed de información, por lo que se dispuso a aprender las lenguas que se hablaban en Europa y en especial inglés como clave para adquirir el conocimiento que su propio país no le podía ofrecer. Las dificultades y el desaliento no contuvieron su espíritu, doblegado como estaba bajo el techo del dueño de la plantación, en la que abundaban los prejuicios, y donde la búsqueda de conocimiento *per se* se consideraba una locura gratuita e infundada; al final, después de un gran esfuerzo llegó a ser profesora de inglés autodidacta, idioma que hablaba con una pureza y elegancia que rara vez he visto a alguien que la pudiese igualar.

En lo que se refiere a su sólida formación sus avances eran proporcionalmente importantes; incluso en Inglaterra, país que presume de tener un gran número de mujeres instruidas e intelectuales, su lugar habría estado entre las primeras. Desde La Habana se retiró a Cádiz después de haber contraído matrimonio con el hombre que había elegido, un oficial de la marina española, y quien a su antiguo linaje añadía la franqueza y carácter abierto que por todos lados parecen formar parte de la naturaleza de los navegantes. Sus hijos se encontraban en Inglaterra recibiendo su educación en un colegio protestante; un paso que ella había dado a pesar de las protestas y duros reproches de sus amigos, para cuyas mentes, forjadas en el espíritu de la moderna liberalidad española, el no tener fe era mucho más perdonable que la inclinación hacia unas creencias distintas a las que imperaban en el país. Pero su gran sentido común le enseñó a que pensase de otro modo, incluso si no había ninguna razón para creer que en este asunto actuaba de acuerdo con las convicciones que no eran exactamente las de sus antepasados. Este tipo de personas son raras en cualquier parte, pero en España, “viven aparte como las estrellas”.

Las campanas de Moguer estaban tocando para el rezo de las ánimas cuando entramos en el pueblo después de haber pasado una hora dando vueltas entre viñedos mezclados con campos de dorado trigo y los restos de pinares en los que estaban brotando una gran variedad de flores. Juanito muy seguro del camino que teníamos que seguir, encontró sin dificultad la posada donde deposité mis pertenencias en el “seguro” y desde allí me dirigí a entregar mis cartas de presentación.

La primera casa a la que dirigí mis pasos fue a la de los Pinzones, los descendientes en línea directa de Martín Alonso Pinzón, el avezado marinero que fue el primero de los de su clase en imbuirse del entusiasmo del genio y en compartir los peligros que les esperaban cuando emprendieron la búsqueda de un mundo desconocido. Al presentar esta familia al lector confío en que nadie pensará que estoy violando la intimidad de la vida doméstica. Por regla general no hay atenuantes para los que de manera irresponsable arrastran hasta sus páginas a aquellos individuos a los que es probable que conozcan dentro de los sagrados límites del círculo familiar; pero es probable que se vean movidos por el hecho de que el mundo no esté dispuesto a perder el rastro de aquellos que tienen un nombre conocido históricamente: los hijos de las personas que la historia ha colocado en un lugar elevado en el templo de la fama son suyos en cierta medida, y en virtud de este nexo sus vidas suscitan cierto interés y sentimos que tenemos cierto derecho a conocer algo de sus fortunas. De cualquier modo, si me equivoco, lo hago en compañía del amable autor de las *Crónicas de la Alhambra*. Fue bajo el techo de los Pinzones donde por primera vez leí la narración de su amistad con la familia, y su descripción de sus respectivos miembros, a los que, debo añadir, se dirigía con sentimientos de agradecimiento y orgullo.

El miembro de la familia para el que yo llevaba una carta de presentación estaba ausente en una cacería de la que se esperaba que volviese esa misma noche. Su madre, por otro lado, puso la casa a mi disposición, pero yo sólo le rogué que me diese la dirección de alguna “casa de pupilos” y después de que me proporcionarse todos los detalles a este respecto, me despedí con la promesa de hacerle una visita formal al día siguiente. Ayudado por un mozo de la posada, encontré la casa; y subiendo por unas estrechas y sinuosas escaleras llegué a una habitación que servía de entrada, de cocina y de pasillo para las otras habitaciones. Aquí estaba sentada la dueña, quien cuando escuchó mi propuesta de alojarme bajo su techo se negó en rotundo, pero que después de expresarle de algún modo mi protesta, conseguí convencerla para que me diese permiso para hospedarme allí, cosa que hizo aunque de muy mala gana. Arrastraron un colchón hasta una habitación cuyo olor a humedad y aspecto de estar llena de telarañas hacía pensar en el tiempo que había estado sin utilizar; colocaron un par de sillas junto a la húmeda pared y mi habitación para pasar la noche estaba preparada. Con lo poco cómoda que era yo había esperado algo todavía peor; y en ese estado de agradable decepción, me fui

a mi lecho, bastante satisfecho de que una jornada a caballo de diez horas sumiría en el más profundo sueño cualquier sentimiento de incomodidad.

A la mañana siguiente, mientras estaba desayunando, entró un joven de aspecto muy atractivo y se presentó como Don Ignacio Hernán de Pinzón. No habíamos cruzado muchas palabras cuando ya habíamos organizado un plan para el día: la primera parte la dedicaríamos a visitar todos los lugares de interés del pueblo y luego comenzaríamos con una cena en casa de su madre de quien él traía una invitación a tal efecto.

El pueblo de Moguer está situado en todo lo alto de una cadena montañosa que limita por el sur el valle del Río Tinto, o Aciger. Se puede describir más como un conjunto de calles bastante largas que salen del centro que como un pueblo construido de forma compacta. Hay poco que pueda interesar al viajero a excepción de la iglesia principal, que tiene algunas tumbas de mármol muy antiguas y sobre las que se ven esculturas que representan figuras de caballeros ataviados con sus armaduras, y una torre construida imitando la Giralda de Sevilla. Por otro lado, nuestra visita a todos los edificios públicos no nos llevó mucho tiempo por lo que para matar las horas entramos en la bodega, o almacén de vinos, de un importante propietario quien, además de sus viñedos, era uno de los pilares de la iglesia de Moguer. Como ya había visto los principales establecimientos similares a este en el Puerto de Santa María y Jerez, estaba preparado a no ver en este nada que fuese superior, mayor o con más variedad de lo que podría haber esperado un extranjero en el pueblo. Allí se podía ver una gran selección de enormes barriles que sostenían en sus hombros, como hicieron tantos Atlantes, camaradas tan pesados como ellos mismos. En algunos rincones había hombres dedicados a sacar de los toneles de fuerte brandy Catalán las proporciones exactas de alcohol, por medio del cual el zumo de uva puro se convierte en esa mezcla conocida por los paladares ingleses como un vino de mucho cuerpo.

Sin embargo, debo confesar que mi sorpresa fue bastante grande cuando el atento padre, después de mostrarme diversos toneles de inferior calidad, me preguntó si yo deseaba probar el San Pedro o el San Pablo. Completamente ajeno al significado de su propuesta contesté al azar, "San Pablo"; y entonces descubrí que a varios de los más grandes el padre les había dado el nombre de sus santos preferidos y que estos nombres se podían leer ya que estaban pintados sobre los propios toneles. Era una forma un tanto extraña de poner de manifiesto veneración

por un santo, pero no era más extraña que la costumbre que había en España hace tiempo de que cuando el país tuvo una flota, de bautizar sus barcos de guerra –artífices de devastación y derramamiento de sangre– con los nombres de San José y La Santísima Trinidad.

Entre 3000 y 4000 barriles de vino de esta zona se envían anualmente a Jerez, donde se utilizan para la fabricación del vino de Jerez. Se utiliza principalmente en la fabricación de los vinos de peor calidad y el sabor peculiar del vino de Moguer se detecta rápidamente y con facilidad en los vinos de Jerez baratos que abundan en el mercado inglés.

Durante la cena conocí a toda la familia de los Pinzones que estaba formada por la señora, su hija, dos hijos, Ignacio e Isidoro (este último ordenado sacerdote), y un hijo de un matrimonio anterior; todos estos son los que sobreviven; y todavía ninguno de sus miembros se ha sentido tentado por la mano de la fortuna a abandonar el techo bajo el que viven en armonía y buena hermandad. Por la tarde estuvimos paseando por la parte alta del valle y contemplamos el paisaje que se abría por debajo. Por aquí, antes de perderse en el mar, corre el río Tinto a través de una extensa llanura que al otro lado se va elevando con suavidad. Hacia la izquierda estaba Huelva, construida en el extremo de una cadena montañosa que corre paralela al valle; por debajo, casi a nuestros pies, se podía ver San Juan del Puerto; y un poco más lejos, hacia la derecha, Trigueros. Cuando íbamos volviendo hacia el pueblo se desató una violenta tormenta sobre nuestras cabezas que nos obligó a refugiarnos en un cortijo de las cercanías que se encontraba habitado solamente por una anciana y su hija, una mujer de mediana edad. Mientras el terrible ruido de un trueno hizo temblar la choza, esta última emitió un agudo chillido, se cayó de la silla y rodó por el suelo con convulsiones. Al poco tiempo, sin embargo, el ataque remitió; pero me dejó sorprendido escuchar las palabras de cariño y afecto que le prodigó la afligida madre a su hija mientras esta estaba inconsciente “Alegría de mi corazón”, exclamó, “¿No vas a hablarme? ¡Oh, hija de mi alma, dime una palabra! Hija de mi alma, soy tu madre, tu madre”.

Al escuchar estas palabras, de carácter tan oriental, nos dimos cuenta de lo arraigado que está el espíritu de oriente en la naturaleza de España: algo fácil de ver en el modo de hablar, las costumbres y formas y sobre todo se puede observar en la fobia al cambio, un rasgo que se da eminentemente en las naciones ubicadas cerca del sol naciente. Uno casi podría imaginar que hay ciertos lazos secretos que unen los destinos y fortunas de España con los de los países de Oriente. [...]

PALOS Y EL CONVENTO DE LA RÁBIDA

Muy temprano a la mañana siguiente nos pusimos en pié para intentar escapar del calor del sol que durante las horas centrales del día era bastante sofocante; teníamos ante nosotros un largo camino a caballo y nuestro siguiente destino eran Palos y el convento de La Rábida, nombres que juegan un papel importante en el difícil destino de Colón. Acompañado por un caballero que también se alojaba en la misma casa de pupilos y por Don Ignacio, me puse en marcha a lomos de un blanco corcel de aspecto un tanto decrepito: la silla estaba hecha a imitación de las sillas inglesas pero tenía estribos de hierro de dimensiones diminutas, que sólo me permitían introducir la punta de los dedos, la bota estaba sujeta como si estuviese dentro de una trampa y era necesario sacarla con la mano. Don Ignacio iba montado en su propio caballo andaluz; las altas perillas de sus albardas estaban ocultas por una infinidad de capas y mantas preparadas para usarlas en caso de que fuésemos sorprendidos por alguna tormenta. El camino hacia Palos va atravesando una zona muy bonita aunque bastante monótona, no obstante de vez en cuando podíamos ver el mar. Una única y larga calle le daba a este lugar el derecho a llamarse pueblo, o mejor dicho aldea ya que esto es lo que era. Está situada al abrigo de un cerro de forma cónica coronado por los restos de antiguas fortificaciones. Girando por una calle transversal de dos o tres casas, nos detuvimos delante de la puerta de una de ellas que se dice haber sido la morada de Martín Alonso, y que todavía está habitada por un descendiente de la familia. No había nada que hiciera referencia a este hecho, y ni por dentro ni por fuera era superior a las otras. Ahora no era más que la casa de un viticultor en la que se podían observar todo lo que se ve en las bodegas, prensas de vino y tinajas, junto con todos los artilugios para la destilación y ebullición.

Los habitantes de este pueblo, al igual que ocurre con los de Niebla, se dice que son descendientes de los esclavos que trajeron los audaces marineros que vivieron aquí antes de trasladarse a Moguer y otros pueblos. Jerez de los Caballeros, un pueblo de Extremadura, también se dice que fue poblado por ellos, y debe haber algún fundamento para asegurar esto en el hecho de que Pizarro y Cortés y la mayoría de sus seguidores, habían nacido en esa región. De cualquier modo, sea cual sea su origen, es innegable que una marcada diferencia distingue la apariencia personal de

los habitantes de Palos de la de sus hermanos andaluces. No tienen la tez morena sino que todos comparten un color un tanto cetrino; sus rasgos son cuadrados y angulosos y su pelo es crespo y muy basto. Puesto que ellos han adoptado el nombre de sus amos, en este lugar se pueden encontrar los apellidos más nobles de España, adoptados por una población que se encuentra sólo levemente por encima del umbral de la pobreza.

El convento de La Rábida está a un poco más de media legua de distancia del pueblo; desde una hacienda, o propiedad perteneciente a la familia de mi compañero, se puede observar su campanario elevándose por encima de los pinos que lo rodean y que no dejan ver el edificio principal. Es difícil poder haber escogido un lugar más apartado o un lugar en el que uno pudiese antes olvidarse del mundo. Con unas espléndidas vistas al mar, corona uno de los extremos de un monte que está orientado hacia el oeste; y cuando lo contemplan los marineros desde sus barcos al pasar, debe sobresalir entre todos los objetos que lo rodean en el paisaje. Ya fuese por accidente o porque fue planificado así, todo estaba en consonancia con el nombre árabe de La Rábida, o el páramo: pinares y arbustos silvestres forman una espesura que rodea los elevados muros; las veredas y caminos que iban hacia allí eran escarpadas y llenas de piedras, y parecía que procedían de lugares aún más agrestes y desolados; no había el menor rastro de cultivos, como si se temiera que cualquier vestigio de la laboriosidad del hombre pudiese recordar al mundo almas que habían renunciado a sus vínculos. Si existía un punto de fuga de la mirada éste era el que se abría al mar, y sus hombres tentando sus traicioneras aguas. El aspecto general del convento era el de un conjunto de elevados muros en los que no se habían tenido demasiado en cuenta la regularidad o las normas de la arquitectura. Pero la entrada porticada tiene mucho más interés que el que tendría si hubiese estado diseñada con las más nobles proporciones. Bajo su humilde arco se detuvo el descubridor del Nuevo Mundo cuando cansado y extenuado por el camino pidió un vaso de agua en la puerta. La conversación que siguió hizo surgir la afinidad con un corazón que estaba dotado con el noble entusiasmo de la genialidad; y cuando concluyó, él debió haber sentido en ese momento, más que en cualquier otro de su vida, que su suerte estaba cambiando. ¡Qué renovadas esperanzas debieron haber tranquilizado la expresión de su frente cuando se disponía a zarpar! ¡Y qué ligeros debieron haber sido sus pasos bajo los oscuros pinares que parecían despedirle con el ceño fruncido mientras se iba aproximando a la puerta!

A continuación se entra en un claustro, en el cual una inscripción daba testimonio de que fue arreglado y restaurado en 1804; una placa absurda ya que desde la expulsión de los monjes y desde que el gobierno confiscara su convento, aquí lo único que se puede ver que queda es el abandono y el saqueo. Era un espectáculo de destrucción vergonzosa. Desde que el gobierno había dejado de ocuparse de este lugar, toda la gente de alrededor se había arrogado el derecho a quitar y extraer cualquier cosa que pudiera compensarles de sus problemas económicos. Habían echado abajo los propios tejados y habían arrancado los suelos para aprovechar las vigas que sostenían las losetas e incluso sin que existieran excusas como esas, la mano de la vergonzosa y gratuita ruina se podía ver por todas partes. En la parte derecha del patio, frente a la entrada, se encuentra el camino que va a la capilla, que es un edificio de construcción moderna. El coro fue destruido y una lápida de mármol en el suelo del altar ha sido levantada por manos sacrílegas con la esperanza de encontrar algún tesoro escondido allí abajo. Este acto dejó al descubierto una bóveda en la que probablemente reposaran los restos del piadoso fundador, antes de que fuesen esparcidos y profanados por la curiosidad sacrílega, ya que al bajar a la bóveda cuando íbamos a tientas pusimos nuestras manos sobre lo que parecían fragmentos de un ataúd en estado de descomposición. Desde la capilla nos dirigimos hacia otro claustro y bajando una escalera, peligrosa por lo deteriorada que estaba, llegamos hasta los pasillos donde se encontraban las celdas de los monjes. Entre todas ellas te enseñan una en la que se dice que estuvo durmiendo Colón durante sus visitas al convento. Si es cierto lo que cuenta la tradición, los frailes habían comprendido muy bien los sentimientos del aventurero.

Sus ventanas se asoman al océano –ese extenso océano tan lleno de misterio y temor para las mentes estrechas que no lo comprendieron, y una inmensidad inexplorada para el limitado conocimiento de su época, pero a través del cual la audaz mirada de su genio supo vislumbrar una senda tan derecha y nítida como la que forman los rayos del sol sobre las olas cuando se pone por el oeste. Esta debió haber sido su habitación; y debe ser cierta la tradición de que la contigua era la que ocupaba su fiel e influyente amigo Fray Juan Pérez de Marchena. Los suelos de esta celda, al igual que los de otras adyacentes, han desaparecido a manos del vandalismo del que hemos visto tantos ejemplos. Aunque, de todas maneras, los artífices de esta barbarie estaban actuando como verdaderos españoles, como legítimos descendientes de los hombres que le pagaron a Colón con la más triste ingratitud y lo mandaron a la tumba embargado por el dolor; ellos ahora han pintarrajeado

un lugar que su nombre había hecho memorable. Los ojos de mi acompañante se llenaron de lágrimas cuando contempló los estragos que habían hecho. Su interés en este lugar era más profundo y cercano que el mío; sus antepasados habían sido compañeros de Colón; y con razón, lleno de orgullo por esa conexión, él sintió un profundo pesar ante el completo desprecio que sus paisanos otorgaban a un lugar que fue una página ejemplar en la historia de su gran benefactor.

Subimos hasta el campanario y, sentándonos en el filo del tejado, pudimos descansar durante un rato contemplando el variado paisaje que nos rodeaba. Frente a nosotros en dirección oeste se veía el mar; a la izquierda todo estaba en sombra por pinares y bosque bajo; en la otra dirección, al otro lado del estuario del río Tinto, la ciudad de Huelva cubría la mitad más baja de una ladera, y valle arriba el río iba serpenteando entre campos de dorados cereales. Además, el día era muy claro y brillante con una suave brisa de poniente. Como nos habíamos agotado mientras estábamos abajo, nos encontrábamos en perfecto estado para empaparnos de algo de la energía que la brisa de poniente había cogido del océano en calma sobre el que flotaba en dirección a donde estábamos. Poco a poco fuimos entregándonos y revelando los sentimientos que esto nos inspiraba; y luego, mientras nos encontrábamos rodeados por este escenario en el que se respiraba la paz y protegidos por un cielo del azul más puro, era muy placentero mirar hacia el río y hacia el mar a los bosques y a las flores, recrearnos al sol y disfrutar con tranquilo gozo, como daba la impresión que estábamos haciendo, la magnífica luz del día.

Cerca del convento, hacia poniente, hay una cala llamada El Estero de Domingo Rubio. La tradición establece que este fue el punto de partida de la pequeña escuadra de Colón en pos de un mundo desconocido. Este momento en su ajetreada profesión –el final de largos años que habían transcurrido en paciente aunque valerosa espera una batalla dolorosamente vencida, y otra amenazante ante él –una batalla en la que contemplaba los elementos alineados contra él, junto a hombres muy intransigentes; este momento, tan lleno de esperanzas y temores, ha sido reflejado por un importante número de nuestros pintores como un tema apropiado para el lienzo, pero pienso que sin que le hayan hecho suficiente justicia; así pues yo mismo comencé a dibujar la escena de la partida. Anclé las tres intrépidas carabelas en la cala y les di un buen viento ya que en sus pintorescas popas la bandera roja y gualda de España ondeaba en dirección al mar y señalaba con impaciencia el camino hacia unas tierras por las que esta insignia fue llevada de forma triunfal. Se habían amoyado las gavias y se habían llevado a cabo los últimos preparativos para

zarpar; pero la tripulación había dejado los muelles desiertos puesto que todos se encontraban en la capilla del convento escuchando con una emoción que les hacía latir el corazón como nunca antes, la última misa que quizás ellos podrían celebrar en suelo cristiano. Una vez terminado el último salmo, una procesión de monjes sale de las puertas, llevando la custodia bajo un palio, bajando hacia los barcos, seguidos por los marineros y por una multitud de llorosos parientes. La tripulación fue subiendo por los costados de sus barcos e inclinándose sobre sus mascarones intercambiaban su silenciosa despedida con la multitud que formaba una fila en la orilla, quienes a su vez, entremezclaban promesas a Nuestra Señora de La Rábida con oraciones para que volviesen sanos y salvos. Sólo falta una persona para completar el grupo; es un hombre de reducida estatura y delgado de constitución cuya despejada frente y profunda y pensativa mirada, junto a lo bronceado de su tez, le daban una expresión de decisión a sus pequeños y delicados rasgos. Se trata de Colón, que se había quedado detrás un tanto rezagado para volver a estrechar una vez más la mano del monje en quien, entre todas las dificultades, había encontrado un verdadero y leal amigo. Por fin se echaron a la mar; el capitán da las órdenes, se hacen virar las velas para buscar el viento y la expedición se pone en marcha.

Al descender de nuestro elevado emplazamiento volvimos a inspeccionar la celda de Colón y a duras penas y con dificultad bajamos por las desvencijadas escaleras a las que ya he hecho mención. Ya en la planta baja me sorprendí al escuchar voces y risas que provenían de la capilla donde hacía poco tiempo todo estaba sumido en el más profundo silencio. Me asomé a mirar dentro y descubrimos que aquella alegría provenía de un grupo de jóvenes de ambos sexos que había llegado desde Huelva a pasar el día aquí. Se habían traído provisiones y estaban repartidos por toda la capilla devorando sus meriendas; algunos sentados en los escalones del altar, otros sobre sus mantas dobladas, pero la mayor parte se encontraban sentados en los trozos de losetas rotas o en elementos que se habían derrumbado y que había esparcidos por el suelo. ¡Una merienda en el santuario de la superstición! ¿Puede ser esta la base de una España monástica y clerical, la tierra de la Inquisición, con sus mazmorras de tortura y sus *quemaderos* –donde los reyes iban con toda solemnidad y pompa a contemplar como quemaban a sus súbditos hasta que se consumían completamente, y soportaban severas reprimendas de los despiadados inquisidores cuando mostraban signos de compasión por las desventuradas víctimas? Ésta de hecho es la misma tierra, pero los poderosos han caído. Ellos son marginados y trotamundos, y estos reductos de fanatismo se han desmantelado o

transformado para usos profanos. Algunos ahora son centros de estudios o museos; otros, fábricas, barracones, hospitales o cárceles. En Sevilla, el lugar de ejecución se encuentra situado sobre los muros de un convento; y yo he visto cómicos ambulantes montar su escenario en el zaguán de otro. ¡En verdad, esta tierra ha cambiado!

Muy poco tiempo fue suficiente para que nos llevaran a la hacienda de la familia en Palos, donde encontramos que nos esperaba la cena y por la noche volvimos a Moguer.

FUGA DE PRISIONEROS EN MOGUER

Unos cuantos días después de esta excursión todo el pueblo estaba alborotado. Siete prisioneros que estaban encerrados en la “cárcel” habían logrado escapar por una de las rejas de hierro por las que entraba la luz en su mazmorra, utilizando una lima que les habían proporcionado sus cómplices. La apertura por la que escaparon era del tamaño de un libro de un octavo y parecía increíble que estos hombres hubiesen podido pasar por un hueco por el que incluso un niño hubiese tenido que atravesar con dificultad. Los más sensatos movían la cabeza al ver esto y lo contemplaban sólo como un subterfugio para evitar preguntas sobre la verdadera forma en la que escaparon ya que lo más probable es que lo hubiesen hecho por la puerta, y que el carcelero hubiese tenido sus motivos para abrirla. De todos modos se veía un excesivo celo para capturarlos; salieron jinetes a toda velocidad y se cargaron las escopetas para dispararles en caso de que éstos opusieran resistencia. Incuestionablemente éste habría sido el destino de dos condenados a la horca, si sus perseguidores les hubiesen dado caza, cuyas instrucciones eran aplicarles una venganza sumarial tanto si se resistían como si no. Esta forma de justicia improvisada es por otro lado muy frecuente en este país, y en gran parte está auspiciada por las autoridades a las que les ahorra un gran número de problemas, sin contar la miserable ración de habas que les dan a cada uno de los prisioneros. De todos modos los delincuentes se libraron por esta vez del destino que les tenían preparado ya que el grupo que salió en su busca volvió a la mañana siguiente sin haber capturado a ninguno y sin ningún tipo de información y suponiendo que habían huido hacia el norte. Este era el camino por el que yo estaba a punto de emprender viaje y todos mis amigos de Moguer consideraban que a raíz de la fuga de estos prisioneros era bastante inseguro y más de uno insistió en que aplazara mi salida hasta que se tuviera alguna información sobre sus movimientos, o que al menos intentase llegar a mi destino utilizando una ruta más larga y que fuese por otro lado. La buena educación me prohibía sonreír ante sus miedos: porque además de que era muy poco probable que unos cuantos fugitivos desarmados y medio muertos de hambre asaltaran a un viajero armado, mi experiencia anterior me había enseñado lo generalmente infundadas que eran estas observaciones, y, por otro lado, si

yo les hubiese prestado atención y las hubiese creído desde que desembarqué en España, mis viajes habrían finalizado en el primer pueblo al que entré.

Generalmente hablando hay dos estados de ánimo en los que cae el andaluz ante la mención de la palabra “carretera”: o se vuelve extremadamente imaginativo o sumamente crédulo; y no estaría mal que, por regla general, el viajero, recibiese con desconfianza todos los comentarios que bajo tales circunstancias seguro que tendrá que escuchar. De todas maneras no hubo forma humana de disuadir a Don Ignacio de que me acompañase parte del camino; el motivo para que él diese este paso sospecho que debió estar basado en su miedo no fuera que yo sufriera algún percance mientras estuviera atravesando los lugares peligrosos que había cerca del pueblo; y como yo no tenía el menor recelo a ese respecto, le supliqué encarecidamente que no se tomara esa molestia que era innecesaria, pero todo fue en vano, su decisión era completamente firme.

ZALAMEA LA REAL, BEAS Y VALVERDE DEL CAMINO

Resultó que a la mañana siguiente muy temprano yo me encontraba de camino hacia Zalamea la Real, acompañado por mi amigo y por Don Francisco F., un caballero que iba de negocios a Beas, un pueblo que se encuentra aproximadamente a mitad de camino del primero. Zalamea fue la primera parada en la ruta que me llevaría a través de la franja montañosa que conforma el relieve de la zona más occidental de Andalucía y por el gran número de caminos de herradura que la cruzan hasta Córdoba sin tener que acercarme a la carretera usual que se toma para llegar a esa ciudad. Este era un viaje que no se podía llevar a cabo sin fatiga y sin privaciones, aspectos estos que yo estaba preparado para encontrar con la esperanza de ver mi esfuerzo completamente recompensado al poder disfrutar de algunas vistas de este agreste paisaje que de otro modo me habría perdido y además así podría también conocer mejor a la gente que, al vivir “alejados del conocimiento humano” les confiere toda la atracción que pertenece a aquellos cuyas maneras de ser son completamente distintas a las nuestras.

Nuestro camino iba subiendo por el valle del río Tinto, entre extensos campos plantados de trigo y garbanzos, parte de los cuales ya habían sido segados y colocados sobre las eras. Esta operación es similar a la que describen los viajeros que van a Oriente, y consiste en construir una zona circular de tierra aplastada en algún lugar que esté muy expuesto a los vientos; se esparcen entonces las gavillas por la era y llevan a varios caballos, mulos o asnos, dando vueltas alrededor del círculo bajo el control de un hombre o de un muchacho. Al pasar una y otra vez con los cascotes el grano se separa de los tallos y después es aventado.

Iba con mi nuevo compañero que había conocido antes en Moguer y cuando me contó su historia ésta me hizo contemplarlo con cierta curiosidad. Era un hombre recio y de baja estatura que se sentaba en su silla de montar con firmeza pese a las cabriolas de su elegante corcel andaluz y a la falta de estribos, que lo más seguro era que él no se dignase a utilizar. Sus modales en general, así como la expresión de su inquieta mirada denotaban que era un hombre que se había ido abriendo paso por el mundo a codazos sin preocuparse de cualquier tipo de revés o de encontronazo que él pudiese haber sufrido. De hecho, su historia es la que

sigue a continuación, historia que no fue en absoluto difícil que él relatase y que hablase de su antigua profesión.

“Señor, ¿ha oído usted hablar de Aguado, el famoso banquero español de París? Bien, él y yo comenzamos juntos a movernos por el mundo con bastante poco, se lo puedo asegurar. Fue durante la Guerra de la Independencia, cuando ambos nos convertimos en proveedores del ejército francés que había aquí y fueron muchos los días difíciles que pasamos juntos tras las manadas de ganado que nosotros juntábamos para ellos. Finalmente los franceses fueron expulsados y Aguado los acompañó a su propio país donde ahora es un hombre importante; mientras que yo, usted ve, sigo trabajando con mucho esfuerzo para llenar el puchero. ¡Ay Señor! él tenía la formación y la cultura que a mí me faltan, y si no hubiese sido por esa carencia yo podría haber llegado a ser millonario como él. Me da rabia, pensar en eso” y acto seguido Don Francisco clavó las espuelas en el lomo del animal haciéndole salir disparado como un potro salvaje. En verdad, su formación se limitaba a unas leves nociones de lectura y la capacidad de hacer una especie de jeroglífico que se podía tomar como su firma, pero a pesar de estas limitaciones, su energía natural y su habilidad lo habían convertido en un acaudalado propietario en su propio pueblo. Él tenía tierras y viñedos y un negocio de envió de vinos a Inglaterra. Las carencias en su educación, sin embargo, eran evidentemente una herida abierta que tenía ya que se refería más de una vez y de manera recurrente a las limitaciones que esto conllevaba. “De cualquier modo” continuó, “mi hijo nunca sentirá lo que yo he experimentado; lo he enviado a Inglaterra donde está obteniendo la mejor educación y formación que el dinero puede conseguir”.

Una hora a caballo nos llevó hasta Beas, después de haber cruzado antes el río por un vado. No había nada que pudiera ser más monótono que la zona por la que avanzábamos lentamente hacia este pueblo. A ambos lados del camino había extensos campos de trigo, monotonía que sólo se veía rota por plantaciones de olivos de un color muy apagado y de vez en cuando zonas de matas o páramos completamente cubiertos de arbustos entre los que unas cuantas ovejas o cabras se afanaban por conseguir lo poco que allí había para subsistir. Un paisaje mucho más agradable para la vista era el que nos proporcionaban las elevadas laderas de un valle por el que iba subiendo nuestro camino; estas laderas estaban cubiertas de viñedos y entre ellos se abrían muchas veredas que llevaban a aldeas cuyos chapiteles sobresalían por encima de las cumbres de las montañas. Aquí Don Francisco se separó de nosotros, pero Don Ignacio que al principio había pensado no seguir

cabalgando, cambió de opinión y decidió hacerme compañía hasta Zalamea. Así pues, sin más dilación proseguimos camino, ya que para hacer un viaje de nueve leguas en un día a través de un territorio tan agreste como el que se abría ante nosotros, era necesario no perder ni un momento para poder encontrar refugio antes de que la noche se nos echara encima. Unas cuantas millas más allá de este pueblo medio en ruinas comenzamos a sentir la influencia de la sierra y cambiamos la interminable llanura que habíamos estado atravesando por una suave pendiente que a cada paso de nuestro ascenso nos revelaba algo nuevo; y para librarnos de la tediosa monotonía de la que nuestros ojos ya estaban cansados, no teníamos más que volver la mirada para disfrutar una serie de vistas cambiantes y maravillosas. Sobre la cumbre de la primera cadena de montañas nos detuvimos para contemplar la perspectiva que se abría ante nuestros ojos y que se extendía en la distancia. Inmediatamente delante de nosotros miramos hacia abajo a una cuesta muy pronunciada que llegaba hasta un angosto valle. Al otro lado teníamos que subir por una empinada y sinuosa vereda muy parecida a la que estábamos bajando y que nos estaba conduciendo hacia el fondo. Hacia la izquierda, este valle llegaba a una zona donde el terreno era muy ondulado y desde donde se podían obtener vistas parciales de los cultivos y bosques que cubrían las zonas más bajas; mientras que más allá a lo lejos se elevaban las azuladas cumbres de la sierra de Aracena, una nube de vapor se mantenía inmóvil sobre cada uno de los picos y seguía el perfil de la cadena montañosa. A la derecha se podía ver en el brumoso horizonte la Sierra de Berrocal, con el mismo velo blanco como la nieve flotando por encima pero sin que en ningún momento tocase el macizo montañoso y que parecía como un fantasma haciendo guardia en los límites de un mundo existente más allá.

Una marcha a través de estos paisajes agrestes es poco más que una sucesión de subidas y bajadas, y estas últimas son vertiginosas. No hay ni una sola carretera en el sentido estricto de la palabra y los caminos de herradura que hay en su lugar, con noble desprecio por la comodidad o por el tiempo, siguen cualquier accidente de la superficie, por regla general descienden las laderas de las montañas por donde estas son más empinadas y cruzan los torrentes por donde es más difícil atravesarlos. Con frecuencia, cuando yo era el primero en llegar al lugar por el que había que cruzar solía mirar hacia arriba a la recua de mulas que bajaba en fila y pensaba en el daño que podría causar el que se cayera un animal: en ese caso y debido a la rapidez con la que se hacía el descenso y al ímpetu de la caída, es probable que hubiese mandado a toda la fila que iba delante rodando hasta el fondo. Cuando

llegamos a la cresta de una montaña a la que habíamos subido avanzando con gran dificultad, vimos de forma inesperada en la siguiente hondonada los tejados de Valverde. El aspecto de este pueblo de montaña era bastante distinto al que suelen tener la mayoría de los pueblos andaluces. Con muy pocas excepciones, el exterior de las casas no había sufrido la manía del blanqueado tan extendida en España, y por consiguiente todas ellas tenían el color original de la oscura piedra rojiza con la que habían sido construidas; esto, junto al tono de sus tejados, hacía que pareciera como si una conflagración hubiese arrasado hacía poco tiempo las calles y le hubiese dado a todo el aspecto apagado y calcinado que ahora tenían todas ellas. Mientras nuestro mozo se encontraba atendiendo a los caballos en la posada, Don Ignacio y yo estuvimos paseando por el pueblo. Por todos lados encontramos sombrías moradas, dignas de mención sólo por su oscuridad y sencillez: nos apartamos de allí con satisfacción para examinar el atuendo de las mujeres que las ocupaban y que era bastante singular.

Una enagua azul oscuro que llega un poco por debajo de la rodilla dejaba ver bastante bien unas piernas y unos tobillos perfectamente torneados que se cubren con unas medias del mismo color y que se adornan con lazos blancos. Los zapatos son del cuero sin teñir que por regla general llevan los campesinos en esta parte de Andalucía. En lugar de la mantilla, un mantón negro cubre la cabeza, por encima del cual a veces llevan un sombrero parecido al que utilizan los cuáqueros. Las mujeres de Valverde tienen fama de ser muy bonitas, y su aspecto no defraudaba su reputación. Sus rostros solían ser claros, un estilo de belleza muy apreciado en Andalucía, cuando a esto añaden rizos castaños y arreboladas mejillas, ellas tienen la suma total de los encantos que a los ojos del majo andaluz, completan la imagen de la belleza femenina.

Mientras íbamos paseando por las calles, por educación intercambiábamos saludos con las distintas familias que estaban sentadas en los trancos de sus puertas realizando algunas de las tareas domésticas de esa forma tan pública puesto que prefieren hacerlo fuera mejor que en el oscuro y lóbrego interior de sus viviendas. El acento con el que hablaban traicionaba bastante a sus antepasados árabes; era fuerte y gutural y muy diferente a la pronunciación lenta y recortada del castellano de Sevilla o de Cádiz, como el inglés de Yorkshire con respecto al de los verdaderos londinenses. En una de las paredes que pude ver ya que habían dejado la puerta abierta –que es como están nueve de cada diez puertas del pueblo– las buenas amas de casa cuelgan para exhibirlos los objetos que piensan que causarán una

mejor impresión en la mente de los que los observen. Entre estos, la selección de brillantes cacharros son los más importantes; mientras que los huecos se rellenaban con imágenes, espejos, estampas de la Virgen y otros cachivaches.

Mientras íbamos de camino volviendo a la posada, llegamos a un edificio cuyas estrechas ventanas y lóbrego aspecto no tuvimos que preguntar qué era para saber cual era su uso; y mi compañero dio la vuelta para poder mirar por una de las rejas por las que entraba la luz y el aire a una de las mazmorras. Dentro estaba todo tan oscuro que no se podía ver nada. Hubiésemos pensado que allí dentro no había nadie si no hubiese sido por una voz que salió de una de las esquinas y que gritó con un tono muy grave “¿Qué hay?” “La Bahía junto a Cádiz” respondió mi amigo con prontitud; y a esto el otro replicó rápidamente “Y también el Puerto”. El lector profano lo más probable es que no tenga ni idea de lo que esto significa y se pierda; por lo que debo apuntar aquí que simplemente era un intercambio de jerga en la que se lanzaban agudas observaciones sobre el otro, y esto se daba por ambas partes. Sin embargo, nuestro amigo de la esquina continuó sus observaciones con una serie de comentarios sobre nuestra apariencia externa; y como en esto tenía mayor ventaja puesto que no lo podíamos ver, el combate era tan desigual que dejamos que siguiera gruñendo soltando sus anatemas en soledad. Él era uno de los siete prisioneros cuya huida de la prisión de Moguer acabo de mencionar. Ellos habían huido hacia la sierra por la misma carretera que habíamos tomado nosotros. Como el cansancio no permitió a este individuo poder seguir el paso de sus compañeros, intentó esconderse en un maizal cerca del pueblo. Sin embargo dio la casualidad que fue visto por un corregidor que le pidió el pasaporte. El otro al principio intentó poner en duda la autoridad del funcionario del pueblo, pero cuando este último envió a un amigo a que le trajese su pistola, admitió al final que no lo tenía y que estaba preparado para ir a la cárcel.

Un camino como este por el que nos acercábamos a Valverde continuaba serpenteando a lo largo de toda la sierra hasta que a la puesta de sol llegamos a Zalamanca la Real. Sin ser un lugar demasiado agreste o sublime, el paisaje tenía un aspecto tan árido y tan solitario que realmente nos impresionó; nosotros por el camino no vimos ni a una sola criatura salvo una que pudimos vislumbrar como un objeto que estaba parado en todo lo alto de un peñasco en la distancia y que estaba apoyado en lo que mi amigo pensó que se trataba de una escopeta. Tanto él como el mozo inmediatamente llegaron a la conclusión de que debía tratarse de uno de los prisioneros fugitivos que habían escapado de Moguer –quizás se trataba de uno de

los vigilantes que estaba reconociendo el terreno para sus camaradas que estarían en los alrededores y en un abrir y cerrar de ojos sus propias escopetas estarían cargadas y preparadas para la acción. Como suele ocurrir, esto fue una falsa alarma; el personaje sospechoso resultó ser un pastor de cabras que estaba cuidando su rebaño y que estaba apoyado en su cayado, y que lo más probable es que se hubiese encaramado a un lugar tan elevado sin otro motivo que su deseo de ver cuanto más mejor de la vida en la soledad en la que sus días pasaban. Sin duda se trataba de un hombre honesto y justo pero vestido como estaba con pieles de oveja de los pies a la cabeza y mirándonos intensamente desde debajo de su curtido sombrero, tenía un aspecto tan salvaje que podría haberse confundido a la perfección con un bandolero. En Zalamea era fiesta, como pudimos comprobar. Sobre los peldaños de una cruz de piedra que había al lado del camino por el que entrábamos, estaban sentadas varias jóvenes del pueblo ataviadas con sus más llamativos vestidos. Una de ellas estaba tocando la guitarra con cuyos sonos otras dos estaban bailando el fandango; pero tan pronto como se dieron cuenta de que las habíamos visto, cesó el baile y la pareja corrió a esconderse entre sus compañeras. Un poco después, mientras íbamos bajando por las empinadas y resbaladizas calles del pueblo pudimos ver otro grupo divirtiéndose con toda la simplicidad de la vida en la montaña. Formaban una especie de procesión y la pareja que iba en cabeza avanzaba con los brazos rodeando el cuello de su compañera y cantando una cancioncilla andaluza a la que el resto del grupo se unía en coro de vez en cuando: nuestra presencia no despertó su timidez y continuaron con la canción, lo más probable es que la letra fuese una improvisación que hacía referencia a nosotros ya que esta es una práctica común en esta tierra de música y canciones.

La situación del pueblo era muy parecida a la de Valverde. Ocupaba el centro de una profunda depresión en la sierra, oculta al mundo y a cualquier vista salvo a los cielos que la cubrían. Estaba rodeada por un cinturón de enormes montañas tan desprovistas de vegetación y tan calcinadas como si la primavera fuese algo muy extraño en este lugar. De hecho parecía como si el verdor que había trepado a lo largo de sus pedregosas laderas se hubiese barrido hacia el pueblo y hacia la pequeña extensión en la que se encontraba: aquí, debido a la exuberancia de la vegetación, la abundancia de acogedores setos y el aspecto general de laboriosidad que se podía ver por todos lados, la vista era tan alegre y animada como la otra era todo lo contrario. El pueblo en sí no era en nada superior a los de los alrededores, pero estaba extremadamente limpio –una característica que tenía en común con

muchos otros pueblos de esta parte de la sierra. No es en absoluto exagerado apuntar que, como se suele decir, se podía comer sin ningún riesgo en los suelos de sus calles. Visitamos la iglesia que no tenía nada digno de mención; pero al salir de ella nuestro amigo Don Dionisio C. estaba esperando en la puerta para darnos la bienvenida a su pueblo natal. Don Dionisio era un generoso agricultor al que yo había conocido en Moguer, y que cuando salió en dirección hacia Zalamea amablemente se había encargado en persona de conseguir caballos o burros para mi viaje a Cazalla; ahora él me informó que había contratado para mí un par de mulos y un mozo que se encargaría de ellos. De todos modos una cordial bienvenida no fue todo lo que la amabilidad de Don Dionisio nos proporcionó; él nos llevó a su casa e insistió en que nos quedásemos allí todo el tiempo que estuviésemos en el pueblo. Era un acto de caridad ante el que lamenté no tener otro reconocimiento más enjundioso que el darle las gracias ya que en verdad, cualquier lugar habría sido un paraíso comparado con la mísera morada, medio establo, medio caravansar que era la posada del lugar.

RÍO TINTO

A la mañana siguiente, muy temprano Don Ignacio y yo estábamos en nuestras monturas al lado de una fuente en los alrededores del pueblo, esperando a un amigo que había prometido acompañarnos y guiarnos a las minas de Río Tinto. Tan pronto como apareció, enfilamos hacia un camino de herradura que iba cruzando por varias montañas cuyas cumbres eran muy escarpadas y agrestes, y además era tan espantosamente malo que había pasado casi una hora y media antes de cubrir todo el trayecto que no era de más de una legua o cuatro millas. Sin embargo desde que nos pusimos en camino, se podía ver el punto hacia el que nos dirigíamos puesto que había una fina columna de vapor que salía de forma ininterrumpida desde aquel lugar y luego se iba extendiendo hacia el sur: este era el humo producido por la calcinación del mineral de cobre antes de ser trasladado a los hornos para su fundición. Cuando nos íbamos acercando a las minas, el paisaje se iba haciendo cada vez más agreste y deprimente; en un punto, al rodear el arcén en una cadena muy rocosa, se levantó ante nosotros una cordillera de un tono rojizo muy intenso en la que todos sus precipicios y peñascos, además de tener formas terriblemente fantasmagóricas, parecían como si estuviesen calcinadas y desgarradas por la implacable acción del fuego.

Un poco más lejos, pudimos ver el pueblo de Río Tinto situado en un angosto valle formado por la continuación de la cordillera que acabo de mencionar y otra igual de alta. En sus laderas crecían algunos pinos de manera desordenada y también había algunas zonas cultivadas que compensaban de algún modo el desolado aspecto de la otra, en la que la completa falta de vegetación parecía ser un estigma para siempre. Lo primero que hice al llegar al pueblo fue llevar una carta de presentación, de la cual yo era el portador, al director de las minas; y tan pronto como aquel señor comprendió el propósito de mi visita, se ofreció a acompañarnos a recorrerlas una vez que hubiese oído misa.

En el ínterin, después de dejarle, fuimos caminando hacia la boca de un pozo del que estaban sacando el mineral. Toda la maquinaria, si es que de hecho merece que la llamemos así, era de lo más burda. Simplemente consistía en un cabrestante en el que había emplazados cuatro hombres que estaban realizando una labor durí-

sima sacando cubos llenos de mineral. Cuando una persona de nuestro grupo hizo un comentario al respecto, el trabajador de más edad exclamó amargamente, “Sí, y para ganar seis reales”; y, en verdad, quince peniques era una retribución mínima para el incesante esfuerzo que requería su ocupación. El director, tan pronto como sus devociones matinales se lo permitieron, nos llevó hacia una puerta en una de las laderas de la montaña sobre la que había colocada una imagen de la Virgen para proteger a todos los que pasaran por debajo. Esta era la entrada para los mineros y para cualquier otra persona. En primer lugar nos encontramos en un largo pasadizo que atravesamos sin ningún problema hasta que llegamos a un pozo, donde ya era necesario descender por una especie de escalera de mano. La galería se encontraba perfectamente seca, a excepción de uno o dos lugares en los que se apreciaba bastante humedad y sobre los que habían colocado algunas tablas.

Esta precaución es absolutamente necesaria ya que el agua de las minas está tan impregnada de sulfato de cobre como para corroer y destruir casi todo lo que llega a estar en contacto. Al descender por las escaleras, nos dimos cuenta de que la temperatura iba subiendo de manera apreciable y posteriormente entramos en una alta y abovedada galería, resultado de años y años de excavaciones. El mineral no se encuentra formando vetas, como suele ocurrir en otras minas, sino que está diseminado en la roca, que aquí forma montañas enteras. De todas maneras, el proceso de extracción es muy simple; no se trata de minería sino de apertura de canteras sin que sea necesaria otra cosa que excavar la roca y enviarla en bloques hasta el horno. Sin embargo, como si se tratase de servir de contrapeso a la facilidad con la que se obtiene, el porcentaje de metal es tan bajo que casi no llega para pagar el trabajo de los mineros; me informaron que el tres por ciento ha sido el máximo obtenido de las rocas más ricas en mineral. En todas las partes de esta espaciosa galería, por encima de nuestras cabezas, y a ambos lados, había bellas cristalizaciones de sulfato férrico; éstas se formaban por el agua que se filtraba a través de las grietas de las rocas y que, extendiéndose sobre la superficie interior, depositaba una finísima capa del más delicado azul y blanco que se pueda imaginar. Un poco más allá entramos en una galería lateral en la que la temperatura era como la de un horno y donde había unos cuantos hombres trabajando sudando por cada uno de sus poros aunque se habían despojado de cualquier prenda de vestir que no fuese estrictamente imprescindible. Su aspecto ojeroso y demacrado y sus músculos debilitados eran suficientes para darnos cuenta de lo insalubre de su ocupación y lo cara que estaban pagando su existencia. La principal atracción de la mina, sin embargo,

es su río de sulfato de cobre, sin el cual es cuestionable si no se habría abandonado la explotación. Las aguas fluyen de la mina desde dos o tres puntos distintos y se recogen un poco por debajo del pueblo formando una corriente hacia la que dirigimos nuestros pasos para poder contemplar la silenciosa formación del cobre por un proceso que debemos a los avances de la ciencia. A lo largo del lecho del río se había colocado una artesa de madera sobre la que fluían las aguas. Sobre la artesa se colocan planchas de hierro. Por afinidad química es innecesario explicar que las partículas de hierro se corroen tanto como para ser reemplazadas por las de cobre, que, una vez que se refinan, dan entre setenta y ochenta por ciento de metal puro. Tan pronto como se observa que una plancha está completamente trasmutada, se quita y se sustituye por otra de manera que el procedimiento esté continuamente funcionando. Nuestro guía levantó una de las tapas colocadas para evitar que sustancias extrañas caigan sobre las artesas y nos mostró para que lo viésemos el cobre en el fondo, manteniendo la forma original de las planchas de hierro, y por la fuerza de la corriente tan bruñido y brillante como sería imposible que se pudiese hacer a mano. Al coger un trozo en la mano se desmoronó convirtiéndose en polvo, y cuando estaba seco, era difícil distinguirlo del óxido de hierro. El agua, casi no es necesario decir, era intensamente ácida, de ahí que este río se llame el “agua agria”. Más abajo, se utiliza para mover una rueda que se emplea en la fundición, en la que toda la maquinaria estaba construida de la forma más simple y más rudimentaria. Una parte considerable del cobre se envía a Sevilla donde se utiliza en la fundición de cañones y una cantidad un poco menor va a Segovia con el fin de que salga en forma de monedas. El principal obstáculo, sin embargo, para la explotación rentable de la mina radica en la escasez y consecuente carestía del combustible. La madera que se utiliza principalmente, aunque no es la única, es la madera de pino que se trae hasta la mina a lomos de acémilas desde bastante distancia: los lugares más cercanos para conseguir este tipo de madera se agotaron hace ya mucho tiempo mientras que el espíritu falto de previsión tan característico de este país no se ha molestado en plantar bosques en el lugar que han dejado vacío los árboles que el hacha ha echado abajo. Recientemente ha subido el precio de la madera debido a la gran distancia desde la que tiene que ser transportada; y si se diera el caso de que hubiese otra subida, el efecto sería completamente ruinoso para la mina. Montando nuestros caballos seguimos las curvas del camino hasta que este nos llevó a Planes donde hay una fábrica de sulfato ferroso cristalizado llamado *copperas*, cuya fabricación se realiza por medio del hervido y evaporación del agua agria. Aquí en el otro edificio todo era primitivo y rudimentario; el combustible era la maleza

de los alrededores. Echaban haces de leña de vez en cuando bajo algunos peroles de cobre en los que se calentaba el líquido; en otra esquina, había algunas cubas provistas de una serie de palos sobre los cuales, cuando se enfriaban se cristalizaba el sulfato ferroso.

PLANES

Planes está situado, o mejor está colgado, sobre la ladera de una montaña que tiene mineral en sus profundidades. Desde allí continuamos al lugar en el que se encontraban las antiguas explotaciones mineras a través de una estrecha vereda, donde un tropezón o un paso en falso de nuestros caballos podría haber enviado al desafortunado jinete hacia abajo por un barranco hasta el lecho del río Tinto, a varios cientos de pies por debajo. Estas minas están situadas en la parte de atrás de una cordillera, muy cerca de las explotaciones modernas. Cuando la vereda se iba aproximando a ellas estaba bordeada a cada lado por alcornoques que rodeaban campos plantados de cereales a punto de cosechar y finalmente giraba entre inmensos montones de escoria y escombros que se levantaban lúgubres y oscuros sobre la exuberante escena.

Hay que reconocer que la gran cantidad de montículos de escombros atestiguan la antigüedad de las minas y los denodados esfuerzos de generaciones pasadas.

Además había otros vestigios en los restos que habían llegado hasta nuestros días de la antigua Bética, puesto que aquí hubo hace tiempo una ciudad romana, que debió su existencia a los tesoros minerales de la montaña. Estos restos, en su mayor parte, consistían en grandes bloques extraídos de la piedra rojiza que abunda en los alrededores, mezclados con fragmentos de columnas caídas. Muy cerca se encontraba la entrada a las antiguas minas que era como una caverna. Nosotros no teníamos manera de determinar la fecha exacta o quienes fueron los primeros que extrajeron el mineral, pero, de cualquier modo, a raíz del descubrimiento en una de las viejas galerías de una inscripción al Emperador Nerva, podemos hacernos una idea de la antigüedad del pueblo cuya población estaba formada por mineros romanos y que tuvo su declive con la caída del Imperio Romano. Cogiendo otra vez la misma vereda, seguimos la misma ruta hacia Zalamea a donde llegamos alrededor de las tres, y sin pérdida de tiempo Don Ignacio decidió que continuaríamos para llegar a Valverde esa misma tarde. Nuestra despedida fue, eso espero, algo que ambos lamentamos; ni antes ni desde entonces volví a encontrar a alguien parecido en Andalucía por quien sentir un sentimiento de amistad tan profundo y

viril, y tampoco a alguien que despertara en mí tan rápidamente confianza y amistad; y aunque nuestra relación había sido muy corta, me sentí al despedirme de él, como si acabara de despedirme de un viejo amigo.

LA POSADA DE CAMPOFRÍO

A la mañana siguiente muy temprano me puse en camino en dirección a Aracena, el pueblo más al norte de los que yo tenía intención de visitar en estas sierras. Nuestro camino durante casi una legua era el mismo que habíamos recorrido para llegar a las minas, pero cuando nos íbamos acercando a ellas, mi mozo echó hacia la izquierda, y luego nuestra vereda fue rodeando una cordillera en la que se podían ver los devastadores efectos del fuego. Todo el paisaje era la viva imagen de la más terrible desolación, y, aunque ahora todo permanecía en silencio y en un lúgubre reposo, todavía se podían ver infinidad de vestigios de horrible destrucción que hacían que no pudiésemos dejar de pensar en el periodo en el que todos esos enormes macizos brillaban candentes y la propia sierra se tambaleaba entre los movimientos convulsivos de la naturaleza. Por todos lados las rocas estaban fragmentadas y destrozadas y en ellas se podían ver una gran variedad de colores ocres, mientras que en muchos sitios la vereda pasaba por debajo de riscos de un color rojo sangre intenso, sin que en ningún momento se pudiese ver ni una sola mancha de verdor. De todas formas la transición fue de lo más inesperada y bienvenida, cuando, al otro lado de la montaña, contemplé un rico paisaje muy fructífero y lleno de esplendor –una ondulada extensión cubierta de campos de trigo y de alcornocues. Este fue el aspecto del paisaje durante horas, hasta que al ascender por una cuesta allí apareció ante nuestra vista el castillo de Aracena: sus enormes muros marrones ocupaban la cumbre de un elevado pico desde el que, lo mismo que desde el centro, una sierra a cada lado se extendía en el horizonte azul. Lo perdimos de vista tan pronto como descendimos unos cuantos pasos por una boscosa ladera, en cuyo fondo el pueblo de Campo Frío apareció de forma inesperada. Rodeado de árboles, y siendo sin lugar a dudas el más pintoresco de todos los pueblos que yo haya visto. Dirigimos nuestros pasos hacia la posada, para tomar allí el almuerzo. Era una cabaña miserable y el dueño era un hombre bajo, recio, y de facciones muy duras con el que nos habíamos cruzado mientras estaba holgazaneando en la puerta de la casa del vecino y quien apareció apresuradamente para recibir a sus huéspedes. ¡Para recibir a sus huéspedes! ¡Ay de ellos!, escasa es la bienvenida que le tiene reservada cuando, un tanto desfallecidos y cansados, llegan a la puerta abierta de la venta o la posada. Ellos entran: si el posadero da la casualidad que está de buen humor,

es probable que se digne a echarles una mirada, o quizás les pregunte de dónde vienen e incluso a veces llega a mostrarles dónde pueden llevar sus animales: pero, sin embargo, como suele ocurrir, si su humor no es de los mejores, él se sienta en la puerta aparentemente sin inmutarse de la llegada o la salida de los extranjeros, o de cualquier otra persona sólo pendiente de sus movimientos mirándolos con gesto huraño. Todo esto sería una nimiedad que no merecería ni un momento de mi descripción, si no estuviera unido a una descarada granujería y extorsión así como a una mezcla de falta de cortesía y abuso algo difícil de digerir.

De todos modos, mi posadero de Campo Frío pertenecía a los mejores de su clase, y antes de haber pasado diez minutos bajo su techo yo ya me reprochaba ciertas referencias poco caritativas que había hecho acerca de su exterior poco atractivo. Mientras me señalaba le preguntó al mozo: “¿italiano?” “No”, contestó el otro, “¿inglés?” “¡Ah!” continuó, volviéndose hacia mí, “Yo hablo inglés”; y a renglón seguido, como si esto fuera un peso que llevase sobre su conciencia, del que tenía que liberarse comunicándose conmigo, procedió a desvelarme su historia. Esta, tengo que reconocer, era una historia llena de incidentes. Había servido como soldado en la Guerra de la Independencia y en una de las desafortunadas derrotas que sufrió el ejército de su país, fue hecho prisionero por los franceses, lo que le indujo a entrar a su servicio él prefirió no decirlo, pero, de cualquier modo, fue sacado de España y participó en las primeras batallas de las campañas rusas. Afortunadamente para él, desertó uniéndose a los rusos ocho o diez días antes de la quema de Moscú y de la desastrosa retirada hacia el Vístula, pero, como no le gustaba estar al servicio de sus nuevos jefes, pidió que lo enviaran con los ingleses. Le concedieron su petición y a su debido tiempo llegó a Inglaterra, donde fue colocado en un destacamento de españoles en algún lugar cerca de Londres. Allí permaneció durante casi un año, y por fin fue devuelto a su país de origen a través de Gibraltar. Aunque era prisionero durante todo este tiempo su recuerdo de Inglaterra parecía ser bastante agradable. Elogió mucho el tratamiento que le dieron a él y a sus otros compañeros cautivos; y en particular insistió lleno de satisfacción en los días en los que su ración de pan y carne era más abundante de lo que él podía devorar, tanto que me dio la impresión que casi deseaba que esos días volvieran aunque fuese a expensas de su libertad. Todo esto lo estaba narrando en español, ya que el inglés de mi posadero se había acabado antes de que unas cuantas palabras hubiesen salido de sus labios; de hecho, con todo lo ridículo que era, no era poco el orgullo que él sentía con respecto a su nivel de competencia y como pude observar, él era considerado un

prodigio del saber por una audiencia llena de admiración compuesta por su esposa y sus hijos.

Mientras tanto, mi mozo había sacado todas nuestras provisiones y las había colocado sobre una mesa tan baja que no había forma de que unas piernas humanas tuvieran sitio para meterse debajo, y con mucha circunspección comenzó a preparar un gazpacho. Este es un mejunje andaluz –el plato nacional *por excelencia*. Marcos sacó un par de cuernos –uno lleno de aceite y el otro de vinagre y un panecillo, y comenzó a machacar un poco de ajo en un recipiente de madera que a su vez había sacado de su alforja. A esto le echó un poco de aceite y de vinagre, un par de cebollas que previamente había troceado y por último desmenuzó dentro unas rebanadas de pan de tamaño considerable; se añadió agua hasta el borde, y con esto finalizó la obra de arte del cocinero. Me ofreció que compartiera con él este sabroso revoltijo, pero media docena de cucharadas fueron suficientes para satisfacer mi curiosidad y preferí el pan seco y la carne que teníamos. Viendo esto, mi anfitrión me invitó a compartir la comida que él se había preparado y que estaba colocada en una mesa tan baja e incómoda como en la que yo estaba sentado. Inútilmente me esforcé en excusarme, manifestando que no tenía hambre; de forma que no pensara que yo estaba despreciando su hospitalidad; y todo eso. Mi posadero no estaba dispuesto a aceptar ningún tipo de negativa y cualquier otra cosa la habría tomado como una ofensa a sí mismo; por lo que, con cierto recelo me levanté y me coloqué frente a él. Entre nosotros había un cuenco que contenía un líquido de color oscuro –el caldo negro de Esparta no era más repugnante– y flotando en la superficie había varios trozos de carne; de vez en cuando mi anfitrión metía la mano, que con toda probabilidad el agua no había tocado durante un mes, en aquel mejunje en busca de otros trozos que permanecían ocultos a la vista. A su lado había una cesta que tenía pan, huevos y otros comestibles que él había sacado y me había colocado delante con el aire de un hombre que había visto el mundo. Echó una mirada de desprecio al tenedor con el que yo atrapé uno o dos trozos de los que había flotando, y sin lugar a dudas se debió quedar maravillado ante la vacilación con la que me los tragué; pero, como buen ciudadano del mundo, él no dijo nada y me dejó que terminara con el pan. Al partir, me quedé completamente sorprendido cuando tenazmente rehusó aceptar cualquier gratificación para lo poco que nosotros habíamos pedido. “No, no”, dijo, “usted es inglés y no aceptaré nada de usted puesto que yo comí el pan de su país; y, además, si usted vuelve a pasar por aquí, yo le daré unas letras para un primo mío que vive en la Plaza (*i.e.*

Gibraltar), y tiene un puesto en el destacamento como encargado de abastecimientos y por mí, estoy seguro que le colmará a usted con todo tipo de atenciones". Incluso mi intento de dar disimuladamente una peseta a uno de los niños también fue firmemente rechazado; y dejé su techo, contento de haber aprendido que el mezclarse con el mundo no siempre lleva a que se extingan los mejores sentimientos de nuestra naturaleza.

ARACENA

Bajando la ladera en la que se encuentra el pueblo, cruzamos un valle cubierto de encinas y lentamente fuimos subiendo la montaña que teníamos enfrente. De este modo íbamos avanzando con penosa dificultad entre los laberintos de una agreste cadena montañosa, con nuestras mulas que iban subiendo lentamente las escarpadas cuestas por veredas que serpenteaban hasta las cumbres y que luego bajaban por el lado opuesto con paso cauteloso. Después de pasar tres horas avanzando como tortugas, nuestra llegada a Aracena la anunciaban una gran cantidad de árboles que bordeaban el camino y campos de cereales que salpicaban las laderas de la montaña. La vereda que iba subiendo, coronada por el castillo de Aracena, iba entre cercas y altos muros cuyo aspecto nos recordó los senderos y los setos de Inglaterra. En Andalucía por regla general no hay otra separación entre campos y propiedades que la que se hace con rudos caballones de tierra, en los que el aloe y la chumbera, con su panoplia de pinchos y espinas, hacen que hombres y bestias no se atrevan a pasar. Si estos setos están bien cuidados no hay cercas más eficaces; pero el cuidado del agricultor termina generalmente una vez que al principio ha formado el cercado, y este se deja que prospere o que se seque dependiendo de lo que decida la suerte, y de ahí que el panorama usual que ve el viajero por todos lados cuando va inspeccionando una zona cultivada es verla salpicada de aloes solitarios que marcan los lugares donde en su día hubo una cerca. Sin embargo aquí lo que se veía era lo contrario. Se observaban por doquier señales de que todo estaba muy cuidado, tanto en lo que respecta a los setos como a los cultivos; y después de haber visto por todos lados que los dones de la naturaleza en esta zona tan fértil y tan rica eran del todo inútiles debido a la apatía de sus gentes, era una visión alentadora encontrar en lugares en medio de las sierras, pruebas de trabajo y laboriosidad similares a aquellas por las que en mi propio país se hace frente y se superan los obstáculos de un clima y un suelo ingratos.

No había nada que pudiera ser más pintoresco que la situación del pueblo cuando apareció ante nuestra vista desde el camino por el cual nos estábamos aproximando. Se encuentra en una aislada hondonada de las montañas, formada por el cerro en el que estaba el castillo y otro cerro de altura semejante a poca distancia, y por todos lados estaban rodeados de boscosas laderas. Todavía más alto había

escarpadas crestas sobre las cuales debían bramar las ráfagas de viento aunque sus voces difícilmente podrían descender al aislado rincón en el que se levantaba el pueblo de lo profundamente escondido que estaba entre las montañas que lo rodeaban. En un momento atravesamos las calles, que aquí, al igual que en todos los otros pueblos y aldeas de la sierra, estaban sorprendentemente limpias y nos detuvimos delante de la posada que resultó ser la mejor que yo haya encontrado hasta ahora fuera de Sevilla, puesto que, además de que podía presumir de tener una o dos habitaciones decentes, no olvidaban en absoluto ocuparse de la comodidad del viajero.

Mi posadero, aunque no se podía decir tuviese proporciones de buen mozo, ya que la menor ráfaga de viento podría haberle hecho volar, estaba dispuesto de corazón a ser complaciente y cuando le pregunté por la posibilidad de encontrar un guía que me acompañase a los lugares de interés del pueblo, él se ofreció gustoso a realizar este servicio. Nuestra primera visita fue al castillo, cuyos torreones había estado contemplando durante la mitad del día; y después de una empinada subida nos detuvimos bajo sus muros. Cerca de la cumbre hay una iglesia, en la que todo parecía indicar que para su construcción se habían aprovechado parte de las antiguas fortificaciones, pero cuyo interior ponía de manifiesto un estilo de arquitectura gótico temprano. Cuando nos íbamos aproximando el guarda se encontraba sentado en los escalones –un venerable anciano, cuya barba flotando al viento y su estrafalario atuendo unido a la vara que llevaba en la mano, concordaban a la perfección con el título de ermitaño por el que mi guía se dirigió a él; en otros tiempos podría haber pasado por un peregrino que se hubiese detenido aquí para descansar antes de reemprender su agotador camino a cualquier otro lugar sagrado.

Desde la cumbre se abría ante la vista un variado y extenso paisaje. Hacia el sur se extendían una sucesión de llanuras y valles, con su fructífero suelo cubierto de vegetación; y más allá, en la distancia, una jungla de sierras sobre cuyas gigantescas crestas estaba cayendo rápidamente la oscuridad de la noche. En dirección opuesta el pueblo se extendía a nuestros pies, aparentemente esforzándose por mantenerse a la altura de la cadena montañosa que corre paralela a esta en la que estábamos, y cuando las montañas se quedaban atrás, aparecían largas hileras de calles que rellenaban los espacios que quedaban entre medias.

Por detrás de la iglesia mi guía dirigió mi atención hacia un arco de ladrillo construido dentro de la roca y que presentaba indudables rasgos de ser muy antiguo. En

todo lo alto de los pilares, sobre los que descansaba el arco, era posible descubrir algunos restos de decoración escultórica, aunque tan borrada por la acción del tiempo como para hacer que cualquier forma o letra no fuera más que una pura conjetura. “¿No cree que esto parece la cabeza de un toro?” dijo mi guía, señalando una de las tallas que consistía en unas cuantas líneas marcadas sobre la superficie de la lisa piedra. Con cierto grado de ayuda de mi imaginación descubrí el parecido; y entonces, él continuó diciendo, “¿No parece que esto sea el rabo?” De todas formas, si eso era realmente un rabo, era tan probable que pudiese ser de un pavo real tanto como de un toro, y así se lo sugerí a mi posadero, pero él, con verdadero fervor de arqueólogo rechazó mi observación por ser concebida con un espíritu lamentablemente escéptico. Luego procedió a narrar como en relación a este toro había una antigua profecía que decía así: “Enfrente de este toro hay un tesoro”¹¹: “pero si se encuentra a una milla o a una yarda de distancia, la profundidad o la forma en que se pueda encontrar, no hay nadie que lo pueda decir” añadió mi guía. Si mi posadero hubiese puesto tanta imaginación en lo que respecta a la interpretación de la profecía como puso en descifrar este monumento del pasado, podría haberse dado cuenta de que el tesoro que hay enfrente no es otro que el rico y fértil campo sobre cuyos viñedos y tierras de pastos, campos de cereales y olivares la vista no podía recorrer sin reconocer en ellos una fuente de riqueza bastante más perdurable y lucrativa que los tesoros ocultos de oro y piedras preciosas; pero influenciado por el espíritu de sus compatriotas –personas que pasarían días o meses excavando en busca de fortunas enterradas, con la esperanza de conseguir la riqueza por medio de un golpe de suerte más que por el difícil camino del laborioso esfuerzo –él era incapaz de adivinar otro significado en la tradición más allá del que ofrecía su lectura literal y su propia fe infinita en la existencia de tesoros enterrados bajo el suelo.

Del propio castillo no quedaban nada más que algunos paños de desmoronada muralla y baluartes en ruinas que servían para atestiguar que esta una vez había sido una plaza fuerte de gran importancia. Como fortaleza moderna, no hubiera servido para la más mínima defensa; pero teniendo en cuenta el esmerado cuidado con el que los moros mantenían sus fortificaciones y la gran cantidad de torreones cuadrados que defendían cualquiera de los puntos accesibles, era obvio que con anterioridad a la época de las guerras modernas, debió haber jugado un papel im-

11 Al Pilar del Toro, situado en la actualidad en la Plaza Nueva de Granada, se le atribuye la misma leyenda que tradicionalmente hemos visto recogida en varios relatos de viajeros del siglo XIX cuando este pilar estaba situado en la Calle de Elvira.

portante en el destino de las zonas circundantes. Todavía se mantenía una costumbre, probablemente coetánea con la construcción de estas murallas, y con la ruina que sufrieron sus fundadores cuyas cabezas se cubrían con turbantes. Todas las tardes, a la puesta de sol, se enciende una luz en la torre de la iglesia que corona la parte más baja de esta plaza fuerte; esta luz se mantiene hasta que amanece y está dedicada a la Virgen, que debido a esta costumbre se llama “Nuestra Señora de Guía” Es la protectora del viajero al que se ha hecho tarde, a quien esta torre, que proyecta su luz a leguas de distancia a través de las sombras de la noche, se eleva como un bastión para guiar sus pasos, al igual que ocurre durante el día, ya que el viajero se guía por los torreones del castillo que se pueden ver con claridad mucho antes de que alcance el pueblo que se encuentra en su base.

A la mañana siguiente, hice el recorrido de todas las iglesias del pueblo acompañado por un caballero para el que tenía una carta de presentación. En varias se podían ver buenos cuadros, aunque tristemente oscurecidos por la espesa capa de polvo que los cubre al igual que ocurre con cualquier otra obra de arte que hubiese escapado de la manía del blanqueado tan común entre los sacristanes. En la sacristía de la iglesia parroquial hay un retrato de Arias Montanas [*sic.* por Arias Montano] que había nacido en un pueblo a unas dos leguas de Aracena.

Uno de los castigos que debe pagar el viajero por permitirse el lujo de ser curioso en este país es que en general, los últimos objetos que nos muestran son los que realmente son merecedores de ser contemplados. Al entrar en una iglesia el sacristán inmediatamente te lleva de forma apresurada hasta el Altar, a la espera de ver como te sientes paralizado por el éxtasis ante cualquier horrible imagen de la Virgen –una cosa de madera policromada, cubierta por ornamentos de bastante mal gusto y en lo que a calidad de la obra de arte se refiere, bastante inferior en gusto y ejecución a cualquier espécimen de belleza femenina con los que se decora cualquier perfumería. Con el mismo entusiasmo te conducen a examinar los objetos sagrados para los actos religiosos y las casullas y ropas de los sacerdotes de la iglesia. Estos últimos los muestran invariablemente con gran sentimiento de orgullo, mientras que es prácticamente imposible arrancarles un momento de paz para poder examinar algunas de las obras de los antiguos maestros colgadas como están en los muros de forma bastante desordenada. Una vez que dimos por finalizada nuestra visita, mi acompañante me llevó hasta su morada y me condujo hasta un estudio donde sacó de un armario una botella de licor de piedra y se dispuso a colocar todo lo necesario para que tomásemos una copa. Estuve contemplando

sus movimientos con bastante sorpresa: las costumbres del país son contrarias al consumo excesivo en cualquier momento del día, y en especial antes del desayuno; y no llegaba a comprender a qué podría deberse hasta que se me ocurrió pensar que mi anfitrión debía ser uno de esos individuos que imaginan, al igual que ocurre a multitud de personas de su país, que desde la hora de la cena hasta la media noche, todos los ingleses, sin exceptuar los que pertenecen a las clases más altas, están en estado de embriaguez; y que, en consecuencia, no habría nada que yo pudiese apreciar más que la oportunidad de permitirme caer en mi vicio nacional. De todas formas pronto se hizo evidente que su suposición era equivocada y que, si mi anfitrión estaba influido por cualquier motivo, este era más bien el deseo de tratar injustamente a un sacerdote anciano que se nos había unido en nuestro paseo y que ahora formaba parte del grupo. Era un triunfo bastante fácil ya que los vicios del pobre hombre estaban escritos en su rostro; y como él nunca rehusaba las veces que le llenaba el vaso su anfitrión, el resultado es fácil de imaginar. En menos de media hora lo tuvo que sacar de la habitación un sirviente; y hay que decir en su honor que, en lo que a borracheras de todo tipo se refiere y en tan poco tiempo, pocos se habrían atrevido a igualarlo. Él estuvo charlatán, jovial, lacrimógeno, amoroso, huraño y finalmente inconsciente. En la etapa amorosa, él avanzó hacia el centro de la habitación disertando con erudición sobre los placeres del amor –un tema bastante extraño para la vejez y el celibato y luego, se volvió de forma repentina hacia el más joven de los que le estaban escuchando, lo besó en la mejilla sin que este pudiera evitar un saludo tan inoportuno. Fue una muestra que me resultó bastante desagradable, no tanto por el lamentable espectáculo que estuve obligado a ver, como por lo despiadado de aquellos que pueden encontrar diversión con la degradación de las personas de edad avanzada; así que me despedí de mi anfitrión y no lo volví a ver nunca más.

El reverendo padre, mientras estaba en posesión de sus facultades, hizo referencia a que la costumbre a la que me voy a referir, prevalecía en un pueblo de las cercanías cuando un joven quería manifestar que pretendía a alguna joven hermosa. Cuando eso ocurre, se dirige a la casa de ella llevando en la mano el largo bastón utilizado por los hombres de la montaña, llamado cachiporra o más corto, sólo porra, y anuncia su presencia llamando a la puerta con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo coloca el bastón al lado de la puerta y él se coloca a cierta distancia exclamando previamente: “¿Porra dentro o porra fuera?” Si se da el caso de que la muchacha esté dispuesta a aceptarlo como su pretendiente ella se acerca y mete

la porra dentro de la casa; pero si es contraria, lo lanza dando vueltas hacia el otro lado de la calle; con lo cual el amante comprende su sino y se va por donde ha llegado, rechazado y desconsolado.

Por la noche mi mozo me informó que un grupo de muleros estaba a punto de salir en dirección a Cazalla con un cargamento de tocino, y conectó esta noticia con su propuesta de que yo debería aplazar mi salida para unirme a ellos e incrementar sus efectivos. “¿Por qué tendría yo que hacer esto?” pregunté. “¿Van armados?”

“No señor” replicó, “¡se trata de que así podremos disfrutar las ventajas de su compañía!”.

Me costaba trabajo percatarme de qué beneficios obtendría al ir con ellos, aunque en este punto tanto mi posadero como el mozo estaban de acuerdo; pero en realidad el motivo de esta petición radicaba en lo archiconocidamente reacios que son en general todos en este país a viajar solos. En consecuencia, después de varios meses de andanzas, yo estaba más dispuesto a aceptar propuestas de este tipo ya que, después de que se me hubiese pasado la novedad de un viaje en solitario, a veces era imposible reprimir el sentimiento de soledad que embriaga el espíritu en medio de lugares tan solitarios, tan silenciosos y tan faltos de vida como el desierto.

Hay algo que domina el paisaje de esta tierra cuyos efectos son difíciles de describir, aparte de decir que impacta como ningún otro escenario; un paisaje duro y al mismo tiempo de melancólica grandiosidad, predominando esta última cualidad incluso entre las vastas y fructíferas llanuras que vas atravesando con lentitud y más especialmente cuando vas serpenteando entre un laberinto de solitarias dehesas, o por las laderas de elevadas y majestuosas sierras. En esos momentos no se mezclan con las impresiones de sobrecogimiento y sublimación que uno siente, ninguno de esos pensamientos edificantes inspirados por la contemplación de la naturaleza a gran escala; por el contrario, el efecto era de algún modo repulsivo y se asemejaba al producido al contemplar un rostro cuando una expresión de maldad se mezcla con nobles facciones.

Mientras por un lado mi mozo me impulsaba a ser sociable, mi anfitrión se dejó caer con el consabido cuento de los atracos y robos en el camino. ¡Maldito camino! dijo, “en esa carretera me robaron 8.000 reales tres hombres y cinco me estuvieron siguiendo todo el camino desde Cazalla con la misma intención”. Sin embargo,

unas cuantas preguntas cruzadas, pusieron de manifiesto el hecho de que este robo ocurrió tres años antes en un momento en que nuestro posadero estaba desarmado, y que desde entonces no se conocía que se hubiese perpetrado ningún tipo de agresión a los viajeros; así pues, a pesar de las advertencias y profecías de ambos, yo dí a entender que estaba preparado para salir solo a la mañana siguiente, y que aunque deseaba verme protegido por los mozos del mulero, no estaba dispuesto bajo ningún concepto en retrasar mis movimientos por su causa.

LA CORTE Y CALA

Antes de que amaneciera ya estábamos abriéndonos paso a través de un laberinto de setos y olivares con nuestros rostros vueltos hacia Cazalla: nuestra vereda doblaba sobre sí misma e iba serpenteando hasta que nos llevó hacia un encinar que tardamos en atravesar más de una hora. Hubiese sido difícil encontrar un lugar mejor para que los salteadores, de los que yo tanto había escuchado hablar ayer, hicieran una emboscada, que entre los barrancos y el abrupto terreno por el cual íbamos atravesando.

Ahora me encontraba viajando hacia el este, manteniendo mi plan original de permanecer dentro de la provincia, separándome de la dirección norte que no había tomado hasta ahora continuando por un camino por el que rápidamente llegaría a los límites con Extremadura.

Durante unas cuantas horas fui bajando de forma gradual de las elevadas montañas de Aracena junto a un riachuelo, cuyas cristalinas aguas corrían a unirse al caudal del Guadalquivir. De hecho este riachuelo nos servía de guía y nuestra vereda lo cruzaba y lo volvía a cruzar más de veinte veces, en uno de estos nos llevó de forma inesperada al pueblecillo de La Corte, oculto entre huertos y encinas. A lo largo de nuestro camino se elevaban a ambos lados las sierras de redondeados perfiles y muy parecidas a las que acababa de cruzar; desde sus cumbres descendían sombrías zonas de sotobosque que se extendían por sus laderas y que se unían en el angosto valle por el que avanzábamos. De vez en cuando llegaban a nuestra vista trozos de brillante verdor, que indicaban débiles intentos de cultivos; pero a excepción de éstos no había otros signos durante un camino de leguas, que fuese una prueba fehaciente de que toda esa zona no estaba completamente abandonada por el hombre.

A eso del mediodía atravesamos el pueblo de Cala que ofrecía un contraste asombroso con los que había en las zonas más elevadas de las montañas debido al estado ruinoso en el que se encontraba, unido a la sórdida miseria que se podía ver en los rostros de unos cuantos desamparados individuos que se asomaron a sus puertas atraídos por nuestra presencia. Llegamos atravesando una extensa y llana zona cubierta de sotobosque y desordenados encinares; mientras que en la distan-

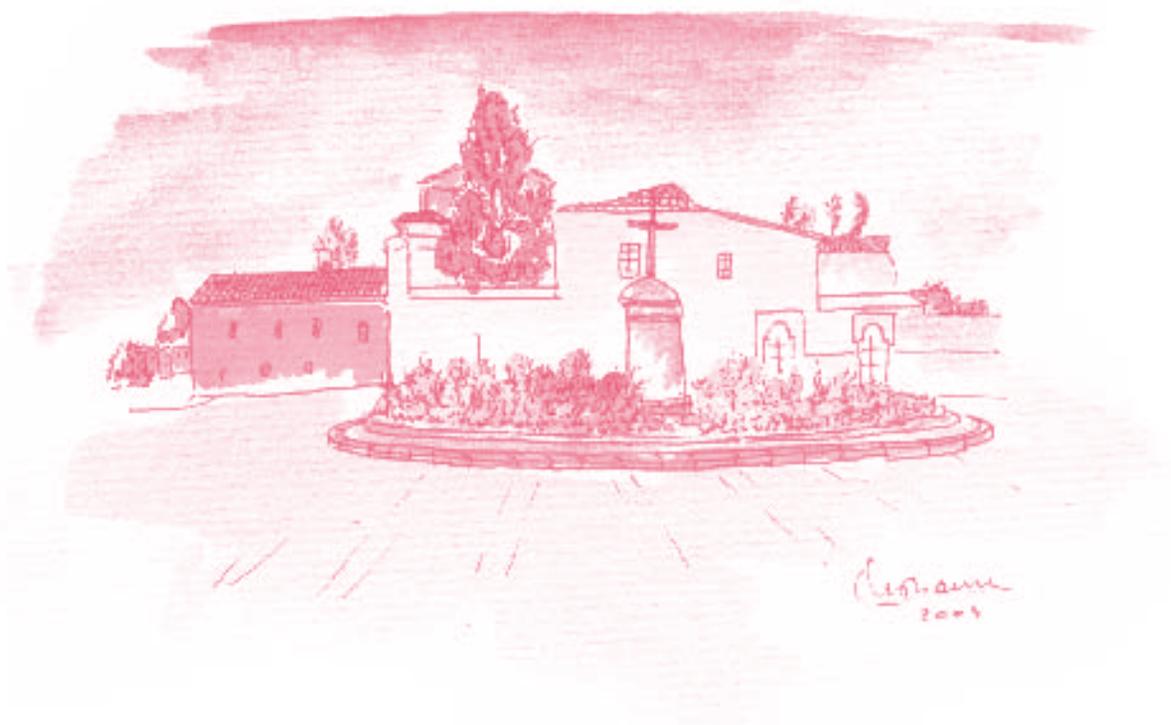
cia otra cordillera que cruzaba nuestro curso anticipaba las fatigas que todavía nos quedaban que soportar antes de que nuestra jornada de viaje llegase a su fin. Nos detuvimos bajo un castaño fuera del pueblo y nos preparamos para almorzar. A las mulas les quitaron sus aparejos y justo cuando cada uno de los animales se vio libre del último de los arreos, se fueron echando sobre la tierra para disfrutar del lujo de revolcarse en el polvo antes de que Marcos les pusiese unas riendas para evitar que estuviesen moviéndose de un lado para otro. Una vez hecho esto, él preparó y estuvo hablando de sus gazpachos y después de fumarse un cigarrillo, se dispuso a echarse una siesta a la sombra del denso follaje que se extendía sobre nuestras cabezas.

Después de una hora estábamos otra vez en nuestras monturas. A poca distancia encontramos la gran carretera que va desde Sevilla hasta Badajoz, carretera que cruzamos, no sin que se despertase en mí cierto sentimiento de envidia cuando contemplé su admirable estado, que me hizo pensar que por allí se podría ir a diez millas a la hora en comparación a la estrecha y accidentada vereda a lo largo de la cual nuestras mulas tenían que ir a un paso tan lento que necesitaban todo el día para recorrer la misma distancia, algo que en la carretera hubiese sido cuestión de varias horas.

H. WILLIS BAXLEY, M.D.
1875

El *Dictionary of National Biography* no recoge la personalidad de este viajero, autor de la obra *Spain. Art-Remains and Art-Realities, Painters, Priests and Princes. Notes of Things Seen, and of Opinions Formed, During Nearly Three Years' Residence and Travels in that Country* publicada en Londres en 1875. No se pueden precisar con exactitud los itinerarios de este autor. Sobre los motivos que le trajeron a nuestro país él mismo nos dice que vino por causa de salud y que permaneció en la península desde el otoño de 1871 a 1874. La obra, fruto de su dilatada estancia, aparece dedicada a George H. Williams, Esq. of Baltimore, al que Baxley escribe al comienzo del libro “Cuando yo estaba en España, usted me escribió: mira y anota tanto como te sea posible de ese país, para tus amigos que no podemos estar contigo...”





MONASTERIO DE LA RÁBIDA. PALOS DE MOGUER

SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA

Todos aquellos que estén interesados en las grandes empresas no deberían irse de Sevilla hacia el norte sin haber visitado un lugar que no se encuentra a mucha distancia y que es digno de mención por el hecho de que fue allí donde ocurrió el accidente –si es que así fue, que llevó a Cristóbal Colón al descubrimiento de América. Cuando ese hombre genial recibió de la Corte Española, que entonces estaba en Sevilla, una negativa casi firme a su ofrecimiento de entrar a su servicio con objeto de encontrar una nueva ruta a la India, él dio la espalda a los que durante tanto tiempo lo habían engatusado hasta el extremo de decepcionarlo, y con intención de buscar los auspicios de Francia, salió rumbo a Huelva, donde vivía un cuñado de su esposa ya fallecida con el que Colón intentaba dejar a Diego, su hijo legítimo.

En *La Vida y Viajes de Cristóbal Colón* de Washington Irving se dice que en su viaje a Huelva él se detuvo a las puertas del convento de Santa María de La Rábida y pidió agua y pan para su hijo. Que, así *por casualidad*, una conversación entre él y el prior, Juan Pérez de Marchena, llevó a este último a tenerlo como invitado hasta que su propuesta volviera a ser enviada para conocimiento de la Corte española –pero esta vez por medio de una apelación directa a la Reina Isabel del prior Juan Pérez, que hacía tiempo había sido su confesor y quien “sabía que ella era siempre accesible a personas que tuviesen su sagrada profesión”. Y fue así de este modo como el digno fraile Juan Pérez de Marchena, profundamente impresionado por la grandeza del plan de Colón y los argumentos con los que él lo defendía, se convirtió, sin duda, en la persona que le proporcionó la gloria de su gran empresa; ya que, como se ha dicho antes, esta nueva petición tuvo éxito.

En lo que respecta a la cuestión de si se trata de una *casualidad* o de un *razonamiento* propio de la capacidad mental tan peculiar de Colón, al traer a colación este resultado, debemos recordar que se dice que él estaba *yendo a Huelva para un propósito concreto y se detuvo en el convento de Santa María de La Rábida en su camino*. Bueno, el hecho es que ese convento no se encuentra en la carretera a Huelva, sino que está a dos leguas y media de ésta en dirección sur, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel. Y no es probable que Colón hubiese ido quince millas –la distancia que hay hasta allí ida y vuelta, desviándose de su camino, sin un

objetivo de mayor importancia que el de conseguir un poco de pan y un poco de agua para su hijo, algo que le podrían haber dado en muchos lugares del camino directo, y *casi tan cerca como la propia Huelva*, la ciudad a la que él se dirigía. Esta visión le quita algo de romance a la narración, pero ofrece un mayor interés a la misma ya que hace referencia a la rapidez de recursos, conocimiento de la naturaleza humana, firmes convicciones, esperanzas, e indomable perseverancia que llevaron al triunfo final de Colón. Y así ha de percibirse, puesto que mientras otros lo habrían interpretado como un fracaso para obtener ayuda española, mientras iba de camino para buscar ayuda en otra parte, él siguió viendo la posible influencia a su favor de la antigua relación del fraile confesor de la reina y decidió que no quedara sin intentar.

El convento, abandonado por sus antiguos moradores, ahora se utiliza como lugar de veraneo de algunos habitantes de Huelva –allí hay una persona que está a cargo de él y quien enseñará al visitante una mesa y un tintero que se dice fueron utilizados por Colón. La forma más rápida para llegar hasta allí es en diligencia o carruaje privado hasta Huelva –unas nueve horas. Luego desde allí, una hora en barco descendiendo por el río Odiel. El pueblo de Palos desde donde zarpó Colón en su primer viaje de descubrimiento se encuentra a media hora del convento subiendo el río Tinto en barco. Hoy no es más que un pueblecillo de pescadores puesto que el río ha perdido bastante profundidad como para que se pueda utilizar con fines comerciales. Huelva ha perdido esto; una gran cantidad de capital extranjero se ha invertido en las valiosas minas de cobre y manganeso que se encuentran en las cercanías.

W.R. LAWSON

1890

Autor de numerosas obras de carácter socio político y económico, entre ellas¹²: *American Industrial Problems*, 1903; *British Economics in 1904*, 1904; *Canada and the Empire*, 1911; *Modern Wars and War Taxes* 1912; *British Railways* 1914; *American Finance 1914-1915*, 1915; *British War Finance 1914-1915*, 1915; y *Europe after the World War*, 1921.

Fruto de un viaje por España, Lawson publicó en 1890 *Spain¹³ of To-day: A Descriptive, Industrial and Financial Survey of the Peninsula* obra en la que ofrece un minucioso relato de la ciudad y provincia de Huelva prestando especial atención a las Minas de Río Tinto¹⁴.

12 Lawson, W.R.: *American Industrial Problems* McClure, Phillips and Co., W. Blackwood and sons, 1903; *British Economics in 1904* Blackwood and Sons, 1904; *Canada and the Empire*, Blackwood and Sons, 1911; *Modern Wars and War Taxes* Blackwood and Sons, 1912; *British Railways* D. Van Nostrand and Co., 1914; *American Finance 1914-1915* Constable, 1915; *British War Finance 1914-1915* Constable 1915; *Europe after the World War*, "The Financial News" 1921;

13 Lawson, W.R. *Spain of Today. A Descriptive, Industrial, and Financial Survey of the Peninsula, with a Full Account of the Rio Tinto Mines*. William Blackwood and Sons, Edimburgh and London 1890.

14 Los capítulos dedicados al suelo y subsuelo de Río Tinto los hemos eliminado del relato por su longitud.





MUELLE DE VIAJEROS

HUELVA

España es el país de Europa menos frecuentado por turistas en comparación con cualquier otro. Esto puede que no sea completamente una desventaja para España, ya que muchos turistas pueden ser de todo menos una buena compañía; pero es una paradoja que merece la atención del Sr. Cook y de otros expertos en el arte de organizar sus propios viajes. ¿Por qué tendría España que ser evitada incluso por el más perseverante de los trotamundos que recorre todos los países? Nadie diría que es un país vulgar y que no merece la pena ser visitado. Al paisaje no se le puede poner ninguna objeción ya que las bellezas de los Pirineos sólo te entusiasman plenamente una vez que has atravesado la frontera española, y los naranjales de Andalucía son tan placenteros para la vista como los de Sorrento. No se le puede reprochar que carezca de interés histórico ya que a cada paso que das te sentirás estremecer con recuerdos y tradiciones de siglos. Vitoria, Torres Vedras, y Badajoz ya no volverán a ser otra vez para los ingleses las soñolientas y viejas ciudades que son en realidad. La lóbrega majestuosidad del Escorial se confunde en la imaginación con la crisis de la Armada española.

Y cuando uno llega al sur aparece como por arte de magia toda una época heroica. Las corridas de toros de Sevilla son un vestigio directo de los juegos romanos. La Catedral de Córdoba es la mayor de las mezquitas musulmanas, con zonas que permanecen exactamente justo como las dejaron los árabes. Menos conocido, pero más memorable que todos estos aspectos juntos es el pequeño monasterio en La Rábida en la bahía de Huelva desde el que Cristóbal Colón zarpó con tres pequeñas carabelas para descubrir el Nuevo Mundo. Este, uno esperaría que fuese el santuario más venerado y frecuentado por el visitante. Todos los americanos, desde los de la Bahía de Hudson a los de Cabo de Hornos deberían volver sus ojos hacia él como un lugar de peregrinación e incluso para europeos *displicentes* este tendría que tener al menos tanto interés como Ginebra o el castillo de Chillón. Sin embargo La Rábida no es un lugar de interés turístico y el viejo monasterio sobre la colina que cambió el destino del mundo está extrañamente abandonado, tanto por el pintor, como por el poeta y el viajero. Sus principales visitantes son unos cuantos campesinos que van allí desde los alrededores y es un campesino igual que ellos el que acompaña durante el recorrido. Él los lleva de un corredor a otro señalando la

celda en la que el gran navegante vivió mientras estuvo invitado por sus amigos los monjes; la sala en la que se discutieron los planes del viaje con las cartas náuticas y el compás sobre la mesa y la capilla en la que se dijo la misa de despedida para él y para sus valientes compañeros.

Después de haber permanecido mirando todo esto con un gran respeto, los atezados campesinos se vuelven a sus casas orgullosos del hombre que le confirió tanta gloria a su país y en especial a su querida provincia de Huelva. A ellos no les importa demasiado que muy pocos extranjeros busquen compartir su veneración por Cristóbal Colón y se acerquen al viejo monasterio de La Rábida; pero, incluso en una época en la que la gente recorrería una gran distancia en busca de nuevas experiencias, no deja de ser desconcertante. Se podría decir como excusa que Huelva era un lugar apartado de las principales rutas, al que es difícil llegar, e incluso aún más difícil vivir en él cuando se ha llegado hasta allí, eso podría ser una especie de razón, o al menos una excusa. Pero no hay nada que se aparte más de la realidad que estas dos suposiciones. En tren, Huelva no está más lejos de lo que está Londres de Pesth, y Huelva tiene una gran ventaja sobre Pesth al tener dos rutas alternativas por mar. La travesía se puede hacer directamente en un vapor de Río Tinto en cinco días y medio o en un barco de vapor correo a Lisboa y desde allí costeanado o en tren por el interior.

Como lugar turístico Huelva tiene un acceso excepcionalmente fácil. Pero, ¿Qué hay de los alojamientos? Esta sería la siguiente pregunta del que organiza su propio viaje y que se siente reacio a abandonar las rutas trilladas. Este tipo de viajero es particularmente escéptico en lo que a España se refiere, puesto que existe una leyenda popular –Dios sabe como ha surgido, de que los hoteles españoles son iguales a otras instituciones españolas– es decir, tremendamente atrasados. Su comida se supone que mantiene el gusto por el ajo y aceite que tenía Sancho Panza; se alude a que sus camas suelen estar bastante superpobladas y a que el mobiliario de sus dormitorios es de una austeridad y escasez árabe. Es sorprendente lo difíciles que son de olvidar las leyendas de los viajeros. No hay nada más complicado de erradicar, a no ser que se trate de la reputación de un hombre que no la merezca. Sin lugar a dudas, todavía existen muchos hoteles españoles muy vetustos y sus clientes lo más probable es que continúen estando bastante satisfechos con ellos. Sin embargo, el viajero muy maniático y exigente muy pocas veces necesita poner en peligro su valiosísima persona en ellos. Incluso en ciudades de segundo o tercer orden en la Península, la actual hotel-manía hoy día ha hecho grandes y rápidos progresos. Madrid

tiene unos cuantos establecimientos hoteleros modernos que pueden alojar entre cien y ciento treinta huéspedes con todas las comodidades e incluso con todo el lujo de Londres o París. Pero todavía hay espacio en Madrid para un establecimiento de primerísima clase como es el Metropole o el París Continental. Los mejores hoteles que ahora existen son sólo buenos y son muy caros en proporción a lo que ofrecen. En las provincias hay casas con unos precios más razonables.

Yo encontré el mejor hotel en la Península en un lugar bastante inesperado, y todavía casi no me he repuesto de la sorpresa que me causó que un establecimiento tan palaciego fuese tan poco conocido. El Hotel Colón o Columbus es uno de los lugares de interés, así como una de las instituciones de Huelva. En tamaño, en organización, en cuanto a mobiliario y sobre todo en cocina, es el mejor que yo he encontrado en España, o de hecho, al sur de París. Los Rothschilds, la Compañía Minera de Río Tinto, los dos ferrocarriles locales –el Sevilla-Huelva y el Zafra-Huelva, todos participaron en la financiación de él; así que si todos ellos no podían hacer un hotel modélico, ¿quién vamos a esperar que lo haga? Se encuentra situado en los alrededores de la ciudad, bastante por encima de la bahía, y cerca de lo que pronto será el principal muelle del puerto. Hay cuatro edificios distintos que rodean un patio de una extensión de uno o dos acres. El edificio del frente está dividido en una serie de suites, de las cuales hay catorce con sala de estar, dormitorio y cuarto de baño en cada una de ellas. Estas están decoradas con varios estilos sin que existan dos iguales, pero todas con un gusto exquisito. La mayor parte del mobiliario fue diseñado especialmente para las habitaciones por distinguidos fabricantes franceses y alemanes. Las habitaciones reales en el Hotel Bristol y otros hospedajes para testas coronadas se pueden equiparar a éste, como también le ocurre al hotel Tottenham Court Road. El difunto Rey Alfonso había oído hablar tanto acerca de su belleza, y por otro lado le gustaba tanto Huelva, que en su última enfermedad quiso ir al Hotel Colón. Razones políticas exigieron escoger otro lugar, pero en Huelva se espera que su hijo pueda, en un futuro no muy lejano, realizar el deseo insatisfecho de su padre

Las habitaciones más lujosas se abren al jardín que hay detrás, a través de un gran patio de suelo de mármol. Este jardín, que está bellamente trazado con macizos de arbustos, macetas, fuentes y sombreados paseos, está cerrado a cada lado por un edificio que contiene las habitaciones individuales y en la parte de atrás se encuentran las zonas públicas, admirablemente distribuidas en un único edificio. El comedor es una sala magnífica que también se puede utilizar como sala de baile

y en estas ocasiones puede dar cabida a casi mil personas. El techo está decorado con diseños de artistas de Sevilla y las chimeneas son de china, todas hechas especialmente en la Real Fábrica de Porcelana de Meissen. Un amplio corredor rodea todo el hall en el cual se encuentran la sala de lectura, la sala de billar, la sala de cartas, etc. Delante de todo este edificio hay una terraza de pavimento muy liso, donde los huéspedes pueden tomar un café después de cenar, contemplar la inconstante luna y oír el canto de los ruiseñores. ¿No le gusta la imagen? Estoy seguro de que le gustaría si la viera.

LA RÁBIDA

Para su próxima Exposición Internacional, los americanos han escogido un tema digno y una ocasión memorable. Van a celebrar el cuatrocientos aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo, pero la ocasión no debería ser menos celebrada en el Viejo Mundo, que al menos de igual manera, también se ha beneficiado de éste. Si fuera a organizarse un programa de este tipo, yo puedo sugerir el lugar más apropiado imaginable para llevarlo a cabo. Las capitales de Europa sin lugar a dudas competirían con entusiasmo por tener el honor de ser la sede de tal acontecimiento, pero existe un lugar insignificante y casi desconocido en el extremo sureste de Europa que es el que más derecho tiene. Aunque identificado con el acontecimiento más importante de la historia moderna, su nombre es muy poco conocido incluso para el que se declara historiador. Es un santuario que atrae a muy pocos peregrinos, aunque hay lugares de interés infinitamente inferior que en comparación están abarrotados. Incluso ni siquiera el omnipresente e irrefrenable turista americano dirige sus pasos a menudo hacia La Rábida. De hecho, ¿Qué saben el noventa por ciento de ellos acerca de La Rábida? La mención de este nombre no provoca ningún tipo de emoción en sus pechos y tampoco le sugiere lo más mínimo a su imaginación. Tanto el Viejo Mundo como el Nuevo parece que han olvidado completamente el acontecimiento que supuso un hito en la historia y que tuvo lugar en La Rábida hace casi cuatro siglos.

El capítulo más interesante de *La vida de Colón* de Washington Irving comienza así: "A eso de una legua del pequeño puerto pesquero de Palos de Moguer, en Andalucía, había y continua habiendo hasta hoy día un antiguo convento de frailes franciscanos dedicado a Santa María de La Rábida. Un día, un extranjero a pie, vestido de manera humilde, pero con aire distinguido, acompañado por un niño pequeño, se detuvo a las puertas del convento y pidió al portero un poco de pan y agua para su hijo. Mientras recibía este humilde refrigerio, dio la casualidad que el prior del convento, Juan Pérez de Marchena, pasó por allí y se quedó sorprendido ante la apariencia del desconocido y cuando observó por su aspecto y su acento que era extranjero, entabló conversación y pronto supo los detalles de su historia. Este forastero era Colón. Iba de camino a la vecina ciudad de Huelva para buscar a su cuñado que se había casado con una hermana de su esposa recientemente

fallecida". Cuando tuvo lugar este afortunado encuentro, Colón estaba a punto de abandonar España indignado y decepcionado lo mismo que había dejado Portugal ocho años antes. Los reyes Isabel y Fernando no lo habían utilizado de forma tan mezquina como lo había hecho el Rey Juan de Portugal, pero después de tenerlo colgado a sus talones durante toda la guerra contra los moros, al final habían roto con él.

¡Qué historia más distinta habría tenido España si no hubiese sido por el sagaz prior del convento de La Rábida, quien en el último momento detuvo los pasos de Cristóbal Colón cuando estaba a punto de partir! El gran navegante podría haberse llevado con él la idea de una ruta hacia la India por el oeste para ofrecerla a una Corte más liberal que habría cosechado la gloria y las ganancias que supuso el haberlo realizado.

Que yo sepa, las nuevas brisas de aventura en su accidentada vida le podrían haber llevado hacia Inglaterra, y habría encontrado unos patrones más incondicionales en los Tudor que en las casas gemelas de Aragón y Castilla. Afortunadamente para España, se evitó el peligro de haber dejado el futuro Nuevo Mundo escaparse entre sus dedos. El prior Pérez no sólo era un hombre de gran inteligencia, sino que también tenía influencia en la Corte puesto que antes había sido confesor privado de la reina Isabel. Le escribió una carta a su majestad, exponiéndole del modo más apremiante la vergüenza que supondría para España desaprovechar una oportunidad, aunque fuese pequeña, de llevar a cabo un proyecto tan noble como el que Colón tenía en mente. Esta carta se la llevó en mano Sebastián Rodríguez, un navegante de confianza de Lepe, quien se había convertido en un partidario entusiasta de los planes de Colón. Esta petición despertó la femenina compasión y la ambición real de Isabel de una forma tan eficaz que ella devolvió una respuesta alentadora. El prior fue llamado a la Corte para consultar con él antes de tomar una decisión y finalmente se despertó tanto su entusiasmo que las objeciones de los insensibles y envidiosos cortesanos se acallaron con la orgullosa y altiva declaración: "Yo llevaré a cabo la empresa con mi propia corona de Castilla y entrego como garantía mis joyas para conseguir los fondos necesarios".

Después de todo, las joyas reales no fueron necesarias para financiar la expedición. El cauto Fernando, aunque escéptico en lo que al plan se trataba, permitió que se le adelantaran diecisiete mil florines de sus arcas para sufragar los gastos de la expedición. Además, él se preocupó de que le devolvieran esa cantidad pagándole

con el primer oro que se trajo desde el Nuevo Mundo y que él empleó en dorar los techos de su palacio en Zaragoza. El propio Colón tuvo que buscar un octavo del capital necesario, cantidad que consiguió de sus nuevos amigos de La Rábida.

Sus majestades Isabel y Fernando, aunque económicamente no eran poderosos, pudieron ofrecerle un valioso apoyo por otros medios. Ellos no escatimaron esfuerzos a la hora de emitir reales decretos solicitando de sus súbditos contribuciones en especie. El pequeño puerto de Palos tenía obligación de proporcionar anualmente dos navíos armados. Ese mismo año estas naves fueron asignadas a la expedición. Los Pinzones, una influyente familia de Palos, equiparon de su propio bolsillo con todo lo necesario, un tercer barco, el mejor de la pequeña flota. Dos de los hermanos también se unieron a la expedición y utilizaron toda su influencia local para reclutar hombres para la causa. El siguiente incidente lo vuelvo a tomar prestado de las páginas de Washington Irving en las que se presenta con todo lujo de detalles: “Cuando el escuadrón estaba preparado para echarse a la mar, Colón con el rostro preocupado ante la solemnidad de su empresa, se confesó con el Prior Juan Pérez y recibió el sacramento de la comunión. Su ejemplo fue seguido por sus oficiales y su tripulación. Ellos emprendieron su aventura con un gran sobrecogimiento y con los más devotos y conmovedores ceremoniales, poniéndose bajo la especial protección y guía de Dios.

Ahora llegamos a la escena más gráfica de todas –el grupo de personas llenas de tristeza que se encontraba sobre la arenosa ladera de La Rábida y que les deseaba buena fortuna a los exploradores que estaban a punto de zarpar, con sus vidas en sus manos, para atravesar desconocidos y posiblemente infinitos mares ¡Que Dios os acompañe!”.

“Era”, dice Irving, “el tres de agosto de 1492, por la mañana temprano, cuando Colón zarpó desde Saltés, una pequeña isla formada por los brazos del Odiel, frente a la ciudad de Huelva, poniendo dirección suroeste rumbo a las Islas Canarias, desde donde era su intención poner rumbo hacia el oeste”. Conocemos por la historia como la pequeña flota avanzó derecha en dirección oeste hasta que Colón vislumbró una luz que brillaba a gran distancia. Se dirigieron a ella y al amanecer el día doce de octubre ellos se encontraron anclados junto a una isla muy llana de varias leguas de extensión, y cubierta de un extremo a otro de árboles frutales, como si se tratara de un enorme huerto. Tomaron posesión de ella en nombre de Isabel y Fernando y la llamaron San Salvador. Era una de las Bahamas, la misma a la que

los marineros ingleses han dado el nombre, bastante menos poético, de *Cat Island*. Después de llegar hasta Cuba, que ellos tomaron erróneamente por el continente asiático, quizás la misma y legendaria Cathay, Colón volvió por la ruta de Haití. De vuelta a España tuvo una travesía muy difícil y echó anclas el cuatro de marzo de 1493 frente a Cintra, en la desembocadura del Tajo.

En el momento de su triunfo él no olvidó el humilde puerto que en sus momentos de adversidad le había recibido con tanta amistad. Tan pronto como hubo presentado sus respetos al Rey Juan de Portugal, él volvió a hacerse a la mar en la Niña, su inestable carabela rumbo al lugar desde donde había partido hacía siete meses y medio. El día 15 de marzo llegó sano y salvo al atolón de la isla de Saltés y a medio día entró en el pequeño puerto de Palos. ¿Qué lugar de Europa o del mundo puede igualar acontecimientos históricos como estos? ¿Qué lugar sería más merecedor de un agradecido homenaje? o, ¿Qué lugar tendría más probabilidades para interesar al peregrino inteligente? Cuando los americanos estén celebrando el nacimiento de su continente, cometerían un gran pecado si ignorasen el solitario convento de La Rábida, o el pequeño pueblo pesquero en el que ahora está convertido el histórico puerto de Palos.

HISTORIA DE LAS MINAS DE RÍO TINTO

Si las acciones de Río Tinto estuviesen a punto de desaparecer de repente de la lista oficial habría una gran conmoción en el mercado de valores extranjero. Sin embargo, sólo veinte años atrás el nombre no habría tenido ningún significado ni siquiera para el más inteligente y espabilado de los intermediarios o corredores de bolsa extranjeros. Esto no hubiese despertado la más mínima asociación de ideas, o de hecho, asociación de cualquier tipo, en Throgmorton Street¹⁵. Como nombre de un pequeño río en el sur de España, estaba bastante al margen de los límites de la geografía financiera. Hoy representa una de las más importantes propiedades mineras jamás conocidas en la historia y ha sido objeto de las más salvajes operaciones especulativas en la Bolsa moderna. El modo en el que en el transcurso de media generación ha alcanzado un lugar tan preponderante, es un magnífico ejemplo de las incertidumbres de la lotería que es la minería. Todo el grupo de minas conocidas ahora como las minas de cobre españolas, aunque de hecho, una de ellas se encuentra en Portugal, han tenido una historia romántica, y la más romántica de todas ellas es la de Río Tinto.

El *golpe de estado* de Napoleón III, podemos recordar, liberó a muchos franceses contrarios a la política bonapartista para explorar otros países. Mientras que muchos de ellos nos honraron con su sociedad en Leicester Square y se contentaban con ganarse la vida moderadamente y de forma bastante precaria como profesores de su lengua materna, otros de espíritu más aventurero dirigieron su mirada hacia el sur. España se les presentaba como un país inexplorado en el que las finanzas y el republicanismo estaban unidos. Ellos habían oído hablar de sus riquezas minerales y aunque su conocimiento de la minería era bastante impreciso, tenían, como verdaderos franceses, fé en ellos mismos. Reunieron unos cuantos miles de francos y enviaron una delegación que les precediera para examinar el terreno. Estos encargados se dirigieron hacia la provincia de Huelva, la provincia más meridional de España, y en la que solamente tenían dos datos para distinguirla; uno, que allí se había organizado la primera expedición de Cristóbal Colón a América; y el otro que

¹⁵ Calle de Londres conocida como corazón del distrito financiero y donde en su extremo sur se localizaba el antiguo Mercado de Valores.

tenía gran cantidad de minas romanas, incluyendo entre ellas, de acuerdo con la tradición, la Tharsis de las Sagradas Escrituras.

Así pues, los pioneros franceses llegaron a Huelva, donde vieron las posibilidades de hacerse ricos más allá de los sueños de la avaricia, como solía decir el Doctor Johnson. Llegaron a la mina de Río Tinto que entonces estaba a cargo de dos ingenieros españoles que trabajaban para el gobierno. Los españoles fueron hospitalarios, mostrándoles toda la propiedad como entonces estaba, e iniciándolos en los secretos de la exploración. Armados con el conocimiento que habían adquirido, los franceses exploraron las montañas de los alrededores y examinaron con sumo cuidado todas las viejas minas de las cuales la tradición local había conservado algún dato.

Dieron con la mina Tharsis en un valle contiguo al del río Tinto; y más allá hacia el oeste, justo pasando la frontera portuguesa, encontraron la que en su día fue la famosa mina Santo Domingo que después se convirtió en la mina Mason and Barry. De estas prefirieron los depósitos intermedios –un gran error como luego resultó ser. Con muy poca dificultad se obtuvo del gobierno español la concesión de esta y se formó una sociedad francesa para explotarla. De ahí que la Compañía Tharsis sea la más antigua de las llamadas minas de cobre españolas. Sin embargo, la verdadera explotación de la propiedad cayó en manos de los escoceses, quienes formaron una compañía propia en Glasgow y desplazaron a los parisinos. Desde entonces la Tharsis ha sido una institución de Glasgow tan absolutamente provinciana y estrictamente privada como el propio St. Rollox. No tiene más historia que la que Sir Charles Tennant y sus muchachos consideran que es buena para la mina –y para ellos mismos.

Después de que los franceses hubiesen estado casi a punto de perder Río Tinto, fueron los alemanes los que posteriormente apostaron por ella y a estos no se les escapó de los dedos. España era entonces, al igual que todavía lo es hoy día, un buen lugar para los explotadores de minas de todas las naciones. Cuando comenzó el gran éxodo alemán durante la Guerra de la Independencia americana, miles de jóvenes teutones vinieron a Londres a aprender el arte inglés de ganar dinero, en el que, desde entonces, tantos de ellos han superado a sus maestros. Los Goschens, Huths, Murrietas, y todas las más importantes casas extranjeras, estaban llenas de personas listas para ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa siempre que se tratase de negocios honrados. La mayoría de ellos conocía varios idiomas y cuando se

daba el caso de que se presentaba una oportunidad en el Río de la Plata o en las Islas Filipinas, estaban igualmente preparados para emprender la marcha hacia allí. Uno de estos irrefrenables jóvenes alemanes, Wilhelm Sundheim, había llegado de Hesse Darmstadt con una carta de presentación para Frederick Huth & Company –entonces, al igual que ahora, directores de una empresa internacional. Siguiendo su recomendación él fue hacia el sur de España, y se estableció en Sevilla, donde se encontró con varios compatriotas, entre otros Mr Doetsch, ahora presidente de Río Tinto. A través de un ingeniero que solía ir a Sevilla desde Huelva, entonces un pequeño pueblo pesquero en el que hoy hay una población de 20.000 almas, él oyó que se haría un buen negocio comprando mineral de manganeso de las pequeñas minas que había en los alrededores y enviarlo a Inglaterra.

Mr Sundheim se trasladó inmediatamente a Huelva y se convirtió en comerciante y exportador de manganeso al principio en sociedad con un amigo que llegó desde Londres para unirse a él, y después con Mr Doetsch, que había sido su socio en un gran número de empresas surgidas de su primera compañía de manganeso. Ellos han construido ferrocarriles, han abierto minas, han plantado viñedos, han explotado canteras de mármol y se han dedicado a cualquier cosa en la que pudieran encontrar una oportunidad. La Huelva de hoy día es creación de ellos, como lo es la *Río Tinto Company*. A ellos Huelva debe su hotel, el más grande y el mejor de todos los que hay al sur de Madrid –las mejoras en su puerto, su comunicación con el norte por ferrocarril, pero, sobre todo, su lugar destacado como el mayor y más importante puerto de transporte de mineral en Europa.

Fue a través de otro alemán el modo en el que ellos llegaron a saber de la existencia de Río Tinto. Mr Blum era un experimentado ingeniero de minas y una persona muy versada en mineralogía que había estado durante muchos años haciendo prospecciones por toda España cuando Mr Sundheim llegó a Huelva. Él al final se había instalado cerca de la mina de Tharsis observando con gran interés los avances de la nueva compañía francesa. De vez en cuando visitaba la Río Tinto, que estaba siendo explotada de forma bastante irregular y por regla general de manera nada rentable por el gobierno español. Él vio que aunque no daba beneficios, el gobierno estaba abriendo una mina espléndida y les transmitió a sus amigos Sundheim y Doetsch esa valiosa información. Ellos por su parte mantuvieron una astuta atención en lo que respecta a oportunidades financieras que no tardaron en llegar. El gobierno español mantuvo una desesperada lucha para sobrevivir entre la bancarrota y la anarquía en la que los había sumido la reciente Guerra Carlista. Sólo

podía costearse comprendiendo que todas las propiedades del Estado con pérdidas tenían que ser convertidas en dinero. Cuando les llegó la insinuación de que podría buscarse un comprador para las minas de cobre de Río Tinto, ellos mordieron el anzuelo con avidez. Un proyecto casi redactado por los señores Sundheim y Doetsch, aprobado en las Cortes con la participación de un diputado provincial de Huelva, les otorgaba poderes para que las minas fuesen valoradas y para que fuesen puestas a la venta por medio de pública subasta. Esto se llevó a cabo, y se bajó su precio hasta casi cuatro millones de libras esterlinas vendiéndose a una importante agrupación de capitalistas de Londres y Bremen, con los señores Matherson & Company a la cabeza.

RÍO TINTO BAJO LOS SUECOS

Junto a la agricultura, la minería es la ocupación más antigua en el mundo y la que ha tenido una mayor influencia en el progreso humano. En la antigüedad, siempre que un país ha disfrutado de excepcional prosperidad, lo más probable es que la causa haya sido la minería. Debe haber “descubierto” algo, ya fuese hierro, cobre, estaño, u oro. El estaño de Cornualles atrajo a exploradores fenicios y romanos, quienes nunca se habrían visto tentados por los maravillosos pastos del condado de Devon o por los ricos maizales de Sussex. Mucho antes de la Era Cristiana, la Península Ibérica fue para Roma lo que con posterioridad Méjico y Perú se convirtieron para la propia España –un El Dorado. Las viejas minas tienen que contar su propia historia ya que por otro lado no hay demasiados documentos de ellas. Sólo en muy pocos casos ha sobrevivido algún vestigio que nos dice como eran realmente las explotaciones de los romanos. Es probable que existieran muchas crónicas contemporáneas; pero el fuego que destruyó la biblioteca de Alejandría es quizás responsable de esto, como lo es de otras muchas pérdidas literarias que no pueden ser rescatadas. De cualquier modo, la época de la minería romana, en cuanto a documentos se refiere, es casi un espacio en blanco. Unas cuantas alusiones de menor importancia se han encontrado en tablillas, así como los restos de lo que se supone haber sido un libro de reglamentaciones mineras que se desenterró hace algún tiempo en Portugal. Más allá de esto no hay evidencia, salvo las propias explotaciones y los restos encontrados en ellas.

Por toda Sierra Morena, desde Sevilla a la frontera portuguesa, los mineros romanos han dejado su marca. En todos los sitios en los que tuvieron un campamento importante, con toda seguridad siempre hay a poca distancia una mina de cobre o de plata. Muchas de éstas han sido redescubiertas y otras muchas esperan la resurrección, algo que es muy probable que ocurra en los próximos años. Tradiciones locales se reunieron en torno a la más importante de ellas y se conservó su recuerdo a través de la larga noche que supuso la Edad Media. Río Tinto, Tharsis y Santo Domingo, las tres grandes minas de la Península en nuestro propio tiempo, fueron probablemente tan famosas hace dos mil años como lo son ahora. Ellas debieron haber sido los principales centros mineros de los romanos en el sur de España. Se sabe que fueron explotadas en el reinado de los emperadores Nerva y Honorio y a

lo largo del último imperio. Por supuesto, los moros las dejaron que se hundieran, ya que el Corán favorece la agricultura en contra de la minería. Mientras que la laboriosidad de los árabes y el arte del regadío fueron convirtiendo las llanuras de Andalucía en un vergel, la Sierra Morena, repleta por todos lados de riquezas minerales, volvió a convertirse en un desierto.

Sólo después de la expulsión de los árabes resurgió la minería en la España meridional y entonces se fue recuperando aunque muy lentamente puesto que las mejores ideas de España estaban dirigidas hacia el Nuevo Mundo. Hombres que iban dejando tras de ellos tesoros mucho más abundantes intactos y abandonados buscaron una nueva Golconda en el oeste. No fue hasta mediados del siglo XVI que las perdidas y olvidadas minas del viejo mundo comenzaron otra vez a ser explotadas, aunque no por los propios españoles, sino por extranjeros. Los suecos fueron los mineros de esos días y su empuje o codicia los llevó por toda Europa. Algunos llegaron hasta lugares tan apartados como Huelva, atraídos, quizás, por la leyenda de que allí podrían encontrar la Tharsis de la Biblia. Hay razones para pensar que toda la zona, desde Santo Domingo hasta Río Tinto, tenía el nombre genérico de Tharsis.

Es un ejemplo extraño de la ironía de la historia que cuando Colón emprendió su primera travesía a América dejó tras él, a unas cincuenta o sesenta millas del puerto pesquero del que se hizo a la mar, depósitos minerales que estaban destinados a dar lugar a la más famosa mina de las de su clase de las que ya habían sido descubiertas al otro lado del Atlántico. Las oscuras aguas del Río Tinto, en las cuales sus barcos colonizadores navegaron rumbo a un océano desconocido, deben su color a una montaña de cobre que ha dado casi tantos millones de dinero de forma ininterrumpida como los que se han conseguido con el filón de Comstock o el de Calumet y Hacla. La época de Colón fue una época de navegantes y aventureros. El minero estaba aún en su más tierna infancia y el que busca el mineral aún no había nacido. El arte de explorar las entrañas de la tierra, para el que se abrían muchas posibilidades en nuestro país, tuvo que aprenderse en Méjico y desde allí tuvo que volver a ser traído a Europa. E incluso entonces las prospecciones funcionaron lenta e irregularmente. Siendo como fueron Isabel y Fernando soberanos muy instruidos en muchos aspectos, su aguda visión nunca penetró bajo la superficie de la tierra en la que ellos jugaron un papel tan tormentoso. No hay el más mínimo vestigio de que la minería hubiera llamado jamás su atención; y son muy pocas las menciones de operaciones mineras que se puedan encontrar en sus archivos reales.

La primera alusión específica a los depósitos minerales del sur de España tiene lugar aproximadamente a mediados del siglo XVI. Es una cédula real perteneciente al reinado de Carlos V fechada el 15 de agosto de 1556. Su título es: “Informe sobre las minas de Zalamea la Vieja y de Río Tinto –Ministerio de Obras Públicas, Núm. 28” Este curioso documento fue desenterrado en 1831 por Tomás González durante su investigación sobre las antigüedades históricas de Zalamea, que es para España lo que Cornualles es para Inglaterra –la cuna de su industria minera. Como ocurre con la historia del siglo XVI en general, está francamente llena de fábulas y leyendas, con un porcentaje de hechos muy reducido. Las aguas del río Tinto se dice que son tan oscuras que muy bien pueden servir de tinta y tan caústicas que cualquier metal que se introduzca en ellas se funde a los pocos días. Son tan enormes los montones de mineral “que parecen enormes macizos y montañas”. Esta imagen tan seductora parece no haber sido descrita completamente en vano. Despertó la codicia de Don Álvaro Alonzo de Garfias, quien solicitó una licencia para explotar las minas de Zalamea y Río Tinto. Aparentemente la obtuvo ya que se emitió a su favor una garantía real; pero no hay documentos de lo que él hizo con ella o lo que ella hizo con él. Don Álvaro Alonzo de Garfias no es más que una vaga referencia de los primeros vestigios de la historia de Río Tinto.

Otra oscura referencia de este tipo fue a Don Sebastián Vallejo, al que se refieren en 1680 como el entonces arrendatario de las minas. En aquellos tiempos remotos el proceso de “precipitación” ya se utilizaba y Don Sebastián lo aplicaba con más celo que precaución. Un desgraciado día en el que no se protegió contra una avalancha de agua fue arrastrado por la crecida. De acuerdo con una cédula real emitida por Aranjuez en mayo de 1695, su sucesor fue Don Roque de Salas y Ulloa. Del texto de la cédula se recoge que se estaban extrayendo cobre y varios otros metales de las aguas del río Tinto con unos métodos tan rudimentarios como permitían los conocimientos científicos del momento. Aquí hay otro largo período de oscuridad y no se descubre ninguna referencia a Río Tinto hasta 1719, cuando Don Nicolás Vaillant presentó al gobierno español una propuesta para arrendar durante treinta años “las minas de Guadalcanal, Gazalla, Galaroso, Río Tinto y Aracena”. La especificación de cinco grupos de minas diferentes sugiere que en el intervalo desde 1680 se habían hecho algunas prospecciones con éxito. Sierra Morena y sus estribaciones en Extremadura, han sido sistemáticamente exploradas con resultados considerables.

Hasta ese día las cinco minas de Don Vaillant [*sic* Nicolás Vaillant] representan los principales distritos mineros del Sur de España, y algunos de ellos aún esperan

una completa explotación. Galaroso, por ejemplo, hace sólo muy poco tiempo que se han vuelto a retomar los trabajos a un buen ritmo. Un grupo de Río Tinto dirigido por los señores Doetsch y Sundheim, ahora está llevando hacia delante, con toda la maquinaria de la ciencia moderna, la gigantesca empresa que Don Nicolás Vaillant debió haber pensado que era demasiado para él a comienzos del siglo XVIII. Sus pasos se han perdido en las arenas del tiempo, y ahora no se conoce nada de él aparte del hecho aislado de que el día 6 de junio de 1719, su plan fue aprobado de forma provisional por el *Consejo de Hacienda* (Ministerio de Obras Públicas). Sin embargo, esto no fue más allá. O por falta de capital o por exceso de burocracia en el Departamento de Obras Públicas, no se alcanzó ningún resultado hasta cinco años más tarde, cuando apareció en escena un hombre más notable. Lieberto Wolters, un sueco, y aparentemente el primer minero sensato que de hecho había llegado a Río Tinto, emprendió negociaciones con el gobierno siguiendo los planes de Don Nicolás Vaillant sobre su frustrada proposición. Un hombre notable en muchos aspectos, tenía una gran presencia en las finanzas españolas así como en la minería. Él ya había tenido relaciones comerciales con las Cortes y evidentemente sabía como tratar el tema, puesto que la concesión que él obtuvo en 1725 se interpretaba como si hubiese sido muy liberal.

Un almirante español, Manuel de Velasco, había destrozado parte de su flota en Vigo y Don Lieberto Wolters aceptó un contrato para rescatarla, que probablemente se le remuneró bastante bien. Cuando Don Nicolás Vaillant falló a la hora de llevar a cabo su plan de arrendar las cinco minas, Wolters se ofreció a continuar con el plan con unas condiciones bastantes diferentes. En junio de 1725 se firmó un real decreto otorgándole una concesión para treinta años tras los cuales todos los edificios, la planta y otras posesiones, a excepción del mineral o el metal ya extraído, tenían que revertir a la Corona. Se tenía que nombrar un asesor por la Corona para proteger sus derechos, y para establecer los derechos sobre la producción de las minas con una contribución de 1/13, lo que con posterioridad llegó a ser el royalty estándar de la minería en España. Las cuentas entre Don Lieberto Wolters y el gobierno llegaron a estar tan desesperadamente confusas, que creo que no han sido aclaradas hasta hoy día; y hace dieciséis años se llevó a cabo la venta de todo Río Tinto al completo, en parte para librarse de una vez por todas de las reclamaciones de sus herederos.

Esta concesión está llena de un gran número de reminiscencias históricas. Estipulaba que los trabajadores extranjeros que trabajaban en las minas no deberían ser

importunados en lo que a su religión se refiere, siempre que mantuvieran sus ritos para ellos mismos y no los realizaran en público. Por aquel entonces inmigraron un gran número de flamencos procedentes de los Países Bajos, y esta garantía de libertad religiosa se cree que se les otorgó de manera regular, aunque parece ser que esto no siempre fue escrupulosamente observado. Una importante colonia de la que aún hoy quedan vestigios, se estableció en Guadalajara y se dedicó a la fabricación de tejidos. Los arrendatarios tenían el derecho de cortar madera para carbón dentro de un cierto radio desde las minas –algo que nos indica que las montañas tenían más densidad de bosques de la que tienen hoy en día. Ahora uno podría atravesar una gran extensión desde Río Tinto antes de encontrar un arbusto o una brizna de hierba. Pero el gobierno español fue más favorable a la industria minera entonces de lo que parece serlo hoy día. El gobierno reconocía el hecho de que la minería y la agricultura no podían convivir bien y tampoco deberían intentarlo. Una zona concreta alrededor de las minas fue entregada a Don Lieberto Wolters, y entrar sin permiso en ella era algo que estaba absolutamente prohibido.

La dificultad de la calcinación, que ahora se está convirtiendo en un pretexto político en Madrid, no es probable que hubiese podido surgir entonces ya que Don Lieberto Wolters fue nombrado dueño y señor de todo lo que él podía ver desde el rojizo caballón del Cerro Salomón. De hecho otro incidente histórico sin importancia en el arrendamiento de 1725, es una alusión a las minas de azogue de Almadén, en la que se hace referencia a que entonces ya estaban siendo explotadas a pleno rendimiento. Uno de los muchos privilegios estipulados por el cauto Don Lieberto Wolters, era que él podía obtener de Almadén toda la sal y nitrato potásico que él necesitara al mismo precio que se cobraba a la Hacienda Real, pero para el *azogue* tendría que pagar 400 reales el quintal. Eso debió haber sido bastante buen negocio para las minas de Almadén.

Don Lieberto Wolters no era solamente un director, sino que anticipó algunas de las modernas estratagemas de las finanzas del mercado de valores. Tan pronto como había asegurado las cinco minas, invitó al público a reunir dinero y compartir con él su propiedad. Como promotor de la compañía en cierto modo él no estaba muy atrasado con respecto a sus sucesores de hoy día. Él era un experto incluso en los misterios de la financiación y garantías en la emisión de acciones y participaciones. Su proyecto, que publicó en Madrid en septiembre de 1725, bajo el curioso nombre de un “Manifiesto” era un panfleto de veinticinco páginas, escrito de manera muy clara y muy bien compendiado en su totalidad. Una compañía, o más bien

una empresa basada en el modelo de Cornualles, se iba a constituir con un capital de 100.000 doblones, en 2000 acciones de 50 doblones cada una. El equivalente de un doblón era una onza de oro que en libras esterlinas eran aproximadamente 375.000 de las cuales Don Lieberto reclamaba para sí como fundador 700 acciones, o como poco un tercio del capital, y las otras 1300 acciones se sacaron para suscripción. No se omitió un sólo cebo de los que la ciencia financiera ha aprendido a utilizar como gancho. Se organizó el pago en cuotas fáciles de pagar, sólo se pedían 10 doblones por acción al contado; 10 más tenían que pagarse en marzo de 1726, seis meses después, y el resto “cuando fuese necesario”.

Desafortunadamente ya no es fácil establecer el tipo de adjudicación que hizo Don Lieberto, pero alusiones superficiales de la historia reciente de la compañía indican que tuvo algunos accionistas muy distinguidos. El Marqués de la Paz se convirtió en el primer presidente del Consejo de Administración, y Duques y Grandes de España tomaron parte con mucho interés como asesores. Don Lieberto debió haberles permitido “que se aseguraran una parte” o posiblemente, él no se quedó con el total de las 700 acciones que se había reservado como fundador. Debió haber contratos secretos, bajo los que ellos tenían que “pasar”. Desde los días de los fenicios de una mina siempre ha sido más fácil obtener experiencia más que dividendos. Así fue como don Lieberto y sus accionistas la encontraron.

Tenían tan pocos hechos y tantas ideas que llevar a cabo que al poco tiempo se había sembrado la discordia entre todos ellos. Todo el tiempo libre era completamente absorbido por una guerra de papeleos con un grupo de disidentes en el Consejo, encabezado por el Marqués de Villadorrias. En repetidas ocasiones el rey tuvo que interferir e imponer modificaciones a la concesión para contentar al sector que diera el caso que en aquel momento estuviese más revuelto. Al final, la posición de don Lieberto en la empresa llegó a estar considerablemente debilitada, y no le estaban yendo bien las cosas, cuando en junio de 1727 mientras estaba en las minas murió de forma repentina.

Con la previsión que le caracterizaba, él había nombrado un sucesor en su sobriño Samuel Tiquet que al igual que él era sueco. Él era un minero práctico que había obtenido bastante renombre y experiencia en su propio país, y los resultados justificaron su elección como nuevo presidente. Él sacó a la compañía de algunos asuntos bastante difíciles uno de ellos con una aristócrata inglesa que llegó a estar relacionada con Río Tinto de un modo muy extraño. El *Earl of Powis* de aquel momento, al ser católico y Jacobita a ultranza, pensó que era más conveniente vivir

en España que en Inglaterra. Después de su muerte su viuda se quedó en España y pensó en invertir dinero en el país. Entre otras conjeturas ella fue en ayuda de Samuel Tiquet cuando él estaba mal de dinero, y le adelantó grandes sumas para poner las minas en funcionamiento. En varias ocasiones entre 1740 y 1742 él le dio a ella *cédulas* o pagarés, que ella ejecutó al no habersele pagado. En 1742 obtuvo la posesión real de las minas y procedió en aquel mismo momento a demoler las instalaciones del *vitriolo* y las *coperas*. Las razones que la llevaron a esto son imposibles de imaginar, a menos que fuese por el simple hecho de que era una mujer. Pero Samuel Tiquet después de todo obtuvo lo mejor de ella. Como resultado de una larga y costosa demanda ante las Cortes, a la compañía le reintegraron su propiedad, aunque no se libró de sus dificultades.

En 1746 la concesión se prolongó durante treinta años, algo que si no hubiese habido posteriores diferencias entre el dicho y el hecho, habría permanecido en manos de Samuel Tiquet hasta 1776; pero ocurrieron muchas cosas en el intervalo. El 14 de septiembre de 1747 los accionistas de la “Compañía minera de Río Tinto y Aracena”, como ahora se llamaba, tuvieron una reunión en Sevilla. Fue una reunión muy tensa, y de ninguna manera había sido la primera de esta índole. Las instalaciones del *vitriolo* y las *coperas* que la furiosa Condesa de Powis había echado abajo, debían ser reconstruidas; pero ¿quién iba a encontrar el dinero? Samuel Tiquet, al igual que su tío, era un intrigante ingenioso, y siempre que hacía falta se le ocurría un plan. En aquel momento el presentó unos cálculos en los que demostraba que por una suma de 153.800 reales se podían construir las instalaciones que incrementarían la producción de *vitriolo* y *coperas* de 368 reales a más de 2.000 reales al día. Una petición de 25 doblones por acción proporcionaría los 153.800 reales, y él propuso que se hiciera esto de forma inmediata. Pero hubo otras varias asambleas de accionistas en Sevilla antes de que esta cuestión se decidiera, y no está del todo claro el resultado exacto que tuvo esto. Parece que Tiquet había peleado de forma muy precaria, vendiendo acciones cuando pudo, tomando dinero prestado de todo aquél que se lo prestaba y endeudándose con todo aquél que se fiaba de él. Por aquel entonces las 700 acciones de los fundadores reservadas por Don Lieberto Wolters casi todas se habían fundido. Aproximadamente tres cuartos de un millón de reales habían sido cedidos por ellos e invertidos en la mina, que ahora tenía un débito de su cuenta capital de 1.707.000 reales, casi unas 14.000£.

Tiquet murió en 1758 y los últimos años de su vida fueron una continua lucha con los acreedores, quienes trataban de aplastarlo desde todos lados. Entre los do-

cumentos que él dejó tras de sí y que fueron conservados con sumo cuidado, hay un inventario de la propiedad de la mina y un memorándum de la producción anual desde 1747 a 1758 el primer periodo de producción real que él tuvo. Comenzaba con 24 *arrobos* (25 lb. cada una, o hablando en líneas generales, un cuarto de un cwt¹⁶.) ¡Imaginen el río Tinto cuando sólo podía producir 600 lb. de cobre en nueve meses! Desde 1747 hubo un incremento gradual hasta llegar a las 536 *arrobos* en 1752 y luego saltar a 1561 *arrobos* al año siguiente. En 1756 la producción superó las 3.000 *arrobos*, pero en 1758, el último año de Tiquet, volvió a caer a un poco más de 2.000 *arrobos*. El precio estándar del cobre entonces era de 4½ reales o 11¼ d. por lb. y pocas veces cayó hasta 4¼ reales. En lo que respecta al precio no había motivo de queja, aunque al mismo tiempo no era exorbitante. 105£ por tonelada, el equivalente a 4½ reales por lb. habrían dejado satisfecho incluso al Sindicato del Cobre, e incluso ahora la industria del cobre está bastante contenta con la mitad de esa cantidad.

Tiquet, o por ser el propietario de la mayoría de las acciones, o por un contrato especial, tenía derecho a nombrar su sucesor. Él nombró a su compatriota y amigo Francesco Tomas Sanz, y entonces dio comienzo otro reinado bastante problemático. Sanz, aunque era el gerente, no podía administrar sin la cooperación de varios colegas, cuyos intereses e ideas eran distintos a los suyos. Una *junta* de funcionarios establecida de manera bastante ingeniosa ataba las manos unos a otros y dedicaba toda su energía a pelear.

Las apelaciones que ellos se lanzaban los unos a los otros a través del Consejo de Comercio, Dinero y Minas tendrían que rápidamente haber molestado a los ministros; pero a los funcionarios españoles les gusta una lucha de papeles tanto como una corrida de toros. Ellos dejaron que la lucha se mantuviera durante años hasta que se aproximó el fin de la concesión a Wolters. Entonces intervino el Gobierno y una vez dentro, y, tomando como base los términos de la concesión, tomó posesión, echando a la calle a administradores, asesores y supervisores sin que quedara ni uno de ellos. Así, de manera bastante violenta, concluyó el *régimen* sueco en Río Tinto, que puso, aparentemente de manera desastrosa los cimientos de un magnífico éxito. Hasta hoy en día los descendientes de Wolters y Tiquet instan al Gobierno español a atender sus peticiones de compensación por haber sido expropiados de Río Tinto hace ciento diez años. Al igual que ocurre con otros procesos judiciales históricos, este avanza de manera muy lenta.

16 Ctw: unidad de peso. EEUU 45.36Kg.; Reino Unido 50.80 Kg.

EL RÍO TINTO ANGLO-ALEMÁN

En 1777 comenzó una nueva era en la historia de Río Tinto. El gobierno español tomó posesión de la mina, probablemente, no tanto para sacarle beneficios, como para conseguir una forma fácil de obtener dinero. Las instalaciones de la mina eran completamente primitivas, ya que el mineral era sacado de la mina en burros, el material para su calcinación tenía que ser enviado en burros o mulos a Sevilla. Se refinaba en la fábrica de la moneda, y presumiblemente el grueso del metal obtenido se acuñaba en el acto. La anarquía en la que había caído España a raíz de la invasión francesa y las posteriores campañas del Duque de Wellington, pusieron punto final incluso a estas operaciones tan limitadas. Desde 1809 a 1829, un período de veinte años, Río Tinto estuvo abandonado. Luego se hizo una concesión a un francés, Gaspar Remise, quien la obtuvo a cambio de una renta anual hasta 1849. En este momento el Gobierno español volvió a tomar posesión de ella y comenzó a explotar la propiedad con cierta energía. Se hicieron barrenos a lo largo de unas supuestas líneas de las vetas, que estaban perfectamente detalladas en los planos oficiales sobre los cuales se hizo la venta a los actuales propietarios en 1872.

Estos pozos de prospección y barrenos resultaron estar, por regla general, bastante fuera de la marca, y no han sido exhaustivamente comprobados utilizando la experiencia actual. Ellos mostraron tres buenas y anchas vetas que corrían paralelas unas con otras y que en los mapas originales de la compañía se distinguían como veta sur, media y norte. Las dos últimas se unían en ambos extremos y tenían una longitud mucho mayor de la que se suponía que tenían; de hecho, ambas encajaban perfectamente en el espacio disponible, y si iba a buscarse y extraerse mineral rentable a lo largo de toda su extensión la mina de Río Tinto aún estaría en sus comienzos cuando la última persona diera el toque final para detener los trabajos de extracción. Por otro lado, la llamada veta sur, que ahora se sabe que está en el principal yacimiento, ha resultado ser mucho mejor de lo que aparecía en los planos españoles. En los planos se extendía hacia el este donde aún no había sido descubierta, e ignoraban esa magnífica continuación hacia el oeste, la veta San Dionisio, que puede que sea el centro del yacimiento.

Por supuesto los cálculos de los ingenieros españoles se tomaron *cum grano* por sus colegas ingleses y alemanes. Mr. Forbes casi puso a un lado totalmente las dos vetas superiores y se ocupó sólo de la parte de la veta sur o veta principal que de hecho ya había sido abierta. Cogió una sección de ella, 400 metros (1.200 pies) de largo y suponiendo que el mineral continuaba con el mismo volumen y con la misma calidad hasta 85 metros de profundidad, como lo estaba entonces a un nivel de 65 metros, el calculó que habría 11.700.000 toneladas de mineral para extraer. Se ha conseguido muchísimo más, aunque no ha sido de ese lugar en particular. Al ritmo actual de producción, es decir, 1.400.000 toneladas al año, las 11.700.000 toneladas previstas por Mr Forbes supondrían sólo una producción de ocho años. Con bastante certeza se puede hoy predecir que en la mina hay una cantidad de mineral como para seguir extrayendo durante ochenta años, que en 1872 la mina de Río Tinto se podía predecir que podría seguir en funcionamiento durante al menos ocho años. Lo que se sabía cuando se compró la mina es en la actualidad sólo una parte de su contenido en mineral conocido. Río Tinto es una de esas minas raras que el experto en prospecciones ha sido incapaz de evitar que lo pueda dejar en ridículo. Sumando de un modo tan a tontas y locas como desee, siempre seguirá estando bastante lejos de llegar o acercarse a la realidad.

Fue en 1872 cuando la mina de Río Tinto se transfirió de las manos del gobierno español a las del Sindicato Londres-Bremen que invirtió como capital de riesgo casi cuatro millones de libras esterlinas para comenzar y que volvió a poner casi la misma cantidad antes de que las minas estuvieran a pleno rendimiento. No hay registrada ninguna compañía de este tipo mayor o que haya dado unos resultados tan espectaculares. Sus promotores no eran personas que se lanzaran al vacío. Ellos tenían mucho en juego, aunque al mismo tiempo arriesgaban con bastante cautela. Se hicieron informes sobre la propiedad en tres ocasiones antes de ofrecerlas a los compradores, quienes por otro lado tenían tan poca fe en ella al principio como para vender muchas de sus acciones originales de 10£ por treinta chelines cada una. A los tres años se volvieron a comprar otra vez a más de 30£ cada una. El primer experto que inspeccionó la propiedad era Mr. Blum al que ya me acabo de referir. El llegó después a ser director del sindicato, y durante algún tiempo tuvo un puesto similar en la Compañía; pero diferencias de opinión con sus colegas ingleses en cuanto al modo más rentable de explotar la mina le hicieron renunciar a su nombramiento. El volvió a su ocupación anterior de explorador de minas, y todavía anda muy ocupado por entre las laderas montañosas de Sierra Morena buscando

nuevos “Río Tintos”. Espero que pueda encontrar uno y que sea más afortunado en su nueva mina de lo que lo fue en la original. En líneas generales, él ha tenido más golpes duros y menos éxitos alentadores de lo que podría haber esperado en Río Tinto. Disputas y diferencias de opinión es lógico que existieran en los comienzos de una empresa tan nueva y tan gigantesca, pero los acontecimientos en la mayoría de los casos han justificado al cabezota y malhablado Blum. Todo eso debería ser recogido en su honor y sería admitido de buen grado por aquellos que mantuvieron tantas diferencias con él hacía años.

Después de reunir toda la información local que el Sr. Blum pudo aportar, el sindicato envió para inspeccionar la mina a uno de los geólogos más eminentes de su época, el profesor Roemer, de la Universidad de Breslau. Él hizo un informe muy elaborado y en líneas generales muy favorable que hizo que el grupo se decidiera a llevar a cabo la adquisición. Cuando, con posterioridad, la compañía fue sacada al mercado, los señores Matheson enviaron al mejor hombre al que pudieron echar mano, el señor David Forbes para hacer una segunda inspección. Él estuvo en la mina desde mediados de marzo hasta el 9 de abril de 1873 y examinó todo completamente guiado por el señor Blum y los ingenieros del gobierno español. Su informe confidencial, una copia que he leído con gran interés, ofrece una descripción histórica desde el tiempo de los romanos y describe también como fue explotada por los españoles, y concluye con un plan para incrementar la producción para el que el señor Forbes evidentemente consideraba la enorme producción de *dos mil toneladas al año*. Si a él le hubiesen dicho que antes de que la Compañía Río Tinto hubiese llegado a su mayoría de edad estaría produciendo *más de veinte mil toneladas de cobre al año*, el señor Forbes no habría encontrado en su corazón el modo de inundar el mercado del cobre.

Su profética alma habría estado aún más aterrorizada si hubiese previsto el efecto de Río Tinto en el precio del cobre. Sus cálculos se hicieron tomando como base 62£, 8s. la tonelada, el costo medio de producción por los españoles en 1869. Él pensó que esto le dejaba un margen de seguridad de 30£ por tonelada de beneficio. Y en los pasados doce meses hemos visto cobre en venta en la Avenida *East India* a 35£ la tonelada, o sólo unas cuantas libras por encima de lo que en 1875 el fabricante esperaba conseguir lo que le correspondía a sus propias acciones. Muy pocas minas en el mundo pueden permitirse vender cobre a 35£ y se ha puesto en duda si incluso la Río Tinto podría sobrevivir con esas cifras. [...]

AUTORES DEL SIGLO XX

AUTORES DEL SIGLO XX



PUENTE EN RÍO TINTO

ALBERT FREDERICK CALVERT

1903

Nacido en 1872, su personalidad aparece recogida en la *Enciclopedia Universal* de Espasa-Calpe donde leemos que este escritor viajó por Australia, América, Islas del Pacífico, Ceilán y España. De extensa producción literaria, Calvert publicó varias obras de temática española fruto de sus diversos viajes por la península, entre ellas: *Impressions of Spain*¹⁷ 1903; *The Alhambra* 1904; *Life of Cervantes* 1905; *Alfonso XIII in England* 1905; *Moorish Remains in Spain* 1906; *The Spanish Royal Wedding* 1906; *Southern Spain* 1908; *Spain* 1909. Aparte de las obras citadas fue autor de las siguientes series en las que un texto de extensión variable acompaña un importante material fotográfico: *Goya, Toledo, Madrid, Galicia, Sevilla, Murillo, Cordova, El Greco, Velazquez, The Prado, The Escorial, Sculpture in Spain, Valencia and Murcia, Royal Palace of Spain, Vizcaya and Santander, Spanish Arms and Armour, Granada and the Alhambra, Leon, Burgos and Salamanca, Catalonia and Balearic Islands, The Royal Tapestries at Madrid, Valladolid, Oviedo, Segovia, Zamora y Avila and Zaragoza*. Aparte de estas series dejó varias en preparación.

Este hispanista recibió del gobierno español numerosos premios y galardones entre otros los de Caballero de la Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, Comendador de la Orden de Alfonso XII, miembro Honorario de la Cámara de Comercio de España en Londres, etc.

17 Calvert, Albert, F. *Impressions of Spain*. George Philip and Son, Limited, London 1903.





PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN. RÍO TINTO

BREVE RESEÑA DE LA MINERÍA EN ESPAÑA

Los ingleses, nobles o plebeyos, que poseen tierras ricas en yacimientos minerales no vacilan en convertir sus posesiones en algo rentable, pero el español tiene la mayor aversión a cualquier cosa que sepa a industria. En Inglaterra el hierro en lingotes es aristocrático, mientras que los clavos a diez peniques aún siguen siendo algo bastante poco digno. En España tanto el comercio como la venta están por debajo de la dignidad de la aristocracia.

Pero, aunque desde la más remota antigüedad los minerales en España no se han vuelto a explotar a tan gran escala como se hizo entonces, la industria nunca ha sido abandonada hasta el punto que generalmente se supone. La mayoría de la gente mantiene el error de que desde el tiempo de los moros los recursos minerales de la península no han sido explotados y que la reanimación de la actividad que ahora se está viendo es un suceso de los últimos meses. Nada puede estar más apartado de la verdad. El que las miradas de los capitalistas e inversores ingleses se hayan fijado sólo recientemente en esta bonanza es un hecho irrefutable, pero de un modo tranquilo y sin ostentación el país ha estado siendo explotado sin interrupción durante siglos y un número de personas comparativamente reducido han amasado fabulosas fortunas. Este grupo de propietarios de minas millonarios se las ha arreglado durante años para disimular la magnitud de sus operaciones y asegurarse la inmunidad ante la competencia activa.

Antes del descubrimiento de América miles de minas estaban siendo explotadas en España con entusiasmo. Los nuevos descubrimientos de minerales eran algo cotidiano y se estuvieron otorgando decenas de miles de Privilegios Reales, pero la increíble riqueza de las minas de Perú y América Central atraieron legiones completas de mineros españoles hacia el nuevo El Dorado y durante un tiempo la industria interior languideció. Desde entonces España no ha vuelto a alcanzar su posición de liderazgo como país minero a los ojos del mundo, pero cientos y cientos de minas han sido y están siendo explotadas por pequeñas compañías e individuos privados y los beneficios se han mantenido ocultos en estadísticas oficiales y en informes inéditos.

Esta política de supresión de los hechos tan bien pensada dio como resultado que la gente en general se mantuviera al margen del sector con lo cual fue inevitable

que estas gangas cayesen en manos de unos pocos monopolistas acaudalados. Los pequeños propietarios locales lo tuvieron muy difícil. Si explotaban un yacimiento de cobre no había mercado para su mineral. La caída en el precio del estaño hizo que esa industria fuese poco rentable durante cierto tiempo y la explotación de propiedades con yacimientos de hierro necesitaba una inversión de capital más fuerte de la que los propietarios españoles podían disponer. Los agentes de las empresas gigantescas que forman un sector muy unido para la explotación de los recursos mineros de España han estado recorriendo el país de arriba a abajo, inspeccionando y adquiriendo todas las propiedades más prometedoras dando dinero en mano. No ha habido alboroto, ni publicidad y ninguna incitación a la competencia. La consecuencia directa de este estado de cosas ha sido dar pie a todo tipo de impresiones erróneas con respecto a la condición en la que se encuentra la minería española, los beneficios y las perspectivas.

Se ha extendido la creencia general de que los minerales se han agotado desde hace mucho tiempo, las dificultades de transporte, las desconcertantes regulaciones legales de la minería y la escasez de recursos naturales se han unido para dar al traste con la industria –falacias que han sido fomentadas por aquellos cuyos intereses se veían más y mejor protegidos al promulgarlas.

En este sector se está invirtiendo capital tanto español como extranjero y muchas de las minas están completamente equipadas con cables aéreos para transporte de mineral y vagonetas y las perspectivas de futuro de los distritos férricos del Sur se están cumpliendo.

LAS MINAS DE RÍO TINTO

Capitalistas extranjeros están embarcados en un proyecto que hasta ahora ha llamado la atención de pocos ingleses y, de hecho, hasta muy recientemente los ingleses sólo han tenido una idea vaga de la magnitud y riqueza de los yacimientos minerales de España.

Los franceses se dieron cuenta de esto hace mucho tiempo e intentaron explotarla aunque de un modo poco entusiasta y mezquino y el éxito alcanzado sólo fue mediocre. Las empresas autóctonas resultaron ser incluso menos satisfactorias y el intento del Gobierno de explotar las mundialmente famosas minas de Río Tinto supuso un completo fracaso y la venta de la propiedad en pública subasta en 1873.

Las minas de Río Tinto, al igual que las de Tharsis, fueron explotadas exhaustivamente por los romanos y fue tan perfecto el proceso de fundición que adoptaron, que en el montón de antigua escoria que hay en la superficie difícilmente se puede encontrar el menor rastro de cobre.

Tanto los fenicios como los cartagineses explotaron la propiedad de Río Tinto antes de la llegada de los romanos y sus galerías y pozos se encuentran en cualquier dirección y a cualquier profundidad que los contemporáneos hayan explorado. En especial, en la veta norte hay gran cantidad de pozos y enormes montones de escoria, siendo esta última prueba un signo inequívoco de la gran envergadura de sus procesos de fundición. En esta veta también se pueden ver vestigios, ahora casi destruidos completamente, de un pueblo y un cementerio romanos, mientras que en todo lo alto del Cerro Salomón (a 3.000 pies) se encuentran los contornos de un recinto fortificado que cubre una gran superficie.

Desde el tiempo en que la ocupación romana se desintegró por las incursiones de los visigodos hasta mediados del siglo décimo sexto, Río Tinto cayó en el más completo olvido. Los moros, aparentemente nunca le prestaron atención. Bajo Felipe II se hizo un intento de reabrir las minas, pero el proyecto fracasó y durante otros dos siglos más la propiedad permaneció abandonada. En última instancia, en 1725, fueron arrendadas a un sueco llamado Liebert Wolters y la propiedad revirtió a la corona en 1783. El Gobierno al principio arrendó las minas pero los resultados

terriblemente insatisfactorios de este acuerdo los indujo durante un tiempo a asumir la dirección. Las pérdidas para el Gobierno fueron tan cuantiosas que en 1872 las vendieron por 4.000.000 de libras a un grupo de capitalistas que se constituyeron como la actual Compañía Minera de Río Tinto. Esta compañía ha explotado la propiedad a gran escala y de acuerdo con las técnicas que establece la ciencia moderna. Se ha construido una línea férrea hasta Huelva, una distancia de cincuenta y tres millas que concluye en un muelle de casi media milla de largo en el Río Odiel. Este muelle está formado por dos plantas que se usan respectivamente para cargar y descargar. Tiene diez líneas de raíles en fondo y por arriba, en algunos tramos de su sección, y en él pueden atracar con toda facilidad cinco grandes vapores. El mineral para la exportación se trae desde las minas y se mete directamente en las bodegas de los barcos. La cantidad de piritas extraídas en 1901 fue de 1.928.776 toneladas de las que 633.949 toneladas se exportaron. El azufre embarcado ese año fue de 119.683 toneladas y en las minas se obtuvieron y se trataron 21.100 toneladas de cobre. De la mena que no se exporta una parte se convierte en cobre por medio de un proceso de cementación y lo que queda por fundición. Los gases azufrados emitidos por el calentamiento, algo que es un primer paso necesario en algunas de las fases del tratamiento, despojaron las montañas circundantes de cualquier tipo de vegetación antes de que la compañía comenzara la explotación y en la llamada montaña de los Pinos no ha crecido ni un sólo árbol desde hace treinta o cuarenta años.

En las minas de Río Tinto hay casi cincuenta millas de raíles de superficie y más de diez millas bajo tierra y están todos disponibles para el tráfico de locomotoras.

A todas las galerías subterráneas se llega a través de accesos que se han ido abriendo en la ladera a distintos niveles. Casi cincuenta locomotoras se emplean diariamente en estas minas, aparte de las que se utilizan para el tráfico con Huelva. El pueblo original ha crecido muchísimo y la compañía ha construido tres o cuatro aldeas separadas para alojar al gran número de trabajadores que pueden llegar a sumar entre 10.000 y 11.000 personas. Se han abierto tiendas para satisfacer las necesidades de los trabajadores, se han fundado escuelas y se han construido hospitales tanto en Huelva como en las minas y se mantienen cuarenta guardias armados, reclutados de entre la Guardia Civil, para mantener el orden y proteger la propiedad. La compañía también ha construido varios pantanos para almacenar agua, algo de suma importancia en la minería del cobre. El más grande, con una superficie de dos veces el Serpentine, tiene una profundidad de setenta pies y una

capacidad de 2.570.000 toneladas, o 575.000.000 galones. Estas cifras dan una idea aproximada de lo enorme de la empresa e incluso se puede añadir otra, a saber, los ingresos de la compañía que el año pasado sumaron más de 1.800.000 libras. De esta suma más de 1.750.000 libras esterlinas fueron beneficios sobre la venta del producto.

Las minas de Tharsis, aunque no son una propuesta tan sorprendente como las de Río Tinto, son una propiedad bastante notable. Parece que han estado prácticamente abandonadas desde el tiempo de los romanos hasta 1865 y no se han explotado con ganancias hasta que fueron adquiridas por la actual compañía escocesa. Desde entonces, sin embargo, se ha extraído una gran cantidad de mineral y el año pasado una producción total de unas 400.000 toneladas de metal dió un beneficio de más de 320.000 libras.

Las minas están conectadas por medio de un ferrocarril de veintiocho millas de longitud con un muelle de carga en Corrales, a corta distancia de Huelva en el margen del río que está frente al Odiel. Un magnífico muelle de hierro de 765 yardas de longitud permite cargar directamente en los barcos la mena preparada para la exportación. En la actualidad las minas de Tharsis y las del Lagunazo están dando unos rendimientos de mineral de cobre considerablemente menores, pero en las minas Las Calañas la producción se está incrementando a un ritmo constante y la incesante exploración en esta zona de la propiedad ha revelado, además de los recursos minerales que ya se ha comprobado que pueden ser provechosamente tratados para la producción de cobre, una gran concentración de mineral de bajo grado que, aunque comparativamente pobre en cuanto a cobre se refiere, es muy abundante en azufre.

Tanto las minas de Río Tinto como las de Tharsis se han contemplado con toda la razón como las minas más importantes de España y, por supuesto, la primera puede mantener su posición entre las principales minas del mundo y, aunque es poco probable que cualquier otra propiedad minera española pueda rivalizar con esta maravilla cuprífera, hay muchas que si estuvieran gestionadas de una forma verdaderamente científica, se vería que podrían ser relativamente igual de ricas y rentables.

Lo que se requiere en España es dinero para desarrollo y cerebros para dirigir las operaciones. Se ha demostrado la existencia de minerales y en particular la existencia de cobre y, ahora que en estas minas se está invirtiendo el capital inglés lenta-

mente pero en cantidades cada vez mayores, se puede esperar con toda seguridad una tremenda reacción en el sector en esta parte del mundo. Desde hace uno o dos años un gran número de propiedades prometedoras han sido adquiridas para los mercados ingleses y en todos los casos los resultados de la reapertura de las minas han hecho que se vean más que cumplidas las expectativas de los propietarios.

ABEL CHAPMAN Y WALTER J. BUCK

1910

Abel Chapman¹⁸ nació en 1851 en el seno de una familia de la burguesía comercial inglesa. Durante su juventud trabajó para las empresas familiares y dispuso de un importante respaldo económico para dedicarse a actividades cinegéticas y a viajar. Abel Chapman escribió numerosas obras en las que se encuentran discretas referencias a su vida, mientras que son más limitados los datos biográficos del coautor, Walter J. Buck. Este había nacido en Suffolk en 1843 y vivió en España desde su juventud. En 1868 se estableció en Jerez de la Frontera como exportador de vinos y once años más tarde en 1879, después de asociarse con Sandeman compraron la firma francesa Laborde-Pemartin que se había establecido en 1818. Este vinatero residente en el palacio de las Cadenas de Jerez desde 1868 fue vice-cónsul británico y como él mismo apunta, no se sentía lejos de Inglaterra “ya que Jerez es uno de los vértices del conocido triángulo victoriano en Andalucía, los otros dos son Río Tinto y Gibraltar”. Chapman y Buck entablaron una amistad que se prolongó de por vida y que fue la base de sus obras de tema español, *Wild Spain* publicada en 1893 y *Unexplored Spain*¹⁹. De esta última he seleccionado y traducido los capítulos que incluyo en esta antología.

18 Las notas biográficas las he tomado de la magnífica introducción a la edición en español de *Unexplored Spain* dirigida por Antonio López Ontiveros publicada en Sevilla en 1989, donde el lector podrá indagar en profundidad en la vida de estos dos autores.

19 *Unexplored Spain* with 209 illustrations by Joseph Crawall, E. Caldwell, and Abel Chapman and from photographs. London 1910





ANTIGUA ERMITA DEL ROCÍO

EL COTO DE DOÑANA

El gran río Guadalquivir desemboca en el mar dividido en dos brazos que corren casi paralelos a la costa y que finalmente giran como si se sintieran un tanto reticentes a la hora de perder su identidad en el infinito océano Atlántico; éste prácticamente desgaja de la tierra firme una zona triangular de aproximadamente unas cuarenta millas de yermos y páramos, un aislado desierto, tan singular como bello, que ahora intentamos describir. Ya que hemos detentado derechos de caza en esta zona durante muchos años, esta descripción la podemos hacer al menos con conocimiento y gran afecto.

Escapa a nuestro conocimiento analizar su formación geológica, pero, incluso para la mirada del profano, la existencia de toda la zona se debe a un conflicto mantenido desde tiempos inmemoriales entre dos fuerzas, el gran río desde dentro y el gran océano desde el exterior. El Guadalquivir, va erosionando las lejanas montañas de Sierra Morena y colmata doscientas millas de llanura, arrastrando un oscuro caudal cargado de amarillentos fangos hasta el punto de que sus aguas tienen un color que parece *café con leche*. Así pues, ha dado lugar a un continuo depósito de sedimento sobre el lecho marino; pero esta fuerza exterior se opone con energía a tal intromisión en su zona por lo que se ocasiona una inevitable batalla entre ambos elementos. El río había dominado antes hasta el extremo de haber arrebatado al mar muchos cientos de millas de depósitos aluviales formando una llanura conocida como marisma; pero en el momento actual, el mar parece haber triunfado al interponer una enorme barrera de arena a todo lo largo del frente de batalla. El resultado ha sido que en la zona más meridional de Europa hay un trozo de terreno de desierto africano de singular exotismo.

Esta barrera de arena, conocida como el Coto de Doñana ocupa, junto con las dunas adyacentes que hay al oeste, más de cuarenta millas de costa española, su anchura máxima en algunos lugares llega a ser de entre ocho y diez millas. El Coto de Doñana se separa de tierra firme no sólo por el gran río sino también por la marisma –un parque natural de humedales lo suficientemente extensos como para ser el hábitat de rebaños errantes de camellos salvajes.

Arena y sólo arena constituye la base del suelo de Doñana, que cubre, presumiblemente depósitos aluviales. Aún así, esta desolada región ofrece una fascinante belleza y variedad de paisaje. Desde la desembocadura del río se extienden de forma ininterrumpida bosques de pinos piñoneros. Montes y vaguadas cubiertos por un denso follaje de verde intenso, mientras que el sotobosque ofrece una gran riqueza de plantas aromáticas que los rayos del sol iluminan a todas horas. Hacia el oeste, más allá del límite de los pinares, se extienden vastas zonas de desierto como el Sahara, donde millas de resplandecientes arenas desprovistas de cualquier vestigio de vegetación deslumbran cuando uno las contempla –un lugar de gloriosa desolación, el esplendor de la esterilidad.

Para los naturalistas británicos este paisaje podría recordarles las dunas de St. John en Moray, aunque engrandecidas hasta lo irreconocible al presentar una escala muchísimo mayor como corresponde a sus respectivos creadores –en un caso el mar del Norte con cien leguas, aquí el Atlántico con mil leguas. Mejor podríamos comparar estas dunas de crestas esculpidas por el viento con el litoral del mar Rojo y el Sudán egipcio, donde Osman Digna²⁰ hizo que las tropas británicas tuvieran episodios memorables en los años noventa –ambas son similares tanto en su aspecto físico como en su climatología, un calor que las pone al rojo vivo durante el día y terriblemente frías después de la puesta de sol.

En ellas resuenan los ecos del misterioso grito del zarapito y el rítmico rugido del Atlántico más allá, estas dunas marinas están llenas de infinitas huellas de animales salvajes y salpicadas por los conos que forman al excavar las hormigas león (*Myrmeleon*).

Entre estos extremos de denso bosque y áridas dunas hay zonas intermedias que participan del carácter de ambas. Aquí el intruso pino crece en hileras llamadas *Corrales* como si fuesen largos oasis de verdor dentro del corazón del desierto, escondidas entre las elevadas dunas que se levantan como una amenazante muralla

20 Osman Digna (1836-1906) Líder tribal de Sudán, combatió a los británicos y egipcios a partir de la década de 1880. Su padre fue mercader de ascendencia kurda y su madre miembro de la poderosa tribu local de los Hadendowa. Osman Digna –al igual que su padre– se dedicaba al comercio de esclavos en Suakin sin ningún tipo de conexión con la política. Sin embargo, a partir de 1877 el gobierno egipcio (Sudán era colonia anglo-egipcia) comenzó a tomar drásticas medidas para acabar con el comercio de esclavos en Sudán. Esta situación llevó a Osman Digna a liderar una rebelión armada que estalló en 1883 y que fue conocida como la “revuelta Mahdist”. Durante 15 años, las tropas británicas y egipcias intentaron infructuosamente derrotarle, hasta que en la Batalla de Omdurman, la revuelta fue sofocada. Osman Digna fue capturado en 1900.

a cada lado y que se elevan por encima de las copas de los árboles más altos. Tampoco es la amenaza completamente hipotética, ya que no es extraño que alguno de estos elementos avance y deje sepultadas grandes extensiones de estos aislados y cercados *corrales* y que causen grandes estragos. Nobles pinos ya medio sumergidos luchan entre las garras de la muerte con el enemigo traicionero; de otros, ya completamente secos, sólo sobresalen las copas agostadas y reseca por encima de esa devoradora superficie, bajo la cual imaginamos que se encuentran los esqueletos de bosques enterrados de tiempos inmemoriales.

A lo largo de estas solitarias dunas se levantan a intervalos regulares las formidables y viejas torres vigías de los moros, reminiscencia de tiempos medio olvidados y de una raza desaparecida. La telegrafía árabe no tenía ni cables ni fuego ya que las señales luminosas que brillaban de torre a torre hacían que la señal de alarma se extendiera de forma instantánea desde el mar hasta la sierra a setenta millas de distancia.

En contraste con el paisaje de estas dos zonas aparece el de una tercera región hacia el oeste –el monte bajo. Aquí, un día más tarde– en sentido geológico, la mirada se pierde sobre un horizonte infinito de ondulados matorrales de un color verde grisáceo, cuyo principal componente es la jarilla o (*Helianthemum*), pero intercalados en las hondonadas más húmedas por una maleza más densa de matorrales y lentisco, genista, brezo arbóreo y brezo gigante, además de una maravillosa variedad de otros arbustos; todo el conjunto está tachonado y adornado por grandiosos alcornoques y también por otros árboles solitarios. Todos estos, al igual que ocurre con las encinas, al ser de hoja perenne, contribuyen a que uno eche de menos esos matices otoñales siempre cambiantes que exaltan el “otoño” en los climas septentrionales. Aquí el verdor uniforme sólo se ve mitigado por un esporádico toque de tonos ocres o amarillentos.

Como es obvio, zonas con tales caracteres físicos difícilmente pueden ser apropiadas para que en ellas se desarrolle cualquier proyecto humano. Puesto que han sido diseñadas por la naturaleza, estas zonas sólo son apropiadas como hábitat para animales salvajes, aves voladoras y otras *especies* que abundan con una sorprendente y agradable variedad. Durante siglos el Coto de Doñana constituyó, como su nombre indica, la reserva de caza de sus dueños, los Duques de Medina Sidonia y de muchos de los reyes españoles –desde Felipe IV– en los primeros años del siglo XVII (como recoge el cronista contemporáneo, Pedro Espinosa) a Alfonso

XII en 1882 y bastante más recientemente a S.M. Don Alfonso XIII. Durante veinticinco años los autores han sido co-arrendatarios del Coto, al principio con la casa ducal que acabamos de mencionar y posteriormente con nuestro viejo amigo, el actual propietario.

La escasa población de Doñana está formada por unos cuantos vaqueros que vigilan el ganado vacuno y los caballos que vagan en estado semisalvaje tanto en las zonas de matorral como en la propia marisma. Carboneros nómadas están agazapados en los bosques, cambiando de lugar sus chozas construidas con juncos según requieran las exigencias del trabajo; mientras que unos cuantos *piñoneros* se ganan la vida de forma bastante precaria recogiendo piñas. Por último, aunque no menos importantes para nosotros, están los guardas o vigilantes, con agudo sentido de la vista, vestidos de cuero y tan bronceados por el sol que sus rostros adquieren el tono de los indios pieles rojas. Hay una docena de estos hombres distribuidos entre los puntos más elevados del Coto, la mayor parte de ellos pertenecientes a familias que han ocupado estos puestos, los hijos sucediendo a los padres durante generaciones. De tres de estas generaciones nosotros ya hemos sido testigos. [...] ²¹

21 La parte de este capítulo dedicada a la fauna no la he incluido conscientemente puesto que el lector interesado puede profundizar en el tema acudiendo a la traducción de la obra completa que con el título *La España inexplorada* publicó Antonio López-Ontiveros en 1989.

NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO

Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora del Rocío

Las peregrinaciones de personas piadosas a santuarios lejanos son una práctica muy conocida en la fe tanto de los Musulmanes como de la Iglesia Católica y no necesitan que nosotros las expliquemos; pero hay una que se lleva a cabo todos los años hasta una pequeña y aislada ermita que se encuentra a menos de una docena de millas desde nuestro puesto de caza de Doñana que verdaderamente merece ser descrita.

En primer lugar en lo que a su origen se refiere diremos que hace mil doscientos años cuando los conquistadores árabes invadieron España la mayor parte de las riquezas de las iglesias, sus emblemas sagrados, reliquias, etc., fueron escondidos apresuradamente en lugares seguros. Pero, como es lógico, puesto que la dominación árabe se extendió durante más de 700 años, cualquier vestigio o documentación de los escondites había desaparecido desde hacía mucho tiempo y fue sólo la casualidad lo que fue haciendo que todos estos tesoros fueran reapareciendo uno tras otro después de la Reconquista.

La historia de la recuperación de nuestra Señora del Rocío se cuenta que ha sucedido de la siguiente manera. Un pastor que estaba cuidando su rebaño en las cercanías de Almonte inducido por el extraño ladrido de su perro, se metió entre los densos matorrales conocidos como La Rocina de la Madre, una boscosa ciénaga, famosa como lugar de cría de garzas, garcetas e ibises en medio de la cual el perro lo llevó a un viejo árbol que estaba hueco. Aquí, medio escondida dentro del tronco el pastor distinguió la figura de una “Virgen de rara belleza y exquisita talla” vestida con una túnica de lo que en su día había sido lino blanco, pero que ahora estaba completamente manchada de un color verdusco debido a los siglos que había estado expuesta a las inclemencias del tiempo y al rocío.

Rebosante de alegría, el pastor emprendió camino hacia Almonte, a una distancia de tres leguas, llevando la imagen de la Virgen en sus hombros, pero, al verse vencido por el cansancio y por el peso de su carga, se echó a uno de los lados del camino para descansar y se quedó dormido. Al despertar comprobó que la Virgen

había desaparecido –había vuelto al agujero del tronco. Después de asegurarse de lo que había ocurrido y muy asustado, continuó solo camino a Almonte, donde informó de su descubrimiento. Inmediatamente el alcalde y el cura lo acompañaron hasta el lugar en el que encontraron la imagen tal y como había relatado. Allí, en aquel mismo instante, se hizo un voto solemne de que en ese mismo lugar se erigiría un santuario dedicado a Nuestra Señora del Rocío.

Cuando se descubrió que esta Virgen podía hacer milagros y otorgar peticiones, su fama pronto se extendió y despertó un gran fervor religioso. Así pues, durante la epidemia de 1649-50, cuando trasladaron a la Virgen hasta Almonte para que los protegiera, los habitantes de ese lugar permanecieron inmunes a la peste aunque todas las otras aldeas se vieron diezgadas. Un segundo milagro fue atribuido a la Virgen. Muy cerca de la ermita del Rocío había un nacimiento de agua, pero con un chorro tan exiguo que normalmente un sólo hombre podía vaciarlo en dos horas; sin embargo, durante los tres días de la romería miles de hombres y sus caballos podían saciar su sed.

Debido a estas manifestaciones personas devotas ofrecieron a la Virgen del Rocío considerables sumas de dinero con las que se construyó un santuario mayor, mientras que también le proporcionaron para adornarla con ropajes suntuosos, encajes y bordados, joyas y piedras preciosas. Además de esto, se hicieron copias de la imagen original y se distribuyeron por los pueblos de alrededor, en particular las enviaron a los siguientes:

Palma, distante	32 km	San Lúcar	45 km
Moguer, “	30 km	Villamanrique.....	18 km
Umbrete “	45 km	Pilas.....	23 km
Huelva “	65 km	Almonte	17 km
Triana “	76 km	Coria.....	44 km
Rota “	55 km		

En cada uno de estos y en otros lugares, se crearon *Hermandades* afiliadas a la original del Rocío, para proteger estas imágenes y es desde esos puntos desde donde cada Pascua de Pentecostés las distintas hermandades de peregrinos viajan atravesando los eriales hacia el Rocío. Cada hermandad lleva su propia réplica de la imagen para rendir su homenaje anual a la talla original.

En la primavera de 1910 los autores asistieron a la *Fiesta*. Ya, la noche anterior, había signos evidentes de lo que se avecinaba –se habían estado escuchando los sonidos del pífano y el tamboril– y durante las doce millas que estuvimos cabalgando a la mañana siguiente se divisaban constantemente nuevos contingentes zigzagueando a través de la llanura vestida de maleza, todos en dirección al Rocío. Pero, sin embargo no era hasta llegar a esa aldea cuando se podía ver la romería en toda su extensión, dando lugar a un espectáculo sorprendente y característico. Desde los cuatro puntos cardinales se podían ver largas filas de carretas con toldos blancos tiradas por bueyes –cientos de ellas– avanzando lentamente a través de la llanura llena de flores; todas las carretas van engalanadas, abarrotadas hasta el último asiento con muchachas que tocan la guitarra, con sonrientes dueñas y con un séquito de caballeros; los tiros de bueyes van alegremente enjaezados y estaban escoltados por jinetes haciendo cabriolas, muchos de ellos con su mujer o su hija montadas a la grupa, mientras que peregrinos más jóvenes se retaban de manera espontánea a pruebas de velocidad –y a una serie de pequeñas carreras de obstáculos. Había desde tiros de cuatro caballos a reatas de mulos, carros tirados por burros, personas piadosas a pie, un variopinto desfile envuelto en nubes de polvo y ruido, aunque todos en perfecto orden.

La siguiente y peculiar descripción fue escrita para nosotros por un amigo español que nos acompañaba:

Es con la llegada de las distintas procesiones cuando se observan en la romería los momentos más sorprendentes y pintorescos. Aquí uno puede ver la gracia y la habilidad de la amazona –la vigorosa y bella muchacha andaluza, montada a la grupa en la parte de atrás de la silla de un galante jinete orgulloso de su gentil compañera, mostrando su habilidad y maestría en el arte ecuestre. El noble corcel, consciente de su oneroso papel, lleva su doble carga con cuidado y buen talante, al haber sido adiestrado para hacer cabriolas y pararse a dos patas con toda la valentía de la época medieval y sarracena.

A eso de las cuatro de la tarde, mientras las caravanas que se aproximaban aún se encontraban a eso de una milla más o menos, todas se detienen, cada una para organizar su propia procesión, y cada una encabezada por la carreta en la que llevan su propia Virgen engalanada con bellísimos ropajes de seda y cordoncillos de plata. Luego, con el acompañamiento de bandas y campanillas, aplausos y castañuelas, tambores, tamboriles y guitarras, con banderas al viento y corceles haciendo

cabriolas, esta singular combinación de ritos religiosos y todo tipo de fantasías musicales reanuda su camino hacia la aldea.

A pesar del polvo y de la aglomeración ni una sola de las hermandades se salía de la posición que le habían asignado y así, de ese modo –una larga procesión tras otra, toda la concurrencia enfilaba hacia la aldea, cruzaban su pequeña pradera y buscaban la ermita donde, con las puertas abiertas, la Virgen del Rocío, bajada de su altar, había sido colocada para recibir el homenaje de las Hermandades. Cuando cada una de las réplicas va llegando al lugar, sus costaleros se detienen y se arrodillan, mientras que expertos mayores consiguen incluso que sus yuntas de bueyes se arrodillen en señal de sumisión ante la “Reina del Cielo y la Tierra”. Sólo se detienen un momento aunque no por esto cesan ni un instante las castañuelas y las canciones. Luego, por la tarde llegan las procesiones del Rosario, cuando cada una de las Hermandades visitantes hacen una visita ceremoniosa al Hermano Mayor –es decir, la Ermita del Rocío, tras de la cual cada hermandad, con menos ceremonial y con más alegría, visita los campamentos de los otros. Esta última acompañada de bandas, coros y *fuegos artificiales*. Luego toda la festividad religiosa, según pudimos observar, se torna en algo puramente profano –dándose un festín, divirtiéndose y bailando hasta altas horas de la noche.

Al atardecer la lluvia hizo su aparición y ahora estaba lloviendo de forma torrencial. El Rocío no es más que una aldea diminuta –digamos, unas cuantas chabolas humildes, aunque esta noche seis mil personas la ocupaban, las mujeres dormían dentro de sus carretas cubiertas de lona, los hombres estaban al lado, tendidos en el suelo todos revueltos.

El domingo se dedica a ceremonias religiosas que dan comienzo con una misa mayor. Esta misa no vamos a intentar describirla –no podríamos aunque quisiéramos. El amigo español quien ante nuestra petición nos redactó un esbozo de la *Fiesta*, lo hizo en los siguientes términos:

Los días del Rocío son días de expansión, juerga y festejos. En ningún momento a lo largo de toda la festividad cesan las risas de alegres voces, el sonido de las castañuelas, la melodía de la guitarra y del tamboril. Los bailes, canciones y música, con todo tipo de jovialidad y de buena camaradería, todo se une para que se mantenga sin descanso el regocijo que se vive en ese bello lugar. A este festival asisten muchos comerciantes con distintos puestos, entre los que se incluyen joyeros a las puertas de la iglesia, vendedores de medallas, estampas, cintas de colores y otros

artículos dedicados a la patrona de una romería que bien merece una visita por su originalidad y embrujo.

El lunes por la mañana, después de una asistencia conjunta de todas las Hermandades a misa, seguida de un sermón, la imagen de la Virgen vuelve a colocarse con toda ceremonia sobre el altar (con sus pies descansando sobre el mismo tronco hueco en el que la figura fue encontrada), y entonces se vuelven a organizar las procesiones y todos emprenden el largo camino que les llevará de regreso a sus respectivos destinos.

Aunque varios miles de personas asisten cada año a esta romería sin que en ningún momento estén controlados por la autoridad, no se conoce que se produzcan peleas o algún tipo de alboroto. El simple grito de “viva la Virgen” es suficiente en un instante como para apaciguar cualquier brote de enfado que pudiera surgir. Además, por otro lado, se dejan andar a sus anchas a miles de caballos y de burros sin que nadie los cuide o los vigile, ya que no hay el más mínimo peligro de que sean robados.

La Virgen del Rocío, según parece, se especializa en accidentes y los muchos exvotos que cuelgan dentro de la ermita nos hablan de la naturaleza de sus milagros. En uno se ve a un hombre que se cae de cabeza desde la ventana de un quinto piso, otro desde un pino enorme, un tercero que se está ahogando en una inundación; una señora se está cayendo de una mula, otra está siendo aplastada por una carreta, un muchacho embestido por un toro enfurecido; una persona de aspecto beatífico permanece sin sufrir ningún daño entre terribles rayos que caen en zigzag –aparentemente disfrutando de ellos. A raíz de todas estas y de otras formas de muerte atroces, los supervivientes, al haber sido salvados por la milagrosa intercesión de la Virgen, piadosamente han ido dejando constancia pictórica de las distintas incidencias

Una reliquia bastante horripilante recoge el hecho de que una madre que había prometido que si su hija volvía a la vida, ella iría al Rocío caminando con su mortaja –y allí se pueden ver las mencionadas ropas como evidencia de ese milagro.

La festividad que acabamos de describir se celebra todas las primaveras en Pen-tecostés. De todos modos hay una segunda peregrinación anual al Rocío que se originó a raíz de lo siguiente:

En 1810 cuando los franceses invadieron este país, el pueblo de Almonte fue tomado por dos batallones de caballería que se dedicaron a reclutar soldados de entre los campesinos de los pueblos de alrededor. Estos naturalmente se opusieron a entrar al servicio de las tropas enemigas, aunque muchos de ellos obedecieron aterrorizados. Sin embargo, entre ellos había algunos personajes bastante intrépidos y estos, que sumaban treinta y seis, decidieron atacarles para conseguir su libertad. Después de reunirse en los densos bosques a las afueras de Almonte, a las dos de la tarde cayeron sobre los desprevenidos franceses y, antes de que éstos pudieran defenderse, muchos murieron y otros fueron hechos prisioneros. Finalmente el comandante francés fue herido de muerte por un disparo en su propia puerta. “Los habitantes de Almonte estaban horrorizados ante lo que había ocurrido porque aunque ellos no habían tomado parte en el asunto, sabían que cargarían con las culpas” –según cuenta la leyenda española. Los pocos soldados franceses que pudieron escapar huyeron a Sevilla, informaron de lo ocurrido y (erróneamente) acusaron a los habitantes de Almonte –precisamente como muchas de las personas respetables habían previsto que ocurriría. El general que tenía el mando en Sevilla ordenó que Almonte debería ser arrasada y sus habitantes decapitados –ese era el castigo decretado por Murat siempre que hubiese el más mínimo derramamiento de sangre francesa. Un destacamento de dragones que salió hacia Almonte, hizo prisioneros al alcalde, a los sacerdotes y a todos los habitantes importantes y los encerró antes de su ejecución. En este momento tan crítico, decidieron comenzar a rezar a la Virgen del Rocío, prometiendo que si los salvaba del terrible peligro en el que se encontraban, organizarían una nueva peregrinación a su ermita para darle gracias. Justo cuando el destacamento de soldados franceses enviado para llevar a cabo las ejecuciones había llegado a Pilas, una aldea a seis leguas de Almonte, por mera coincidencia, un puñado de soldados españoles se lanzó contra las posiciones francesas en Sevilla. Los franceses, pensando que sus asaltantes eran la vanguardia de un ejército mayor, sin perder un minuto llamaron a todos sus efectivos, ¡Incluyendo a los que les habían ordenado destruir Almonte!

Así de este modo fue como el atribulado Alcalde y el resto de los prisioneros fueron salvados; una vez que se demostró su inocencia en este “crimen” sólo impusieron al pueblo una multa. Desde entonces, cumpliendo con la promesa hecha hace cien años, todo el pueblo de Almonte se dirige cada 7 de agosto hacia la ermita de Nuestra Señora del Rocío.

THOMAS EWING MOORE

1927

Autor de la obra *In the Heart of Spain*²², Thomas Ewing Moore, diplomático norteamericano, publicó su relato de viajes por España en 1922. Esta obra tuvo otra edición en 1933.

²² Moore, Thomas Ewing, *In the Heart of Spain*, The Universal Knowledge Foundation, New York, 1922.





PATERNA DEL CAMPO

EXCURSIÓN A ARACENA

Otra excursión de las que se pueden hacer fácilmente desde Sevilla, es a Aracena, a cincuenta y ocho millas en dirección noroeste. Hay poco que describir aunque se puede admirar un bello paisaje; esto, unido a que la carretera es perfecta, hace que el día que dedicamos a Aracena, Santa Ana la Real, Alájar y la “Gruta de las Maravillas” sea algo para recordar.

En Alájar se encuentra el santuario de Nuestra Señora de los Ángeles. En el filo de una cresta rocosa, allí a quinientos pies por encima del pueblo, cuelga un campanario de tres campanas; los peregrinos las tocan y nos dijeron que a los lugareños que se encuentran por debajo siempre les gusta escucharlas ya que se sienten orgullosos cuando los forasteros vienen a su antiguo y apartado santuario. Desde aquí hay una vista gloriosa sobre las montañas hacia la lejana llanura en la que está Sevilla.

Las cuevas de Aracena se encuentran bajo un escarpado cerro de forma cónica. Todo el recorrido está iluminado por electricidad. Hay una serie de lagunillas de agua clarísima; una de ellas, iluminada desde el fondo por una lámpara sumergida brillaba como una verdadera amatista. La formación de piedra caliza de los muros con sus gotas solidificadas es como una impresionante talla japonesa de una ladera montañosa cubierta de pinos piñoneros. En la entrada una placa de cerámica vidriada informa que la electricidad estaba instalada y que habían construido una caseta para el guarda para evitar los actos vandálicos en la cueva. Los hombres de espíritu cívico que llevaron a cabo este servicio fueron el Marqués de Aracena y un caballero bendecido con el romántico nombre de Don Juan del Cid.

Desde Sevilla a Aracena la carretera va subiendo gradualmente hacia la Sierra del Castaño en la que maravillosas y agrestes montañas están cubiertas de alcornoques y olivares, frutales en plena floración, retamas y espléndidos macizos de aulagas, campos enteros de campanillas y otras flores, que en la distancia brillaban blancas, azules y doradas. Exquisitas ondulaciones de todas las tonalidades de verde se funden con el púrpura de las lejanas montañas coronadas por rocas; pueblos blancos en la distancia y solitarios y aislados cortijos unos alejados de otros. Difícilmente se podría encontrar una mejor excursión en coche para realizar durante todo un día de abril, aunque no aparece mencionada en ninguna guía, y

por consiguiente lo más probable es que se la pierdan casi todos los viajeros que visitan Sevilla; sobre todo teniendo en cuenta que Aracena queda apartada de las principales carreteras.

No había tráfico a excepción de recuas de burros y de vez en cuando un carro completamente cargado de corcho en dirección a la ciudad. En Aracena el párroco se detuvo para preguntarnos tímidamente si lo podíamos llevar hasta Sevilla. Se trataba de ir completamente apretujados, pero estábamos en un estado de ánimo de hacer algo, aunque sólo fuera este pequeño sacrificio para cancelar la deuda que habíamos contraído con la naturaleza por todas las bellezas que habíamos disfrutado durante todo ese día. El buen hombre pensábamos que se apresuraba a llegar al último día de la *Feria* de Sevilla; en cualquier caso nosotros lo dejamos a una de las orillas del Guadalquivir a tiempo para eso. ¡Qué pocas veces deben tener la posibilidad de visitar la capital los habitantes de estas alejadas aldeas! No hay ferrocarril y la distancia para ir y volver, ciento seis millas, es demasiada para hacerla tanto en un día, ya sea en *burro* o en carro de bueyes. Alojarse en una posada en la gran ciudad sería algo inimaginable. Pájaros, muchos y brillantes, algunos desconocidos, un conejito extraviado y una piel de zorro colgada en la puerta de una caseta eran los signos de la fauna.

En la costa, donde el Guadalquivir desemboca en el Atlántico, una curiosa aparición se manifiesta una vez cada verano cerca del lugar donde Mr. Bonsor espera desenterrar el hace mucho tiempo desaparecido Tartesos. Nosotros no podemos hacer otra cosa mejor que reproducir su descripción. “En esta isla que fue Tartesos, a corta distancia del lugar donde debería haber estado el desaparecido brazo del río, se levanta cada año casi como por encanto, un lugar para los baños de mar; es único en España y está formado por miles de cabañas construidas con la verde vegetación de las cercanas marismas de juncos, mirto, pistacho y retamas que cubren una estructura de madera de pino”.

“Este pueblo que tiene una vida de dos meses, julio y agosto, se llama Mata de las Cañas, o más a menudo, se denomina con una sola palabra, Matalascañas; se extiende una milla y media a lo largo de la playa en dos líneas paralelas. Aquí se reúnen entre tres y cinco mil personas para bañarse y para disfrutar de la brisa del Atlántico bajo el sol casi tropical de Andalucía, habitantes de los pequeños pueblos del viejo *condado*, o zona de Niebla y del Aljarafe de Sevilla, que queda hacia el norte de la inmensa llanura de Las Marismas”.

“Para alcanzar las playas esta gente cruza la llanura durante la noche en carretas tiradas por entre cinco y ocho mulas enjaezadas conjuntamente; de esta forma llevan sus equipajes así como sus camas, colchones, muebles, utensilios de cocina y sus provisiones”.

“Aunque forma parte del territorio de Almonte, esta efímera colonia no acepta la autoridad; si se da el caso de que haya alguna pelea entre los bañistas, algo que muy rara vez ocurre, se llama al comandante de los carabineros de las cercanías o a los guardacostas para que intervengan. Aparte de esto, en Matalascañas no hay ni alcalde, ni juez ni cura; a veces la comunidad no tiene ni los servicios de un médico aunque estas colonias están formadas por familias con muchos niños.”

“Aquí se puede observar la *despreocupación* de los andaluces en general. A menudo niños delicados de salud mueren durante el viaje a Matalascañas, mientras que los que pueden pasar las marismas mejoran rápidamente gracias al agua filtrada por la arena y a los beneficios de la brisa marítima”.

“A mi llegada a Matalascañas me alojaron en una cabaña más espaciosa que las otras, situada cerca del centro de la colonia y sobre la que se veía en la distancia la bandera nacional ondeando; era el Casino y la *fonda* las dos cosas juntas. En la zona reservada para los turistas como yo había un gran comedor muy bien organizado. En lo que a los dormitorios se refiere yo tuve que compartir la habitación con otros dos visitantes que estaban de paso, un crupier y un joven agricultor cuyo caballo estuvo atado a un poste frente a la *fonda* durante la noche. Después de las fatigas del día, dormí profundamente sobre un lecho de ramas recién cortadas. Mis compañeros de alojamiento eran personas cuya compañía era agradable, como suele ocurrir con todos los andaluces. Aquí creyeron que yo era un ingeniero y pensaron que tenía que estudiar la forma de realizar un proyecto para instalar electricidad en Matalascañas.

Mr. Bonsor ha omitido en la descripción que nos ofrece aquí algunos detalles divertidos que él mismo nos contó después. Cuando le enseñaron su habitación en la *fonda* vio que, aunque era pequeña, tenía tres camas; él le preguntó al posadero quiénes eran los otros dos ocupantes, con objeto de formarse una opinión en cuanto si eran o no apropiados como compañeros de habitación; la respuesta del posadero lo dejó mudo: “Pero, Señor, ¿ellos quieren saber quién es usted!”

Cuando se marchó, el crupier le preguntó a nuestro amigo si le permitía acompañarlo en su largo viaje a través de las marismas y atravesando la llanura. El crupier iba cargado con lo que había quedado de su mesa de juego que había llevado para la temporada y deseaba la protección de un caballero. ¡Esto no contribuyó nada a la tranquilidad de Mr. Bonsor en su viaje de vuelta a través de una zona completamente desolada que queda bastante alejada del alcance del brazo de la ley!

Las arenosas extensiones de terreno con sus raquíticos brotes de abetos cerca del delta del Guadalquivir proporcionan muy buena caza. Abundan los ciervos, jabalíes, perdices y aves acuáticas. Esta tierra árida se dice que también proporciona refugio a los únicos camellos salvajes que existen en la actualidad. Todos los años el Rey de España es invitado aquí del Duque de Tarifa y Denia, que es el dueño de la mayor reserva de caza con más de veinte millas de longitud y entre dos y cuatro de anchura.

DE SEVILLA A HUELVA

La magnífica carretera que va desde Sevilla a Huelva casi llega hasta la frontera occidental del viejo Reino de Sevilla; Huelva está cerca del Atlántico y sólo a unas cuantas millas de la frontera oriental de Portugal. Esta es una de las excursiones desde la capital andaluza que más compensa a los conductores que se atreven a salirse de los caminos trillados ya que debe incluir visitas al Convento de La Rábida, Palos y Moguer, que, aunque se encuentran un tanto alejados de la carretera principal, se puede llegar hasta allí con bastante facilidad desde el gran puerto del cobre español. La persona que esté interesada en estudiar la historia del poderoso imperio colonial que España fue en su día, ciertamente deseará ver el convento franciscano donde se pusieron sus cimientos, pero este tema, en lo que respecta a La Rábida y Palos se trata en el capítulo dedicado a Colón. Sólo añadiré que mientras que el turista que no tenga demasiado tiempo podría fácilmente realizar esta excursión en un día, con Huelva como su único objetivo, ya que de Sevilla a Huelva ida y vuelta sólo hay ciento veinte millas, un segundo día tendría que dedicarse a La Rábida, Palos y Moguer.

Incluso aunque no hay lugares de gran interés histórico que visitar, esta pequeña excursión a Huelva no debería dejar de hacerse aunque sólo fuese por el bello y típico paisaje andaluz por el que pasa la carretera. Estas ricas y fértiles tierras tienen un maravilloso encanto con sus extensos cultivos, sus largas plantaciones de viñedos ya que esta zona no está lejos de los centros productores de vino de Jerez y sus florecidas praderas. Son típicamente andaluces, aunque contrastan con las extensas vegas, igualmente características de esta fértil zona que queda al este de Sevilla.

[...] En Niebla, a cuarenta y dos millas de Sevilla, se obtienen las primeras vistas del extraordinario Río Tinto. Este río color de sangre, el Íbero de los íberos y el Fluvium Urium de los romanos, es tan rojo como su nombre, y ofrece un espectáculo tan singular que el viaje a Niebla bien debería recomendarse con el único propósito de conocerlo.

No es sólo que el agua sea de un rojo intenso, sino que el lecho y las piedras a lo largo de su curso también parece como si hubiesen sido teñidas de rojo, dorado, amarillo, ocre y color bronce. Siempre ha existido diferencia de opiniones en cuanto a si el color rojo está causado por la explotación de las antiguas minas de Río

Tinto, probablemente las minas más antiguas del mundo que todavía se están explotando, o debido a causas naturales. Nuestras pesquisas nos han llevado a pensar que el color es probablemente debido a un proceso químico natural; que los ricos depósitos minerales del terreno impregnan el agua y la posterior acción del aire sobre ella produce el asombroso efecto rojo. Otros mantienen que esta pigmentación se debe sólo a los residuos de las minas. Aunque el Río Tinto en su nacimiento no es rojo, sino que presenta un color verdoso, a nosotros nos informaron que cambia a rojo en el primer lugar en el que entra en contacto con el mineral que hay en su lecho, de ahí que no se deba a la cercanía de las minas. En ambos casos el resultado constituye un fenómeno extraordinario.

Niebla tiene interés por sus enormes y bien conservadas murallas. Están construidas con un sólido y rudo cemento, tan duro como la piedra, tan utilizado por los árabes en la construcción de sus fortificaciones y de la miriada de castillos en Andalucía. Los árabes emplearon las piedras de las antiguas murallas romanas para cubrir las puertas en arco y las esquinas de las torres cuando ampliaron las zonas defensivas en sus florecientes y cada vez mayores ciudades; esto parece que ellos lo hubieran hecho en casi todos los lugares de Andalucía, debido al gran aumento de la población de los pueblos y ciudades bajo su dilatado gobierno

Aunque ignorada, o simplemente pasada por alto con una mera mención de su existencia en las guías, Niebla bien merece una visita; no sólo por sus impresionantes restos árabes, sino también por todas sus connotaciones históricas. En algunos lugares las murallas se encuentran horadadas por troneras para cañones, cada una con una apertura por encima en forma de cruz que se utilizaba como vigía, aunque los profanos sugieren que estas aperturas tenían un sentido simbólico. Estas troneras presentan un interés y significado adicional ya que Niebla comparte con Algeciras la reivindicación de haber sido el lugar donde los moros utilizaron la artillería por primera vez. En lo que respecta a la reivindicación de Algeciras, está basada en la suposición de que allí los moros utilizaron la artillería durante el asedio del lugar por parte de Alfonso XI en 1349. Pero las murallas de Niebla fueron agrandadas por el *Wali* independiente Aben-Mahfot en 1256, cuando él rehusó continuar más tiempo reconociendo a Alfonso X el Sabio, como su dueño y señor; un rechazo que trajo a Don Pelayo Pérez Correa, Gran Maestre de Santiago y a sus vasallos a cercar el pueblo y atacar toda la zona hasta que llegó su rey con un ejército para comenzar un asedio que duró hasta bien entrada la primavera siguiente, cuando se puso fin al gobierno musulmán que había durado quinientos cuarenta y cinco años. Por esta

causa parece que la reivindicación de Niebla tiene una prioridad de casi cien años. Desafortunadamente, los cañones y armas de fuego parece ser que no se conocían en la época de ambos asedios.

Por el hecho de habernos proporcionado todos los datos históricos relacionados con Niebla estamos en deuda con nuestro amigo Don Eduardo Díaz, el sabio arqueólogo de Huelva, quien nos dijo como se imaginaba, mientras permanecíamos en el viejo puente romano que hay en las afueras de Niebla, a los soldados de Alfonso cubiertos por armaduras, cruzando el río hacia la ciudad donde iban a encontrar la muerte, con sus ojos fijos en las almenas y sus manos sin soltar las espadas.

Dentro del pueblo vimos los restos destrozados y completamente en ruinas de una enorme fachada de piedra de la época visigótica que se encuentra cerca de la vieja iglesia. Los visigodos, antiguos cristianos, bautizaban a sus niños por inmersión. Estos fragmentos probablemente han permanecido donde nosotros los encontramos incluso desde los días de la conquista por los musulmanes hace ochocientos años.

En las murallas que rodean al pueblo hay oscuras viviendas parecidas a las cuevas y en ellas habitan personas en la más profunda miseria. Mientras estábamos visitando el pueblo nos vimos rodeados por los chavales más sucios y con más harapos que hubiésemos podido encontrar, incluso entre los campamentos de gitanos que continuamente se ven en Andalucía siempre que hay una feria. Mientras las puertas para entrar al pueblo ahora se abren directamente en las murallas, en tiempos de los moros éstas se construían formando un ángulo recto de modo que ofrecieran mayor protección contra posibles invasores. Los contornos de las antiguas puertas se pueden ver con nitidez en las murallas al lado de las que existen ahora. En Niebla viven dos arqueólogos muy buenos, el cura de la parroquia y una señora inglesa que ha hecho colecciones interesantes de los restos arqueológicos que aquí abundan al igual que ocurre por todos lados en Andalucía. Parece del todo necesario excavar el cálido suelo para sacar a la luz los restos de una o más de las muchas civilizaciones que han poblado la península desde la más remota antigüedad.

Huelva, la antigua Onuba, nuestro destino en esta excursión, está situada en la orilla izquierda del Odiel, a tres millas del lugar donde éste se une al Río Tinto para continuar su corto viaje antes de que sus aguas unidas desemboquen en el inmenso océano Atlántico. Insignificante hace tiempo, cuando Palos era el centro de la activi-

dad marítima, Huelva ahora es un puerto floreciente, el tercero de España, gracias a los barcos que ahora transportan la enorme producción de las minas de Río Tinto.

En Huelva pasamos una tarde muy agradable en compañía de un inspector de minas español y le escuchamos muchos datos de interés acerca del célebre Río Tinto. La historia de esta gran mina productora de cobre y azufre se remonta a dos mil años antes de la Era Cristiana; es la misma mina que proporcionó cobre a los tartesios hace unos cuatro mil años.

La producción del Río Tinto es casi la misma que tenía antes de la guerra aunque el número de empleados y mineros se ha reducido de quince mil a siete mil. En 1924 se extrajeron 2.439.000 toneladas de mineral. Su gran prosperidad se puede deducir del hecho de que dio más de 30.000.000 pesetas en dividendos durante el mismo año; en verdad una importante fuente de riqueza.

Caminamos a lo largo del Odiel con sus incansables embarcaciones y sus grupos de marineros llevando cientos de cestos de sardinas a los carros que esperaban. Nos detuvimos para escuchar a las pescaderas vender este pequeño pescado plateado en las calles, regateando sobre el precio de sus capturas, miles de ellas por unas cuantas pesetas.

Mientras una interminable cadena de camiones estaba descargando mineral procedente de las minas en los barcos de la Compañía Río Tinto que estaban esperando, una draga fluvial estaba trabajando dragando el canal del Odiel fuera de los muelles. Pensando en la sorprendente riqueza de este país en épocas pretéritas, dijimos, más en broma que en serio, al distinguido arqueólogo con el que nosotros estábamos paseando: "Debería haber un arqueólogo en esa draga para inspeccionar cada una de las cubas que se sacan a la superficie".

Para nuestra sorpresa el contestó que esa misma draga que nosotros vimos dos años antes, en marzo de 1923, mientras estaba trabajando en el lado oeste del río, dio la casualidad que encontró un gran número de armas de bronce y que dragados sucesivos habían sacado a la superficie más de ciento cincuenta armas de bronce y utensilios mientras estuvieron excavando hasta finales del mes siguiente, principalmente espadas y puntas de lanza.

Este importante y casi único descubrimiento se ha identificado como perteneciente al cuarto período de la Edad del Bronce, un período que recientemente ha experimentado un reajuste en su cronología y que ahora se ha fijado entre los

años 1200 a 1000 a.C., cuando el hierro ya era conocido y utilizado por todo el mar Egeo, el sur de Italia y las Islas Baleares. Las victorias de los Dorios sobre los Peloponesos e Ilirios y de los Celtas sobre los Ligurios e Íberos en España bien puede haberse debido al uso generalizado de las espadas de hierro, un arma verdaderamente formidable comparada con su homóloga corta y fácilmente rompible, la espada de bronce o bronce y estaño que utilizaban los primeros habitantes de la península, un arma casi inútil para el ataque así como para la defensa.

La longitud de las espadas encontradas en Huelva es de sesenta y cinco centímetros la hoja y diez centímetros el puño, o de una longitud total de setenta y cinco centímetros. Un análisis de estas espadas nos muestra que estaban compuestas de 89,38 por ciento de cobre, 10,54 de estaño y 0,065 de antimonio. Algunas de las espadas encontradas se habían partido y han sido habilidosamente arregladas por medio de una soldadura de la hoja al puño.

Lo reducido del tamaño del mango de las espadas nos hace suponer que los que las empuñaban, probablemente Ligures, tenían en proporción las manos muy pequeñas, de lo que se puede deducir que ellos eran una raza de hombres de pequeña estatura. Lo que a ellos les faltaba en tamaño lo compensaban de otras formas ya que debieron haber sido hombres de una constitución fuerte y robusta. Armas completamente iguales a estas que han sido sacadas del Odiel se han encontrado en Sicilia; un punto interesante para el arqueólogo. El Gobierno se adueñó en su totalidad de este descubrimiento raro e interesante y lo han depositado en Madrid. Huelva ha apelado, aunque sin buenos resultados, para que le envíen parte para incorporarla a su propio museo; otra vez una victoria del fuerte sobre el débil.

La fotografía que reproducimos y la descripción de los objetos encontrados se debe a la amabilidad de Don Eduardo Díaz de Huelva, un profundo conocedor y estudioso de todo lo que respecta al pasado de su país. Aparte de espadas y puntas de lanza, varios prendedores, botones, anillos, colgantes, agujas y puntas de flecha fueron sacadas a la luz. Todo esto constituye una valiosa contribución al conocimiento de los usos que le dieron al bronce los primeros habitantes de la zona de Huelva. Es de esperar que algunos de estos objetos sean devueltos a la ciudad donde fueron descubiertos y con la que la historia debe asociarlos.



PAISAJE EN HUELVA

HALLIDAY SUTHERLAND

1933

El Dr. Halliday Gibson Sutherland, célebre por su investigación en el control y prevención de la tuberculosis y como autor de numerosas obras literarias, había nacido en Glasgow en 1882 y falleció después de una corta enfermedad en Londres en 1960 cuando había cumplido los 77 años de edad. Licenciado en medicina en 1908 por la universidad de Edimburgo, comenzó a trabajar en un hospital de Liverpool donde inició su investigación sobre la tuberculina. Con posterioridad permaneció en España ayudando a su tío que era el director de la clínica británica de Huelva. A su vuelta a Escocia, trabajó en distintos hospitales de Edimburgo hasta que en 1911 se trasladó a Londres. Su trabajo en la capital londinense se vio interrumpido por la primera guerra mundial en la que sirvió primero en la armada y luego en las fuerzas aéreas. A su vuelta a la vida civil, Halliday Sutherland recorrió diversos puestos en hospitales relacionados de algún modo con las enfermedades respiratorias. Durante su vida profesional escribió numerosos artículos y varios libros de tema médico, aunque fue su autobiografía *The Arches of the Years*, publicada en 1932 la obra que le proporcionó un gran éxito. En enero de 1935 ya había alcanzado la décimonovena reimpresión, todo un record para la época, llegando en 1960 a las 35 reimpresiones y habiéndolo sido traducido a ocho lenguas europeas. Otras obras son: *A time to Keep*, 1934; *Laws of Life* 1935; *In My Path* 1936; *Lapland Journey* 1938; *Hebridean Journey* 1939; *Spanish Journey* 1948; y *Irish Journey* 1956. En *The Arches of the Years* dedica varios capítulos a su estancia en Huelva.



Estimada
2009

BALNEARIO

HUELVA

En la desembocadura del río Odiel se encuentra la ciudad portuaria de Huelva y después de obtener mi título en Edimburgo me fui hasta allí para ayudar a mi tío en su clínica. Durante nueve meses al año el clima era ideal pero durante el verano el calor era intenso. Así él podía escapar a Escocia para cazar urogallos ya que yo estaba allí para atender su consulta.

En el sur de España la práctica de la medicina y la cirugía entonces estaba muy atrasada, aunque había buenas facultades de Medicina en Madrid y Barcelona. Pacientes de todas partes de Andalucía venían para ser tratados en la clínica inglesa. Mi tío era un escocés alto, pelirrojo, con ojos azules y un bigote rojizo. Era buen cirujano, buen cazador, buen jinete y también un magnífico jugador de cricket. Como tenía unos modales muy agradables, se llevaba muy bien con los españoles, y era lo suficientemente astuto como para disimular su natural irritación con sus flaquezas en la tierra de la indecisión, donde todo se dejaba para más tarde y donde había vivido y ejercido la medicina durante veinte años.

Había estado casado pero su esposa y tres de sus hijos habían fallecido y su hermana mayor se ocupaba de él y de la casa. Todos sus hijos al llegar a los diez años habían muerto por la misma causa –una enfermedad muy rara.

Vivía en un gran piso en la planta baja en el Hotel Colón. Hace tiempo este había sido un gran hotel con cuatro edificios independientes que rodeaban un jardín rectangular atravesado por varias veredas. Era un jardín formado por palmeras, pimenteros, eucaliptos, naranjos, cerezos y manzanos y todo el suelo estaba cubierto por infinidad de flores y plantas aromáticas. En el centro había una fuente. Ahora el hotel estaba convertido en pisos y en oficinas en los que se alojaba la colonia inglesa. El piso que ocupaba mi tío estaba en el edificio central. La planta más baja del inmueble que había en el otro extremo del jardín tenía un billar y una gran sala de baile. Más allá incluso había cuatro pistas de tenis, establos y una zona de campo. El hotel estaba situado sobre una pequeña elevación por encima del nivel de las calles colindantes. Todo el terreno que lo rodeaba estaba cerrado y por la noche un guarda armado lo vigilaba.

La clínica estaba en una calle en el otro extremo de la ciudad. Se trataba de un viejo edificio con un patio central. El quirófano, la sala de consulta, el laboratorio y las habitaciones individuales estaban en la planta superior. En el bajo había una pequeña sala con seis camas para la gente más pobre y la cocina. El servicio de comidas era bastante simple ya que cada paciente tenía que acordar con un pariente, amigo o sirviente para que le proporcionase las comidas. Había una hermana inglesa y dos enfermeros españoles –padre e hijo– quienes vivían dentro de este edificio.

Mi trabajo en la clínica era variado e interesante.

Una mañana fuimos en un pequeño barco a vapor a un pueblo que se encontraba río arriba para ver a un niño de ocho años que se había dislocado el codo derecho al caerse de un burro. Estaba echado en una cama en una habitación que se encontraba a nivel de la calle y había una multitud de personas mirando por la ventana. Ellos tapaban la luz y tuvieron que irse de allí para poder examinar al paciente. La madre del niño insistía en permanecer en la habitación. Se necesitaba cloroformo y cuando íbamos de camino mi tío me había dicho que dejásemos que el médico español se lo administrara pero que nosotros deberíamos permanecer atentos ya que era probable que él no lo hubiese administrado con anterioridad. Así fue la conversación que mantuvimos:

Yo: Señor, como un favor, ¿podría usted administrar el cloroformo?

Doctor: Señor, será un placer ver como lo administra usted.

Yo: Señor, le beso a usted la mano. Usted le dará el cloroformo.

Doctor: Señor, le beso a usted los pies. Usted administrará el cloroformo.

Yo: ¡Por amor de Dios! Señor, administre usted el cloroformo.

El médico le puso la máscara sobre la nariz y la boca, quitó el seguro de la botella de ocho onzas y luego vertió la mitad del contenido en la cara del niño. Este comenzó a chillar; su madre gritaba, se sintió mareada, y se desmayó cayendo al suelo; el médico tiró la botella y corrió a atenderla. Mientras yo continuaba con la anestesia, el médico sacó a la madre de la habitación arrastrándola cogida por los hombros. Cuando él volvió la manipulación ya había finalizado. Le pedí un poco de aceite de oliva y él me ayudó a ponerle un poco al niño en los ojos. Con toda probabilidad él no fue muy consciente de que había ocurrido algo anormal.

Luego fuimos al comedor para tomar el *desayuno*. Había un *queso* que era nuevo para mí –hecho de leche de oveja y les dije que me había gustado mucho. En ese momento el médico se levantó de la mesa y salió corriendo bajo el sol abrasador

hacia un cortijo que se encontraba a una distancia de media milla para traer otro queso. El doctor me lo ofreció como regalo de despedida. En Andalucía siempre te preguntan si te gusta la comida –y se espera que digas que sí.

Una gran consulta es cuando el médico que se ocupa del caso invita a su casa a todos los médicos disponibles que en alguna ocasión han atendido al paciente o a alguno de sus parientes. En caso de un hombre con una hernia mi tío aconsejó al médico y a los parientes que requería una intervención quirúrgica inminente. Pero los familiares querían otro diagnóstico y a las dos de la tarde ocho de nosotros estábamos sentados alrededor de la mesa de comedor del paciente. El médico de más edad presidía –puesto que él era el que había atendido al paciente cuando nació. Como yo era el más joven me pidieron que hablase el primero pero yo no tenía otra cosa que decir aparte de que estaba de acuerdo con mi tío. Es una norma muy sabia el que los hombres hablen por orden de edad comenzando por los más jóvenes, no sea que la honestidad de la juventud se vea acallada por la experiencia que dan los años. Luego un médico joven habló sobre hernias y su tratamiento durante diez minutos. Arriba había un hombre que habría necesitado una operación desde hacía más de treinta y seis horas. Cuando todos hubieron hablado se acordó que la operación se llevaría a cabo y tres de ellos esperaron para poder contemplarla. Luego le tocó el turno a los apretones de manos, muchas palmadas en la espalda y muchas felicitaciones. En estas ocasiones se paga una minuta, no sólo al médico que lleva el caso sino a todos a los que se invita a la casa.

Barcos procedentes de muchas naciones llegaban al río y cada uno pagaba una minuta general para recibir servicios médicos en el puerto. Desde las nueve a las once los marineros que podían ir se les veía en la clínica, a otros se les visitaba a bordo y los casos más graves se ingresaban en la clínica. Uno de estos era un joven ingeniero escocés que trajeron con quemaduras muy graves. Había explotado una lámpara de parafina en uno de los extremos de una pasarela junto a la sala de máquinas y la zona de paso estaba ardiendo. Al otro lado de las llamas estaba el camarote del ingeniero jefe aislado por el fuego. Pensando que su jefe estaba durmiendo, el joven ayudante se lanzó a través de las llamas para despertarlo. Una vez allí se dio cuenta de que él no estaba en su camarote y volvió por entre las llamas. Tenía quemaduras en más de una tercera parte de su cuerpo y se enfrentaba a una muerte casi segura. Una mañana él había sido visitado por el capellán de la colonia inglesa de la ciudad y esa misma tarde, mientras yo le estaba curando las quemaduras, él dijo: “Sé que voy a morir y me pregunto si luego hay algo por lo que debiera

estar asustado". "¿Piensa usted que seré castigado por mis pecados?". "¿Has estado hablando con el padre esta mañana?".

"Sí, pero yo no comprendí lo que él estaba diciendo. Es probable que yo estuviese adormilado".

"No hay nada que deba asustarte. Sea lo que sea lo que nos ocurra al resto de nosotros, nunca serás castigado. Muchos hombres han conseguido la Cruz de la Victoria por menos de lo que tú hiciste".

"¿Eh?".

"Tú has hecho lo más grande que un hombre pueda hacer –tú has dado tu vida por un amigo; y, ¿sabes lo que dice la Biblia? "No existe mayor amor que el del hombre que ofrece su vida por un amigo".

"Nunca pensé en eso".

"Piénsalo ahora".

"Oh, sí".

Al día siguiente había fallecido y en esa ocasión, yo le estuve tranquilizando, aunque yo era agnóstico.

Parson²³ and doctor! –don't they love rarely?
Fighting the devil in other men's fields.

* * *

23 ¡El cura y médico! ¿No aman de manera extraña? Luchando contra el demonio en los campos de batalla de otros hombres.

SEÑORITAS

La mayor parte de las mañanas me despertaba el sonido de las patas de un caballo sobre el camino de grava debajo de mi ventana y me solía ir a cabalgar por el *campo* al fresco bajo el brillante sol de las primeras horas de la mañana. Solía ir por caminos que eran pistas para carros entre bajos setos de chumberas, atravesando olivares y huertos de naranjos y pasando por campos donde los bueyes iban arrastrando el arado de madera como en los tiempos de Cristo. Luego a la vuelta pedía agua caliente, me daba un baño y tomaba el desayuno. La silla de montar española con su guarnición de piel de oveja y estribos anchos es muy cómoda. En la parte de delante hay una perilla alta y el arzón trasero de la silla también es alto. Esto protege al jinete si el caballo se cae y rueda, mientras que con la silla de montar inglesa el jinete tiene más probabilidades de ser arrojado por encima del caballo. Mi caballo, que era alquilado, me lo traía un rufián de aspecto maligno, quien durante la temporada era *picador* en las plazas de toros. Se trataba de un hombre pequeño con un semblante de lo más desagradable y nos referíamos a él como “Pequeño Pic”. Una mañana apareció con un caballo que pronto descubrí que tenía la costumbre de bajar las patas traseras sin llevar el paso, lo llevara como lo llevara. Este constante traqueteo de la columna me hizo volver con dolor de cabeza y le dije a *picador* que ese caballo no era bueno. Cuando le dije eso, él se escupió en las manos, las juntó de una palmada y comenzó a jurar por casi toda la jerarquía del firmamento diciendo que éste era el mejor caballo que había en la ciudad. Luego yo le dije que era un mentiroso *sinvergüenza* y, cuando dije “Mentiroso *sinvergüenza*” frunció el ceño y se llevó el caballo. Mi tío me dijo que no había sido prudente haber utilizado la palabra “*sinvergüenza*” y que si yo hubiese añadido también una frase –el equivalente español a la exclamación inglesa “no tienes agallas” –el pequeño Pic lo más probable es que hubiese sacado su navaja. Esa misma noche a las once me encontraba caminando por la calle Concepción, una calle adoquinada y sólo para peatones y entre la gente con la que me iba cruzando vi al pequeño Pic. Sí, yo lamentaba haber dicho la palabra “*sinvergüenza*”, pero quizás *picador* pasaría sin verme. No; *picador* me había visto y se estaba aproximando rápidamente. Realmente me sentía apenado por aquellas palabras... luego él se apresuró y me dio un golpe en el pecho con la mano abierta, le di un grito y propiné un golpe con el puño derecho

en el hombro izquierdo de *picador*. Él retrocedió aparentemente sorprendido y en ese momento ya había gente rodeándonos. “¡Señor!”, exclamó. Luego se avalanzó sobre mí otra vez y sacó del bolsillo superior de mi chaqueta un pañuelo ardiendo que la ceniza de mi mal liado cigarrillo había prendido. Le di las gracias al pequeño Pic de la manera más cordial, le pedí disculpas por haberle golpeado y luego nos quitamos nuestros respectivos sombreros y nos estrechamos la mano. A la mañana siguiente él apareció con un buen caballo.

Cerca de la clínica había un convento, un edificio sencillo con rejas de hierro en las ventanas y una enorme puerta tachonada con clavos de hierro. A uno de los lados de la puerta había una celosía de hierro cerrada por un postigo en la parte interior. El postigo se corría cuando alguien golpeaba la puerta y el que llamaba podía ser reconocido antes de que la puerta se abriera. Parecía como la entrada a una prisión e igual de desagradable.

Nuestras vecinas eran las Hermanitas de los Pobres, una de las comunidades de la iglesia más humildes y más nobles. Ellas dan refugio a los ancianos indigentes y visitan a los enfermos pobres. En Huelva había un gran número de familias pobres, algunas lo eran tanto que vivían en cuevas abiertas en la ladera de un cerro en los alrededores de la ciudad. Las hermanas que les ayudan también son pobres y tienen que mendigar para sus amigos. En todas las grandes ciudades de Europa se las puede ver a veces pidiendo limosna a las puertas de las iglesias católicas, o acarreando donaciones de comida de grandes hoteles o restaurantes. La Madre Superiora trajo a la hermana Teresa a verme. A ella le dolía la rodilla derecha. La tenía hinchada y le dolía cuando caminaba en especial cuando iba sobre adoquines. Le dolía por la noche cuando se acostaba. Ella tenía artritis tuberculosa lo que significaba meses en cama e infecciones semanales. Durante estas consultas siempre estaba alegre y siempre tenía alguna labor, ya fuese cosiendo o haciendo un bordado –en el que las hebras se van sacando de una sábana de lino hasta que se hace un bello calado parecido al encaje [...] Cuando se acercó el momento de abandonar España las monjas me hicieron regalos –estampas de santos coloreadas y la hermana Teresa me dio un pañuelo de seda con un diseño floral y la palabra “Hilario” en una de las esquinas; el dibujo era tan delicado que parecía como si hubiera estado impreso, pero estaba bordado a mano utilizando como hilo el pelo de una niña –y no el de la hermana Teresa puesto que ella lo tenía muy corto. Ella debió haber estado bordando durante muchas horas. Las monjas me llamaban Don Hilario; otros me llamaban Don Enrique ya que nadie podía traducir mi nada cristiano nombre de pila.

Yo había llegado a España durante el carnaval y una noche hubo un baile en el Círculo al que habían invitado a algunos ingleses de la colonia. La sala de baile estaba iluminada con algunos farolillos chinos y alrededor había sillas para las madres y las amas a las que las muchachas volvían después de cada baile. Fue en este lugar donde volví a encontrarme con Inés, la niña que hacía cinco años vi cuando iba cabalgando a lomos de un burro y que ahora era una mujer. Su belleza era de una clase que difícilmente se puede ver en el sur de España. Era una belleza pálida, es decir, su pelo rizado formaba ondas, sus cejas y pestañas eran de un color castaño, pero sus ojos eran azules y el tono de su piel era muy pálido a excepción del color rosado de sus mejillas y el intenso carmesí de sus labios. Es probable que su mentón no fuese demasiado fino o que su boca fuese un poco ancha pero tras sus labios se podían ver unos dientes perfectos. Era de mediana estatura, su figura era perfecta y sus andares y su porte tenían la elegancia de una reina. Su contoneo era muy bonito y al igual que todas las muchachas españolas, bailaba las sevillanas, que es el baile más lleno de gracia después del minueto. A ella no le gustaban los nuevos bailes americanos.

“¿Por qué los blancos tenemos que copiar nuestra música o nuestros bailes de los negros?” A lo largo de la tarde la temperatura de la sala subió mucho así que yo dije: ¿Es usted caliente? Queriendo decir que si ella tenía calor. En ese mismo instante me dejó y se fue con su madre, cuyo rostro asumió rápidamente la expresión adusta de una tía que te está desheredando. El vice-cónsul británico había visto el incidente y me preguntó qué era lo que yo había dicho. “¡Santo cielo!” dijo, “usted ha utilizado un término equivocado”. “Usted tendría que haber dicho ¿Tiene usted calor?”. “Caliente” nunca se utiliza con el verbo *ser* entre las personas educadas. Iré y les diré que usted no conoce bien el idioma”.

Eso fue lo que hice e Inés volvió a bailar. Pero él no fue tan noble como pensé que era. A los pocos días me di cuenta bastante bien de que su completa falta de discreción lo hacía totalmente indigno de tener cualquier puesto en el Servicio Consular de Su Majestad Británica. La gente me solía parar por la calle y me preguntaban: “¿Qué tal va su español?” y cuando yo les contestaba de forma correcta, ellos solían añadir “¿Sabe usted cómo pedir agua caliente por la mañana?”.

Más tarde esa misma noche bailé con una irlandesa joven y deportista, la señora O’Grady, quien me dijo que la señora Portman, con la que yo no había bailado, pensó que yo estaba bailando demasiado con Inés. La señora Portman era una

dama corpulenta y bondadosa de corazón de más de cincuenta años y que vivía para su día “En casa”. La vida se le hacía muy agradable cuando las personas de la colonia inglesa que iban a sus meriendas estaban por encima de la media ya fuese por el número de ellos o por su status social. Todas las señoras de la colonia inglesa tenían su día “En Casa”, por el que ella sentía un justo y honesto orgullo. Y digo justo y honesto orgullo, y no permitamos que los gustos de los intelectuales, las sonrisas glaciales o las personas sin muchas pretensiones de erudición con vulgares risotadas puedan estropear esos sencillos placeres. Todos somos iguales. Usted señora, se vanagloriaba cuando la duquesa de Haltingtowers por fin llegaba, y usted, señor, cuando el Secretario de Estado vino a cenar. Sí, a mí esto no me pilló por sorpresa, lo sé todo y aunque me lo diga una vez sé que ha ocurrido cientos de veces. Pero la señora Portman tenía sus fallos. Ella había vivido quince años en España sin aprender la lengua. Había veces que parecía que pensaba que España era una colonia británica y había dicho que yo iba demasiado con los “nativos”, incluyendo a la familia de Inés quienes tenían como una reliquia el sello y el anillo para guardar veneno de un cierto duque de Medina quien había navegado con la armada.

Después del baile acompañé a siete damas de vuelta al barrio inglés. La noche estaba muy oscura, todas las farolas de las calles estaban apagadas y nosotros íbamos en un destartalado *coche* al que no se podía quitar la capota –un coche grande donde se podían sentar cuatro a cada lado. Mi tía y yo fuimos los últimos en subir y nos sentamos cara a cara cada uno a un lado de la puerta de atrás. Mi tía era una señora de edad quien, en apariencia, modo de vestir y algunos decían, en modales, se parecía a la reina Victoria. Dentro del coche la oscuridad era tal que era imposible ver a nadie, pero cuando sentí que me hacían levemente cosquillas en las costillas, seleccionando un punto por debajo que me daba directamente por encima del corazón, yo correspondí de la misma forma con todas mis ganas. La mujer estaba fuera de sí. Todo aquello ya había dejado de ser una broma, si es que lo fue en algún momento y yo me apiadé de su marido. Cuando era niño en el colegio había aprendido:

O²⁴, Woman! In our hours of ease,
Uncertain, coy, and hard to please.

Pero la loca que había a mi lado tenía tanta idea de la coquetería como el payaso de un circo. Fue un golpe bastante serio y a la mañana siguiente tenía ahí un

24 ¡Oh mujer, en nuestras horas de calma, inciertas, tímidas y difíciles de complacer!

moretón. Yo me eché hacia delante, miré por la ventana, y la señora, al ver que la ignoraba, dejó de hacer locuras. Cuando el vehículo se detuvo a las puertas del Hotel Colón me bajé y ayudé a bajar a mi tía. La señora Portman se bajó después y cuando extendí la mano para ayudarle, ella levantó su sombrilla y me dio un golpe en el antebrazo. “No se atreva a tocarme, usted no es un caballero. Esta misma noche se lo contaré al señor Portman”.

Luego se escucho la grandilocuente voz de mi tía. “Olvídese señora Portman. *Mi* sobrino no podría comportarse nunca más que como un caballero”.

Y otra vez la acusadora voz de la señora Portman, ahora casi llorando. “Él me ha ofendido en el coche. Mire a ver si se atreve a negarlo. Pregúntele”.

Pero no hubo oportunidad de que nadie le preguntara nada. La situación era insostenible e inexplicable. Ya era más de medianoche y don Hilario, el amigo de las monjas, se dio la vuelta y salió huyendo. ¡Y mientras él se iba alejando, desde dentro de ese oscuro y lóbrego vehículo que parecía un coche fúnebre pudimos escuchar el espantoso sonido de las risotadas irlandesas de ella que había estado todo el camino sentada al otro lado de la señora Portman!

Mientras corría hacia todo lo alto de la avenida donde se encuentra la entrada principal del hotel, recordé que mi tía tenía la llave. No importa; esa mañana había visto una pequeña escalera que habían dejado al lado de un parterre en el jardín. Con la escalera al hombro doblé la esquina del edificio corriendo e intenté entrar por la ventana de mi dormitorio. La ventana, que era una ventana francesa, estaba cerrada por dentro, así que dejé allí la escalera, volví a la entrada principal, y esperé a mi tía en la puerta del piso. Iba corriendo de un lado a otro porque la noche era muy fría. Cuando apareció mi tía, me dio la llave en silencio y yo abrí la puerta. En la entrada, antes de dirigirse a su habitación dijo: “Le he dicho a la señora Portman que cualquier cosa que ella haya *pensado* que podía haber pasado en el coche se había debido a los traqueteos”. Yo también le recordé la frase “No juzgues si no quieres ser juzgada”. Ya a salvo en la cama me reí. ¡Pobre señora Portman! El mundo ha debido parecerle esta noche bastante patas arriba.

Antes de caer dormido pude oír en la calle el grito del *sereno* o vigilante nocturno. “¡Ave María Purísima!”. “Es la una y media y sereno”. Con ese grito el sereno va contando las horas y los cuartos durante toda la noche y como casi siempre el

tiempo es bueno, la palabra *sereno* ha llegado a identificarse con el hombre y de ese modo se le llama *el sereno*.

A la mañana siguiente durante el desayuno no tuve ningún motivo para reír cuando mi tío dijo: “Alguien estuvo a punto de morir de un disparo la pasada noche. ¿Intentaste entrar por tu ventana? ¡Se entiende! y esta mañana el guarda ha informado de un intento de robo. Dice que vio un hombre correr por el jardín con una escalera. Él le dio el alto. Apuntó con el rifle, pero antes de que pudiera disparar el hombre desapareció por la esquina. El guarda corrió hacia la otra esquina para detenerlo, pero el hombre escapó. Cuando amaneció el guarda encontró la escalera fuera de tu ventana. No le explicaré nada ya que el guarda estaba cumpliendo con su obligación. Es una locura andar corriendo por ahí con escaleras a media noche y siempre que escuches la palabra ¡Alto! lo más aconsejable es pararse y quedarse quieto. Es la única advertencia que recibirás de cualquiera de los guardas armados en este país”.

Esa mañana el periódico local *El Mundo*, publicaba una crónica del baile, cada una de las muchachas se describía de acuerdo con su apariencia con la siguiente escala de belleza: (1) “muy afamada”; (2) “muy brillante”; (3) “muy preciosa”; (4) “muy bonita”; (5) “muy simpática”.

A Inés la describían como “Muy afamada y brillante” y estas descripciones personales deben haber encantado a todas las señoritas, a excepción de las que se describen como “muy simpática”. Otros adjetivos se aplicaban a los hombres, y a mí no me desagradó leer que entre los presentes estaba “el muy ilustre y distinguido médico, señor don Enrique”.

Una tarde, una semana después, me encontré con Inés, su madre y el ama que iban caminando hacia la *plaza*. Hablamos y seguimos andando juntos con su madre y el ama detrás. Ella se esforzaba en corregir mi español haciéndome repetir frases una y otra vez y nunca se reía de mis errores. También me dijo muchas cosas de las que no se encuentran en las guías. ¿Por qué jóvenes bien vestidos tocaban las guitarras y cantaban en las calles por las noches? Había una señorita en el balcón. El joven no había hablado nunca con ella, pero la admira. Si a ella le gusta su aspecto ella se quedará en el balcón, pero si no le gusta, entonces se mete dentro y luego, al cabo de de varias noches el joven ya no volverá más. Si a ella le gusta puede incluso bajar y hablar con él a través de la reja de una ventana del piso bajo. Eso explica el refrán español que dice: “El amante vive entre rejas”. Luego el padre hará

sus averiguaciones con respecto al joven y es probable que lo invite a un café en el club. Si la entrevista es satisfactoria, se invitará al joven a la casa. Una vez que haya cruzado el umbral de la puerta el joven y la señorita se consideran casi prometidos. Ella tiene un *novio* y él una *novia*. Sin lugar a dudas de todas las palabras en todos los lenguajes estas son las más bonitas para designar a los enamorados ya que en su sonido en sí a la vez hay novedad y admiración.

Una vez que ambos están prometidos de este modo, pueden salir a pasear pero siempre con la madre y el ama detrás y puede que se de el caso de que el hombre no tenga oportunidad de besar a la muchacha hasta que estén casados. Una vez le pregunté a la madre de Inés la razón que existe para esa supervisión.

“¿Señora, es que ustedes no confían en sus jóvenes?”.

Y la respuesta fue: “Señor, nosotros no nos fiamos de nuestros hombres”.

Inés pensaba que las jóvenes inglesas llevaban mejor vida tanto antes como después del matrimonio.

“Ellas hacen deporte. Yo juego al tenis porque mi padre lo permite, pero tengo tías que no aprueban que una muchacha juegue al tenis”.

Había otras cosas que yo deseaba saber. ¿Supongamos que el joven no sabe tocar la guitarra ni cantar, cómo puede mostrar su admiración por una señorita?

Inés dijo que eso era bastante sencillo. “Siempre hay bailes. Él puede hablar con ella mientras bailan y si la muchacha quiere saber, siempre existe el lenguaje del abanico. Siempre hay un modo”.

En un baile la joven deja caer su abanico y el caballero lo recoge. Hay tres modos en los que él puede entregarlo y cada uno tiene su significado. Si él devuelve el abanico cerrado, a él no le gusta ella y ella sentirá haberlo dejado caer. Devolverlo medio cerrado significa: “sigamos como estamos, seamos amigos por ahora”. Un abanico que se devuelve completamente abierto es una declaración de amor. Y la muchacha responde de la misma forma. Si ella utiliza su abanico completamente abierto como se lo han entregado, ella también ha declarado su amor. De otro modo, ella puede medio cerrarlo o cerrarlo completamente.

Cuando recibía un abanico medio cerrado, puede utilizarlo como lo recibe, o cerrarlo, o incluso ser ella quien lo abre. Una de las amigas de Inés había abierto el abanico y el joven dejó de admirarla. Fue algo muy estúpido por parte de la mucha-

cha. Cuando una joven tiene un *novio*, ella le borda un pañuelo con su pelo. Esto suponía mucho trabajo, se necesitaba muy buena vista y tardaba varias semanas en hacerlo. La muchacha haciendo esto no tiene la sensación de estar perdiendo el tiempo ya que mientras borda estará pensando en su *novio*. Todas estas cosas las supe por Inés, pero ella nunca dejó caer su abanico ante mí y tampoco fui nunca invitado a su casa.

¿Estaba yo enamorado de Inés? Siguiendo los cánones del amor yo no lo estaba. Admiraba su gracia y su belleza que era distinta a la de las otras muchachas españolas. Siempre me alegraba verla, pero nunca contaba los días que pasaban entre nuestros encuentros. Era atractiva, pero nunca soñé con ella. Tampoco sentí nunca la fragancia de su cabello y la fragancia del cabello de una joven es también la fragancia de un beso. Tampoco había verdadera base del amor –el deseo de conocer y de que te conozcan. Rasgo que hace que el amor difiera del encaprichamiento.

Entre las señoritas había una dama despeinada: la señorita Duprez, institutriz francesa, alta, poco agraciada y con bastantes años. Era una de esas mujeres valientes y solitarias que se ganan la vida en el extranjero. En su día había sido institutriz en Inglaterra y en Francia; ahora enseñaba a unos cuantos niños de la colonia inglesa y también tenía unas clases privadas de urbanidad para las señoritas. Sus rasgos eran poco atractivos, su cabello entrecano estaba peinado completamente hacia detrás, y siempre solía tener la expresión de continua preocupación. Siempre iba vestida de negro aunque en las cenas de gala el negro de su vestido se adornaba con un echarpe de encaje cubriendo sus delgados hombros. Fue en una de las fiestas de mi tío donde la conocí ya que yo, al ser el caballero más joven y menos distinguido la acompañé a la cena. De todos modos, en una ocasión yo dije al vice-cónsul británico que se ocupara de sus asuntos cuando me hizo la siguiente observación una noche antes de cenar: “Mala suerte, a usted le ha tocado la señorita Duprez”. Que poco sabía que la señorita Duprez era mucho más amena que cualquiera de las jóvenes bonitas y bien vestidas que había allí. Tan pronto como comenzaba a disfrutar de su cena y a olvidar los problemas del día, la señorita Duprez se animaba mucho. Tenía la sabiduría, el ingenio y la alegría de las francesas educadas. Fue ella la que me contó todo sobre las señoritas a las que ella intentaba enseñar.

“¡Bah! Todas ellas son jóvenes ridículas. Yo intento enseñarles inglés, francés y geografía porque no saben nada. ¿Es que quieren aprender? No; ellas no prestan atención. Se pasan todo el tiempo hablando de *novios* y *novias*. Me producen do-

lor de cabeza, pero yo escucho, e incluso entonces ellas hacen caso omiso a mis consejos. Está Carmen; ella llora cuando habla de González. Él no le hace caso. Ella piensa que es porque le abrió el abanico en un baile. Le dije que era una locura. ¿Es que un hombre que merezca ser llamado hombre va a estar interesado en este estúpido lenguaje de los abanicos? No, no lo estaría. Él lo rechazaría. Él querrá a una mujer inteligente y que pueda ser su compañera. ¿Es que me creen? No, no lo hacen. A ellas no les importa si la capital de Alemania es Berlín o Viena. Les digo que ningún inglés se casaría jamás con una de ellas a menos que aprendan. ¡Cómo hablan y hablan sin parar cuando digo esto! ¡Oh, sí! Son bonitas; son preciosos animalitos. Pero cuando tengan treinta años ¿dónde estará su gracia y belleza? No hacen ningún tipo de ejercicio y se ponen gordas. Si están casadas a ellas no les importa. Cumplen con ese dicho que tanto le gusta a su tía. ¡Silencio! Ella no puede oírme, así que se lo diré. Ella fue a que la fotografiaran y le preguntó al hombre si tenía el sombrero derecho. El hombre sabía que era viuda con dos hijos. Así que él se inclinó para decirle un piropo, y dijo: “Señora, en España es suficiente con ser madre”. No, a tu tía no le gustó nada; ella estaba muy indignada. Pero, si, no todas las muchachas españolas son lo mismo, eso es verdad. Si usted va a Madrid podrá conocer jóvenes que han sido educadas en París o en Londres. Eso es otra cosa. Yo he estado hablando de las muchachas que usted conoce en esta ciudad –de todas formas no les comente usted jamás lo que yo he dicho. Yo le he dicho la verdad.” ¡Querida señorita Duprez! Usted ha sido mi primera y única dueña.

Una noche la *Sociedad Dramática Amateur* interpretó una obra en el teatro local. Esta se llevó a cabo a beneficio de un colegio de Jesuitas e Inés tenía un pequeño papel. Al finalizar me invitaron a cenar con los actores en un hotel cerca del teatro y el gobernador civil presidía una alegre mesa. Todos los actores estaban ataviados con sus trajes de escena. Después de la cena se repartieron cajas de bombones entre las jóvenes y a cada uno de los muchachos se les dio una caja de puros. Todos parecían estar muy contentos a excepción del padre superior de los Jesuitas. Él era probablemente la única persona que tenía cierto interés en la educación. Era un hombre de baja estatura con unas enormes gafas, su rostro era el de un erudito; y toda la tarde su semblante estaba ensombrecido por el pesimismo. Tampoco se alegró mucho cuando el gobernador civil hizo un discurso muy elocuente y apasionado sobre la educación en las escuelas y en particular sobre los colegios de Jesuitas. ¿Por qué estaba el Jesuita tan triste?

“¡Oh!”, dijo Inés, “Él está pensando en el dinero”. Sí, sí, el teatro estaba lleno y se ha conseguido bastante dinero, pero –mire, qué me dice de esta cena, y luego, está también el gobernador civil”.

Inés tenía razón, el Padre Superior estaba incluso más triste al día siguiente cuando llamó al gobernador civil para preguntarle cuánto dinero se había recolectado.

“¿Dinero?” dijo el gobernador. Estas son las malas noticias que tengo que darle. No hay ningún dinero. Los gastos fueron muy elevados y yo por mi parte estoy sin blanca”.

La noche antes de mi partida de España hubo un baile en la Casa Colón, y mientras me estaba vistiendo entró mi tío y se dirigió a mí como “Señor”. Siempre que esto ocurría yo sabía que se avecinaban problemas.

“Atiéndame, señor, supongo que sabrá que Inés y su familia vendrán esta noche al baile. ¡Muy bien! Todo lo que tengo que decirle es que usted debe bailar con esa joven tanto como lo ha venido haciendo en otras ocasiones en el pasado. Sería un espectáculo bastante lamentable si usted la ignora. La gente ha estado comentando. Usted se marcha, pero yo tengo que seguir viviendo aquí y la familia de esa joven es tan orgullosa como Lucifer. Eso es todo”.

Mi tía fue recibiendo a los invitados en la antesala, donde una doncella española iba anunciando sus nombres. Dos señoras alemanas llegaron juntas puesto que sus maridos lo harían más tarde. Estos alemanes habían hecho dinero, unos haciendo perfumes y los otros abono. Sus fábricas estaban en propiedades contiguas en el *campo* y cada uno se había construido una magnífica casa. El fabricante de perfumes llamó a su casa “Villa Fragancia”, nombre que los españoles aceptaron como muy apropiado. El fabricante de abono llamó a su casa “Villa Lohengrin”, pero la gente rechazó este nombre. Para ellos Lohengrin no significaba nada, y fuese como fuese que el alemán llamara su casa, ellos la llamaban “Villa Guano”. Entre los campesinos y entre la gente que está acostumbrada a la posesión de la tierra, el hombre que tiene tierra a menudo no se le conoce por su apellido sino por el nombre de su propiedad. Esto también es muy común en los Highlands de Escocia. Cuando llegaron ambas damas la doncella no supo pronunciar sus nombres alemanes, pero ella sabía quienes eran y anunció a la primera como “La señora de la fragancia” y a la segunda como “La señora del guano”.

En la sala de baile me fijé en un joven español que tenía un sarpullido de color jamón en las muñecas. Tenía un sarpullido similar en la frente, razón esta por la que se denomina *corona veneris* (corona de Venus). Solamente había visto antes un sarpullido similar en un baile y eso fue en Londres. Era imposible que pudiera hablar con él ya que yo no era su médico y tampoco podía sugerirle a su anfitrión que debería pedirle que se fuese. Me quedé con tres esperanzas: que él no besara a nadie; que nadie bebiese de un vaso que él hubiese utilizado y que él no bailase con Inés. Él no bailó con ella y las otras esperanzas es probable que también se cumplieran ya que al poco tiempo él se marchó.

Inés estuvo bailando conmigo y casi al final de la velada ella me dijo: “Este ha sido un baile inglés. Vayamos a pasear por el jardín”. Fuimos bajando por las escaleras de mármol y luego avanzamos por el caminillo bajo las palmeras. Este llevaba hasta una fuente en medio del jardín y allí alrededor había algunos bancos colocados de espaldas a un fondo de eucaliptos de irregulares hojas brillantes y descuidada y gruesa corteza y pimenteros con estrechas y largas hojas y desordenados grupos de bayas rosa pálido. Caminábamos en silencio, pero por el camino mi mentora y yo estábamos manteniendo una conversación no muy agradable.

Nos sentamos cerca de la fuente y ella habló con un tono tranquilo, nunca levantando la voz con ese tono de elevado falsete en el que la mayoría de las mujeres expresan irritación.

Inés: ¿Así que usted se marcha?

Yo: Sí, señorita. Me marchó mañana y siento mucho irme.

Inés: Las muchachas españolas le hemos enseñado español, pero, ¿por qué nunca le ha pedido a ninguna que se case con usted?

Yo: Yo no tengo dinero.

Inés: Su tío tiene dinero.

Yo: Mi tío nunca me dará su dinero. Él me ha ofrecido una participación en la clínica, pero eso no es suficiente. Yo puedo ganar mucho más en Inglaterra.

Inés (después de una pausa): Mi padre tiene mucho dinero.

Yo: Señorita, yo volveré a España.

Inés: No, usted no volverá jamás. Y si lo hace, usted se traera a una de esas inglesas flacas, todo huesos y pellejo, como la esposa de don Charles. ¡Dios mío! ¿Piensa usted que ella tendría que pagar un billete para subir al vapor? *(Una larga pausa)*. “Venga, volvamos dentro. Usted debe bailar los dos próximos bailes conmigo, luego, mi madre, mi hermana y yo nos iremos a nuestra casa”.

Volvimos tan en silencio como habíamos llegado y ella en todo momento mantuvo su cabeza erguida. Aunque ambos éramos de la misma altura, yo me sentía pequeño a su lado. Justo al entrar en la sala comenzamos a bailar un waltz. Era un waltz muy conocido y cada vez que ahora lo escucho recuerdo a Inés.

SANGRE Y ARENA

Durante toda una semana Huelva estuvo llena de letreros con carteles de llamativos colores en los que se veía la cabeza de un toro y el texto: “Festival de San Miguel”. Gran corrida de toros a las cuatro de la tarde. Seis magníficos, toros bravos de la célebre *ganadería* de su excelencia Señor Don Miura²⁵. Matadores: El Litri, Bombita III y Nevada”. Cada uno de estos matadores tendrá que lidiar dos toros.

Ese mismo domingo por la tarde nubes de polvo blanquecino se elevaban desde el calcinado camino que llevaba hasta la plaza de toros hacia la cual miles de personas a pie y muchos en coches de caballos se estaban dirigiendo. Los que iban en carruajes tenían alguien que cuidaba sus caballos, ya que la persona que proporcionaba los caballos para la corrida de toros una vez obtuvo un par de caballos de uno de los carruajes cuando los que él tenía se terminaron.

La plaza de toros es un gran edificio de ladrillo rojo circular sin cubrir cuyo diseño es parecido a un Coliseo en miniatura con muchas entradas que conducen a los asientos que tienen distintos precios. Dentro, el muro que lo rodea da sombra a parte del coso. Los asientos más baratos se encuentran en la zona donde da el sol y los más caros son los que están en sombra. El *redondel* o arena tiene ochenta yardas de diámetro. Alrededor hay una barrera de madera de cinco pies de altura y detrás de esta un espacio bastante estrecho donde se colocan los que están esperando su turno para salir a la arena. Desde el mismo nivel de la barrera se van elevando los asientos (de *barrera*, de *contra-barrera*, de *tendido*, y de *grada*) una fila tras otra hasta llegar al muro y en la parte más elevada en la zona de sombra se encuentran los *palcos* donde se sientan los *ricos*. Anexo a las plazas de toros grandes hay un pequeño hospital y una capilla. Alrededor de la plaza de toros estaba la *guardia civil* a caballo con sus uniformes de color azul intenso con sus vueltas rojas y sus tricornos, vociferantes vendedores y arrugadas y marchitas ancianas con frutas y dulces en carretillas. En una de las entradas un hombre ofrecía folletos a los transeúntes: “La iglesia ha condenado las *Corridas de Toros*”.

Mientras la gente va entrando la banda de música está tocando y los niños que venden agua que llevan en botijas de barro van gritando: “Agua, agua fresca, tan

25 He mantenido el error en el nombre para no perder el estilo narrativo

fría como la nieve”. En el coso los mozos riegan la arena y tres hombres con largas capas negras los llaman de aquí para allá. Un lugar está demasiado mojado, otro demasiado seco. Estos son los matadores. Las corridas de toros son uno de los pocos espectáculos en España donde se observa la puntualidad y a eso de las cuatro de la tarde la plaza está llena, los vestidos blancos de las mujeres cuyos cabellos se adornan con alegres flores relucen entre un entorno con gran número de hombres vestidos de negro. Aplauden al presidente de la corrida –el Gobernador de la provincia– cuando entra en un palco adornado con banderas. La banda comienza a tocar “la marcha de los matadores” puertas oscilantes se abren en la arena y con un imponente estruendo de bienvenida entran los *toreros* –El paseíllo de la cuadrilla.

Los tres matadores van al frente, cuatro yardas por delante. Sus trajes, de rico satén bordado con hilos de oro es el traje corto Andaluz formado por chaqueta, chaleco y ajustados pantalones a la rodilla, fajín de seda, medias blancas y zapatillas planas. Los hombros se protegen en caso de caída con hombreras decoradas y sobre el hombro izquierdo cada uno lleva una capa corta completa y ricamente bordada. Bajo un gorro plano de terciopelo negro con una borla a cada lado cuelga la coleta. Detrás van las *cuadrillas*, con trajes menos bordados y cuatro picadores montados en agotados jamelgos de mala muerte. La pierna derecha la llevan protegida por un revestimiento de hierro (el *espinillero*) y cada uno lleva una *garrocha* o lanza de catorce pies.

Los *toreros* se colocan detrás de la barrera y los picadores se dirigen a sus posiciones a cuatro puntos equidistantes en uno de los lados del coso. Una fanfarria de trompetas y entra un caballero muy bien montado (el *torelero*). Desde el palco del presidente le lanza una llave adornada con cintas que el *torelero* coge con su sombrero. Es la llave del lugar donde están los toros (los *toriles*) y un clarín suena para que entre el primer matador y su *cuadrilla*. Luego una tina blanqueada se coloca boca abajo en el centro de la arena y un hombre, vestido con blancas calzas de punto y cubierto de blanca cal desde la cabeza a los pies se sube en todo lo alto. Se pone allí para divertir a la gente y a todos los que representan este papel se les llama “don Tancredo”.

En la arena se abren las puertas de soporte central de un oscuro túnel y se ve algo que se mueve dentro, algo con enormes ojos que brillan verdes en la oscuridad. Cuando entra el toro hay un grito y se cierran las puertas del túnel. Se trata de un toro negro como el carbón con un rabo muy largo, cuernos astifinos y que man-

tenía la cabeza como un ciervo. Los músculos del pescuezo los tiene como los de un búfalo y procede de una famosa ganadería. Desde el lugar donde se ha criado en la bien irrigada dehesa que se extiende desde el Guadalquivir a Sierra Morena, han llevado la fama de su hierro por toda España y ahora se le llama la “Ganadería de la muerte”.

La primera carrera del toro es hacia Don Tancredo, pero el hombre blanqueado da la impresión de ser una estatua viviente y el toro se para a pocos pies y lo huele con desconfianza. Había columnas de piedra blanca en los cobertizos de la ganadería y éstas dañaban los cuernos de los toros jóvenes que las embestían. El toro no tiene ningún interés en don Tancredo, pero hay don Tancredos que no permanecen tan quietos como el mármol, y para que la gente se divierta, estos deben correr para salvar la vida.

El toro mira a su alrededor y embiste a uno de la *cuadrilla*. Los *chulos* están preparados para torear con sus rojas *capas*, y don Tancredo, a quien han aplaudido mucho, sale de la arena.

Los *capeadores* llevan al toro hacia uno de los caballos –un pobre animal fármico al que han tapado el ojo derecho. Este ojo vendado es el que el picador mantiene hacia el toro, pero al caballo le temblaban las orejas, y los orificios nasales los tenía dilatados y hay momentos en los que el caballo tiene escalofríos aunque el aire es bastante cálido. ¡Pobre animal! Hubo un tiempo en el que, bien almohazado y enjaezado, esperabas a tu dueño en la adoquinada calle que sonaba con tus impacientes patadas, y desde algún balcón repleto de flores, unos brillantes ojos te han admirado. El picador endereza su pica y la dirige hacia el toro y a veces va cabalgando hacia él. El animal embiste recibiendo el empuje de la *garrocha* en la paletilla izquierda, el caballo está ensangrentado, y tanto el hombre como el caballo salen lanzados por encima de la cabeza del toro. El picador se encuentra en el suelo, permanece tumbado inmóvil por cuestiones de seguridad al lado del caballo que se esforzaba en poder levantarse. El toro se vuelve hacia ellos otra vez, pero un *chulo* con su capa se lo lleva de allí. Ahora, enloquecido por la sangre, el toro embiste al hombre a gran velocidad. ¡Olé! Grita la multitud. Y el picador ya se ha puesto de pie azotando al caballo en la cara. Es probable que su montura esté preparada para volver a arremeter contra el toro y se ahorra dinero para el empresario. El animal se pone de pie tambaleándose, la sangre sale a borbotones por sus heridas y luego cae muerto. El picador le quita el arnés que es de muy mala calidad.

Se necesita para uno de los caballos de repuesto que esperan fuera. La carnicería continua, los temblorosos caballos olfatean el aire, locos de miedo. Allí cae otro, corneado en el corazón. Uno está completamente desgarrado y va trotando sin rumbo dejando sus entrañas esparcidas sobre la arena teñida de sangre. ¡Olé! Es el grito hasta que por encima de las voces suena el clarín. El toro ha recibido las tres puyas reglamentarias y termina el primer tercio. Sacan fuera los caballos, tanto los que están ilesos como los que han sufrido heridas y que pueden andar. Se les deja descansar un poco y a alguno se le medio cosen las heridas y esperan hasta que se necesitan para el segundo toro.

Llega el momento de las *banderillas*. Son una especie de dardos de unas treinta pulgadas con puntas mordaces, los palillos están decorados con cintas y flores de papel. Un *chulo* con una de esas *banderillas* en cada mano se aproxima al toro. El toro baja los cuernos cuando embiste y el hombre corre para ir a su encuentro. Cuando los dos casi se han encontrado, el hombre da un salto hacia un lado y un segundo más tarde, cuando el toro está pasando, le clava una *banderilla* en cada paletilla. Un estruendoso aplauso es la recompensa cuando unas *banderillas* se han puesto bien, ya que esto es más peligroso que torear al toro con la *capa*. Como el toro intenta librarse de ellas, agita las *banderillas* en el cogote y esto hace que un poco de sangre le vaya corriendo por las patas delanteras. Cuando le han colocado tres pares, vuelve a sonar el clarín y se da por finalizada la segunda parte de la lidia. Este era un toro bravo y sus *banderillas* eran de alegres colores. Pero si el toro ha rehusado enfrentarse a la puya del picador, entonces el grito de “fuego” sale por todas partes y un pañuelo rojo se agita desde el palco del presidente. Esto significa *banderillas* en llamas o petardos y pequeños explosivos (*banderillas de fuego*) y el enloquecido animal va dando tumbos por todos lados con un halo de humo y fuego. Este es el único momento en que un ganadero se sabe que ha salido de la plaza con los ojos llenos de lágrimas. Su ganadería estaba siendo castigada.

La respiración del toro ahora es como el algodón al rasgarse y su cabeza ya está más baja. *Picas*, caballos, y *banderillas* han debilitado los músculos del pescuezo. Para esto se hace –para que el toro baje la cabeza; y el *toril* está oscuro como la boca de un lobo no sea que durante las cinco horas antes de la lidia del animal éste mire hacia arriba. Cuando la cabeza está bajada hay una zona desprotegida de unas tres pulgadas en el lomo entre el omóplato y la primera costilla. Por debajo de este espacio hacia la derecha va la arteria principal, y ésta es la que debe cortar

el estoque del matador. Si el estoque toca hueso el hombre está entre los cuernos del toro.

Se hace un gran silencio cuando el clarín llama al matador y el Litri mira al palco del presidente, donde se ve extendido sobre el balcón su capote de paseo bordado.

“Dedico la muerte de este toro a la gente de mi pueblo. Lo mataré de un modo que los honre o me quedaré en la arena”. A cambio de un regalo de unas diez libras, cualquier persona conocida puede tener el honor de que el torero le dedique un toro y tener mientras la capa del matador. El Litri le arrojó la montera a la muchedumbre y con una pequeña capa roja, la *muleta*, en la mano izquierda y una pequeña espada, el *estoque* en la derecha, se aproxima al toro. Con la muleta coloca al toro en la posición deseada hasta que se encuentra a eso de una yarda delante de él con los cuartos delanteros juntos. Él va bajando la muleta lentamente hasta que la tiene cruzando sus muslos y la cabeza del toro sigue este movimiento. De manera simultánea se eleva por encima del hombro el brazo en el que lleva el estoque mientras que durante todo ese tiempo el torero no deja de mirar fijamente a los ojos del animal.

Poniéndose de puntillas apunta el estoque hacia el espacio de tres pulgadas y mueve la muleta por debajo de su muslo derecho. El hombre y el toro corren a la vez; cuando los cuernos embisten por última vez éstos están justo pasando por el brazo con el que el torero sostiene el estoque y el ruido sordo del toro muerto que cae sobre la arena se apaga ante un estruendoso aplauso. Cuando un toro ha caído pero aún no está muerto, un *puntillero* con una puntilla se la clava en la médula del pescuezo. Un método más difícil para matar un toro es el *descabellar*, cuando el matador atraviesa la espina dorsal en el pescuezo con el estoque.

Un tiro de seis mulas enjaezado con campanillas de plata y cintas entra a galope para arrastrar el cuerpo del animal y sacarlo de la arena para luego volver y arrastrar también los caballos muertos.

Cuando el toril se abre para que salga el segundo toro, no aparece ninguno. Debe haber alguna complicación en cualquier parte y un mozo con aspecto de holgazán, las manos en los bolsillos y un cigarrillo en la boca, va andando y se pierde dentro de la oscuridad. No ocurre nada, un *guardia municipal*, de poca estatura cogiendo su porra, también se mete dentro con audacia y desaparece. Desde los

asientos más baratos un chaval de unos doce años o así salta la barrera y con su andrajosa chaqueta echada sobre los hombros como hacen los *toreros*, él se mete en el túnel con aire arrogante. Pero no ocurre nada. Luego, desde el túnel sale un aterrador mugido y el trío aparece corriendo cruzando la arena uno sin la chaqueta, otro sin el cigarrillo y el tercero sin la porra, con el toro a eso de una yarda por detrás. El toro se paró en seco como hacen todos los toros cuando salen a la luz del día desde la más completa oscuridad, pero la velocidad de la carrera hacia la barrera se fue acelerando por los gritos de la gente: “¡Cuidado, que te pilla el toro!”

En el tercio de *banderillas* el matador Bombita III (por cierto, Licenciado en Letras por la universidad de Sevilla) se puso delante del presidente y, levantando un par de banderillas, le dedicó lo que iba a hacer. Una ola de excitación se extiende por todos lados y la gente se levanta de sus asientos. Ellos iban a ver la cosa más peligrosa que se haya hecho jamás en la arena –y que no se había visto ni una sola vez en cien corridas desde que murió el gran Guerra. Se llama “El quiebro” y se ha hecho sentado en una silla. Bombita deja caer su pañuelo en el centro de la arena y permanece de pie sobre este pequeño trozo de blanco. Él se dirige frente al toro que en ese momento estaba corneando a un caballo muerto que había en la barrera y se queda solo en el coso. Tiene los brazos extendidos hacia el toro y lleva una banderilla en cada mano. Grita, el toro se vuelve y embiste a toda velocidad cruzando la arena. El matador permanece inmóvil. Cuando el toro se encuentra a tres yardas el hombre balancea sus brazos y gira el pecho hacia la derecha, y los cuernos siguen el movimiento. Luego gira el pecho hacia la izquierda y el toro pasa a su lado y por debajo de sus brazos extendidos que le clavan una *banderilla* en cada paletilla. Él lo ha hecho y recoge el pañuelo del que en ningún momento se han movido sus pies. Entonces diez mil personas se ponen en pie gritando: “El mejor en España”. Su *cuadrilla* entra corriendo para ocuparse del toro que se está lidiando; Bombita va caminando alrededor de la arena, agradeciendo la ovación con solemnidad, y cuando pasa por cada tendido, el aire se tiñe de negro por la cantidad de sombreros, regalos y dólares que le arrojan a sus pies. Pero los grandes artistas del coso nunca sonrían en sus momentos de triunfo.

La gente comienza a murmurar cuando el tercer matador, Nevada, está a punto de matar. Cuando va subiendo el estoque un grito de sorpresa llega desde las primeras gradas ya que la cabeza del toro está muy alta y sus patas bastante separadas. El toro embiste, el hombre entra a fondo pero salta hacia un lado y erra la estocada ya que el animal se echa un poco hacia un lado. ¡Gritos y carcajadas! El

maldice al animal, lo intenta de nuevo, vuelve a fallar y sobre un estruendo de risas e insultos, vuelve a sonar el clarín dando el primer aviso. Con pitidos y abucheos reciben el siguiente intento y uno de los cuernos le desgarró la chaquetilla. Un segundo aviso del clarín. A él le queda una oportunidad más para matar al toro, y si falla, el siguiente aviso del clarín será para que entre la guardia civil en la plaza, le dispare al toro y arreste al matador. Esta era la ley de España. Él también será expulsado de la Asociación de Matadores. Su *cuadrilla* está entreteniéndolo que se está lidiando, pero el hombre está falto de energía y su rostro está tan blanco como el papel. Él ha estado jugando con la muerte, ahora la muerte está jugando con él. ¡Vuélvete hacia el toro, matador! Hay vida en sus ojos –la muerte resuena en sus risas. Ahora, olvidando todas las normas del ruedo, él ha dejado de tener sus ojos fijos en el toro y mira a la enardecida muchedumbre de la plaza. En la arena hay un toro bravo y a todo alrededor se encuentra *la bestia humana*. Matador, ¿por qué clavaste tus ojos? En ese mar de rostros, ¿qué rostro esperas ver de forma milagrosa? ¿Es el rostro de Delilah? Y si lo ves en ese momento, ¿Cuál sería el mensaje que ella te enviaría?

If²⁶ one should love you with real love,
Such things have been,

.....

You'd give him poison, shall we say?
Or what, Faustine?

De repente cesa el tumulto. El Litrí y sus hombres están en la arena. Sus hombres se llevan el toro hacia el centro y el Litrí le habla al matador. Sólo los que se encuentran muy cerca escuchan lo que le dice: “No tenga prisa y échelo más coraje, señor” Con eso bastó. Sus hombres y él abandonan la arena y a los cinco minutos el toro estaba muerto. El Litrí es un hombre rudo y un hombre contra el que han sacado un cuchillo más de una vez. Pero a mi lado había una mujer que, cuando la carnicería de caballos había alcanzado el límite, se volvió y dijo: “¿Quién es más cruel, señor, el toro o el hombre?” Incluso con toda la luz que había se podía ver que las pupilas de sus ojos estaban dilatadas, y me dí cuenta que el deseo de sangre, hermano gemelo del deseo sexual, la poseían:

26 Si alguien te amara con amor verdadero, cosas así han pasado, le darías digamos que veneno, o ¿qué, Faustina?

She²⁷ drank the steaming drift and dust,
Blown off the scene;
Blood could not ease the bitter lust
That galled Faustine.

[...] Existen dos grados de crueldad y es más cruel encontrar placer en el sufrimiento de otros que permanecer indiferente a su dolor. Los espectadores de las plazas de toros son indiferentes al sufrimiento de los caballos, pero de forma ocasional se deleitan con el dolor que se le inflinge al toro.

27 Ella apuró el humeante bebedizo y el polvo, desapareciendo de la escena, la sangre no pudo suavizar la amarga lujuria, que ahogó a Faustina en su propia hiel.

EL INTENTO

Había más de doscientas cincuenta plazas de toros en España y aunque no hay una corrida cada domingo sí había al menos cuatro corridas en cada plaza durante la temporada. En cada corrida se mataban seis toros por lo que el número de toros que se mataba al año era de más de cinco mil. Para suministrar estos toros para la plaza existe una gran industria –principalmente en los campos de Andalucía, y relacionado con esa industria hay un magnífico espectáculo. Entre las edades de dos y tres años los toros jóvenes (*becerros*) se prueban para la plaza en una *tienta* o *tentadero* y un toro de tres años puede ser tan grande y tan bravo que esté casi preparado para la lidia, en la que se suelen torear cuando éstos tienen entre cuatro y cinco años. En un *tentadero* los toros jóvenes son separados en un recinto cerrado junto a la *ganadería*, y el resto de la manada, entre los que se encuentran los *cabestros*, se llevan a dos millas a través de la llanura. [...] Un *tentadero* es la oportunidad para aquéllos que desean ser toreros. Una vez que echan al toro cualquier miembro del grupo puede saltar a la arena y darle una serie de *capotazos*. Uno o más matadores suelen estar presentes y si ellos ven a un joven que muestra habilidad con la *capa* puede que se acuerden de él cuando se produzca la próxima vacante en la *cuadrilla*. Incluso los niños del sur juegan a los toros en las calles. Un niño tiene los cuernos del toro sujetos con correas a la cabeza y embiste a los otros que utilizan sus chaquetas como *capas*. [...] Durante dos semanas antes de mi primer *tentadero* practiqué con la *garrocha* todas las noches en mi habitación y todas las mañanas ponía mi caballo a galope en el *campo* entre chumberas y pitas, apuntando la pesada lanza a algo en particular que yo tuviese delante. Por fin llegó el gran día. Sacaron un toro del corral y nosotros fuimos a su encuentro. Mi compañero levantó la mano y se puso a galope por delante. Fui soltando la *garrocha* sobre el brazo con el que agarraba las riendas hasta que vi la cinta que me indicaba que quedaba suficiente fuste como para colocármela debajo del brazo. Giré el arma sobre la cabeza del caballo, y me incliné hacia delante a la derecha de la silla de montar. A continuación le hice al caballo la señal de atacar –moviendo los nudillos de la mano izquierda por encima de la crin. Nos pusimos a la carga y cuando nos íbamos acercando al toro mi pensamiento era –ahora preparados para el encontronazo. No hubo encontro-

nazo. La punta de la lanza golpeó al toro en la pata y fue tan grande el empuje de ambos que el toro se fue al suelo como un trozo de papel.

Yo volví cabalgando hacia el grupo que había frente al corral, coloqué mi *garrocha* junto a un árbol, y estuve mirando a otros mientras tentaban a los toros. Un poco apartado de los demás estuve hablando con Juan Miguel, hijo del Litri, quien llevaba una *capa*.

“Señor, ¿me haría el favor de prestarme su *capa*?”.

“Señor, será un placer, pero, ¿lo sabe su tío?”.

“Esto es cosa mía”.

“Como usted desee, señor”. Y me entregó la *capa* que yo sujeté en el arzón de la silla.

El Litri me había enseñado algunos pases y en una cena en casa de mi tío yo había dicho que si uno conocía los pases no era tan difícil torear y que me gustaría hacerlo. Mi tío me miró y yo supe que él pensaba que yo estaba presumiendo. Bien, ahora él sabrá que estaba en un error. Yo le di mi *sombrero* a Juan Miguel.

Cuando la siguiente pareja comenzó, cabalgué cincuenta yardas detrás de ellos. Ellos derribaron su toro y volvieron. Yo continué, desmonté a eso de unas veinte yardas del animal que estaba tumbado en la tierra, extendí la *capa* y dejé el caballo que salió al trote hacia el corral que se encontraba a un cuarto de milla de distancia. Yo no había contado con eso como tampoco había contado con el tamaño del toro cuando éste se puso de pie. Él parecía más grande de lo que yo había imaginado. Por otro lado, el toro no titubeó ni un momento y se vino derecho hacia mí. Adelantando el pie izquierdo, mantuve la *capa* delante y permanecí inmóvil esperando y mirando aquellos ojos. El Litri tenía razón. Eran los ojos, los ojos y nada más que los ojos. Debo acordarme de los ojos... y permanecer quieto... era sólo la *capa* lo que tenía que mover. La embestida pudo haber durado sólo unos cuantos segundos pero los sentí como si hubiesen sido horas. ¡Ahora! Y yo echo la *capa* hacia la derecha. Los ojos y los cuernos siguieron los movimientos, y el animal embistió a ciegas pasando junto a mí, y fue sólo la *capa* lo que tocaron aquellos crueles cuernos.

¡Olé! Grité. Ese fue un momento de mi vida que me habría gustado volver a sentir, cuando el miedo, la ansiedad, y la duda se reemplazan durante un instante por el triunfo. La gloria del éxito embargó mi alma como nunca jamás me ha vuelto

a ocurrir –ni siquiera cuando cinco mil personas aplauden al final de una hora de oración. Me di la vuelta. El triunfo no había sido completo. Otra vez el toro se me aproximaba y ahora tenía menos tiempo para pensar. Eché la *capa* hacia mi izquierda y el toro volvió a embestir. Esta vez la cosa no fue tan bien. Al pasar, su lomo casi me tira al suelo. El toro se iba acercando cada vez más. Yo debía dar el tercer pase y ganar distancia.

Poniéndome en guardia delante del toro con la *capa* delante de mí yo estaba otra vez esperando, mirándole a los ojos. Cuando pensé que él se había fijado en la *capa* me moví hacia la derecha, y en un instante los ojos del toro me dijeron que la partida estaba perdida. Yo me había movido demasiado pronto. Él ya tenía sus ojos fijos en mí. ¡Luchar era imposible; era cuestión de segundos. Yo tiré la inútil *capa* instintivamente y extendí las manos para salvarme. En esos pocos segundos yo dije en alto pero con voz normal cuatro palabras: “Dios mío, estoy perdido”. La base de los cuernos me golpearon bajo las muñecas puesto que había mantenido los brazos rígidos hacia abajo y me lanzó hacia atrás por el aire más de seis pies de distancia hacia un arbusto de pinchos donde caí de espaldas y desde donde lo ví que embestía otra vez, y sabía que no debía sentir dolor. Esperaba que no me corneara en el riñón ya que eso hubiese sido difícil de reparar. Y continué mirándolo a los ojos. Los ojos eran marrones y eran unos ojos serios. ¡Qué pestañas amarillas tenía! Ese fue mi último pensamiento en el momento en el que esperaba sentir sus cuernos dentro de mi cuerpo.

Lo que parecía ser una sombra sobre mí hizo que mi vista se distrajera y dejara de mirar a los ojos del toro. Miré hacia arriba y vi al Litri sobre mí con un pie a cada lado y escuché su grito de “¡Olé!” mientras él le daba unos pases al toro para alejarlo de mi cuerpo, primero un lado, luego hacia el otro sin ni siquiera mover sus pies. El toro me pisó con una de sus pezuñas y me hizo un moretón en el muslo. En ese momento otras personas daban gritos de ¡Olé! Y cuando el Litri me ayudó para que me levantara, vi que dos de sus hombres estaban llevándose al toro para alejarlo de nosotros. Los tres habían salido a galope justo cuando empezó la actuación. Yo no los había visto y me parecía que había pasado mucho tiempo desde el momento en el que yo no veía otra cosa que los ojos del toro. No es probable que pueda olvidarlos con facilidad. Tampoco había sentido las espinas del arbusto, aunque ahora la espalda me escocía y me estaba sangrando. El toro ya estaba atravesando la llanura. Los caballos del Litri y de sus hombres se habían ido, al igual que el mío,

cuando los dejamos solos por lo que tuvimos que ir andando hasta volver a reunirnos con el grupo.

Cuando nos íbamos aproximando vi que mi tío estaba de pie a cierta distancia de los otros. Los españoles, siempre tan atentos se habían retirado un poco, probablemente para evitar que su presencia pudiese estropear la afectuosa reunión de tío y sobrino. Encontré a mi tío con un mal humor que en aquel momento no me gustó nada y no vi apropiado pero que sin lugar a dudas yo lo tenía bien merecido.

“¡Un espectáculo lamentable, señor! ¿Qué diablos me habría dicho tu padre si el toro te hubiese matado? ¡No tienes consideración por las otras personas! Sólo piensas en ti!”.

A lo que yo respondí: “*Usted* sólo piensa en sí mismo. ¡Usted habla de sentimientos familiares! Me marchó a Madrid esta misma noche”.

Nuestra reunión o despedida se vio interrumpida por la aproximación del Litri al que seguían el resto de los españoles.

“Me voy” dije, “No quiero ningún jaleo. Sé que he toreado pésimamente y ellos también lo saben”.

“No seas burro”, dijo mi tío, “nosotros no vamos a ponernos a pelear delante de los españoles. Después de todo, el hombre te ha salvado la vida. Lo menos que puedes hacer es quedarte y estrecharle la mano”.

El Litri se acercó, con solemnidad, extendió la mano y se quitó el sombrero al igual que hicieron los otros. Nos dimos la mano y le volví a dar las gracias. Si tenemos en cuenta la seriedad en los rostros de los otros parecía como si estuviéramos participando en un acto religioso al aire libre.

El Litri habló: “Señores, soy *matador de toros* y no puedo felicitar a Don Enrique por el modo en el que ha toreado. Señores, jamás en mi vida he visto a un hombre que ha toreado más con su propio cuerpo y menos con la *capa*. No es por eso por lo que yo lo felicito. Yo lo felicito porque es el primer inglés que he conocido que ha intentado torear a un toro. ¡Olé!”.

El domingo siguiente fui a dar un largo paseo a caballo con el vice-cónsul británico y nos detuvimos en un pueblo a cinco millas de la *ganadería*. Había una *posada* con una verja bastante rústica alrededor de un pequeño jardín. Atamos las riendas a esta valla a cada uno de los lados de la entrada y entramos para tomar una cerve-

za en una sala muy fresca con mesas de tablero blanco y serrín en el suelo. Otros cuatro clientes, de allí del pueblo, se estaban refrescando mientras un macho cabrío iba de mesa en mesa pidiendo sobras. La cerveza española está fresca, y eso es lo mejor que puedo decir de ella ya que está tan dulce como la glicerina. Mientras estábamos bebiendo me di cuenta que la otra gente del bar nos estaba mirando con interés, y cuando pregunté que era lo que se debía, el posadero dijo: “¿Es su Excelencia, el inglés que toreó el domingo pasado? Señor, no tiene nada que pagar. Usted le ha hecho un gran honor a mi humilde *posada* y usted será siempre recibido aquí como mi invitado”.

El vice-cónsul se quedó tan sorprendido como yo mismo. “¿Qué diantre es todo esto?” Yo no le había contando a nadie lo de mi aventura ya que no había sido ni un triunfo personal ni algo que se me hubiese metido entre ceja y ceja. El posadero se lo contó y la historia ya se había hecho más grande. Un toro, tan bravo que podía haber pertenecido a la “Ganadería de la Muerte” fue lidiado por el señor, él sólo durante veinte minutos. El señor fue arrojado por los aires. Esta narración fue interrumpida por un tumulto fuera de la *posada* y todos salimos fuera. Mi caballo había tirado una parte de la rústica valla y la estaba arrastrando por la carretera atada a las riendas. Ofrecí pagar por el daño pero el posadero rehusó: “No es nada. Yo puedo arreglarla en un minuto”.

Nos despedimos de él y fuimos cabalgando hasta nuestra casa. Después de un rato el vice-cónsul observó: “Creo que usted se va a convertir en una leyenda en este lugar”. Él tenía razón. Años después en Londres una muchacha inglesa me comentó cómo había escuchado en los alrededores de Huelva la historia del médico inglés que quería ser matador de toros y también que su tío impidió que se dedicara a esta prometedora profesión.

Esa noche mi tío anunció: “Va a haber otro *tentadero* la semana siguiente. Yo no sé lo que piensas ahora acerca de la *capa*, pero creo que te debes a ti mismo lidiar otro toro. La gente ha estado hablando y lo que hiciste naturalmente se ha exagerado; si vas a la *ganadería* y no toreas otro toro todo el mundo dirá que has perdido el valor. Y tú sabes lo que los españoles piensan de eso... Muy bien, pero veré que tengas tres *chulos* contigo”.

Cuando llegó el momento los *chulos* estaban en la explanada a unas treinta yardas delante del corral. El toro salió y ellos estuvieron dándole algunos capotazos. Mientras yo iba cruzando para unirme a ellos, me sentía bastante irritado. El toro

era pequeño; no lo habían picado y por consiguiente no estaba nada enfurecido. Embestía a los hombres desde distancias muy cortas y luego giraba y se ponía a correr a tres yardas detrás de ellos. Por fin el toro me vio y embistió. Giré mi *capa* hacia la derecha, y mientras iba pasando sentí un fuerte escozor en la mano derecha. La parte de atrás de uno de los cuernos me había levantado la piel en el filo de la mano. ¡Mi honor estaba a salvo!

Después de un gran *tentadero* el ganadero invita a sus amigos a comer y para entretener a sus invitados durante la comida se mete un toro en la habitación. Esto hace que todo el mundo se levante de la mesa. Algunos se quitan la chaqueta y le dan algunos pases, mientras que otros buscan la seguridad metiéndose debajo de la mesa o subiéndose a ella. En una ocasión, cuando el toro había salido y los invitados se habían vuelto a sentar, todos se dieron cuenta de que faltaba el cura del pueblo. Se suponía que había escapado de la casa durante todo aquel alboroto y como era un hombre de edad y corpulento, nadie se volvió a preocupar más por él. Después de un rato empezaron a oírse ruidos extraños que venían de la gran chimenea y el pobre hombre fue sacado de la chimenea en la que se había quedado atrancado tirándole de las piernas.

[...] El vice-cónsul y yo estábamos una noche en un café cuando entraron dos jóvenes ingleses a los que conocíamos y solicitaron su ayuda en nombre de un joven amigo de ellos. El joven había llegado esa mañana desde Inglaterra y estos le habían estado enseñando la vida nocturna de Huelva, incluyendo una *posada* de dudosa reputación, donde estuvieron sentados viendo a las muchachas bailar el *fandango*. Allí entró una especie de fantasma ataviado con camisa y pantalón, con los pies desnudos, una larga y dorada cabellera como la de una niña y la cara pintada. Esta aparición le sorprendió tanto a su amigo que sacó su revólver, disparó y falló. La aparición salió huyendo hacia el jardín que había en la parte de atrás de la *posada* y subió al tejado por una escalera de hierro. El joven disparó un par de veces en el jardín pero perdió a su objetivo en la escalera. Dos guardias civiles entraron en el jardín, levantaron sus rifles y dijeron: "Alto" Los tres ingleses se pusieron manos en alto. Un guardia civil los cacheó y le cogió el revólver al amigo que entonces fue conducido a la cárcel con un guardia a cada lado. El joven tenía que presentarse al día siguiente para comenzar a trabajar en las Minas de Río Tinto y a menos que se pudiese hacer algo él también podría haber vuelto a Inglaterra en el próximo barco.

Obviamente lo que había que hacer era sacarlo de la cárcel. Contamos nuestro dinero comprobamos que entre los cuatro teníamos un poco más de diez libras y nos fuimos derechos hacia la prisión.

Después de estar llamando durante mucho rato a la puerta de hierro pudimos despertar al carcelero dormilón, quien se puso a refunfuñar cuando el vice-cónsul le preguntó si había llegado un joven inglés. “Sí, señor, está aquí. Lo trajo la guardia civil”. Ahora es muy tarde para las visitas, es casi medianoche, pero si los señores desean verlo, ustedes pueden pasar. ¿Qué? ¡Suéltelo! ¡Es absolutamente imposible! El carcelero se quedó tan sorprendido que salió rápidamente de la cárcel y se reunió con nosotros en la calle. ¡Él intentó matar a un hombre...! ¡No, yo no sé cómo ocurrió...! ¡Ah, fue eso lo que ocurrió! ¡Bien! Es natural que un hombre joven disparase sólo para asustar al sinvergüenza. No, no señor, yo no puedo dejarlo salir. ¡Qué! ¡Dos libras! Señor, ¿Está usted de broma? Tengo mujer e hijos. ¡Ah! Y este joven tiene madre. Su pobre madre!” Estaba muy oscuro, pero yo casi pude ver las lágrimas en el rostro de este buen hombre. “¡Cuatro libras!” No, señor, yo no puedo hacerlo. ¡Esta es la primera noche de este joven en España! ¡Es muy triste, señor, que este joven tenga que dormir su primera noche en la cárcel! “¡Ocho libras! Y ya no le damos más” “Muy bien, señor. Esto lo hago por la madre del pobre hombre. Si ustedes quieren pasar, hay una luz en el arco de la cárcel y en un momento les traigo al joven”. Entramos, contamos nuestro dinero bajo la parpadeante llama del candil y a los pocos minutos el joven inglés estaba con nosotros. Al salir de la prisión el carcelero nos dio la mano a los cinco, nos deseó las buenas noches y nos dijo que fuéramos con Dios.

El “ábrete sésamo” de esta escapada fue el dinero. La guardia civil de España, al ser una fuerza militar dirigida por la corona, era independiente de la policía municipal, quienes eran responsables de la prisión. Lo más probable era que nadie hiciera ningún tipo de comprobación, a excepción de los casos en los que se ha cometido un delito importante, del nombre de los arrestados por la guardia civil con los nombres del registro de entrada en la prisión, en el que se recogen todos los que han estado encarcelados allí tanto los que lo han sido por la guardia civil o por la policía municipal. Los dos guardias civiles que habían arrestado al joven inglés no es probable que tuviesen ningún tipo de interés en su prisionero a menos que fuesen llamados como testigos en el juicio. Si no los llaman, ellos sabrían que por una razón o por otra su prisionero no iba a ser procesado; y la gente no puede ser

juzgada si el fiscal no sabe de su existencia, algo que ocurriría si sus nombres no se encuentran recogidos en el libro de la prisión.

El vice-cónsul había ayudado a otros jóvenes ingleses cuyos problemas estaban fuera del ámbito del reglamento del Ministerio de Relaciones Exteriores Británico. El joven Tom estaba ganando dieciséis libras al mes y vivía con su madre viuda. Su punto débil era su creencia en que podría ganar dinero jugando a la ruleta y de vez en cuando la viuda tenía que recurrir a sus ahorros para pagar lo que su hijo había perdido en el juego. Un día él le dijo a su madre que arriesgaría todo el salario de un mes en una última apuesta en el Círculo. Embargada por la angustia ella fue a visitar al vice-cónsul. Él no tenía potestad para evitar que el joven entrase en el Círculo pero idearon un plan por el cual el joven no tendría que gastar tanto dinero y le serviría de lección.

La viuda le entregó dieciséis libras al vice-cónsul y esa noche él fue al Círculo y jugó contra su hijo. Cuando el joven apostaba a rojo, el vice-cónsul colocaba la misma cantidad en el negro. Cualquiera jugada que hacía el joven, el vice-cónsul hacía la contraria. Cuando el hijo de la viuda dejó la mesa sin un penique, el vice-cónsul se levantó de la mesa con treinta libras, que eran las primeras dieciséis libras más catorce libras de ganancia. Después de toda una noche de juego, la viuda y su hijo habían perdido dos libras que fueron a la banca, y una pérdida inevitable siempre que salía el cero. Si el hijo hubiese ganado, habría ganado el dinero de su madre y el vice-cónsul amenazaría con repetir esta actuación si era necesario. [...] Esta no había sido mi primera visita a la cárcel. Si mi caballo no llegaba alguna mañana, una de las primeras cosas que yo me preguntaba era si el pequeño Pic, el hombre que me lo traía, estaría en la cárcel, y cuando estaba detenido, yo iba a verlo. Cuando se visitaba a un amigo que estaba en la cárcel era costumbre llevarle un regalo de vino, fruta, provisiones o cigarrillos puesto que la comida de la prisión era muy escasa. Lo más probable era encontrarlo sentado en una de las sencillas mesas en el patio, quizás jugando a las cartas con algún otro prisionero y cuando le había pedido unos cuantos vasos prestados al carcelero, entonces abres la botella de vino. Para los que no tienen amigos, las duras condiciones de la cárcel sólo pueden verse aliviadas por la caridad de otros presos. También era posible para los marineros ingleses permanecer en las prisiones españolas durante semanas e incluso meses sin que hubiese un juicio, si sus capitanes se olvidaban de informar al cónsul británico de su desaparición.

Una mañana un joven marinero que acababa de salir de la prisión llegó a la clínica con una herida abierta de seis pulgadas en la cabeza. Era de Glasgow y su barco había zarpado sin él. “Me temo que el capitán estará terriblemente enfadado, Doctor. Pero no ha sido mi culpa. Yo soy un tipo bromista y estaba volviendo por la noche al barco cuando vi en el muelle un grupo de soldados. Uno estaba sentado en un barril y parecía que estaba medio dormido. Bien, ya le he dicho que yo soy un tío bromista y además me había tomado un trago, así que saqué mi pipa y la cogí como si fuera una pistola. Luego se la puse en la cara y dije: “¡La bolsa o la vida!” Y ¿qué pasó? Pues que ese soldado se puso de pie y me golpeó en la cabeza con su espada. Así como se lo estoy contando”.

Miré la herida. “Has tenido suerte de que utilizara el lado de la hoja que no corta”.

“Bien, doctor, luego sólo me acuerdo de que al día siguiente yo estaba en la cárcel y que me pusieron un trozo de venda en la cabeza. Estuve así durante cuatro días. La comida era horrible. Pan duro y una especie de sopa extraña que estaba fría y aguada. Algunos de los españoles tenían mejor comida y uno de ellos me dio una naranja y otro un trozo de embutido. Pero yo no entendía su jerga. Hoy un caballero español ha entrado y me ha hablado pero yo no he entendido nada de lo que ha dicho. Luego me han soltado, he podido encontrar el instituto y ellos han enviado a un muchacho para que me acompañase hasta aquí. Usted sabe, doctor, yo soy un tío muy bromista y si usted pudiera ponerle unas palabras al Cónsul en mi nombre, yo le estaría sumamente agradecido. Me gustaría encontrar otro barco y salir de este país. Es un lugar horrible. ¿Usted conoce Glasgow? ¡Guau! ¡Ese sí que es un buen lugar!”.

UN CASTILLO EN EL AIRE

Durante mi última semana en España fui de cacería con el Litri y sus amigos. Nos reunimos en un cortijo en el *campo* a donde habían enviado los caballos y los perros el día de antes puesto que este lugar se encontraba a unas quince millas de Huelva. Fuimos parte del camino en tren, saliendo a las cinco de la mañana cuando aún era de noche. Yo iba medio dormido en el vagón cuando me fijé en una figura que se movía a lo largo del pasillo y una cara muy pálida se detuvo a mirar por la ventana. Abrió la puerta completamente y el guardia pidió los billetes, la velocidad del tren era de aproximadamente unas quince millas por hora. En una estación al borde del camino nos bajamos en la oscuridad y esperamos al coche correo que nos llevaría las últimas cinco millas. La poca gente que había en el andén sabía muy poco del correo. Uno dijo: “¿El coche?” ¡Ah! Señores, no habrá coche-correo esta mañana. Está demasiado oscuro”.

Otro dijo: “¿El coche? El coche salió hace una hora”.

Por fin pudimos escuchar los cascos sobre los duros adoquines, el tintineo de campanillas y el sonido del látigo y el carruaje con su tiro de mulas y su mayoral apareció en la oscuridad.

Dentro el aire apestaba a cigarros y ajo. En el sur amanece muy rápido. Una luz grisácea se extendió por el cielo y pronto los primeros rayos de sol que nos deslumbraban llegaron hasta el carruaje y proyectó alargadas sombras sobre la llanura.

En el cortijo había un *desayuno* de café, pan y mantequilla y luego el grupo de jinetes compuesto por doce hombres comenzó a atravesar la llanura, los caballos en fila india detrás de los sabuesos que corrían de un lado a otro buscando con el olfato. He escrito “sabuesos” por respeto a aquellos que viven en los condados rurales ingleses, pero en verdad eran chuchos. Veinte años antes mi tío había importado una pareja de perros raposeros ingleses y ahora cualquier perro cuya apariencia sugiera algún ligero parecido o conexión con estos aristócratas se le llama un sabueso. Los sabuesos con los que nosotros estábamos cazando pertenecían a distintos miembros del grupo y había cierto grado de enfrentamiento entre el grupo. El

aire era helado pero al sol se estaba a buena temperatura y del *campo* llegaban los aromas de la primavera en España.

La fina hierba del *campo* crecía en un suelo amarillo pálido pero los terrenos arados alrededor de los cortijos tenían un color chocolate intenso con vetas de tonalidades rojizas. La llanura por la que íbamos cabalgando se extendía a lo largo de las montañas más bajas de la sierra. En alguna de estas hay bosques de pinos enanos, alcornoques y encinas o robles de hoja perenne. Otras montañas estaban cubiertas de romero silvestre y jara, un gran arbusto verde, muy pegajoso a causa de la resina y que tiene unas flores blancas del tamaño de una rosa silvestre, pero con puntitos rojos sobre los blancos y sedosos pétalos.

Los perros levantaron una liebre y comenzaron a correr hacia la parte alta cubierta de maleza, seguidos por los caballos que se iban abriendo camino entre arbustos que llegaban hasta las sillas de montar y sobre un terreno lleno de peñascos y de madrigueras. Estos caballos españoles tienen un paso muy seguro, conocen muy bien el terreno y tienen un tanto por ciento elevado de raza árabe. Después de un rato perdieron el rastro y nosotros volvimos al campo abierto. Fueron muchas las liebres que levantaron y cogimos unas cuantas. La cacería nos fue llevando a través de limonares y naranjales y nadie realmente sabe lo que es una naranja hasta que la arranca del propio árbol. Largas avenidas naturales cruzaban campos de olivares cargados de aceitunas y de resplandecientes hojas gris verdoso. Entre los olivos había higueras cuyas ramas parecían estar marchitas ya que la época de los higos aún no había comenzado. Justo después del mediodía llegaron los caballos de carga y almorzamos en el *campo*. Había capones gordos, pichones, perdices, jamón y embutidos, panes y un pequeño barril de aceitunas. El vino, Rioja y Málaga se sacaba de pellejos hechos con piel de cabra a la que se ponía un cuello y un tapón hecho de madera. No había platos ni tenedores sino que los hombres fueron sacando del bolsillo trasero de su pantalón una enorme y útil navaja.

Los españoles son un pueblo bastante moderado en lo que respecta al consumo del vino. Un hombre puede que se ponga *alegre*, o incluso, *muy alegre*, sin que ofenda a nadie, pero la embriaguez es algo que se considera despreciable. En España el borracho bebe *aguardiente* que por lo general es un alcohol puro sacado de las patatas [sic], pero en todo el tiempo que permanecí en España, sólo vi dos españoles borrachos. En España esto se ve no como una cuestión moral sino como una ofensa estética contra la dignidad de un hombre. Dos circunstancias que se dan

para hacerlos comedidos. Los cambios de humor de la mente están poderosamente influenciados por el entorno y el cielo azul y el brillo del sol proporcionan una felicidad natural que no necesita de la ayuda del alcohol. Ellos también tienen profundas creencias en la dignidad de la humanidad que forma parte de su Fe.

Al final de la cacería cabalgué de vuelta a Huelva con el Litri. Cuando íbamos cruzando la llanura para llegar a la carretera pasamos una gran manada de toros bravos. Pusimos los caballos al paso y no hablamos. Al pasar cerca de un toro, éste dejó de pastar, levantó la cabeza y nos miró con sus enormes ojos marrones. El jinete debe ignorarlo, mirar hacia delante y hacer como si no hubiese visto al toro –y para hacer esto por primera vez se necesita más resolución que la que necesitas para enfrentarte a tu peor enemigo en la calle. Una vez que estuvimos en la carretera los caballos se pusieron a un tranquilo paso castellano (de *paseo*) con el cual un hombre casi puede dormirse en la silla de montar. En Inglaterra este paso se llama el trote.

Al poco tiempo el sol comenzó a ponerse por el Atlántico y el cielo occidental se convirtió en una llamarada de deslumbrante luz. En el sur el sol se pone rápidamente, metiéndose centímetro a centímetro por detrás del océano y durante un momento después de que se haya ocultado una luz verde permanece suspendida en el horizonte –luego anochece; una leve neblina llega desde el mar y el aire comienza a ser fresco. A lo lejos hacia el norte en el cielo se puede ver la osa mayor y un poco más adelante, resplandeciendo como un diamante a la luz de una vela, se encuentra la estrella polar.

La carretera pasó por una *fonda* y desde la puerta abierta por la que salía la luz a raudales llegaba la música de una guitarra, el repiqueteo de castañuelas y también alcanzamos a ver un grupo de muchachas bailando con vestidos de alegres colores. Luego la carretera pasa por una zona de palmeras que la leve brisa hacía susurrar, también pasa por estanques donde las ranas toro están croando y por zonas de maleza animada por miles de sonidos de insectos que están despiertos por la noche. Justo al lado de un grupo de árboles hay una estatua de Nuestra Señora, la estrella del Mar, que protege a los marineros y había una joven que rezaba en los escalones de la imagen. Por encima de nuestras cabezas vemos el limpio cielo como una cúpula de estrellas sin una sola nube y por detrás de una argentada calima la luna está saliendo por el oeste detrás de las frías sierras, donde ahora aullarán los lobos. Para el Litri y para mí el sol se ha puesto en un *Castillo en el aire*.

El Litri no era un hombre muy hablador a excepción de cuando él contaba una historia y durante la mayor parte del camino nosotros fuimos cabalgando en silencio. A la luz de las estrellas él tenía la apariencia de un emperador romano y yo me preguntaba si Severo habría tenido ese aspecto cuando condujo las legiones romanas sobre un territorio sin calzadas desde York hasta Inverness. En los alrededores de Huelva llegamos a un punto en el que nuestros caminos se separaban y nos dijimos adiós, deseándonos salud, dinero y todas esas otras cosas; y que nos fuéramos con Dios –él hacia Suramérica y yo hacia Inglaterra. Él iba a embarcar pronto para hacer su temporada en Méjico, donde a los matadores se les paga muy bien.

Él ganaba dinero allí y volvía a España. A su vuelta el Litri le ofreció a su hijo Juan Miguel un puesto en la *cuadrilla* y a los cinco años el joven se convirtió en el *sobresaliente* de su padre. Entonces su nombre fue aprobado por la Sociedad de Matadores y llegó el día de su alternativa como matador lidiando un toro en público. Esto tuvo lugar en la plaza de toros de Huelva. El Litri mató el primer toro y, cuando el segundo estaba preparado para el estoque, dirigió unas palabras al presidente, besó a su hijo en ambas mejillas, le entregó el estoque y la *muleta* y en presencia de diez mil personas, lo llamó Manuelito.

A los cinco años, Manuelito había superado a su padre y era aclamado como el “mejor de España”. Su ritmo con la *capa* o con el estoque era perfecto y había logrado dar algún pase sentándose en una silla en el centro de la plaza. Es cierto que para muchos otros deportes tales como el tenis o el cricket el ritmo o sincronización del golpe proclama al campeón. Manuelito ganó dinero y tenía *novia*. Ella era una muchacha del pueblo pero muy bonita, modesta y leal. Tenían pensado casarse después de su última corrida de la temporada. Esta corrida fue en Málaga y en presencia del Rey Don Alfonso y de la Reina Ena y de veinte mil personas. El Litri era uno de los otros matadores que había en la plaza.

Cuando soltaron el toro para Manuelito los expertos que había entre el público se asustaron. El toro no embestía derecho, sino que algunas veces cabeceaba a un lado o a otro. ¿Tenía el toro algún defecto de visión? Nadie lo supo, pero cuando Manuelito entró a matar al toro él sufrió una cogida, la cornada fue en los músculos del muslo derecho y fue arrojado por los aires. Fue entonces cuando el Litri entró en el ruedo y mató su último toro. Llevaron a Manuelito a la clínica de un cirujano español en Málaga. Era un buen cirujano, se había formado en Alemania y su tra-

tamiento fue el correcto. Aunque la herida de Manuelito fue empeorándose y al cuarto día el Litri envió un telegrama a Huelva.

Mi tío había muerto y la clínica había pasado a mi primo Ian Macdonald, el pionero de la cirugía abdominal en el sur de España. Él salió desde Huelva rumbo a Málaga en su coche a las once de la noche y se había reunido una gran multitud a las puertas de su casa para verlo salir dada la popularidad de Manuelito.

Mientras Macdonald iba conduciendo por la noche hacia Málaga él recordó un secreto profesional, algo que Manuelito le había revelado sólo a él. De vez en cuando el matador sufría un leve tic en el ojo izquierdo. Eso sólo le duraba unos cuantos minutos, pero mientras le ocurría el hombre veía doble. Macdonald le había advertido que ningún hombre con un defecto así debería arriesgar su vida en el ruedo, pero Manuelito lo único que hizo fue reírse: “Esto nunca me ocurre mientras estoy en la arena”. ¿Le pudo ocurrir eso en el coso de Málaga, y tanto el hombre como el animal tenían la visión distorsionada ese domingo por la tarde? ¿Quién sabe?

Por la mañana Macdonald se dio cuenta de que el caso era desesperado. La herida se había gangrenado y Manuelito murió.

Luego ambos cirujanos tuvieron una extraña conversación. El español dijo: “Debo enviar su cuerpo esta noche a un depósito de cadáveres privado. A mis otros pacientes no les gustaría la idea de que lo dejara aquí”. Él se había formado en Alemania y en lo que a sentimientos se refiere había perdido el contacto con su propia gente.

“¡Santo cielo!” exclamó Macdonald, “Usted no puede hacer eso. ¿Qué daño puede hacer su cuerpo a los otros pacientes? Hay muros entre su habitación y la de ellos. ¿No se da cuenta que este hombre ha sido el ídolo de España y que esa gente detesta la idea de que alguien sea llevado a un depósito de cadáveres? Si usted saca el cuerpo de este lugar antes del funeral, el problema no va a ser lo que la gente diga sino lo que la gente haga. Son capaces de quemarle la clínica y dejarla hecha cenizas. Vamos a dar un paseo en coche al aire libre y hablamos del tema con tranquilidad”.

Los dos cirujanos estuvieron conduciendo durante una hora y continuaron con la discusión. A su vuelta a la clínica vieron a cuatro hombres en silencio que se encontraban sobre la acera. Tres estaban vestidos de *toreros* y el cuarto iba de paisano. Macdonald los reconoció como la *cuadrilla* de Manuelito y el hombre alto

y bien parecido que iba de paisano era el *sobresaliente*. Cuando los cirujanos se bajaron del coche, el *sobresaliente* se puso delante del español, lo miró directamente a la cara y dijo sólo tres palabras en voz baja: “Él se queda aquí”.

Era una orden y el cirujano estuvo de acuerdo.

En Málaga todavía se habla del funeral de Manuelito, en el que a lo largo de las calles se concentraron varios cientos de miles de personas y cuando se cortó todo el tráfico de la ciudad.

Después del funeral el Litri se cortó la coleta y abandonó el coso para siempre y cuando murió fueron escasamente cien personas a su funeral. No era que la gente hubiese olvidado al famoso matador, sino que ellos recordaban otra cosa. El Litri era viudo y cuando Manuelito murió él invitó a la *novia* de su hijo a su casa. Un año más tarde se casó con la muchacha y a la gente eso no le gustó nada.



CASA COLÓN

HALLIDAY SUTHERLAND

1948

Quince años después de su primera estancia en España, Halliday Sutherland volvió y entre otros lugares visitó Huelva lleno de nostalgia y recuerdos de su estancia en la clínica de su tío. Ese mismo año apareció su obra *Spanish Journey*, dedicada cariñosamente a Inés.





CLÍNICA Y HOTELES DE LOS DOCTORES MACKAY Y MACDONALD

LA TIERRA DE LA LUNA

Cuando íbamos a Huelva fuimos a las minas de Río Tinto, donde por la amabilidad de Lord Geddes, presidente del consejo de administración, estuvimos durante cinco días en la Casa Consejo, una casa bonita normalmente reservada para los directores de Londres que visitan la mina. Estuvimos magníficamente atendidos por el gerente señor J. Gough y su esposa; y por su ayudante, señor Charles Julian y su esposa quien me conoció cuando ella era una niña de seis años. Una de las actividades previstas por nuestros anfitriones fue una visita a las cuevas de piedra caliza recientemente descubiertas en Aracena, un bonito pueblo en la sierra a 45 kilómetros de las minas. La Compañía de Río Tinto le compró al gobierno español estas minas de pirita en 1873 y han sido pioneros en el cuidado del bienestar de 6.000 empleados y sus familias. De las casas de los trabajadores, la más pequeña tenía dos dormitorios, un desván y una cocina, cuarto de estar con un retrete exterior de tierra. La renta es de 8.10 pesetas (3 chelines y 8 peniques) al mes, con 2 pesetas para luz eléctrica. La más grande tiene tres dormitorios, comedor, cocina, dos despensas, cuarto de baño y retrete. La renta es de 37 pesetas al mes, con 6 pesetas para luz eléctrica. Las rentas son muy bajas, pero las casas están en el campo y en una tierra propiedad de la compañía. Esto descartaba cualquier comparación con las rentas de las casas municipales en las ciudades.

El martes 8 de octubre, a última hora de la tarde llegamos al Hotel Victoria. A la mañana siguiente salí del hotel a las nueve y me dirigí a la plaza de toros en el extremo occidental de Huelva, y desde allí, por la carretera de Gibraleón y la carretera del Odiel, atravesé la zona suroeste y la zona sureste de la ciudad. En el extremo sur, donde se unen estas dos carreteras, se encuentra la entrada principal al puerto y a los muelles, bastante más grandes desde la última vez que los vi. Había muy pocos barcos atracados en el puerto. Eran las once de la mañana, una hora razonable para hacerle una visita a Inés. Yo conocía la calle, pero no el número y la noche antes comprobé que ella no aparecía en la guía telefónica.

En la calle pregunté a dos muchachas que había en la puerta de una tienda pero nunca habían oído nada de la señorita. Más que continuar con estas pesquisas, me dispuse a buscarla. La primera escalera a la que subí me condujo a una puerta con

una placa de latón, en la que pude leer que el dentista veía a los pacientes entre las once y las tres. No pensaba pasarme toda la mañana subiendo escaleras. En la oficina de correos habría un callejero o al menos un cartero. Antes de dirigirme hasta allí me decidí a intentar otra escalera. Esta me llevó hasta una puerta donde no había ningún nombre pero había una estampa pequeña del Sagrado Corazón. Llamé a la puerta y apareció una señora de edad. “Sí, esta es la casa de la señorita. Ella no se encuentra aquí. Está trabajando. Está en su oficina. Volverá entre las tres y media y las cuatro.”

“Muchas gracias, señora. Por favor, ¿sería tan amable de entregarle esta carta? Volveré a las cuatro” La carta era una breve nota. Estaba realizando una corta visita a Huelva y estaría encantado de verla. A la firma añadí: “Sobrino de don Alejandro” Eso le ayudaría a identificar a quien la escribía.

En el zaguán del hotel me encontré con don Alberto y doña Beatriz, esta última en un sofá con el pie en alto. La noche anterior mientras ella deshacía una maleta esta se le cayó y le dio un golpe en la espinilla de la pierna derecha y ahora se la podía ver con una venda blanca por debajo de su media de seda. Les di los buenos días, le deseé una pronta mejoría y ella me aseguró que estaba mejor.

Don Alberto: Mientras usted estaba fuera fui a ver al gobernador civil. No está y su oficial no me ha podido dar permiso para que usted visite la prisión.

Yo: ¿Puede dar el permiso el vice gobernador civil?

Don Alberto: No pude decirle al oficial que llamase por teléfono al vice gobernador civil.

Yo: Por supuesto.

Don Alberto: El gobernador civil no volverá hasta el próximo lunes. Hoy es miércoles. ¿Vamos a esperar aquí hasta el lunes o lo más probable, hasta el martes? Doctor, es usted quien lo debe decir.

Yo: No, nos iremos mañana por la mañana.

Don Alberto: Lo que usted desee, doctor. Le diré al mecánico que tenga el coche preparado para mañana alrededor de las diez. Iremos hacia Córdoba. En Córdoba hay una magnífica mezquita que ahora está convertida en iglesia.

Yo: ¡Excelente!

Don Alberto: Y esta tarde podríamos ir en el coche a La Rábida. Mi esposa no la ha visto.

Yo: El lugar desde el que zarpó Cristóbal Colón merece ser visto –al menos una vez. Pero yo ya lo he visitado; y esta tarde tengo una cita. Usted me disculpará. Y ahora, ¿desea usted ver algo de Huelva antes del almuerzo?

Don Alberto: Doctor, ¿qué se puede ver?

Yo: Bueno, hay una calle que ha cambiado de nombre en honor de mi tío y de mi primo.

Don Alberto: ¿Está lejos?

Yo: A unos veinte minutos andando. Pero probablemente Doña Beatriz debería descansar.

Doña Beatriz: No, no, vayamos todos.

Así pues salimos los tres andando juntos. Esta formación no duró más de un par de minutos ya que en el extremo occidental de la Calle Concepción, Doña Beatriz desapareció metiéndose en la Iglesia de la Inmaculada Concepción. Don Alberto se detuvo y sonrió. “Cuando paseamos ella a menudo desaparece metiéndose en una iglesia o en una tienda mientras yo espero”. Su paciencia y buen humor eran contagiosos y yo le dije que teníamos mucho tiempo. La Calle de la Concepción es una calle corta con tiendas y cafés a cada uno de los lados de un ancho pavimento. Es una calle completamente peatonal. En el escaparate de una tienda de comestibles Don Alberto se detuvo a mirar unas botellas de Bi-café, una célebre esencia de café que se hacía en Huelva. Él compró seis botellas y yo compré un par. En la siguiente tienda compré una pluma estilográfica para el superintendente del *Small Holding* cerca de Sevilla. Él había perdido su propia pluma cuando me estaba enseñando como funcionaban las esclusas de riego. Doña Beatriz pronto se reunió con nosotros. Atravesamos la calle de la Concepción y fuimos hasta la Casa de Colón, un gran edificio de dos plantas rodeado por sus propios jardines en el extremo oriental de la ciudad. En la Casa de Colón hay pisos para el personal de la Compañía de Río Tinto que vive en Huelva. Vi la ventana de la habitación que en su día fue mi dormitorio y que se encontraba en la planta baja. Hace mucho tiempo, bajo esa ventana un caballo había piafado sobre la grava. Aquí giramos hacia la izquierda y fuimos subiendo por una calle con casas modernas a la izquierda y los muros de la Casa Colón a la derecha.

Una vez desde mi ventana en una noche de lluvia torrencial vi en esta calle, iluminada por un cielo resplandeciente por los relámpagos, una riada tan rápida e imponente que llegaba hasta el remate del muro que rodeaba la casa. Ese muro protegió la Casa de Colón, ya que a causa de este torrente las casas se desmoronaban y los gritos de las personas que estaban a punto de morir ahogadas se apagaban por los truenos que sonaban por encima de nuestras cabezas, uno tras otro, *in crescendo* hasta retumbar con un ruido terrible. Por la mañana, lo que había sido una calle era un barranco de quince pies de profundidad. Y ahora, en esta calle, tranquila y bien pavimentada, les hablé a mis compañeros de esa tormenta, la peor que yo haya visto en Europa. Ellos me escuchaban pacientemente y entonces Don Alberto dijo: “Doctor, ¿es mucho lo que tenemos que andar todavía? Y añadió ¿Está usted seguro que conoce el camino?”

“Estamos a unos quince minutos. Solía hacer este recorrido dos veces al día. En aquellos días podría haber encontrado el camino con los ojos vendados puesto que cada calle tenía sus propios olores. Pero ahora, como puede ver, esta ciudad está limpia, bien pavimentada y con buenos saneamientos, y claro, ya no hay olores”.

Nadie debería lamentar la ausencia de olores –y de hecho, bueno, si usted desea oler a oriente, ahora debe cruzar a Tánger. Continuamos a lo largo de una calle que subía a la zona alta del norte y mis acompañantes se fueron quedando rezagados detrás. Seguí hasta lo alto de la colina, intentando hacerles señales con la mano para que supieran que la calle que estábamos buscando ya estaba muy cerca. En todo lo alto de la colina giré y lo que vi me hizo sonreír. Este era el final del camino. A unas cuarenta yardas más abajo, el alto don Alberto estaba hablando con una anciana de pequeña estatura que iba vestida de negro; y unas cuarenta yardas detrás de él, en la acera, se encontraba doña Beatriz, como una pieza de porcelana de Dresde. Volví hacia el lugar en el que se encontraba don Alberto, quien dijo: “Doctor, esta señora conocía a su tío. Él operó a su hija. Ella le pagó mil pesetas”.

La anciana llevaba un vestido negro y una mantilla de encaje también de color negro. Me quité la *boina* y me incliné para saludarla. “Señora, soy el sobrino de don Alejandro”.

“Señor estoy muy contenta de conocer a algún familiar de don Alejandro. Él salvó la vida de mi hija. Todos nosotros le estamos muy agradecidos”. La anciana continuó su camino y don Alberto dijo: “Doctor, debo volver y ver qué es lo que va a hacer mi esposa”.

“Excelente. Esperaré aquí”.

Volvió. Los dos conversaron y luego doña Beatriz se dio la vuelta y comenzó a andar por el mismo camino por el que habíamos venido. Don Alberto se volvió a reunir conmigo. “Doctor, mi esposa ha decidido volver al hotel”.

“Sí, ya me temía que este paseo fuese demasiado largo”.

“Doctor, ¿Tenemos que ir mucho más lejos?”

“No, está justo en todo lo alto de esa colina”

“Esa señora ha dicho que le pagó a su tío mil pesetas”.

“Sí, y por aquél entonces, esta cantidad equivaldría a 40 libras esterlinas. Un precio muy moderado para una importante operación de cirugía. Sabe, mi tío era el mejor cirujano de la provincia, y uno de los mejores de España”.

Pronto llegamos a la calle y leímos su nombre en una señal de colores –“Calle de los doctores Mackay y Macdonald”.

Yo: Creo que es un gran honor para dos extranjeros que le pongan sus nombres a una calle en España.

Don Alberto: Sí, Doctor. ¿Para volver al hotel tenemos que ir por el camino por el que hemos venido?

Yo: No. Yo vine por el camino más largo para poder ver la Casa de Colón. Si torcemos hacia la derecha es hacia abajo atravesando la plaza de las Monjas hacia el extremo más oriental calle de la Concepción.

En la calle de la Concepción yo rompí el silencio invitando a don Alberto a tomar un *aperitivo*. Nos sentamos en una mesa de mármol situada en la acera y pedí dos manzanillas. Huelva es una ciudad pesquera y con el vino el camarero trajo dos platitos de gambas. Estos los daban gratis con cada uno de los vasos de vino. Don Alberto se comió las gambas y tiró las cáscaras al suelo. Cuando su plato estaba vacío le acerqué el mío y le aseguré que no las quería. Tiró al suelo un segundo montón de cáscaras. Nadie protestó. En esta pequeña ciudad que en España yo llamo mía, la gente tiene buen carácter. Una vez que se habían acabado las gambas don Alberto colocó un gran pañuelo de seda limpio en lo alto del sifón de soda y le empujó con la mano izquierda hacia el borde de la mesa. Entonces él apretó el pestillo y se limpió la mano con el agua de Seltz. Cambiando de mano, se roció la

otra y se secó ambas manos con el pañuelo. Había agua de Seltz por el suelo de la acera, pero había hecho estas abluciones de forma tan artística que no le había caído ni una gota de agua en los zapatos de don Alberto. “Y ahora, doctor, ¿nos volvemos al hotel para almorzar?”.

“Será un placer. Tengo bastante apetito”.

* * *

A las cuatro de la tarde yo estaba de vuelta en el piso y la criada me condujo hacia un salón pequeño y rectangular con una ventana en cada uno de los extremos. En uno de los lados había un sofá, en el otro un *chiffonier* en el que había la estatua dorada de un santo dentro de una urna. En el otro extremo había una mesa con sillas. La ventana estaba abierta, pero los postigos interiores estaban prácticamente cerrados y no permitían que entrase mucha luz.

Ella entró por una puerta de la que colgaba una cortina con la natural soltura de la serenidad. Nos dimos la mano según la costumbre inglesa, pero hablamos en español.

Inés: Esto ha sido ciertamente una sorpresa.

Yo: Después de cuarenta años.

Inés: No son cuarenta años. En junio ha hecho treinta y ocho.

Yo: Usted solía hablar inglés.

Inés: Ahora sólo hablo español, pero, –¿No se sienta?

En lugar de acceder a lo que me dijo y sentarme, me acerqué a la ventana, empujé el postigo izquierdo y mientras estaba al lado del otro postigo, dije: “¿Sería usted tan amable de acercarse aquí un momento?”.

Sin decir una sola palabra ella se puso junto a la luz y se quedó allí mirando por la ventana a las casas que había enfrente. Los años habían sido muy benévolos. En su pelo castaño no se veían canas. Una larga línea de expresión que atravesaba su frente era la única secuela que le había dejado la edad. No tenía una sola arruga alrededor de sus enormes ojos de color azul grisáceo. Sus rasgos no habían cambiado, con la salvedad de su barbilla, siempre un poco rellena, ahora lo estaba incluso un poquito más. Y además –ella era bastante menos corpulenta que muchas mujeres de la mitad de su edad, pero había perdido la figura que había honrado las pistas

de tenis. ¿Qué más había yo esperado? ¿Había yo pensado que su cuerpo sería tan inmortal como su alma? ¿Puede uno dejar a cualquier ser vivo, incluso un arbolillo en un bosque, durante treinta y ocho años y volver y encontrar que está lo mismo? Consciente de mi grosería y de lo absurdo que estaba siendo, abrí el otro postigo de manera que la luz me diera a mí; y cuando ella me miró yo dije: “Estoy viejo”, a lo que ella respondió, con cierta impaciencia, “Usted no está viejo, y ahora, ¿no desea sentarse?”.

Me dirigí al sofá y me senté; pero nunca imaginé que podría haberme encontrado en la mismísima calle. Inés acercó un sillón de respaldo recto hasta el centro de la habitación y se sentó enfrente. Esto me recordó las entrevistas de los ministros en Madrid.

Inés: Sabía por los periódicos que usted estaba en España, pero no sabía que iba a venir a Huelva.

Yo: Conseguí su dirección a través del Marqués de Aracena. Dije a la prensa en Sevilla que pensaba venir aquí y esperaba que usted viera la noticia en el periódico local.

Inés: El periódico no mencionaba eso. ¿Está usted solo y cuánto tiempo se va a quedar?

Le hable de mis acompañantes y que pensábamos salir a las diez de la mañana del día siguiente hacia Córdoba y luego a Madrid. Luego ella estuvo hablando de los amigos que antes ambos conocíamos y de sus hijos que ahora se estaban ganando la vida muy bien en sus respectivas profesiones o en sus comercios. Ella habló de todos de forma generosa, y yo recordaba que ella, en su día la muchacha más inteligente y más bella de la ciudad, no se había casado. Su voz era la misma, clara y reposada; y cuando yo cerraba los ojos, treinta y ocho años incluyendo dos guerras, el paso del tiempo se borraba. En Bilbao le había dicho a la hija de Luciano que no había punto de retorno en el río de la vida. Y de hecho ahora mi mente había vuelto atrás. Una vez más era primavera en España y yo estaba estudiando español. Su español era el que se habla en Castilla y cada vez que yo no entendía una frase ella me la repetía con paciencia, utilizando palabras más simples hasta que yo la entendía. Cada vez que yo decía una frase siempre terminaba diciendo –¿es correcta? Si no lo era, ella repetía lo que yo debería haber dicho. Ese era el modo en el que nosotros habíamos hablado hace mucho tiempo.

Inés: ¿Está usted casado?

Yo: Sí.

Inés: ¿Tiene hijos?

Yo: Tenemos cinco hijos, una chica y cuatro chicos. Teníamos otro hijo. Lo mataron en la guerra.

Inés: ¿En Inglaterra o en Alemania?

Yo: En el Ruhr. Era piloto de un Halifax. El avión cayó en llamas.

Inés: En nuestra guerra yo he tenido suerte. No han matado a ninguno de mis parientes. ¿Es su esposa, más joven o mayor que usted?

Yo: Es diez años más joven que yo.

Inés: Eso es mejor. ¿Es feliz su matrimonio?

Yo: Tengo una esposa y unos hijos mejores de lo que yo nunca hubiese merecido.

Inés: Es algo bueno fundar una familia. A mí me hubiese gustado tener hijos, pero Dios no lo ha querido así.

Yo: ¿Qué ha sido de las Hermanitas de los Pobres cuyo convento estaba cerca de la clínica?

Inés: Ellas se han trasladado a la avenida de las Adoratrices, donde ahora tienen una casa magnífica para los ancianos. El Cardenal de Sevilla cuando viene a Huelva se queda allí.

Yo: Había una monja joven con una rodilla con artritis tuberculosa. Le di Tuberculina. He olvidado su nombre, pero me pregunto qué habrá sido de ella. Ella solía darme estampitas bendecidas por el Papa. Decía que rezaría para que yo me convirtiera al catolicismo.

Inés: ¿Y se ha convertido?

Yo: Sí.

Inés: Esta es la mejor noticia que usted podría haberme dado. La Fe es la Verdad.

Yo: Hay tanta Verdad en eso, más de lo que cualquiera de nosotros pudiera imaginar en este mundo.

Inés: ¿Es su esposa católica?

Yo: Sí, pero yo ya estaba preparándome para ser católico antes de conocerla. Si usted no tiene ningún compromiso esta noche ¿le gustaría venir a cenar y al teatro? *(Como respuesta ella pasó la punta de sus dedos sobre su blusa y su falda. Ambas eran de crepé negro)* ¿Por quién?

Inés: Mi padre.

Yo: ¿Cuánto tiempo hace?

Inés: Doce años; pero yo he prometido llevar luto por él el resto de mi vida; y si fuera al teatro así, la gente pensaría que no era normal.

Yo: Lo que se ha prometido debe cumplirse. *(Yo conozco el significado de un voto y me levanté para irme)*.

Inés: ¿Usted se acuerda de mi hermana? ¿Le gustaría volver a verla?

Yo: Por supuesto.

Inés: Entonces, venga a su casa a las siete y yo estaré allí para presentarlo. Le voy a escribir la dirección. *(Ella la escribió y me la entregó en una cuartilla)*. Mi hermana ahora está viuda. Ella y su hija más pequeña son las que están ahora en la casa.

Yo: Usted, como siempre, está muy bella.

Inés: *(Riendo)*. Dios mío, ¡Qué halago!

Eran las cinco de la tarde y decidí llamar a la viuda de Emilio Cano. A las viudas en España es así como se las llama. En Inglaterra Mrs. Smith puede ser una viuda, pero si lo es, en España ella sería conocida no como Sra. Smith, sino como la viuda de John Smith. En Irlanda hay una costumbre similar donde la gente habla de la viuda Riley. La viuda de Emilio Cano me recibió como amigo de su marido, me dio una taza de té, y me presentó a su hija Carmen, una bella y atractiva joven de veinticinco años que hablaba un inglés tan perfecto que le pregunté si había vivido en Inglaterra. Ella nunca había salido de España y había aprendido inglés en Huelva. Si en alguna ocasión yo necesitara un intérprete en Huelva, ella estaría encantada de poder ayudarme. Le di las gracias, pero le dije que me iba al día siguiente. Ella era la prometida de un ingeniero en Madrid, y cuando volví a Inglaterra recibí una

invitación para la boda. En la tarjeta de invitación de una boda en España se te invita dos veces. A la izquierda se encuentra la invitación de los padres de la novia y a la derecha la de los padres del novio.

Cuando iba de camino para mi cita de las siete de la tarde vi un grupo de cuarenta niños marchando en columnas de cuatro en fondo. Ellos tenían un aspecto estupendo y muy elegante con sus pantalones blancos de lona, camisas azules y sombreros de marinero. Un hombre en la calle me dijo que eran los *Scouts* de la Falange del Mar: Y yo decidí ocultar su existencia a Don Alberto. A las siete encontré a Inés, a su sobrina y a su hermana en el salón de un piso muy grande. La sobrina, una joven muy bonita y vivaracha de veinte años hablaba inglés muy bien y los cuatro estuvimos hablando hasta las ocho y media. Entonces Inés dijo: “Bueno, yo podría ir al teatro siempre que mi hermana y mi sobrina estuviesen allí. Así llamaría menos la atención”.

Yo: Por supuesto. ¿A qué hora comienza?

Inés: A las diez y media. Esta noche es un espectáculo de variedades.

Yo: Entonces hay tiempo para que ustedes cuatro vengan a cenar a las nueve y cuarto al Victoria.

Inés: ¿Realmente lo desea?

Yo: Por supuesto. Me apetece mucho.

Inés: Entonces mi sobrina y yo iremos a cenar. Luego recogeremos a mi hermana e iremos todos al teatro. Y ahora es mejor que me vaya a mi casa a arreglarme.

Estuve andando con ella hasta su piso y luego volví al hotel donde encontré a don Alberto y a doña Beatriz que estaban en el zaguán.

Inés: Doctor, cuando usted estaba fuera, me llamaron para que fuese a la oficina del gobernador civil, donde tuve que hablar por el teléfono del gobierno con Madrid. Estuve hablando con el secretario privado del ministro de asuntos exteriores. El ministro ha recibido su carta de Sevilla. Él se disculpa por el retraso en contestar, pero todos los ministros han estado en Burgos para asistir a un congreso de una semana con el General Franco. El Ministro le da las gracias por su carta y dice que

no hay la menor objeción en que usted visite Portugal. Usted es libre de hacer lo que desee.

Yo: Muchísimas gracias.

Don Alberto: Doctor, ¿se va usted a Portugal?

Yo: No, no he sabido nada de un amigo monárquico en Madrid.

Don Alberto: Entonces, ¿salimos mañana a las diez?

Yo: A las diez, mañana. Y ahora, si ustedes me excusan, debo ir al comedor a reservar una mesa para tres. Dos señoras van a cenar conmigo esta noche.

Doña Beatriz (sonriendo): ¡Pobre Señora Sutherland!

Yo no tenía el menor deseo de meterme en lo que creo que se llama *guasa* en las más refinadas casas de huéspedes. Así pues, de manera educada le deseé “buenas noches”.

En el comedor escogí una mesa cerca de la pared en el lado más alejado del mostrador donde estaba la caja registradora. Le pedí al camarero, un joven muy servicial, que preparase un café especial con las dos botellas de Bi-café que él encontraría en la mesa de mi habitación. Me aseguró que no era necesario, puesto que ese café era el que siempre se utilizaba en el hotel.

Mis invitadas llegaron puntuales y nos dirigimos directamente hacia el comedor. Inés llevaba un vestido de seda negro, un collar de perlas y un brazalete de oro. Esa noche la sala estaba alegremente decorada con flores para una boda que se iba a celebrar al día siguiente. Iba a ser una boda por todo lo alto y la sobrina la hizo su tema de conversación. En ese tema me di cuenta que yo no tenía ningún interés y tampoco ella obtuvo ningún entusiasmo por parte de su tía. Cuando ella anunció que la boda tendría lugar en la iglesia de la Inmaculada Concepción, hice un esfuerzo muy sutil para cambiar de tema. ¡La iglesia de la Inmaculada Concepción! Esta misma mañana he visto la custodia envuelta en un crespón negro saliendo de la iglesia. ¿Significa que es un funeral? Sí, se trata del funeral de un niño. Ella nos estuvo hablando del niño y luego retomó el tema de la boda.

La sobrina: Tía, ¿vas a la boda?

Inés: No, no me han invitado. Sólo han invitado a los familiares y son tantos que fácilmente podrían llenar esta sala. Y, además, cuando voy a una boda me pongo muy triste. Me recuerda la mía propia que nunca tuvo lugar.

En el silencio que siguió a esas palabras la sobrina se sentó mirándome como si yo fuera el mismísimo Don Juan que había cenado con una estatua en una desmoronada bóveda bebiendo la hiel en un cráneo humano. Ella estaba hostil; y ahora asumió el papel de Portia a quien había dado instrucciones el *director de las persecuciones públicas*. Una cena bastante sorprendente.

La sobrina: Cuando mi tía dijo eso, ¿ha dicho usted algo en Español?

Yo: No.

La sobrina: Cuando ella dijo eso, ¿ha dicho usted algo en Inglés?

Yo: No.

La sobrina: ¡Ah! Ahora empiezo a comprender ciertas cosas. Menudo diablo era ella; y yo me volví para encontrar la mirada de los ojos azul grisáceo en la que no había el más mínimo resentimiento. A Inés le dije: “Usted y yo entendemos; y ahora parece que nuestra *dueña* está empezando a entender”. Inés sonrió, la sobrina parecía desconcertada y dejamos de un lado el tema de las bodas.

Inés: No se vuelva y no mire hacia allá. ¿Son esas dos personas que acaban de entrar el *matrimonio* amigo suyo?

Yo: Sí, ya los veo; y la palabra española es más expresiva que la inglesa de “pareja casada”.

Inés: Los periódicos decían que usted está escribiendo un libro sobre España. ¿Es político?

Yo: Indirectamente.

Inés: ¿Tiene algunos recuerdos de Andalucía?

Yo: Sí, y también había mucho sobre Andalucía en mi primer libro.

Inés: ¿Tuvo éxito?

Yo: Se tradujo a ocho idiomas y usted contribuyó a que fuese un éxito.

Inés: ¿Yo?

Yo: Usted dio vida y color al panorama español. Usted aparece en el libro con otro nombre.

Inés: Y, ¿por qué no con mi propio nombre?

Yo: No estaba seguro de que le gustaría. Cómo tampoco lo estoy ahora. Se acaba de publicar una edición española en Argentina. Le enviaré un ejemplar.

En el teatro hubo un programa excelente. Dos jóvenes interpretaron la *Niña de Fuego* y pienso que si se hubiese representado en Londres habría cautivado al público. También actuó un ventrílocuo que tenía seis muñecos. No lo olvidaré. Le estuvo preguntando a un muñeco que era un escolar que “¿Quiénes eran los Reyes Católicos?” cuando me llevé la segunda sorpresa de la noche. Inés estaba sentada a mi lado y alguien en la fila de atrás se inclinó y habló con ella. Luego sentí algo que yo pensaba que los años me habían hecho inmune a sentir –un arrebató de celos tan intenso que me traspasó el corazón. Pensé que era un hombre el que había estado hablando con ella, pero, cuando me di la vuelta para mirar comprobé que había sido una mujer. Eso no alteró el hecho de que yo había experimentado una emoción espantosa. Mi razón me dijo que era una locura; mi conciencia me dijo que estaba equivocado. Y yo estaba de acuerdo con ambas. Era una locura porque durante treinta y ocho años yo jamás había pensado en Inés excepto cuando escuchaba *El Danubio Azul*, y luego el pensamiento simplemente disfrutaba con ese maravilloso waltz. Era un error porque ella jamás había sido mía y nunca sería mía. Mi razón también me dijo que yo no era responsable de ese arrebató de celos. En mi subconsciente los demonios se revolvieron. Eso era todo; y cuando Freud descubrió el subconsciente él redescubrió el Pecado Original. El subconsciente no es un estado placentero. Siempre que miro al mío me vuelvo horrorizado y espero que cualquier otra persona sea mejor de lo que yo soy. Eso es algo que nunca sabré a menos que en el día del Juicio Final todo se me revele. Fue Inés quien me despertó de esta placentera ensoñación en un music-hall.

Inés: Sutherland, ¿está usted contento?

Yo: Estoy perfectamente.

Inés: Yo también estoy muy contenta.

Esto me recordó que mientras otros me solían llamar Enrique, ella siempre me había llamado Sutherland, y era una de las pocas personas en España que lo pronunciaba de forma correcta.

Después del teatro su hermana y su sobrina se fueron por su camino y yo acompañé a Inés hasta la puerta de la calle de su piso. Allí dije: “Muchísimas gracias” y como se hace en España, me incliné para besarle la mano. Sin cruzar ni una sola palabra, ella se volvió, se dirigió a la oscura entrada y desde las escaleras llegó el sonido de una dulce risa.

Fui subiendo por la calle desierta. Todo se veía plateado ya que la luna estaba casi llena. Nuestra segunda despedida había sido mejor que la primera, y en aquél momento hubiese deseado ser poeta. Pero yo no soy poeta; y el único verso decente que yo he escrito en mi vida es una sátira que espera el día en que mi enemigo duerma en el regazo de Abraham. Llegué a mi habitación del hotel a las dos de la madrugada. La mesa estaba llena de libros y periódicos. Mi ropa no estaba colocada en la maleta. No importaba ya que mi maleta se podía hacer en diez minutos por la mañana. Y me fui a la cama pero no pude dormir.

Cuando los pacientes dicen que no han podido pegar ojo, uno piensa que han tenido una noche inquieta con cortos períodos de sueño. Hay tres parroquias en Huelva cuyas campanas van dando las horas. Estas no estaban sincronizadas y a cada hora yo contaba los segundos que llevaban de retraso. Fue una noche en blanco y yo sabía la causa –la cafeína del Bi-café. No importa. Yo podría dormir en el coche. A las cuatro de la madrugada media docena de personas en el hotel se levantaron y bajaron las escaleras. Eran comerciantes de pescado que iban a ver los barcos que llegaban. A las cinco se levantaron los dos huéspedes de la habitación contigua a la mía. Eran Jesuitas que iban a dar unas charlas en la iglesia que había a la vuelta de la esquina. A las cinco y media los carros comenzaron a traquetear por el empedrado cuando iban hacia el mercado. A las seis escuché cantar y me asomé al balcón. La luna ya se había ocultado. Todo estaba muy oscuro. El viento estaba en calma. Cruzando al final de la calle iba una procesión. Llevaban una imagen de Nuestra Señora y muchas velas encendidas. Iban cantando el *Salve Regina* y llamando a la gente para que asistiera a las charlas. Me afeité, me di un baño y comencé a escribir. A las ocho de la mañana sonó el teléfono de la habitación. “Buenos días, doctor, espero que haya dormido bien. El coche estará aquí a las diez y media. ¿Podría usted tener su equipaje abajo a eso de las nueve y media?”.

“No me voy a ir. Lo más probable es que vaya a Portugal pero no hay razón para que usted y Doña Beatriz se queden”.

“Como usted desee, doctor”.

A las ocho y media bajé a desayunar y a las nueve tuve una llamada de teléfono en el hall del hotel. “Hola, soy Inés. Lo primero que deseo decirle es que su visita ha sido una de las cosas más felices de mi vida. ¿Usted me entiende?”.

“Perfectamente”.

“En segundo lugar le deseo un buen viaje a Córdoba y Madrid y luego un feliz vuelo a Inglaterra. Y por último rezaré para que usted tenga éxito en cualquier cosa que emprenda”.

“Escuche, no me voy”.

“Me siento feliz. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?”.

“Como mínimo una semana”.

“¿Pero qué va a hacer con el coche y con el *matrimonio*?”.

“Ellos se van solos. Le explicaré cuando la vea; y, ¿cuándo la voy a ver?”.

“A las cuatro en casa de mi hermana. Hasta entonces. Adiós”.

A las once dije adiós a Don Alberto y Doña Beatriz. A ésta última le dije que nuestro viaje de más de 4.000 kilómetros en coche debe haber sido agotador, pero ella sonrió y contestó con valentía que ella era una avezada viajera. Luego llegó Fernando sonriendo. “Adiós Don Enrique, y buena suerte”. Le doy las gracias por los buenos ratos que pasé en Río Tinto”.

Eso me agradó, ya que él también había sido un invitado de la Compañía de Río Tinto.

* * *

No había nadie en el salón cuando la criada me condujo hacia allí a las cuatro en punto. Me senté en un sofá al lado de una mesita de té a uno de los lados de la habitación. Entró la sobrina y había cierto agravio en sus ojos. “Mi tía ha llamado por teléfono. Ella se retrasará quince minutos. Para consolarlo he traído estos libros ingleses”. Ella dejó dos libros sobre la mesa y abrió las páginas de uno. Era un libro de cuentos de hadas ilustrado. “Aquí hay un título que no puedo comprender y ella señaló *The Love of the Fox*.” ¿Qué significa? Le dije que significaba exactamente lo que decía. Ella se rió y salió de la habitación repitiendo “*The Love of the Fox*”. Esto me molestó, pero ella se había ido de la habitación antes de que yo pensara en una contestación apropiada en la que la palabra clave fuese arpía. Cogí el segundo libro

y este me molestó aún más. Era la edición inglesa de 1934 de mi obra *The Arches of the Years*. Obviamente la sobrina había preparado el escenario para una comedia. Muy bien; la interpretaremos hasta el final.

A los pocos minutos llegó Inés. Ella escogió el sofá al otro lado de la habitación y se puso a coser mientras hablábamos de mis planes. Luego le pregunté dónde había conseguido su sobrina los libros ingleses.

“No lo sé. Usted le puede preguntar, pero, ¿por qué?”.

“Este es el libro que mencione la pasada noche”.

“¿Su libro! ¿Puedo verlo?” Y ella atravesó la habitación. Le enseñé el libro, y nos dirigimos hacia la ventana donde había más luz. Allí traduje la última frase de la página 120. *Era un famoso waltz, y cada vez que ahora lo escucho, yo recuerdo a Inés. “Usted es Inés”.*

“¡Qué gracioso!”.

Volvimos a nuestros asientos y tan pronto como reapareció la sobrina yo levanté el libro, “¿dónde lo ha conseguido?”.

La sobrina: En Inglaterra, hace años, con otros muchos libros. ¿Es interesante?

Yo: No, es un tratado de economía política.

La sobrina: Entonces no lo leeré.

Inés (dejando a un lado su labor): Eso no es cierto. No es un libro de economía política. Es el libro del que él estuvo hablando ayer por la noche. Es un libro en el que estoy yo.

La sobrina (completamente sorprendida): ¡Tú!

Inés: Sí, yo soy Inés.

Esto fue algo cómico para mi gusto.

La sobrina: Entonces tengo que leerlo. Lo voy a leer esta noche.

Yo: Si no tiene objeción, ¿por qué no traduce un poco ahora? Me gustaría que su tía supiera la importancia que ella tiene en el libro.

La sobrina: Muy bien. ¿Dónde empiezo?

Yo: En el segundo párrafo de la página 119.

Ella se colocó en el centro de la habitación y comenzó a traducir. De común acuerdo Inés y yo nos pusimos frente a ella. La escena recordaba una congregación que se hubiese levantado para escuchar la lectura de la Palabra Divina. Yo estaba allí para comprobar que no había nada que suprimiera en la traducción. La sobrina traducía fielmente, pero cuando ella tradujo *Mi padre tiene mucho dinero*, bajó el libro y exclamó: “Tía, ¿dijiste eso?”.

Inés: Sí, lo dije. Yo era muy joven.

Yo: ¿Se acuerda de todo eso?

Inés: Recuerdo cada una de las palabras.

La sobrina tradujo hasta el final del capítulo y luego se fue de la habitación. Inés se volvió hacia mí, “¡Qué gracioso!”.

Yo: ¿Le apetece venir al cine esta noche?

Inés: Será un placer.

Yo: ¿Y su sobrina?

Inés: No, nosotros nos podemos arreglar solos.

* * *

Cuando el gobernador civil volvió a su oficina el martes nos encontró a la señorita Carmen Cano y a mí esperándolo. Sin dilación nos dio permiso para visitar la prisión. La prisión se encuentra a dos kilómetros de Huelva. Sugerí tomar un taxi, pero Carmen dijo que sería muy caro si nos tenía que esperar y ella llamó por teléfono para que nos enviaran un coche de caballos. Era un viejo Victoria con un cochero anciano y un viejo caballo. Algunos de sus amigos que nos vieron meternos bajo la capota dijeron que esperaban que estuviésemos de vuelta a la semana. El caballo era mejor de lo que parecía, y nos llevó hasta la prisión al trote. En la puerta exterior yo toqué la campana. Llegó un guarda y nos preguntó a través de los barrotes si yo venía de parte del cónsul. Dije: “No” y el guarda se fue. Volví a llamar y esta vez Carmen dijo que veníamos de parte del gobernador civil para ver al director. Eso nos abrió las puertas hasta la parte exterior de la prisión y llegamos hasta la oficina del director. Éste nos recibió de manera cordial y estuvimos sentados en sillas a tres pies de distancia de su escritorio. Carmen explicó con todo detalle el motivo por

el que yo quería visitar la prisión, pero el director movió la cabeza. Esto iba contra las normas.

Un director capaz de negarse ante una chica bonita y atractiva no era probable que fuese a cambiar de opinión ante mí. De todas formas yo hablé. He estado en nueve prisiones. ¿Solo? No, no solo, sino con Don Alberto. ¿Quién era Don Alberto? Él pertenecía al Ministerio de Asuntos Exteriores. ¡Ah! Ahí está la diferencia. Él era oficial. Ni la señorita ni yo éramos oficiales. Me volví a Carmen y le dije en inglés: “Estamos haciéndole perder el tiempo. Es preferible que nos volvamos”.

“No”, dijo Carmen. Jamás en mi vida he visto una muchacha con más determinación. “Vamos a ver su prisión. Míreme”.

“La he estado mirando con admiración estos tres últimos minutos”.

“Bien, míreme ahora” y ella se volvió al director. “Señor, esto es muy inoportuno”.

“Sí, sí, señorita, esto sé que es bastante inoportuno y lamentable pero no hay nada que yo pueda hacer”.

“Esto es lamentable para nosotros. Pero va a ser mucho más lamentable para usted”.

“¡Señorita! Soy el director de la prisión”.

“Sí, usted es el director y él (*aquí ella extendió su brazo izquierdo hacia mí*), él es amigo de Franco. ¿Qué va a decir el Caudillo cuando oiga que a su amigo le ha negado el acceso a su prisión?”.

“¡Dios mío! Señorita. ¿Qué puedo hacer? Hay normas”.

“Hay un teléfono en su mesa. Hay una línea con el Gobierno en Madrid. En dos minutos usted puede preguntar al Director General de Prisiones si el Doctor Halliday Sutherland puede entrar”.

El director cogió el teléfono.

Carmen se volvió hacia mí triunfante, “Ahora, ¿se ha dado cuenta de lo que he hecho?”. “Sí, y yo no quiero desanimarla; pero si él habla con un *funcionario* en Madrid que no conozca mi nombre, me hago una idea de lo que usted y yo vamos a ver en esta prisión dentro de un par de minutos”.

“Una magnífica experiencia para usted”.

“No sé qué decirle. Su madre la echará de menos y se preocupará y esta noche le dirá que se vaya de casa”. El Cónsul británico está fuera hasta el final de esta semana”.

“¡Silencio! ¡Está hablando con Madrid!”.

Estuvimos escuchando y al minuto supimos que todo iba bien.

La prisión estaba diseñada como las otras que yo había visitado y por consiguiente yo sabía el camino. Cuando el director se percató de esto, cortésmente me dejó que yo fuese delante con Carmen. Si ella era la primera muchacha en España en entrar en un centro penitenciario para hombres ella merecía esa distinción. En la cocina yo probé la cena. El pan era bueno. La sopa estaba aguada. El estofado era de alubias y lentejas sin nada de carne. Cuando yo comenté la poca calidad de la cena, uno de los oficiales dijo: “¿Qué puede usted esperar por tres pesetas?” Respondí que el *Patronato* daba otras cincuenta pesetas por persona. Él entonces le echó la culpa al que hace las contratas, y añadió. “No tenemos aceite”.

La prisión estaba limpia y las celdas no estaban abarrotadas. En una de las celdas había dos camas, una a cada lado. En cada una de las camas había sentado un prisionero y nuestra entrada interrumpió su conversación. Uno de los prisioneros que estaba allí sentado en la cama –un hombre corpulento y de oscura barba y mediana edad, se levantó y le dio la mano a Carmen. Me fui fuera y la estuve esperando en la galería. Cuando ella salió le dije: “¡Tiene amigos muy interesantes!”.

“¿Qué otra cosa podía hacer sino hablar con él? He estado en infinidad de fiestas en su casa”.

“Y, ¿quién es el caballero y qué es lo que le ha traído hasta aquí?”.

“Es uno de los hombres más ricos de Huelva. Es un fabricante de jabón. Él consiguió dieciséis toneladas de aceite de oliva y lo vendió en el mercado negro en lugar de hacer jabón”.

“Esto demuestra que Franco tiene en su punto de mira a hombres importantes. Él ya les avisó en un mitin hace dos semanas en Burgos”.

* * *

En la casa de Carmen conocí a su tío, párroco de una parroquia. El me recordó que cuando era un cura joven había acompañado al Cardenal de Sevilla el día en el

que visitó la clínica de mi tío. “Y que de los protestantes, nosotros fuimos los únicos que le besamos el anillo al cardenal. Sabíamos que ustedes lo hacían sólo por cortesía, pero apreciamos esa cortesía”.

Yo me reí; “Y ahora esto sería una obligación”.

“Gracias a Dios. Estoy muy contento de escuchar eso”.

Otro caballero se acordaba de ese anillo. Invité a almorzar conmigo en el Victoria a don Luis Daniel, el cirujano y a Pepe Ramón, el *practicante*. Cuando Pepe tenía veinte años era el *practicante* de mi tío y yo le enseñé a administrar cloroformo. Ahora él es uno de los mejores anestesistas de la provincia. Él entonces era delgado, ahora es corpulento y jovial. “¡Ah! don Enrique, ¿Usted se acuerda del anillo del cardenal? Todos se quedaron impresionados cuando usted le besó el anillo; pero un minuto después usted me dijo que deberían limpiar el anillo con un trapo humedecido en una solución de 1 en 40 de ácido carbólico después de cada beso. Esta historia provocó una gran diversión en toda la ciudad”.

“¿En serio? De todos modos ahora soy católico”.

“Don Enrique, esa es una buena noticia. Si no nos volvemos a encontrar en este mundo, espero que podamos encontrarnos... y él señaló al techo”.

“Mire hacia aquí, Pepe, no sé lo que usted pensará, pero yo no tengo ninguna prisa”.

* * *

Un médico jubilado de la ciudad también se acordaba de mí y yo de él. Don Carlos había sido oficial médico residente en el hospital de Río Tinto de Huelva en el que mi primo Ian Macdonald era cirujano. Mi primo solía poner a don Carlos como modelo, como una luz brillante y resplandeciente cuyo ejemplo yo debería seguir, “Por Júpiter, señor, ese español consigue libros de cirugía de Inglaterra, se encierra en su habitación, y se los empolla como un loco”. De esto era de lo que recordaba a don Carlos.

“Debería haber visto la cara de su primo cuando él descubrió la verdad”.

“¿La verdad?”

“Sí. No eran libros de cirugía. Era la *Enciclopedia Británica*. Un semanario londinense tenía un concurso. El lector que diera las respuestas correctas durante diez

semanas ganaría 20 libras semanales durante el resto de su vida. Cuando el periódico se dio cuenta que un extranjero había ganado el premio, enviaron a un hombre para que le compensase con una cantidad en metálico. Yo me negué. Las respuestas habían sido enviadas con el nombre de la más joven de mis hijas –una niña muy lista. Yo le aseguré la vida con una importante cantidad. También hice un seguro con la compañía Lloyd por si el periódico quebraba. Mi hija ahora vive en Gibraltar a donde le llega el dinero todas las semanas”.

Me alegré de saber que alguien había perdido el tiempo con tan buenos resultados. Mi propia pérdida de tiempo no me había traído más que cierto conocimiento de los errores esenciales de cada uno de los sistemas de juegos de azar que se hayan inventado hasta ahora.

* * *

Una tarde Inés me invitó a merendar en casa de su hermana para que conociera a dos tías mayores que deseaban verme. Ella me dijo que la mayor de las dos había nacido en Jerez y que le gustaría que yo dijese que Jerez era un pueblo muy bonito.

Llegué al salón antes de las tías e Inés me dijo el nombre de la hermanita de los pobres a la que yo había tratado con tuberculina. “Su nombre era hermana Paula y murió hace tres años en Valladolid”.

“Bien, diga lo que quiera, ese es un buen resultado del tratamiento con tuberculina”.

“Sí, es sorprendente que una mujer viva tanto tiempo después de ese tratamiento”.

Antes de que yo pudiese pensar en una contestación, la criada anunció a las tías. Me alegré mucho de verlas. La mayor parte de las cosas son relativas, y en presencia de estas dos ancianas yo me sentía relativamente joven. Ellas tenían más de ochenta años. Ancianas fuertes, sanas en cuerpo y alma, ojos y dientes. Inés les dio una cariñosa bienvenida y yo fui presentado. Ella luego se encargó de ayudarles a sentarse. Una de las ancianas se iba a sentar en el sofá conmigo, la otra con Inés en el sofá que había en el otro extremo de la habitación. A esta distribución las señoras ofrecieron una categórica y locuaz resistencia, “¡Puro cuento, niña!”. “¿A quién se le ha podido ocurrir jamás un arreglo como este? Él y tú debéis sentaros en ese sofá. Mi hermana y yo nos sentaremos en el otro, desde donde podemos veros a ambos y también podemos hablar con vosotros dos”.

Cuando Inés se sentó me di cuenta que ella se había ruborizado. Esto no me causó ningún placer. Tendría que haber sido yo quien me hubiese puesto rojo de vergüenza si no hubiese sido porque ese honesto reflejo se me había inhibido desde hacía mucho tiempo por la suma de estímulos del mundo. Yo sabía por qué ella se había sonrojado.

Se dice que una media verdad es peor que una mentira. Ciertamente es más cobarde; y en la página 115 de *Arches of the Years* hay dos medias verdades. En esas páginas yo dije que Inés nunca me había dejado caer su abanico. Eso es cierto, pero no dije algo que también es verdad. Que en el baile de carnaval yo había cogido su abanico y se lo había devuelto medio abierto. Ella lo volvió a tirar completamente abierto. También digo en esas páginas que nunca fui invitado a su casa. Eso es cierto en lo que respecta a la casa de su padre en Huelva, pero no dije algo que es verdad, que fui a cenar en su cortijo de Punta Umbría. Durante la cena me senté a la derecha de su padre y ella se sentó a mi lado. Después de la cena ambos nos sentamos juntos en un sofá. Entre nosotros ninguno dijo una sola palabra de amor. Sin embargo, para todos los que había en aquella habitación, nosotros éramos *novio* y *novia*.

Mentalmente: Ninguna joven inglesa tomaría en serio esas trivialidades.

Yo: Se trataba de una joven española en una antigua civilización cuyas costumbres yo conocía. Lo que ella perdonó, no es excusa. Pero, por otro lado, estoy contento de ver que usted ya ha salido de la cárcel, y, espero, que en lo sucesivo usted pueda hablar con toda justicia de las amnistías de Franco.

Desde su sofá la tía de más edad abrió la conversación. “Inés me ha dicho que usted ha estado en Jerez. ¿Qué opina de ese pueblo?”

“Es muy bonito”.

“Usted tiene gusto. Es el pueblo más bonito de España. ¿Se emborrachó?”.

“No, esta vez, no”

“Pero bueno, ¿qué le está pasando a las bodegas?”.

“No fue problema de las bodegas. Yo había estado allí antes. Esta vez sólo tomé un sorbito de cada vaso y tiré el resto. A ellos no les importó”.

“Eso es cierto. No se obliga a nadie a emborracharse en Jerez. ¿Firmó usted en el libro dos veces?”.

“¿Qué libro?”.

“¿Usted no sabe nada del libro? Entonces le cuento. Cuando usted llega a la bodega usted firma el libro de visitas en el lado derecho de la página. El lado izquierdo se cubre cuidadosamente con papel secante. Al salir, después de haber tomado treinta vasos de Jerez, se le pide que vuelva a firmar. Esta vez el visitante debe firmar a la izquierda. Luego se comparan las firmas. Es muy divertido. Yo he visto las firmas dobles de algunos hombres famosos”.

La otra tía entonces dijo: “Yo estaba en Punta Umbría cuando usted asustó a la madre de Inés”.

Yo: ¿Yo?

Inés: ¿Se ha olvidado usted?

Yo: Ciertamente, me he debido olvidar.

La tía de más edad: Yo no he oído nada de esa historia. Debe ser divertida. Inés, ¿nos la cuentas...?

Inés: Bien, estábamos todos en Punta Umbría. Una noche mi madre, él y yo fuimos a dar un paseo por la carretera cerca de la orilla. Entonces aquello era campo, hoy está todo construido. La luna llena justo acababa de salir. Era enorme y muy brillante. Tan brillante que producía sombras. Había un poste al lado de la carretera y este tenía una gran sombra negra que cruzaba nuestro camino. Mi madre se detuvo y dijo: ¿Qué es eso? Él dijo: es un hombre muerto. Mi madre levantó los brazos y gritó *Dios mío...* y salió corriendo para la casa. Y él se quedó allí riendo a la luz de la luna.

La tía de más edad: ¡Qué divertido!

La otra tía: ¡Él era joven!

La criada anunció que la merienda estaba servida en el comedor.

* * *

Durante la cena de mi última noche en Huelva, Inés me estuvo contando su aventura con los “rojos”. Los “rojos” sólo tomaron Huelva durante unas pocas se-

manas". Una vez una vez fui detenida por una multitud de ellos que iban por la calle. Yo había estado visitando a una amiga y ella me había dado un racimo de uvas enorme, tan grande que tuvo que ponerlo en una bolsa de papel marrón enorme. La bolsa era de una tienda de Sevilla que mi amiga tenía desde hacía varios años. Yo estaba andando por la calle con mi bolsa en la mano cuando la multitud me rodeó y comenzó a gritar. "Hay que detenerla". Yo pregunté qué había hecho para que me detuvieran. Ellos contestaron: "Usted está intentando crear alboroto público". Yo dije: "¡Dios mío! ¿Cómo podía yo crear alboroto público?". Ellos dijeron: "Haciendo ostentación del escudo real en la cara del pueblo". Miré la bolsa y esta tenía el escudo real. La tienda había sido proveedora de Alfonso XIII. Ellos fueron a por uno de sus cabecillas; le dije lo de las uvas y que la bolsa era de una tienda de tiempos del rey. Él dijo que podía continuar si yo hacía un dobléz a la bolsa y la mantenía de manera que no se pudiera ver el escudo real. Así que tuve que llevar la bolsa hasta mi casa cogida con las dos manos".

"Hubo mujeres a las que mataron por menos".

"Eso es cierto. Cuando llegó Franco, don Luis Daniel abrió su clínica como hospital para Blancos y Rojos. Yo estuve como enfermera de la Cruz Roja. Yo he cuidado a rojos. Muchos de ellos sólo eran muchachos ignorantes".

Durante la cena ella dijo: "Esta noche a usted le está divirtiendo algo y yo no se qué es. ¿No me lo va a decir?".

"Por supuesto. Es la cara del camarero. Él es un chico muy amable que me ha estado ayudando con mi español. Él me dijo que mi habitación en mi casa es mi *cuarto* pero que en el hotel es mi *habitación*. Eso es más expresivo. Sugiere un habitante. El camarero tiene un rostro bastante expresivo y no puede ocultar su sorpresa al ver que he estado hablando español con usted durante una hora".

"Usted no debe hacerse ilusiones. Su español es muy malo y ya no es ni por asomo tan bueno como solía ser".

"¿Qué espera después de treinta y ocho años? Pero cuando vuelva a Inglaterra voy a volver a tomar clases de español".

"¡Entonces yo tomaré clases de inglés!".

"Yo no quiero que usted aprenda inglés. Su español es suficientemente bueno para mí".

“Supongo que debo tomarme esto como un cumplido. Sabe, yo hablo castellano”.

“Usted sabe lo que quiero decir. Yo entiendo su español”.

“Sí, y eso me recuerda algo. Yo no estaré mañana en la estación, pero por la mañana le enviaré una carta en mano. Me gustaría que se la tradujera alguien que conociera a la perfección el español y el inglés. Su tren a Portugal sale a las dos. Compre su billete antes del mediodía en el *Turismo* y esté en la estación a eso de las una ya que si no podrá coger sitio o incluso no podrá subirse al tren”.

Ella tenía razón. Conseguí un asiento en el vagón de primera clase que compartía con veinte personas, incluyendo al niño que iba sentado en mi rodilla.

Después de cenar fuimos al cine. La película era *Jane Eyre* traducida al español. En la escena en la que Jane es maltratada en el colegio, los hombres que había en la sala mostraron su indignación. Nunca había oído en Inglaterra un tumulto de tal envergadura. [...]

* * *

A la mañana siguiente llegó su carta.

Huelva, 17 de octubre de 1946

“Mi querido amigo:

“Estoy casi segura de que usted escribirá y publicará el libro que se supone que está haciendo dando sus impresiones de España después de que hayan pasado treinta y ocho años desde que usted estuvo durante un año en España.

“No le pido que usted escriba lo que tiene en el corazón ya que sé que no lo va a hacer. Pero cuando usted hable de Huelva ponga de manifiesto todo lo bonito de este pequeño rincón de Andalucía con su sol radiante y su alegría; el aire cargado con la fragancia de romero, siempre es cálido y suave, y en nuestros labios se encuentra el sabor salado del mar. Uno puede reír y disfrutar de la vida con sólo contemplar el cielo que casi siempre es azul, con sus pequeñas casas blancas como el armiño y los campos con sus intensos colores amarillos y azules y la tierra rojiza, roja del cobre que hay en nuestro suelo. Es aquí donde puedes encontrar la paz que es la alegría de la vida.

“Mencione también los buenos amigos que usted tiene aquí y que ahora deja; quienes aunque hayan pasado muchos años han mantenido firmes en sus corazones una cálida y sincera amistad por usted.

“Con respecto a su visita a España, espero que usted, que es un hombre inteligente y sincero, proclame el deseo de todos los españoles de bien que desean sinceramente que las visitas frecuentes o diarias si esto fuese posible, se hicieran sin previo aviso; de manera que el mundo pueda saber cómo vivimos y cómo es nuestro país, gracias a nuestro Caudillo Generalísimo Franco, un país que se está haciendo cada vez más importante; y en voz alta diga que cuando se visita España no hay telones de acero.

¿Nos volveremos a encontrar antes del final de nuestras vidas? Yo sinceramente deseo que así sea.

“Con los más sinceros deseos, de su vieja amiga

“.....”.

Esta fue la carta que yo le enseñé al General Franco. Para mí esta es la voz de España. A excepción de las tres últimas líneas yo leí la carta en una emisora de radio en Madrid que emitía para Inglaterra la noche del 30 de octubre de 1946. Luego dije:

“Mi tiempo en antena casi se ha terminado pero en un lejano rincón de Andalucía la persona que ha escrito esta carta está escuchando y le voy a hablar a ella: “Señora de España, sus palabras serán mis palabras y en el alma y en mi conciencia yo ahora declaro que son verdad. *Hasta la vista. Buenas noches. Eso es todo*”.

ROSE MACAULAY

1949

Nacida en Warwickshire²⁸, Inglaterra, en 1881, Dame (Emilie) Rose Macaulay fue una conocida novelista y escritora de libros de viaje. Hija de un profesor de universidad, su infancia y juventud transcurrieron en un entorno intelectual y liberal. En sus primeras novelas se observa un cierto carácter satírico *Potterism* (1920); *Dangerous Ages* (1921); *Told by an Idiot* (1923); *Orphan Island* (1924); *Crewe Train* (1926); y *Keeping up Appearances* (1928). Después de los años treinta ella escribió muy pocas novelas aunque su ficción de estos años alcanzó cotas bastante altas. Entre otras: *Going Abroad* (1934); *The World my Wilderness* (1950) y *The Towers of Trebizond* (1956). Autora de varios libros de viaje: *They Went to Portugal* (1946) y *Fabled Shore* (1949). Rose Macaulay también publicó varias obras de temática religiosa así como tres volúmenes de poesía. En 1958 ella fue nombrada Dame Commander de la Orden del Imperio Británico. Falleció en Londres en 1958.

28 Datos biográficos en Encyclopaedia Britannica.





CALLE REAL DE ALMONTE

HUELVA

Vuelvo a retomar mi viaje *Ora Maritima* unos cuantos días después cuando atravesé conduciendo las monótonas y fértiles llanuras de la Bætica, el jardín de Hércules (¡En qué forma los romanos que tanto amaban los lugares fértiles y los olivares y que detestaban los lugares montañosos y agrestes elogiaron estas zonas!) y crucé el Río Tinto y el antiguo pueblo de Niebla, Ilipla para los romanos, maravillosamente situada sobre su puente romano sobre el cobrizo Tinto, todavía en parte mora y en parte española, reconquistada y caballerisca, con sus desmoronadas murallas y su magnífico castillo. Niebla fue un reino godo y luego musulmán; después de la reconquista tenía grandes riquezas, hegemonía política y una colonia dominante de valientes y caballerescos nobles y eran los amos del mundo en el *condado*. Los condes de Guzmán se construyeron ellos mismos sobre las ruinas de una vieja fortaleza árabe un gran palacio del mismo tamaño de un alcázar real, y elevaron una torre casi tan alta como el Miguelete de Sevilla. Niebla fue entonces y siguió siendo durante mucho tiempo después, una espléndida ciudad medieval, con sus fortalezas y sus bellas casas señoriales e iglesias; después del siglo XV perdió su poder y su riqueza, sufrió la venganza real después de una disputa con la corona de Castilla y vio cómo fue decreciendo en importancia y cómo se fue sumiendo en la pobreza; su lugar en el *condado* lo cogió Huelva, con su puerto y su rico comercio. Hoy Niebla es una antigua ciudad muy bonita, pero en las guías de turismo se dice que es decadente. En un tiempo estuvo, y me atrevo a decir que todavía lo está, llena de inscripciones y de restos romanos.

La carretera que cruza el Tinto, es muy monótona hasta San Juan del Puerto; antes de llegar a este lugar, hay una bifurcación hacia la izquierda que lleva a Palos y La Rábida. Esta carretera va junto a la orilla izquierda del río atravesando una zona repleta de hortalizas, cereales y frutales. Esta es la región de Colón; se pasa por Moguer, fortificada y mora, donde él estuvo orando en el convento de Santa Clara la noche antes de embarcar desde Palos para descubrir América. Palos se encuentra aún más lejos; se trata de un pueblecito blanco muy antiguo (Romano)

que está situado sobre un risco por encima del río Tinto que aquí tiene una gran anchura, y que corre más allá de una franja de orilla pantanosa; se debe haber retirado desde el día en que Colón bajó desde el alto y empinado pueblecillo hacia donde esperaba su reducida flota en la desembocadura del río. La restaurada iglesia de San Jorge, donde el escuchó leer la proclama del Rey que le otorgaba permiso para emprender la travesía, se encuentra en una pequeña plaza en la parte alta del pueblo. También fue a Palos donde volvió con el Nuevo Mundo en sus manos; es a Palos y a La Rábida hacia donde los buenos americanos hacen sus piadosas peregrinaciones para honrar a quien les encontró un buen hogar a aquellos holandeses. El convento franciscano de Santa María de La Rábida se encuentra a diez kilómetros siguiendo el río hacia abajo, en el extenso estuario donde el cobrizo río Tinto y el río Odiel se encuentran para desembocar juntos en el mar. El convento del siglo XIV, cuyo prior tanto ayudó y apoyó a Cristóbal Colón, está situado en alto sobre una boscosa colina que se eleva por encima del estuario; después de un largo abandono ahora se ha restaurado y en la actualidad es monumento nacional y otra vez se encuentra ocupado por los monjes. La mayor parte de la restauración es tan mala como uno podría esperar; yo no llegué a entrar. A pesar de la modernización, el convento sus jardines y sus arboledas tienen una belleza llena de romanticismo, en parte histórico, en parte de hoy día, incrementada por lo privilegiado de su situación por encima del extenso estuario de verdes aguas lleno de velas que navegan hacia un océano tocado por el viento.

Para llegar a Huelva uno tiene que volver hacia el puente de San Juan del Puerto y bajar por la orilla derecha del río. Huelva está situada a orillas del Odiel, justo por encima de su confluencia con el río Tinto; está dedicada a la pesca del atún y desde allí se exporta el mineral de las minas de Río Tinto, y es una ciudad floreciente. Fue la Onuba romana y durante los períodos godo y árabe estuvo bajo el dominio de Niebla; cuando Niebla entró en decadencia, Huelva creció en poder y riqueza. Los ciudadanos de Huelva están inmensamente orgullosos de su ciudad, que le ha dado su nombre a toda una provincia. Algunos de ellos dicen que Huelva fue el primer lugar de España donde llegaron los fenicios y la primera ciudad que éstos fundaron; otros datan su fundación en una época anterior al Diluvio. Todos dicen que lo tiene todo para ser un gran puerto marítimo puesto que su estuario se encuentra en una fértil región donde abunda la madera para la construcción de barcos, y por la que navegan río abajo del Tinto los cargueros que transportan el mineral.

SACHEVERELL SITWELL

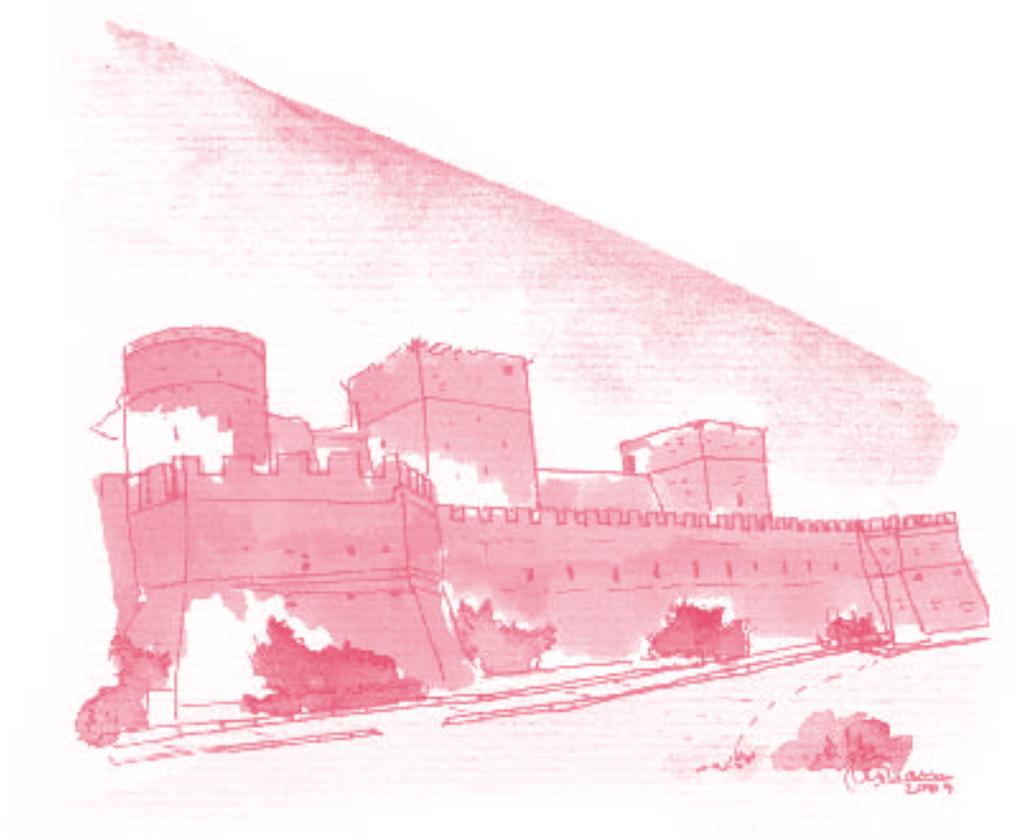
1950

Hermano de la célebre poetisa inglesa Edith Sitwell²⁹ (1887-1964), y del también escritor Osbert Sitwell (1892-1969), Sacheverell Sitwell (1897-1988), siguió fiel a la tradición familiar de excentricidad y genio literario. Los tres hermanos crearon un grupo literario y artístico que rivalizó con el grupo de Bloomsbury. Sacheverell escribió poesía y novela, pero es conocido por sus obras de crítica de arte y sus libros de viaje: *Southern Baroque Art*, 1924; *German Baroque Art*, 1929; *The Gothic North*, 1929; *British Architects and Craftsmen*, 1945. *Spain*, 1950; *Denmark*, 1956; *Golden Wall and Mirador*, 1961 y *Great Temples of the East*, 1963. Sacheverell Sitwell también publicó una serie de biografías entre las que se encuentran *Mozart*, 1932; *Liszt*, (ed. Rev.), 1955.

El autor dice que el libro *Spain*, publicado en Londres en 1950, es el resultado de muchos viajes a España. El primero tuvo lugar entre marzo y abril de 1919, inmediatamente después de finalizada la Primera Guerra Mundial. En 1926 volvió después de un viaje a Portugal, y al año siguiente, cuando regresaba de Marruecos. Pero fue durante las primaveras de 1948 y 1949 cuando recorrió España completamente y apunta que sólo le quedaban por ver las ciudades de Huesca, Pamplona, Morella y Tarazona. Durante estos dos últimos viajes Sacheverell Sitwell gozó de la hospitalidad que le fue ofrecida en la Red de Albergues y Paradores de la Dirección General de Turismo (entonces dirigida por Luis Bolín, a quien dedica el libro).

29 Datos biográficos obtenidos en <www.infoplease.com>.





CASTILLO DE NIEBLA

LA ROMERÍA DEL ROCÍO

La romería del Rocío es incluso más elaborada como festival y al igual que ocurre con la feria es una de las más bellas supervivencias en esta época “deshidratada y utilitarista”. Sale desde Sevilla en Pentecostés y se puede ver atravesando el barrio gitano de Triana. La procesión está formada por un gran número de altas carretas de dos ruedas tiradas por parejas de bueyes. En primer lugar, una carreta que es un santuario móvil o nómada, con un baldaquín de columnillas abiertas y muchas hileras de flores y velas. Luego carreta tras carreta cuyos lados y techo están cubiertos por lonas que son como tiendas sobre ruedas, pero esto no describe su forma que es igual a la de las carretas de dos ruedas de las caravanas de los gitanos “expresadas” como dirían las modistas y los sastres, no de madera sino de tela. Estas tiendas-carreta están decoradas y engalanadas de manera que parecen enramadas o cenadores y las *majas* se sientan dentro con sus mantones o con sus trajes de lunares. Avanzando a paso lento a través de Triana, entre la entusiasmada población, debe haber entre cuarenta o cincuenta carretas enjaretadas una tras otra y el espectáculo de tantas altas y temblorosas tiendas blancas o caravanas que se aproximan es un espectáculo que tiene una analogía bastante curiosa ya que sugiere, momentáneamente, las literas en los camellos de la *Alfombra Sagrada* saliendo del Cairo atravesando el desierto en su camino hacia la Meca. Pero éstas son pastoriles carretas de bueyes, y las personas aficionadas a los temas del pasado recordarán grabados en viejos libros sobre Constantinopla y el Bósforo de los *arrhubas* que volvían con las esposas del Sultán de meriendas campestres en lagos orientales. Cuando se va introduciendo en el campo, a la Romería del Rocío se van uniendo otras carretas, así como el rápido *autocar*, el lento *carromato*, la espaciosa *tartana*, y jinetes ataviados a la andaluza que cabalgan junto a las ruedas. También hay un gran número de peregrinos que van a pie que llevan estandartes. La Romería dura tres días y ellos acampan junto a sus carretas. Quizás no haya un momento más bonito que cuando pasan bajo la grisácea sombra de los olivos, una tienda tras otra, con sus ocupantes vestidas con trajes de gitana, y un jinete o dos a caballo detrás con sus sombreros de ala ancha y su chaquetilla corta con una muchacha vestida con su traje de lunares cabalgando a la grupa detrás de él. Pero también debe ser maravillosa en los campamentos por la noche cuando

ellos cantan y bailan hasta altas horas de la noche. Y de hecho, las canciones y los bailes, los días resplandecientes y las noches estrelladas son las atracciones de la Romería.

CEDRIC SALTER

1953

La obra *Introducing Spain* se publicó por primera vez en 1953 apareciendo al año siguiente una segunda edición revisada. Su autor la dedica a Lucas de Oriol. Cedric Salter vivió en España durante seis años y según se lee en el *Suplemento literario del Times*: “Conoce el país mejor de lo que lo conoce cualquier otro inglés”. *Introducing Spain* es resultado de muchos viajes ya que Cedric Salter visitó España a intervalos como corresponsal en el extranjero durante la Guerra Civil. Desde 1948 España fue su lugar de residencia.



EL ROCÍO

La última provincia española antes de llegar a la frontera portuguesa comienza justo al otro lado del río Guadalquivir frente a Sanlúcar pero no hay comunicación directa más que a lomos de acémilas atravesando las cincuenta millas de dunas, pinares y marismas que hay hasta llegar a La Rábida y Huelva.

Desde Sanlúcar sale todos los años una de las tres hermandades de hombres y mujeres a caballo dos días antes del domingo de Pentecostés en la más famosa y pintoresca de todas las “romerías” españolas –la “Romería de El Rocío”–. Ellos atraviesan una zona de unos 65.000 acres en la que no existe ninguna vivienda a excepción del pequeño “palacio” o pabellón de caza construido hace unos 300 años por Felipe IV en el centro de este inmenso coto de caza real. Los peregrinos pasan la mayor parte de la noche alrededor de hogueras, cantando y haciendo el amor al sonido de sus guitarras y al amanecer llegan a la última etapa de su viaje para presentar sus respetos a la milagrosa Virgen del Rocío, cerca de Almonte.

Hay un dicho entre los campesinos de la zona: “Es tan fea que ni siquiera la romería de El Rocío le puede conseguir un marido”.

Esta enorme y deshabitada comarca sigue siendo un coto de caza que pertenece a tres acaudaladas familias aunque el Ministerio de Turismo está considerando adquirirlo para ser utilizada por cazadores extranjeros cargados de dólares. Abundan los ciervos y los gamos, los jabalíes, las gangas ibéricas, los patos y gansos, las perdices, el lince y otras especies de caza mayor y menor.

Toda esta costa, desde Cádiz hasta la frontera portuguesa está relacionada con Cristóbal Colón y con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Los primeros pueblos a los que llegamos después de atravesar las interminables y baldías arenas de la Playa de Castella –como se llama esta zona de costa– son La Rábida y Palos de Moguer. Desde Palos fue desde donde Colón y los hermanos Pinzón salieron en su primer y más importante viaje en el que descubrieron América y fue en el monasterio franciscano de La Rábida donde se refugió Colón con su hijo cuando se encontraba completamente desanimado debido a sus fracasados intentos de encontrar el apoyo económico necesario para su proyecto. La casualidad

de que el abad Fray Pérez de Marchena, antiguo confesor de la Reina Isabel, hizo que este pudiera interesarla en sus planes y finalmente le aseguró la tan ansiada y durante largo tiempo perseguida oportunidad.

A cuarenta millas al oeste, el antiguo pueblo fenicio de Ayamonte, con sus desmoronados torreones de piedra amarillenta y sus fortificaciones marca la frontera con Portugal y los límites de la Andalucía Atlántica.

HENRY VOLLAM MORTON

1955

Nacido en Ashton Under Lyne, Lancashire, en 1892³⁰, fue educado en el colegio King Edward's en Birmingham. Cuando finalizó sus estudios Morton comenzó su carrera periodística trabajando para la *Birmingham Gazette and Express*, periódico que competía con el *Birmingham Mail* del que su padre Joseph Morton, era editor. A los dos años ya era ayudante del editor y al poco tiempo se trasladó a Londres donde entre 1913 y 1914 fue subeditor del *Daily Mail*.

Su primer libro *The Heart of London* apareció en 1925. A éste le siguieron 38 libros más, todos relatos de viajes, que le situaron como uno de los principales escritores de este género llegando a ser miembro de la Royal Society of Literature (FRSL). Aparte de los libros sobre el Reino Unido, en su primera obra relató un viaje a Tierra Santa *In the Steps of the Master* (1934), obteniendo un gran éxito y alcanzando más de medio millón de copias vendidas. Grecia lo hizo Comandante de la Orden del Fénix en 1937 y en Italia lo hicieron Cavaliere de la Orden del Mérito en 1965. Sobre España escribió *A Stranger in Spain*³¹ London 1955. Morton murió en 1979.

30 <http://en.wikipedia.org/wiki/Henry_Vollam_Morton>.

31 MORTON, H.V. *A Stranger in Spain* Dodd, Methuen and Co. London 1955.



HOSPITAL DE LA COMPAÑÍA DE RÍOTINTO

EL RÍO TINTO

Cualquiera que sea el camino por el que te aproximas a Andalucía, te ves obligado a atravesar montañas e ir descendiendo hasta introducirte en la región más bella y más fértil de España. La carretera comienza a elevarse hacia las imponentes laderas de Sierra Morena y a dar vueltas y revueltas de manera que en un momento el sol cegaba mis ojos y al siguiente me iba dando en la espalda. Hace un siglo, esta zona solía estar infestada de bandoleros y los hombres solían hacer testamento antes de aventurarse a penetrar en ella al igual que ocurría en el siglo dieciocho en las *Highlands* de Escocia. Se dice que aún hay algunos rojos que todavía merodean por la sierra en cuyas zonas menos accesibles uno puede recordar que Don Quijote sufrió su castigo.

Las laderas meridionales de la sierra van descendiendo hacia una agreste zona donde crecen los olivos en un suelo rojizo y donde el Río Tinto corre desde las montañas. Hay agradables valles, ganado en los campos y las encaladas casas parecen aún más blancas que en cualquier otro lugar de España. [...]

LA RÁBIDA

A unas cuarenta millas de Sevilla se encuentra el pequeño monasterio franciscano de La Rábida. Está situado sobre un impresionante cabo desde donde se domina un estuario salado por el que corren hacia el mar el Río Tinto y el Río Odiel atravesando las marismas. En ningún otro lugar del mundo existe un edificio que esté más íntimamente relacionado con el descubrimiento de América. En él se refugió Colón cuando llegó a España por primera vez; aquí cuidaron y educaron a su hijo pequeño; aquí consolaron al explorador cuando le embargaba la desesperación; y no hay duda de que Fray Juan Pérez en su entrevista con la Reina Isabel, logró que ella modificara lo que había decidido el Consejo Real. Como yo lo encontré esa mañana, bajo, encalado y con su rojo tejado, con un ancho mar azul por detrás y un lecho de flores en la parte de delante donde zumbaban las abejas, pensé que el monasterio no debía haber cambiado mucho desde que Colón llegó allí. Hay un porche cubierto y una campana. Nadie respondió a mi llamada de modo que me senté en el porche y estuve contemplando las golondrinas que alimentaban a sus crías en un nido que habían construido en una esquina del tejado. Es probable que Colón llegase a Palos en barco y que tuviese una dura subida hasta el monasterio, todo el camino cuesta arriba. En su día Palos fue un puerto pequeño muy concurrido, con sus propios astilleros y con un floreciente comercio costero con Lisboa, pero ahora el mar se ha retirado, encontrándose Palos en la actualidad en una zona alta y seca. Si Colón lo viera hoy se sorprendería, y se llevaría otra sorpresa al contemplar su colosal estatua al otro lado del estuario, un monumento imponente del mismo estilo de escultura de gran formato parecida a la estatua de la libertad.

Por fin un franciscano abrió la puerta. Este me invitó a pasar a un pequeño patio. Dijo que ahora sólo hay tres monjes en La Rábida, pero que en tiempos de Colón había más de cuarenta. Entramos en la iglesia en la que sobre el altar hay colgado un Cristo descarnado y escuálido, y en una de las capillas laterales vi una imagen de Nuestra Señora de La Rábida ennegrecida por el tiempo.

El fraile dijo que Colón rezó ante esta estatua de la Santísima Virgen. Su voz sonaba como el disco de un gramófono. Me contó la historia que le cuenta a todos los visitantes. Contó como un día en el año 1484 un hombre alto que llevaba a un

niño pequeño de la mano tocó la campana y preguntó si le permitían estar allí. El prior, Fray Juan Pérez, “viendo que tenía aspecto de ser de otro país o de otro reino y que hablaba en un idioma extranjero, le preguntó quién era y de dónde venía”; y parece ser que Fray Juan Pérez y otros miembros de la comunidad pronto se sintieron fascinados por el encanto de Colón, incluyendo a Fray Antonio de Marchena, el astrónomo del monasterio.

Subimos por unas escaleras hasta una pequeña y austera celda que dice la tradición es la celda de Fray Juan Pérez donde tuvieron lugar tantas discusiones entre Colón, los frailes y Martín Alonso Pinzón, el propietario local, que finalmente cruzó el Atlántico en la primera travesía. Desafortunadamente no quedan tradiciones ni vestigios en La Rábida que puedan aclarar algo sobre lo que Salvador de Madariaga ha llamado “el rompecabezas de Colón”. Ellos no saben más que cualquier persona acerca de su origen y nacimiento, las circunstancias de su llamada “huída” de Portugal, o los misteriosos secretos comunicados por Colón a [Fray Juan] Pérez que le llevaron a su reaparición en la corte de Isabel y Fernando. Le pregunté al fraile si tenía idea de por qué Bernáldez, quien conoció bastante bien a Colón, se refería a él como “un mercader de libros”. ¿Fue Colón un vendedor de libros de segunda mano? Él [fraile] se encogió de hombros. “¿Quién sabe? ¡Es posible! ¿Por qué no? Él se había pasado muchos años de su vida entre libros y cartas náuticas. ¿No hubiese sido de lo más natural que él los hubiese vendido? Un hombre tiene que vivir.”

En esta pequeña celda de piedra fue donde se planificó el descubrimiento de América. Colón y Pinzón debieron sentarse juntos con mapas y brújulas y con listas de provisiones; y, uno puede imaginarse a los dos frailes con sus hábitos marrones inclinándose sobre sus hombros escuchando cada una de sus palabras, entusiasmados y llenos de interés.

El fraile corrió el cerrojo de una puerta y entramos en una habitación llena de cajitas hechas de distintos tipos de madera. Había entre dieciséis y veinte colocadas en una balda y encima de ellas colgaban las banderas de las repúblicas de América del sur.

“Las repúblicas de América del sur han enviado un poco de tierra en cajas hechas con la madera de sus propios árboles” explicó el franciscano. Abrí la caja etiquetada con el nombre de “Méjico”. Estaba llena de tierra de un intenso color rojizo. La tierra de Perú era un poquito más clara. Fui observando las banderas y leí los nombres de Méjico, Perú, Brasil, Chile, Argentina, El Salvador, Dominica, Para-

guay, Honduras, Costa Rica, Nicaragua, Bolivia y Guatemala. Pensé que era un acto de devoción bastante extraño y no completamente carente de ironía, ya que las repúblicas que habían enviado estas cajitas llenas de tierra nunca habían titubeado a la hora de arrojar barro a la madre patria.

El fraile se apresuró a permitir la entrada a un grupo de atezados mejicanos que al verlos me hicieron pensar que Montezuma había vuelto a vivir. Entraron con gran reverencia, imbuidos por la leyenda de Colón y fueron caminando de puntillas por toda la habitación contemplando las cajas. “¡Ah, Méjico!” y ellos se inclinaron con interés sobre más o menos medio kilo de su propia tierra. De hecho ellos no escupieron cuando abrieron Perú y otros cuantos países americanos, pero me di cuenta que su entusiasmo flaqueaba y era cada vez menor.

Me despedí del fraile y bajé al antiguo puerto de Palos. Entré en un bosquecillo de árboles de altura considerable, descendientes con toda probabilidad de los que proporcionaron la madera para el primer viaje a América. Ahora Palos es un lugar pequeño y patético. Las aguas que una vez llegaban casi a sus puertas ahora se encuentran a cierta distancia al final de una pradera, pero aún se puede ver a pocos metros de la carretera la antigua fuente de ladrillo, o pozo del que Colón llenó sus toneles de agua. Por allí no había nadie por lo que imaginé que la gente debería estar en el campo. Me encontré varias argollas oxidadas entre la maleza. ¿Se trataba de las argollas, pensé, a las que la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, estuvieron amarradas?

Estos nombres son interesantes. En ellos no hay nada heroico. Son los nombres que hoy día podríamos encontrar en pequeños barcuchos humildes de cualquier puerto de mar. *Niña* significa la muchacha, *Pinta* la señora pintada; y un gran número de aquellos que han estudiado esta cuestión creen que Colón cambió el nombre de su buque insignia a *Santa María* cuando su nombre era el de *Marigalante* que significa la *Galante María* o –¿se habría atrevido a ir aún más lejos y llamar a la carabela la *Insolente* o la *coqueta* María?– Yo pienso que Colón, con su gran sentido de la dignidad e inspirado por la naturaleza divina de su misión podría haber considerado que *Galante María* introducía una connotación trivial y poco seria a lo que él pensaba y la historia ha demostrado que fue, el viaje más importante que jamás un hombre haya llevado a cabo. Con todo y con eso, los nombres continúan siendo encantadoramente corrientes; todos nosotros los hemos visto en Lowestoft

o Aberdeen mientras sacan de las redes unos escurridizos y plateados arenques de ojos rojos.

Mientras yo estaba absorto en estos pensamientos una oscura figura solitaria se me acercó atravesando la hierba. Se trataba del cura del pueblo. Después del usual saludo de cortesía y de habernos levantado los sombreros pregunté:

“¿Son estas las argollas...?”.

No hubo necesidad de que terminara la frase.

“Sí *señor*, esas son las argollas a las que permanecieron amarrados los barcos”, respondió mientras íbamos subiendo por el prado. Él era un entusiasta de Colón y estaba acostumbrado a encontrarse con todo tipo de personas que dirigen sus pasos hasta Palos. Entramos en la iglesia. Me dijo que el 2 de agosto de 1492, Colón hizo que todos los miembros de la tripulación embarcaran y que ninguno fuera esa noche a dormir a Palos. Se encendieron lámparas y antorchas en lo que hoy es un prado y las siluetas de las tres pequeñas carabelas se recortaban contra un fondo de estrellas. Luego justo después del amanecer el 3 de agosto Colón y sus hombres asistieron a misa y comulgaron. El sacerdote peleó durante un momento con la puerta de la iglesia que finalmente pudo abrir completamente.

“Por allí bajaron hacia los barcos” dijo; y ante nosotros no había nada más que el prado y las viejas argollas de hierro sobre la hierba.

Media hora antes de que saliera el sol, Colón dio la señal, el viento de la mañana hinchó las velas, y los tres barcos zarparon para realizar una travesía en el Atlántico.

NIEBLA

En mi camino de vuelta a Sevilla llegué a un pueblo andaluz muy blanco. Detrás, coronando un promontorio, se elevaba una de esas visiones medievales que suelen saludar al extranjero en España. Parecía como una ciudad completamente amurallada llena de caballeros y de bellas damas. Uno casi podía escuchar a los trovadores afinando sus laúdes y a los heraldos ensayando una nueva fanfarria. Pero como ya había tenido antes experiencias como esta, sabía que la visión podría desintegrarse y dar paso a una realidad de unos cuantos paños de muralla desmoronándose, calles sucias, casas en ruinas y carros tirados por mulos. “Sancho, cómo me odian estos hechiceros” dije, mientras dejaba el coche por debajo del pueblo y me disponía a subir por un camino polvoriento a sabiendas de que esta maravillosa escena pronto se desvanecería y se convertiría en ruinas y polvo. Entré en el pueblo por una inmensa puerta árabe.

Era exactamente como yo había pensado. Se trataba de un pueblo que había sido grande y poderoso en épocas pretéritas y ahora sus miles de habitantes se habían marchado y su grandeza cayó en el olvido y unos cuantos cientos de campesinos viven en pequeños cortijos de piedra. Mulas con sus tintineantes campanillas van atravesando las polvorientas calles, un carro tirado por un buey va subiendo desde el pueblo, mientras que en las puertas y a la sombra los hombres permanecían sentados en cuclillas, al igual que hacen los mineros de Lanarkshire y los del valle de Rhondda. Un grupo se alejó cuando yo me iba acercando. También había un hombre con un par de gallos de pelea de ojos como chispas encendidas bajo los brazos. Había espacios abiertos donde los edificios se habían derrumbado y en el centro del pueblo estaba el *kasr*, o *alcázar*, un lugar en ruinas, enorme, lleno de montículos, montones de escombros y cascajo donde había unos cuantos niños pequeños jugando entre las abandonadas mazmorras cubiertas por la maleza.

Oí las campanas de una iglesia y comencé a caminar en dirección al sonido. Vi una pequeña iglesia encalada cuya puerta estaba colocada en un arco de herradura y la campana se encontraba en una torre que se levantaba por detrás de un aljibe árabe. Un muchacho de corta edad estaba tirando de la cuerda de la campana y un grupo de niños y niñas permanecían alrededor de la torre. El cura salió de la iglesia

y me miró lleno de curiosidad ya que era evidente que allí llegaban muy pocos visitantes. Me dijo que la iglesia estaba dedicada a *Santa María de la Granada*, aunque la patrona era *Nuestra Señora del Pino*.

“Este pueblo”, dijo, con un amplio movimiento del brazo señalando las ruinas, “fue el Ilipo de los romanos; los moros lo llamaron Liblah y nosotros lo llamamos Niebla”.

Mientras estábamos hablando, me di cuenta que dos guardias civiles elegantemente uniformados estaban muy atentos como una pareja de jóvenes Napoleones con sus negros tricornos y que obviamente se habían acercado a verme. Cuando me volví hacia ellos, uno dio un paso hacia delante, me saludó y me entregó un pequeño folleto acerca del pueblo. Yo les di las gracias, ellos me saludaron, se dieron la vuelta y desaparecieron. ¿Pudo haber algo más correcto? Evidentemente ellos me habían visto dejar el coche en la parte de abajo del pueblo y me habían seguido con una copia de un folleto publicitario del pueblo. Cuando tuve tiempo de examinarlo me di cuenta que era el programa impreso en 1951 para las fiestas de Nuestra Señora del Pino. Tenía unas cuantas fotos del pueblo y poco más, habiéndose pagado la edición con anuncios de bares, *ultramarcinos*, *mercería* y establecimientos de *exquisitos vinos y licores* de la zona.

El cura me llevó a la iglesia y me condujo hacia Nuestra Señora del Pino que lleva una corona de plata demasiado grande para su cabeza. Lleva un cetro en una mano y al Niño Jesús en el otro brazo. La iglesia tenía gran cantidad de mosaicos árabes muy antiguos y muy bonitos y cerca de la puerta, en una urna de cristal, había una imagen de Cristo de gran realismo.

“Hace tiempo Niebla fue tan importante como Sevilla” comentó el sacerdote, “y ambas ciudades se levantaron contra los moros y dieron muerte a toda la guarnición; aunque al final fueron sometidos por Musa”.

Habló del levantamiento de los Visigodos ocurrido hace doce siglos como si hubiese tenido lugar la semana pasada. Luego, excusándose con educación ya que tenía que dar una clase a los niños en la iglesia, llamó a un muchacho y le dijo que me enseñase el museo. Fuimos atravesando las calles del polvoriento pueblo, el chaval unos cuantos metros delante de mí y se volvía de vez en cuando para comprobar si lo seguía como si yo fuese un animal al que estaba llevando. Como me había oído hablar español él se sintió completamente cohibido y rehusó decir una

sola palabra. Esto me puso en mi sitio y fui tras él en silencio hasta que llegamos a un pequeño cortijo donde se echó a un lado cortésmente y me dijo que entrase. Me encontré en una sala abarrotada de baratijas y cuadros de tema sacro. Casi no había sitio para moverse. La casa estaba hecha con lajas de piedra y parecía indestructible. El muchacho pidió la llave del museo. Tres mujeres comenzaron a buscarla apresuradamente mirando detrás de floreros y objetos, preguntándose las unas a las otras cuando fue la última vez que la vieron, y después de que pusieran toda la sala patas arriba, dijeron que la llave se había perdido.

El chico me hizo señas para que lo siguiese doblando una esquina y me señaló la ventana de una bóveda que era un semi sótano. Después de quitar las telarañas y el polvo pude mirar dentro donde columnas romanas, trozos de cornisas, azulejos árabes y todos los polvorientos restos del pasado de Niebla estaban allí amontonados en la oscuridad.

Le compré al muchacho una bolsa de caramelos, lo dejé desconcertado con unas cuantas palabras de despedida y seguí camino rumbo a Sevilla.

TRACY HONOR

1957

Novelista irlandesa, comenzó su vida profesional en una empresa de publicidad y con posterioridad trabajó para un importante sello cinematográfico. Pasó dos años en Dublín escribiendo artículos de opinión y relatos cortos en *The Bell*. En 1947 visitó Francia y Europa del este trabajando para el *Observer* y en 1948 pasó ocho meses en Japón describiendo sus aventuras en *Kakemono*. Sus veranos transcurrían en un pueblecito cerca de Dublin y los inviernos en España, escenario de su obra *Silk Hats and No Breakfast: Notes on a Spanish Journey*, publicada en 1957. En 1964³² apareció su obra *Spanish Leaves*, fruto de una estancia de seis meses en la costa malagueña.

32 Ver: Ruiz Mas, J. *Libros de Viajes en lengua inglesa por la España del siglo XX*. Granada 2003.





PUENTE ROMANO

UN INTENTO FALLIDO

El único propósito de mi visita a Sevilla en esta ocasión, y en esta época del año, demasiado calurosa y abarrotada de extranjeros, era preguntar a nuestro Cónsul si habría posibilidad de que me diera un permiso para visitar las minas de cobre de Río Tinto; y él, después de hacer amablemente todas las pesquisas necesarias, me aseguró que esto era completamente imposible. Esto no me cogió por sorpresa ya que las autoridades españolas están aparentemente convencidas de que cualquier extranjero que desee ver algo más que catedrales, *fiestas*, y corridas de toros, es un espía, y muy probable que por añadidura también sea un Rojo. Esta manía que tienen es probable que se deba a un sentido de atraso en cosas materiales comparado con el resto de Europa, y a su miedo al ridículo, tan acentuado ahora como en los días de Richard Ford. Surgen dos actitudes de esto: una bovina y con tendencia al malhumor, una actitud de tómallo o déjalo pero preferiblemente déjalo y otra de absurda susceptibilidad, que puede situar al extranjero en situaciones muy incómodas. [...] Cuando recibí el informe del Cónsul, me preparé para salir a la mañana siguiente y pasé el resto del día paseando a paso de tortuga por los jardines y los callejones de esta deliciosa ciudad.

[...] Aunque no iba a ver las minas de cobre, mantuve mi plan de visitar Huelva, el puerto desde el que zarpó Colón y la ciudad más importante de España antes de llegar a la frontera portuguesa. Por el camino cruzamos el Río Tinto, en esta época del año es un arroyuelo que avanza con lentitud entre riberas agrestes y rojizas, con sus aguas tornasoladas con la irisación verde y violeta del bruñido cobre. También atravesamos el bonito pueblo de Niebla, donde hace tiempo vivió una señora inglesa originalísima y llena de ingenio. Ella había tenido un apasionado interés por la localidad, sosteniendo de hecho algunas teorías bastante descabelladas acerca del mismo, y dejó tras de sí un museo privado, ahora completamente abandonado como suele ocurrir en España y de no fácil acceso, ya que la llave para visitarlo siempre decían que se había perdido.

PUNTA UMBRÍA

Tan pronto como llegamos a Huelva me dirigí a Punta Umbría para darme un baño. Tardé aproximadamente una hora en llegar hasta allí a bordo de un pequeño y gruñón vapor cuya cubierta casi estaba en la línea de flotación debido al gran número de personas que había a bordo y que se iban añadiendo con aire vacilante por entre los arroyos y canales del delta entre riberas cubiertas de verde hierba y de pinos piñoneros. La playa era buena; kilómetros y kilómetros de doradas arenas con gran cantidad de casetas de baño y lugares para tomar un refresco. Era completamente española, como podía verse por los modestos bañadores de las mujeres y la general sobriedad del comportamiento: el ruido de un lugar similar en Italia hubiese sido ensordecedor. Las personas más animadas eran los padres que abrazaban y besaban a sus niños disfrutando de ellos y adorándolos, contrastando con los hombres del norte, quienes en presencia de sus familias normalmente tienen un aspecto tenso e incluso se podría decir que casi ridículo.

La época de los baños aquí comienza aproximadamente a mediados de julio, cuando las aguas se bendicen, después de lo cual las personas más mayores se apresuran a tomar los acostumbrados quince baños del año, uno tras otro. Los más jóvenes ya no se restringen de este modo: de hecho la costumbre extranjera de la inmersión es evidente que está arraigando en el país. Nadie se bañaba durante mucho tiempo ya que era necesario meterse hacia adentro un par de cientos de yardas antes de que el agua fuese lo suficientemente profunda, pero ellos chapoteaban inocentemente en los bajíos o se aglomeraban bajo parasoles en la playa para protegerse del sol.

LA RÁBIDA

Por la tarde salí rumbo a La Rábida, el monasterio donde Colón hizo sus cálculos para llevar a cabo su aventura de cruzar el Atlántico y donde pasó su última noche antes de embarcar. Como me había entretenido demasiado tiempo en la orilla, perdí el autobús desde Huelva al ferry y tuve que gastarme treinta pesetas en un taxi, que no me sirvió de mucho ya que al llegar comprobé que el ferry también había salido ya y que no habría otro hasta después de dos horas. El taxista, con la galantería de los de su clase, y también convencido de que los extranjeros no son capaces de moverse solos, arengó a un grupo de hombres que había en la orilla intentando por todos los medios conseguirme un barquito privado; pero ninguno de ellos quería interrumpir su descanso a la hora de la siesta. Al final pensó que debería volver y hacer una carrera en su taxi una vez más, puesto que a él no le gustaba que pareciese como si me estuviera dejando plantada; así que me intentaba convencer de que un barco pequeño que había en la orilla opuesta era en verdad un ferry, misteriosamente agregado a los que ya estaban establecidos en el horario, sólo para esta ocasión. El hecho de que este barco zarparía en la otra dirección lo explicó por la fuerza de las corrientes que hacían imposible para cualquier barco, a excepción de los barcos más grandes, cruzar rectos en esta dirección.

“¡Cinco minutos!” gritó de manera esperanzadora y, metiéndose de un salto en su taxi, se puso en marcha. Afortunadamente yo estuve viendo la pequeña embarcación como una flecha de acá para allá atravesando los bajíos durante media hora hasta que se perdió en la distancia. Entonces me resigné y pasé el tiempo hasta que llegara el ferry contemplando el estuario en los blancos muros del monasterio y admirando el monumento a Cristóbal Colón que ha sido sufragado por una dama americana. Muestra una enorme y amorfa figura emergiendo en parte de una columna y en parte de una gran cruz bastante burda: alrededor del pedestal había grabadas las figuras de pieles rojas y de otras figuras típicas. El simbolismo no estaba muy claro ya que parecía que se ponía más el acento en lo maravilloso de que América hubiese sido descubierta que en el triunfo de Colón que había atravesado mares desconocidos: mientras que por encima de los oscuros pliegues que formaban la gola sobre la que estaba la cabeza del monstruo, se podían ver simples rasgos de cualquier miembro de las fuerzas armadas vueltos con rotundidad hacia el oeste.

La Rábida bien merecía haber esperado para verla. Nos sentamos en el pequeño ferry e íbamos contemplando la enorme extensión de agua azul que se confundía con el azul del cielo, bailando y reluciendo de esa forma que hace que una excursión por alguno de los mares meridionales sea algo tan delicioso. Fue atravesando por zonas de marisma secas y endurecidas por la sal, con plantas de lavanda y cardos marinos que crecían en este suelo, hasta llegar al embarcadero; y aquí un enjuto y sonriente fraile franciscano, con una última mirada bastante cómica al capitán del ferry, se ocupó de mí y me llevó hacia arriba a través de una avenida de palmeras hasta el monasterio, charlando animadamente mientras andaba. Me dijo que conocía América a la perfección, lo que significaba que conocía Bolivia y me animó a que fuese a visitarla cuanto antes. Le pregunté que de qué nacionalidad era Colón, ya que yo sabía que los italianos tenían sus propias teorías al respecto y él me atravesó con la mirada con sus danzarines ojos negros.

“Por lo que yo sé, dijo, él era español”.

Él continuó divirtiéndome con anécdotas e historias de la vida de ese gran hombre, algunas de ellas de hecho bastante subidas de tono; pero a mí ya me habían avisado a lo largo del camino de que había entre los hermanos del convento uno con un gran sentido del humor. En la entrada al monasterio él me dejó en manos de otro franciscano sonriente con la justificación de que hablaba inglés, aunque esto no estuvo respaldado por la evidencia. Aquí vivían cuatro hermanos y cuidaban del lugar pero sólo uno apareció esa tarde, un individuo adusto de aspecto desaliñado quien, con su hábito arremangado alrededor de la cintura, estaba afanosamente quitando el polvo con un plumero en una de las habitaciones.

Colón pasó seis años en este lugar mientras realizaba sus cálculos y completaba sus planos para la gran aventura. Su celda, pequeña y de desnudas paredes, está allí igual que la dejó, la habitación donde él se reunía con los dos franciscanos que le aconsejaron, la capilla con la imagen de Nuestra Señora realizada en alabastro ante la cual él y sus marineros estuvieron orando en el momento de zarpar. Había maquetas de los tres barcos que llevaban, la *Pinta*, la *Santa María* y la *Niña*, qué sólo llevaba dieciocho hombres a bordo. En una sala colgaban las banderas de las colonias españolas de América con un cofre lleno de tierra de cada una de ellas como tributo filial: los bondadosos rostros de los Reyes Católicos miraban hacia abajo desde las paredes de otra sala. La mayor parte del lugar se encuentra igual que se encontraba en los días de Colón: la antigua *clausura* hoy tiene el mismo aspecto

que tenía cuando los peregrinos en su día la utilizaban como alojamiento; y donde se han tenido que hacer sustituciones o imitaciones, el trabajo se ha realizado con gusto y maestría. El hermano fue explicando todo con el mayor orgullo y alegría teniendo mucho cuidado de que ningún objeto de los que había en el almacén a su cargo se le pasara inadvertido. Una y otra vez corría a una ventana y señalaba los jardines del monasterio con sus palmeras, geranios y adelfas hacia el gran panorama del Río Tinto y hacia las enormes montañas azules que se elevaban a lo lejos en la distancia hacia la frontera portuguesa que se encuentra a unas cincuenta o sesenta millas de distancia; y con su brazo fraternalmente sobre mi hombro hizo que sus ojos disfrutaran con el magnífico espectáculo como si nunca lo hubiese disfrutado lo suficiente.

En el zaguán un cartel decía que el monasterio rogaba a los visitantes que dieran una limosna. Yo sólo tenía quince pesetas en monedillas y algunos billetes de cien pesetas y le entregué uno de éstos con intenso dolor en lo más profundo de mis entrañas, pero este dolor desapareció en un instante ante la intensa felicidad que reflejaba el rostro del hermano, una felicidad que en ningún momento él intentó esconder. Cogió el billete y lo estuvo estudiando detalladamente, él lo fue agitando en el aire exclamando “¡Dios se lo pagará!”, él me dio algunas palmadas en la espalda amistosamente y me animó a probar el vino. Luego se alejó trotando y desapareció de mi vista y en ese mismo instante un hermano salió del monasterio dando saltos y fue bajando la colina con un cesto de la compra en el brazo. Yo tenía esperanza de que lo llenase de comestibles puesto que todos daban la impresión de que una comida convencional no le haría daño a ninguno. Y cuando volvió el hermano y me vio que me marchaba, moviendo sus dedos con la manera infantil de decir adiós que se ve por todo el país, me alegré de que el regalo hubiese sido tan espontáneo: la belleza del lugar y sus conmovedoras asociaciones así como la amabilidad y sencillez de los frailes hacía que esto pareciese incluso un pago bastante pobre.

Mientras tanto el tiempo había pasado sin que me diese cuenta y el último ferry se había ido. Yo tuve que contratar un barco privado y esperaba tener que andar las cinco millas hasta Huelva ya que el último autobús en teoría también se había ido. Pero se dio uno de esos milagros que ocurren en España y un misterioso autobús estaba parado bajo los árboles en la orilla que había más lejos. Estaba a punto de salir, pero se detuvo cuando comencé a gritar en medio de la corriente, tocando la bocina con impaciencia más de una vez para dejar claro que se trataba de una orden. Pero el barquero no tenía cambio. En España nadie tiene cambio, ya

que nadie tiene dinero. Le pedí que fuera corriendo a buscar cambio y él dijo: ¿a dónde, a dónde? El autobús no dejaba de tocar la bocina con impaciencia y rugía con el motor. Así que corrí hacia el cobrador, quien refunfuñando y regañándome cogió de un tirón el billete de mi mano, le pagó al barquero del dinero que tenía de los otros pasajeros, paró el autobús en el primer café de la carretera, cambió mi billete después de un enérgico altercado, cogió lo que me había prestado, cobró mi billete, explicó cada una de las transacciones despacio y en voz alta como si lo estuviera haciendo para alguien que tuviese algún tipo de problema mental, y con una voz que aparentemente temblaba de ira y luego, cuando al final todo estaba arreglado, me echó una amplía sonrisa de disculpa mostrando todos sus dientes de oro y, sentándose a mi lado me estuvo dando conversación todo el camino de vuelta a Huelva.

HUELVA

Las campanas de las iglesias españolas tienen un tono particular, a la vez intenso y hueco como el de un tambor metálico como el repiqueteo de atizadores y tenacillas. Las campanas también son discutidoras; la protesta de una es inmediatamente y de forma furiosa seguida por otra de la misma calle. La discusión comienza temprano por la mañana y continúa gradualmente extinguiéndose a eso del mediodía.

Como me desperté a las seis de la mañana a causa de un terrible estruendo de campanas proveniente de la *parroquia* cercana, me levanté y salí. La gente estaba extendiendo sus mercancías a ambos lados de la carretera. Había cestos llenos de diminutos huevos blancos, montañas de ajos y calabazas, limones de un tono verde amarillento, cerezas medio secas y de muy mal aspecto y fresas. Vendedores de lotería ciegos que caminaban por todos lados arrastrando los pies y salmodiando “¡suerte, suerte!” con apagadas voces mecánicas como si la palabra no tuviese ninguna magia para personas como ellos. Una joven gitana estaba sentada en el borde de la acera mientras arrullaba con una canción a su niño que estaba tan sucio como ella y que tenía las marcas de una enfermedad de la piel. En este momento del día las personas bien alimentadas y bien vestidas todavía están durmiendo y los pobres tienen las calles para ellos; y todavía incluso más horripilantemente visible es la gran cantidad de personas deformes, lisiados o mutilados, los ciegos, los que no tienen piernas, los enanos y los jorobados. A cada paso surge alguien que recuerda la crueldad de la vida: un sentido de la tragedia que subyace en todas las cosas en esta tierra y que le llega al espectador por muy indiferente o insensible que este pueda ser.

En un pequeño café de trabajadores, cuyas paredes estaban cubiertas de fotos de toreros recortadas de revistas y pegadas, pedí un *expreso con leche*. El propietario comenzó a prepararlo pero en ese mismo momento entró un hombre y ambos inmediatamente se pusieron a discutir de forma acalorada sobre los méritos de varias figuras del toreo. El propietario estaba a punto de preparar un café colocándolo bajo el vapor de la cafetera cuando algo llamó su atención y dejándolo a un lado, se lanzó como una flecha e hizo un gesto admonitorio con el dedo en la cara del otro hombre. Este lo repitió varias veces y por fin se puso a preparar el café, pero

tenía que repetir todo el proceso con la leche. De los labios de ambos comenzaron a brotar puyas como el crujido de ametralladoras que estuviesen compitiendo y yo comencé a desesperarme porque no me ponía el desayuno. Cuando finalmente él se acercó la conversación cesó de manera inmediata y a esta le siguió un silencio sepulcral.

Yo pregunté si alguno de los toreros cuyos retratos colgaban de las paredes era de la localidad. En ese mismo instante se encendieron los ojos del propietario y él volvió a perder la calma y a parlotear sin parar. No, ninguno de esos, pero el Litri, el gran Litri, el mejor de todos ellos, era de Huelva. La espada más valiente, el mejor artista! ¡No ha habido ninguno como él desde Belmonte! ¡Un gigante!

Pensé que se había retirado.

“¡Retirado!”, gritó el propietario. “¡El Litri retirado!”.

“*Café solo*”, dijo un guardia civil que acababa de entrar.

Indudablemente pensé que el Litri se había retirado. Mucha gente piensa muchas cosas. Mucha gente decía que él había perdido la valentía. Pero nadie dice algo así en Huelva. El Litri ha ganado tanto dinero que ya casi no torea hoy en día. Él todavía es el mejor de todos. ¡Mucho más que un multimillonario!

“*Café solo*”, dijo el guardia civil.

¿Había visto la casa del Litri? No estaba demasiado lejos. La casa de un noble. Su madre vivía en esta casa con él. Él nunca se trasladó a Sevilla o a Madrid sino que honró el lugar donde nació. Mire, yo tendría que ver esa casa. En este momento el propietario agarró un trozo de papel e hizo un pequeño dibujo de la casa y un plano para llegar hasta allí.

“*Café solo*” dijo el guardia civil.

Aún mejor, yo debería ver al Litri en el ruedo. Merecía la pena esperar años. Nadie podría olvidarlo en su vida. Debo leer los periódicos todos los días para ver cuando va a torear el Litri. No voy a irme de España antes bajo ningún concepto.

Yo vi al Litri torear.

“Entonces”, dijo el propietario, calmándose en aquel mismo instante, “usted sabe lo que digo”.

“¡Oiga!” gritó el guardia civil. “¡*Café solo*!”

El propietario lo miró lleno de asombro. “¡Hombre!”. Dijo, “Que no estoy a kilómetros de aquí”. Y con los lentos movimientos de un hombre que sabe lo que hace preparó el café al guardia.

¡Qué cosa más agradable es este entusiasmo español! Y qué falta de vida, aguada y descolorida hace que se sienta alguien del norte. Aquí no hay nadie que sea neutral, equilibrado, objetivo, justo o “responsable”, cualidades posiblemente dignas de ser apreciadas pero que surgen de la ausencia de pasión. El tono especial en la voz del propietario cuando pronunciaba el nombre “Litri” era algo maravilloso de escuchar. Y, ¡Huelva! ¡Ah! ¡Huelva! Era un gran puerto bastante sucio con un laberinto de inmundas callejuelas. Las tiendas eran muy poco atractivas y los cafés no tenían ningún encanto. Abajo en los muelles el corcho, cortado de forma bastante burda en las fábricas, estaba apilado como miles de esterillas de baño, pescados abiertos y destripados colgaban de cuerdas para secarse como la ropa en el tendedero, fuera de las casuchas de los pescadores, infinidad de oscuras redes viejas colgaban formando pliegues desde sus mástiles: perros hambrientos y gatos se escabullían por todos lados con la panza llena de desperdicios. O así era como veía esto la fría mirada del extranjero, pero para un hombre de encendida visión interna como el propietario de este pequeño bar ésta era la fuente de toda excelencia y la cuna de los más grandes quienes por supuesto preferían esta ciudad a Sevilla o Madrid.

A ARACENA EN AUTOBÚS

Por la tarde fui en autobús a Aracena, un bello lugar muy poco visitado por extranjeros pero que es el lugar de vacaciones preferido para la gente bien de la zona. Quizás porque estaba fuera de las rutas turísticas el coche que nos proporcionaron no era uno de esos monstruos brillantes con asientos cómodos y numerados sino una especie de Arca de Noé en la que los pasajeros se metían lo mejor que podían. Todo el mundo parecía conocerse entre sí y el cobrador era tan popular a lo largo de todo el camino que era bastante difícil que se volviera a subir al autobús después de cada una de las paradas. El conductor, por otro lado, era un individuo taciturno quien encorvaba su enorme y silenciosa espalda sobre el volante como si, echando bocanadas de humo de su cigarro, él impulsara el motor rápidamente hacia arriba por las empinadas carreteras de montaña y alrededor de las curvas muy cerradas en las que había escarpados precipicios cortados a pico esperándonos a cada uno de los lados si le hubiese dado por calcular mal en algún momento.

Otra vez el paisaje era magnífico. A aproximadamente media hora de Huelva, la carretera comenzaba a subir, al principio por suaves y redondeadas colinas cubiertas de una verde hierba o con el tono ocre del trigo y a menudo coronadas por pueblecillos con sus blanqueados muros y sus dorados tejados resplandeciendo con la luz de la tarde, y luego se fue metiendo en las montañas propiamente dichas, donde el sol poniente hacía que las profundas y aterciopeladas hondonadas en las laderas y en los bosquecillos de pinos piñoneros, olivos y adelfas rosas, suavizaran sus negruzcos perfiles. Justo en aquel momento llegamos a las Minas de Río Tinto, cuyos precipicios de color rojo intenso se elevaban en el centro de un terreno verde a todo alrededor, de forma inquietante y siniestra, sobre las pequeñas cabañas de los mineros agrupadas a sus pies: era un lugar muy inhóspito donde se tenía la sensación de que había veneno en el aire y una sensación de estar completamente alejada de la vida y se pasaba por allí dando gracias de continuar otra vez hacia las sierras, hacia extensas y magníficas vistas en las que se elevaban a lo lejos unos picos tras otros y se hundían como las olas de un mar embravecido. Los pasajeros nunca miraban por las ventanillas desde que se subían al autobús hasta que se bajaban y lo único que hacían era quejarse del calor sin parar.

SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LOS ÁNGELES

A poca distancia de Aracena se encuentra La Peña de Arias Montano, donde se construyó el famoso santuario de la Virgen de los Ángeles. Éste tuvo su origen de la forma en la que suele ocurrir, o sea, al aparecerse la Virgen a un niño pequeño mientras éste cuidaba sus cabras en la ladera de la montaña; y hay algo atractivo en la idea de que esto ocurriese en un lugar que ha tomado su nombre del teólogo asesor del Concilio de Trento. Existen muchos pequeños santuarios por toda España que son fielmente visitados por la gente de la zona, que le tienen fe ciega a su propia Virgen, de las Rocas, de las Nieves, o de los Ángeles o sea cual sea y mantenga su superioridad sobre las Vírgenes de otros. Para llegar hasta allí, como tantas veces ocurre en España con lugares de gran belleza e interés, uno tiene que ir o a pie como un peregrino o alquilar un vehículo, ya que no había ningún tipo de transporte. Pero el taxista que me llevó hasta el hotel aceptó hacer la excursión por una suma razonable. A la mañana siguiente apareció con una amplia sonrisa, llevando sus mejores ropas de domingo y con una flor en la solapa.

La pequeña capilla estaba en una explanada cubierta de hierba a medio camino de la cumbre de la montaña, que se elevaba formando un pico detrás de ella. Un pequeño muro de piedra rodeaba el espacio exterior y sentada sobre él, pude disfrutar de una gloriosa vista de la Sierra de Aracena con el pequeño pueblo de Alájar por debajo a lo lejos, desde el que en esta mañana de domingo subía un continuo rumor de gentes hablando y el repicar de campanas. Dentro de la capilla la famosa Virgen está sentada en su baldaquino de oro detrás del Altar Mayor, adornado con flores artificiales y hojas doradas y plateadas. La Virgen era una muñequita más pequeña de lo usual, pintada y con un tocado de oropel polvoriento y de gran tamaño, un vestido suelto de brocado bastante raído y un rostro dulce e insulso. Allí cerca en la sacristía había colgado todo tipo de pequeñas posesiones traídas para dar las gracias por la ayuda o por los favores recibidos: unos zapatos de niño, ropitas de niños, una muleta, ojos y miembros de cera, un par de pantalones mugrientos, todas las humildes ofrendas de gente que no tiene casi nada de lo que desprenderse para pagar su deuda; y también había una fotografía de un joven que había luchado con la División Azul en Rusia y había vuelto con su fe intacta –como informó el capitán– después de tres años en un campo de concentración. Los po-

llos corretean por todos lados, dentro y fuera; por algún lado hay un muchacho que está tocando una canción con un caramillo. Cinco señoras mayores estaban sentadas en la iglesia abanicándose, hablando y riendo como si estuvieran tomándose un té en su casa; pero a los pocos minutos, cuando un joven sacerdote entró con un pequeño grupo de peregrinos, estas ancianas traviesas se apresuraron a ponerse de rodillas y comenzaron a recitar el rosario hablando atropelladamente y con un tono penetrante.

Luego el padre dijo misa para todos los que había en el santuario. Su grupo estaba pasando el día de descanso a la manera inocente y encantadora tan típica en España. Habían venido en un autocar a escuchar misa y a comulgar en un famoso santuario y después comerían en la hierba bajo los árboles mientras cantarían algunas cancioncillas y recogerían flores silvestres hasta que llegase la hora de volver a casa otra vez. También muy típica era la composición del grupo: la mayoría eran muchachas muy jóvenes con velos blancos y blusas de manga larga, conscientemente núbiles, sonrojadas y riendo tontamente; unas cuantas ancianas vestidas de negro, la mayor parte de ellas con enormes bigotes y uno o dos hombres que intentaban comportarse como si ellos realmente no estuviesen allí; y dos jóvenes que actuaban como monaguillos, uno delgado, inquieto y apasionado, el otro regordete, cetrino y petulante. Y por supuesto allí también había una mujer joven, sumamente sencilla que era mucho más devota que el resto de todos ellos juntos y cuya aguda voz de arrendajo mientras cantaban se elevaba por encima de las otras.

Mientras tanto el taxista se había encontrado con un amigo, o lo acababa de conocer y ambos estaban fumando, bebiendo y arreglando el mundo en el pequeño café al aire libre. Ninguno había visitado el santuario, puesto que tales cosas no eran apropiadas para dos hombres en la flor de la vida ya que sólo se lo tomarán en serio cuando la fría mano de la edad les haga tambalear un poco su confianza. Me dijeron que si no me importaba, a ellos les gustaría quedarse un poco más, puesto que tenían muchas cosas de que hablar, y yo pasé un rato muy agradable, una hora más o menos, tumbada en la fresca hierba, disfrutando del campo y escuchando el continuo murmullo de voces que subían desde el pequeño *pueblo* que había debajo, imposibles de oír en cualquier otra tierra menos en esta. Como compensación por la paciencia el taxista cogió otro camino más largo de vuelta atravesando montañas cubiertas por castaños y enormes y ondulantes helechos y animado por florecillas silvestres azules y amarillas (Ford apunta con aprobación que esta zona es “casi como un parque y muy inglés”) mientras iba explicando todo por encima

de su hombro; y en lugar de mirarnos con los rostros carentes de expresión, con esa mirada animal, las mujeres que encontrábamos a lo largo de la carretera nos saludaban sonriendo y agitaban las manos como si todas mostraran una gran amabilidad.

EL HOTEL SIERPES DE ARACENA

El hotel Sierpes era sencillo y amistoso en el mejor sentido español de la palabra. Su reloj daba las doce cuando quería decir que era la una, y a menudo pasaban varias horas sin que sonara en absoluto. Un letrero colgaba en la pared con el horario de las comidas aunque de todos modos no se cumplía en absoluto. Las propias comidas, por otro lado, nunca variaban: A veces yo observaba y me creaba ciertas expectativas a mi glotonería, cuando llegaban cestas de langostinos o cuando estaban desplumando gordos capones en el jardincillo que había saliendo por la puerta de la cocina, aunque lo que luego aparecía en la mesa del comedor era el bacalao frito de siempre y las chuletas de ternera de todos los días. El propietario y su esposa tenían aspecto de estar bastante contentos y bien alimentados. Por el *patio* merodeaba un pequeño misterio, desde el centro de un montón de geranios rojos, siempre se escuchaban los constantes y profundos gruñidos de un cerdo: aunque yo era insistente nunca pude ponerle el ojo encima a este solitario animal o descubrir cual era su posición en la casa y hasta el último momento continuó siendo sólo una voz lastimera, a veces incluso quejumbrosa, y de hecho fundamentalmente de una dulce resignación.

LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS

Hoy resultó que la comida fue a las cuatro de la tarde y eran más de las seis cuando terminó la siesta. Me levanté y fui a visitar la Gruta de las Maravillas en el extremo más bajo del pueblo. No había nadie que diera la impresión que deseara visitarla a esas horas del día y el guarda me informó que el billete por persona era de cincuenta pesetas. Parecía una cantidad de dinero bastante elevada para ver una gruta y yo me estaba volviendo cuando llegó un diminuto coche lleno de robustos portugueses y la señora me dijo con impaciencia que ahora podíamos formar un grupo.

Esto bajó el precio a quince pesetas cada uno, una suma que provocó la consternación en los corazones de los portugueses; pero sus intentos de reducirlo no dieron ningún resultado y todos entramos guiados por un joven muy atractivo pero con el ceño fruncido.

Las cuevas se extendían bajo tierra más de mil metros y recorrer esa distancia a lo largo de los estrechos y serpenteantes corredores arriba y debajo de grasientas laderas y escaleras resbaladizas nos llevó más de una hora. Era un lugar maravilloso y extraño: había una fila tras otra de pálidas y brillantes estalagmitas como los tubos de un inmenso órgano, taludes de formaciones minerales como enormes montones de nieve y pequeñas cuevas laterales que estaban incrustadas de lo que parecían florecillas blancas con forma de estrella y con cada uno de sus pétalos exquisitamente cincelados. Luego llegamos a lo que sorprendentemente tenía el aspecto de una cabeza de caballo, o de un león que fuese sigilosamente bajando por una vereda de montaña, o de una estatua de Nuestra Señora, de árboles, de hojas, de niños, y de vez en cuando, pasábamos por un lago subterráneo de un tono brillante y horripilantemente azul, como algún licor australiano.

Era la primera gruta que yo había visto en mi vida y estaba encantada; pero los portugueses, quienes habían mantenido un hosco cuchicheo en su extraña lengua durante todo el rato, de repente se detuvieron en el camino y declararon que no pensaban continuar. Dijeron que querían que los llevaran en aquel mismo momento de vuelta a la luz del día. En vano mi guía explicó que estábamos a mitad de camino y que tendrían que seguir hasta el final: ellos simplemente dijeron que no con

sus cabezas y comenzaron a gruñir. El desafortunado muchacho tuvo que volver y mientras me senté a esperar en una de las cuevas más grandes. Era alta y lúgubre como una catedral española llena de formas curiosas y enigmáticas que parecían aproximarse y retroceder como las imprecisamente amenazadoras figuras de una pesadilla; ecos extraños se extendían por ellas y el continuo y débil goteo desde el techo a la laguna que había por debajo, llegaba a hacer que se perdieran los nervios. Sentada sobre una húmeda roca en la penumbra yo esperaba que el guía no se olvidara de volver. Habían pasado cuarenta minutos y yo estaba a punto de tener un ataque de pánico cuando llegó dando saltos, casi sin resuello como para poder hablar y bastante excitado en su comportamiento como si los portugueses hubieran intentado recuperar parte del dinero de su entrada. Le pregunté qué había pasado y me dijo que había estado corriendo toda la vuelta puesto que no le gustaba pensar que me había dejado sola y que probablemente yo estaría asustada. Su amabilidad y su consideración al haber estado corriendo por esas peligrosas y oscuras veredas fue algo realmente conmovedor, mucho más teniendo en cuenta que él era un chico ignorante, sin modales que se dedicaba a gritar de forma bastante brusca “¡Cuidado con su cabeza! ¡Atención! ¡Avancen!” y una vez cuando contrariamente a las reglas toqué una de las estalagmitas, él me dio una fuerte palmada en la mano como si de una institutriz se tratase. Luego terminamos juntos de forma muy amistosa y al final del recorrido él no quiso tomar unas pesetas que yo le ofrecí.

EL CASTILLO DE ARACENA

Lo siguiente que hice fue trepar hasta el castillo en ruinas que hay en el cerro que se eleva por encima del *pueblo*. Aquí había otro santuario dedicado a Nuestra Señora de los Dolores, una imagen a tamaño natural vestida con un hábito de muselina blanca y un manto de terciopelo negro con una rica corona de plata y un collar de estrás. Su rostro tenía una expresión de angustia con lágrimas de cristal cuidadosamente pegadas en ambas mejillas. Aquí también había peregrinos de domingo, dos grupos de mujeres cotorreando como estorninos, cada grupo bajo la tutela de un sacerdote. Uno de estos sacerdotes, con el triste rostro del gracioso del grupo, estaba fumando, contando chistes y trepando arriba y abajo por las ruinas, y por regla general ponía de relieve su humanidad. El otro, joven y atractivo, había escogido a las tres muchachas más bonitas para guiarlas y les pidió que posaran y colocándolas junto a la puerta del santuario, se dispuso a fotografiarlas.

Dos jóvenes del pueblo ahora se me pegaron con la sencillez de la gente de su clase. Ellas me señalaron las maravillosas vistas del pueblo que se extendía por debajo del lugar donde estábamos: la *parroquia*, el hospital que lo llevan las monjas, la plaza de toros (donde el Litri y González habían toreado la semana antes, dijeron llenas de orgullo, besándose los dedos en el aire), el campo para jugar a la *pelota*, e incluso el pozo donde lavaban las mujeres. Me dijeron que las dos eran sirvientas, y que ganaban unos diez chelines al mes trabajando desde las ocho de la mañana hasta después de medianoche todos los días del año, aunque no me explicaron la causa por la que se encontraban en la ladera de la montaña; tampoco tenían padre, el de una había muerto y al de la otra lo habían matado en la guerra. Al referirse a eso, la más joven comenzó a reírse de forma muy tonta en plan salvaje y desesperado. Pregunté dónde estaba el chiste y ella respondió que simplemente estaba pensando que su padre había muerto en su cama mientras que al padre de la otra muchacha le habían disparado. El significado era un tanto críptico y estaba carente de todo sentido del humor y pensé que lo más sensato era pasar a otro tema.

Luego ellas señalaron una pequeña iglesia en uno de los extremos del pueblo y comenzaron a contarme en voz baja algo que había ocurrido enfrente de ella, algo espantoso y que sólo podían relatar conteniendo la respiración; pero dejaron

de hablar de forma repentina cuando un hombre grueso de mediana edad llegó avanzando penosamente girando por la curva de la empinada cuesta con un cubo de agua en cada mano, quejándose del calor y la fatiga. Era el que cuidaba el monumento quien cada mañana y cada tarde tenía que subir y regar los pocos árboles jóvenes que acababan de plantar por orden de la autoridad local. Él por su parte hizo una entrada bastante cómica, sudando, quejándose y maldiciendo, su cuerpo balanceándose a cada paso y sus piernas a punto de combarse bajo su peso. “Todo esto por veinte pesetas al día” se quejó. ¡Ay! España era un mal país en el que nadie podía ganar nada. Si llegara una buena galerna invernal, añadió con melancólico deleite, arrancarían los árboles y su esfuerzo habría sido completamente inútil. El echó el agua a sus raíces con fastidio y se volvió para irse, pero de forma repentina le vino a la cabeza algo más: cuando la próxima guerra comenzara, observó, tirarían una de esas nuevas bombas en el *pueblo* y todo terminaría ahí. La perspectiva parecía que lo animó un poco y se sentó en el poyete con nosotras con un aire casi de satisfacción en su rostro.

“¿Usted fuma?”. Preguntó. “Pensé que sí”. Si por casualidad usted pudiera darme uno... *muchísimas gracias*. En España sólo fuman las prostitutas. Y por supuesto las mujeres ricas de Madrid. Si una muchacha del pueblo normal se pusiera a fumar, la gente hablaría de esto y ella nunca encontraría marido. Pero ustedes los franceses tienen ideas distintas.

¿Dónde está su esposo? Me preguntó entonces con una preocupación repentina. *No tengo esposo*. ¡Ay, ay, ay! Como si una cosa llevase a la otra, él señaló a una roca que se elevaba por encima del precipicio que dijo, estaba muy a mano para los suicidios. El invierno pasado un hombre se arrojó desde allí y él describió los últimos momentos del pobre hombre con una gran satisfacción mientras que las dos niñas chillaban de placer. Ya en aquel momento estaba más contento que un grillo. “*Bueno*”, dijo por fin, con una sonrisa radiante. “Ya mismo no seremos más que átomos”.

Los dejé a los tres gritando y riendo sobre el agradable destino que podrían tener en reserva, y bajé el cerro otra vez y cruzando el *pueblo* fui hacia la pequeña iglesia de la que las muchachas habían estado hablando antes de que llegara el encargado. Estaba completamente cerrada y casi en ruinas: las ventanas estaban rotas y las gallinas corrían de un lado a otro sobre el patio que estaba lleno de hier-

bajos. Una anciana salió de una casa que había cerca y me estuvo mirando llena de curiosidad.

“¿Está siempre cerrada?” Le pregunté y ella lentamente afirmó con la cabeza.

“¡Cerrada para siempre!”.

La leve alteración de la frase y su modo de hablar sugerían que no estaba dispuesta a contestar ninguna pregunta más. En su voz me pareció percibir un eco del dolor que le había causado la guerra y la amargura de la vida que tenía que vivir entre sus recuerdos. Ella se dio la vuelta y con pasos vacilantes volvió caminando a su casa cerrando la puerta de un portazo. ¿Qué sería lo que ocurrió aquí y que ella contempló desde sus pequeñas ventanas que incluso hoy sólo se podía decir susurrando?

Después de cenar esa noche en la *plaza* las celebraciones del domingo por la tarde estaban muy animadas bajo los árboles iluminados. Una banda de música estaba tocando melodías españolas en uno de los extremos de la plaza y aunque ya era más de medianoche el lugar estaba lleno de niños pequeños chillando a pleno pulmón, aparentemente incansables. Las dos jóvenes sirvientas me saludaron como si yo fuese una querida y vieja amiga pero rehusaron consternadas a unirse a mí para tomar algo en un café. Un gran número de niñas estuvieron bailando muy bien y con seriedad al compás de la música cuando de pronto todas ellas fueron agredidas por un grupo de niños cuyo cabecilla, de unos once años, estaba dando caladas a un cigarrillo, ante lo cual ellas se transformaron de repente en demonios y se enzarzaron en una frenética reyerta en la que valía todo y los niños se llevaron la peor parte. Al final me fui a la cama; parecía como si en Aracena todo el mundo tuviese un transistor, todos los transistores estaban puestos a toda potencia y todas las puertas y ventanas estaban abiertas como si se hubiesen puesto de acuerdo para hacer el esfuerzo común que ahogase cualquier otra voz persistente que nadie deseaba escuchar. El escándalo continuó hasta casi el amanecer. Yo estuve dando vueltas mientras de vez en cuando el cerdo que merodeaba por detrás de los geranios se le oía gruñir como si lo hiciera por empatía.

LAVADEROS PÚBLICOS EN ARACENA

Aracena era un lugar tan delicioso y la siguiente etapa de mi viaje estaba tan llena de incertidumbre y con el riesgo de sólo encontrar incomodidades, que quizás se debió a un designio inconsciente que yo me quedase dormida y perdiera el único autobús que había ese día para Repilado. El joven posadero se divirtió mucho cuando me vio reaparecer; él se había pasado mucho tiempo la noche anterior haciéndome un plan de viaje a través de la zona hasta Jerez de los Caballeros, animándome al mismo tiempo a volver directamente a Sevilla y emprender viaje desde allí. Él ahora llevaba puesta la blusa roja y el cordón amarillo en cumplimiento de alguna promesa religiosa y en aquel momento estaba jugando con su niño en la sala. Cada uno de los inestables e inseguros pasos que daba el niño, cada uno de los balbuceos que salía de sus labios, hacía que el rostro de su padre se iluminara con un amor y orgullo que era algo maravilloso de contemplar. Mientras tanto la esposa estaba cosiendo allí cerca, con el aspecto sereno e indulgente que tienen las madres españolas en esos momentos.

Se presentaba ante mí todo un glorioso día para estar ociosa; o eso es lo que yo pensaba. Pero cuando estaba paseando cerca de los lavaderos públicos mientras me dirigía al cementerio, todas las mujeres que había allí comenzaron a chillar como urracas. Por alguna misteriosa ley de la naturaleza las mujeres que están lavando la ropa al aire libre siempre son lo más terrible que se pueda imaginar: parece que se despierta el demonio dentro de ellas, y estas no eran la excepción a la regla.

“¡Hola! ¡Mira a la extranjera!”.

“¡Mira la franchuta!”.

“¡Fea, fea, fea!”.

“¡Ella no es como nosotras! ¡Ésta no trabaja! ¡Ésta no lava la ropa!”.

“¡Ella *no sabe* lavar!”.

Este último comentario fue ya demasiado y, trepando por el murete que rodeaba las pilas de lavar, declaré mi intención de lavar. Las mujeres más jóvenes soltaban risotadas como si no hubiesen visto nada tan absurdo en su vida, pero una mujer de más edad me hizo sitio a su lado y me dijo que no les hiciera caso. Ella explicó

como se lavaba en Aracena. La ropa se remoja y se le da jabón y se restriega vigorosamente arriba y abajo sobre una piedra de mármol con ondulaciones hasta que se va la suciedad; luego se enjuaga, se vuelve a dar jabón y se extiende al sol: y cuando se seca se vuelve a lavar otra vez. Con estos métodos rompe-espaldas las prendas que se tiran al suelo del hotel por la mañana vuelven de un blanco reluciente antes de la hora de la cena por el precio de unas cuantas pesetas. Después de una hora más o menos mi columna estaba de tal modo que casi pensé que no podría volver a caminar derecha nunca más; pero, por miedo a sus lenguas, enjaboné, restregué y aclaré con tranquila desesperación interiormente dándole gracias a Dios de que no tenía que hacer esto todos los días.

Pero gradualmente el ambiente comenzó a cambiar. La misteriosa agresividad de las lavanderas dio lugar a una especie de innato gremialismo de las féminas, igualmente misterioso. Allí abajo, al final de la fila pude escuchar a una de ellas diciendo a su vecina que yo era una escritora inglesa que estaba alojada en el Sierpes, que yo había visitado la Virgen de la Peña en el taxi de Romero, que había comprado unos helados en la *plaza* para Rosalita Moreno y María Gómez y que estaba a punto de cruzar a Extremadura sola. La radio macuto local funcionaba a la perfección. Esta información pasó de boca en boca por todas ellas, fue investigada, todas la comentaron; las risillas y cuchufletas finalizaron. ¡Yo ya estaba dentro! Allí sólo quedaba la eterna pregunta española de que dónde estaba mi marido. Incluso la gitana, cuyo rostro lleno de vitalidad, insolente y descarado, la hacía diferente del resto de las otras caras llenas de vigor y quien ayer se me había pegado detrás por todo el pueblo maldiciendo y gritando pidiéndome dinero, ahora se mostraba dulce como una paloma y se ofreció para cantar si así lo deseaba. Después de la consabida discusión de quién empezaba la primera, ella se arrancó con un fragmento de *flamenco* muy melancólico y bailó un poco al final de la canción. Yo la seguí con “The lark in the Pure Air”, canción que canté con una vocecita bastante quebrada y con frecuentes interrupciones cuando no recordaba la letra. Mi canción fue recibida con un entusiasmo muy cortés y dijeron que era *muy fina*. Ahora el sol ya estaba alto y como el *practicante* iba a venir a verme justo después del almuerzo, tuve que decir adiós y ellas se despidieron de mí con gran amabilidad y buena voluntad y habiendo olvidado cualquier resentimiento.

La comida del mediodía se vio animada por una enorme familia de portugueses todos muy nerviosos. A tenor de sus ropas y sus joyas parecían tener mucho dinero, a menos que de hecho se lo hubiesen puesto todo encima; pero encontraron el mo-

desto precio de treinta pesetas por cabeza demasiado elevado y estaban dispuestos a que se lo rebajaran a veinticinco. Primero pidieron una reducción teniendo en cuenta que era un grupo muy numeroso, pero a este argumento hicieron oídos sordos y ellos siguieron con complicadas propuestas respecto al menú. ¿Y si el menú lo sirven sin pan ni vino? ¿Y si se saltaban el plato de huevos? Bueno, entonces, ¿Si tomaban solamente dos raciones de carne y las compartían entre todos? O, ¿Se podría suprimir la fruta? La conversación siguió y siguió cada vez con una mezquindad *in crescendo* hasta que por fin se dieron cuenta que no tenían ningún éxito y se dispusieron a comer a su manera lo que se les antojó con un silencio fúnebre.

Yo comí muy poco, cansada como estaba de la procesión demasiado familiar, incluso sin saber cuantas veces en los días venideros tendría que hambrienta echar esto de menos. Mientras estaba comiendo entró el posadero para decir que el *practicante* estaba esperando fuera; “Pero no hay ninguna prisa”, añadió con un movimiento de brazo muy expansivo. “¡Por favor, tómese su tiempo!”. El *practicante* es una institución española admirable, es algo menos que un médico y más que un enfermero que lleva a cabo todo tipo de pequeños servicios médicos por una cantidad prácticamente irrisoria. Algunos son estudiantes de medicina que de este modo pueden ayudar a costearse, otros nunca han podido aprobar los exámenes: esta última clase ofrece unas figuras completamente como sacadas de las obras de Dickens, casi todos actores de primera fila. El de hoy era joven, atractivo y vestido de manera muy elegante; realmente demasiado bien vestido para un hombre que estaba a punto de poner una inyección por menos de un chelín. Él había colocado una especie de recipiente lleno de alcohol sobre una vela y se dispuso a hervir una aguja en él como si se estuviese preparando para una operación importante. Examinó, cejijunto y con los labios apretados, la ampolla que le di como si le fuese la propia vida en ello. Mientras esperaba que la aguja hirviera, comenzó a conversar y pronto salió el tema de que él era un apasionadísimo seguidor de las corridas de toros. ¡Litri! Él había estado en el colegio con él; un gran hombre, un hombre de pocas palabras. Sacó su billetera y me enseñó una fotografía de ellos dos juntos, descolorida y cariñosamente manoseada.

“Alguna gente dice que está desapareciendo”, dije yo

“¡Ah! ¡Nunca, nunca, nunca, nunca!” Él agarró su aguja y me la puso en el brazo con la furiosa precisión de un *banderillero*. “¡Nunca!” dijo otra vez, limpiando con el algodón con todas sus fuerzas. Nos sentamos durante un momento con mi

dolorido brazo entre nosotros y él me dio bastante información interesante sobre las finanzas de las plazas de toros, lo que costaban los toros, los premios en dinero de los toreros, las partes que se llevaban todos sus atláteres, el gasto de mantener a la prensa en un apropiado estado de ánimo. En el momento en que se levantó para irse fue cuando se le ocurrió de repente el único pensamiento profesional que tuvo. “Pero, ¿por qué se pone estas inyecciones?” preguntó con el ceño un poco fruncido. “¿No tendrá usted miedo de nuestra agua? Es la mejor del mundo”.

“Lo sé, pero voy a seguir hasta Portugal”.

Pienso que él se dio cuenta de forma instantánea de la falsedad de esto, pero no obstante esta observación lo calmó, como suele ocurrir con las mentiras piadosas; y él hizo una reverencia con infinita gracia sobre el billete de cinco pesetas que yo le entregué.

Después de la siesta estuve caminando durante horas por el campo que estaba más bonito que ningún otro en el mundo; de hecho, Aracena es un lugar donde cualquiera podría pasar la vida soñando. Era muy bonito el contraste del gris plateado de los olivos sobre el dorado de la calcinada tierra y la descolorida hierba, como también lo era el de las hojas del eucalipto que temblaban con delicadeza con la dorada luz de la tarde. Rosados arreboles iban a la deriva por el inmenso cielo azul. Un rebaño de ovejas se fue acercando tranquilamente por la ladera de una montaña conducido por dos pastores viejos y dos inteligentes cachorros; todos ellos, hombres y animales, se tiñieron de dorado con los últimos rayos del sol, y cuando se iban acercando, los cientos de cencerros sonaban con el extraño sonido triste, monótono y apagado que se puede escuchar en el corazón de una cascada. El tiempo de manera curiosa parecía haberse detenido; yo me sentía como si hubiese estado allí muchas veces antes y hubiese visto ese mismo rebaño moviéndose de un lado para otro justo de esa misma forma tan somnolienta; o que, habiendo vuelto después de algunos años, los hubiese encontrado otra vez allí a todos ellos.

Esta última noche en Aracena me dejó en la mente una impresión de gran belleza y de paz; la impresión dejada por la noche que le siguió fue igualmente intensa y no menos típica, pero en la que no hubo el menor encanto. Golpetazos fuera de lo común y sonidos de sierra a los que nadie daba explicación continuaron hasta altas horas; mientras que desde el centro de la cochinería de geranios el cerdo no dejaba de revolverse y de emitir quejidos fastidiosamente. Cuando eran aproximadamente las cuatro y media alguien llegó vociferando y aporreó la puerta principal del hotel:

“¡Señor! ¡Señor! ¡SEÑOR!”, como si él y el hombre con el que deseaba hablar fuesen las dos únicas personas que había sobre la tierra. Decir que a los españoles les falta consideración por los otros no es suficiente; ellos realmente no creen que los otros existan, y de hecho hay una intensa y pura cualidad acerca de su egoísmo que lo hace admirable y atractivo.

Esta vez cogí el desvencijado autobús hacia Repilado, que ya estaba abarrotado de pasajeros en el momento en que me subí. Los dos mejores asientos estaban ocupados por miembros de la guardia civil, que habían envuelto sus brillantes sombreros negros con lona verde para protegerlos del polvo al igual que se suele hacer con los muebles cuando alguien se dispone a barrer. Apoyados en sus rifles y mirando fijamente hacia adelante, sólo hablaban entre ellos y cuando lo hacían hablaban muy brevemente y en tono bastante adusto con el acento de otra región. El resto de la gente se pasó todo el trayecto gritándose animadamente unos a otros, mientras el autobús atravesaba los montes repletos de castaños.

En Repilado, por supuesto, el autobús diario a Fregenal ya había salido y no había ningún otro medio de transporte más que un tren local, algo que se debe evitar siempre que sea posible. Junto a cientos de figuras rechonchas permanecí esperando en el calcinado andén durante una o dos horas hasta que llegó avanzando con dificultad y soltando humo y todos nosotros nos lanzamos con determinación para encontrar una plaza libre. Luego se puso en marcha lentamente por la vía con un movimiento verdaderamente singular que hacía que se me vinieran a la mente el salto de una rana, los botes de unos zancos con resortes y el medio galope de un pony rechoncho y bajito. Las ventanillas iban completamente abiertas, de hecho era imposible cerrarlas, así, cuando atravesaba uno de los numerosos túneles, nos tragábamos toda la sustancia del hediondo y negro humo. En mi compartimento sólo había otra persona, un joven que cantaba flamenco a cada palmo del camino, a menudo el mismo estribillo una y otra vez con el semblante transido de melancolía. Pero cuando nos pusimos al lado de la máquina de otro tren en la estación de Cumbres Mayores, el maquinista sacó medio cuerpo por la ventanilla y a voz en grito le respondió cantando poniendo en blanco sus brillantes ojos azules en su rostro cubierto de hollín: esto animó a mi compañero de manera sorprendente y ambos se pusieron a cantar *à deux* con muchas ganas y disfrutando mucho hasta que los trenes se volvieron a poner en marcha y cada uno se fue en una dirección.

GORDON COOPER
1958

Autor de *A Fortnight in Andalusia*³³, obra dedicada a Cedric Salter, ofrece una brevísima descripción de Huelva.

33 Cooper, Gordon: *A Fortnight in Andalusia*. Percival Marshall, London 1958.





SAN PEDRO EL GRANDE. HUELVA

HUELVA

Esta aislada ciudad se encuentra admirablemente situada cerca de la confluencia de dos ríos y a poca distancia de la costa. Hoy su principal interés es el histórico ya que fue del vecino puerto de Palos de la Frontera, hoy día un lugar insignificante, desde donde zarpó Colón un 3 de agosto de 1492 en su viaje de descubrimiento con sus tres pequeñas embarcaciones. Él tomó tierra aquí otra vez el 15 de marzo de 1493 después de haber descubierto el Nuevo Mundo. Cortés también desembarcó en Palos después de su conquista de Méjico. En el Monasterio de La Rábida a dos millas de Palos, donde Colón vivió durante unos cuantos años y donde el prior animó a este visionario cuando los más sabios de los reyes y consejeros habían rechazado como absurdo su plan para el descubrimiento del nuevo mundo, hay muchos recuerdos interesantes de esta época tan aventurera y romántica; y, en Palos, la iglesia de San Jorge es donde el gran *conquistador* rezó la noche antes de su partida.

BIBLIOGRAFÍA FUENTES PRIMARIAS

- BAXLEY, H. Willis. *Spain, Art Remains and Art Realities*. London: Longmans: Green and Co., 1875.
- CALVERT, Albert F. *Impressions of Spain*. London and Liverpool: George Philip and Son, 1903.
- CHAPMAN, Abel and BUCK, Walter J. *Unexplored Spain*. London: Edward Arnold, 1910.
- COOPER, Gordon. *A Fortnight in Andalusia*. London: Percival Marshall, 1958.
- FORD, R. *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*. London: John Murray, 1845.
- HONOR, Tracy. *Silk Hats and No Breakfast: notes on a Spanish Journey*. London: Methuen, 1957.
- LAWSON, W.R. *Spain of Today: a Descriptive, Industrial, and Financial Survey of the Peninsula with a Full Account of the Rio Tinto Mines*. Edimburg and London: William Blackwood and Sons, 1890.
- MACAULAY, Rose. *Fabled Shore: From the Pyrenees to Portugal*. London: Hamish Hamilton, 1949
- MOORE, Thomas Ewing. *In the Heart of Spain*. New York, The Universal Knowledge Foundation, 1927.
- MORRIS, Jan. *The Presence of Spain*. London: Faber and Faber, 1964.
- MORTON, Henry Vollan *A Stranger in Spain*. New York Dodd: Mead and Co., 1955.
- MURRAY, Robert Dundas. *Cities and Wilds of Andalusia*. London: Richard Bentley, 1849. 3rd. ed. London: Richard Bentley, 1853.



SALTER Cedric. *Introducing Spain*. London: Methuen and Co. Ltd., 1953.

SITWELL, Sacheverell. *Spain*. London: B.T. Batsford Ltd., 1950.

SUTHERLAND, Halliday. *The Arches of the Years*. London: Geoffrey Bles, 1933.

Spanish Journey. London: Hollis and Carter, 1948.



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ALBERICH, J. *Bibliografía Anglo-hispánica (1801-1850)*. Oxford, 1978.
- BESAS, P. *The Written Road to Spain*. Madrid: editor Peter Besas, 1988.
- BAXLEY, H. W. *Spain, art Remains and Art Realities*. London: Longmans: Green and Co., 1875.
- Dictionary of National Biography*. Vol XXII, suplemento.
- CAYLEY, *The Bridle Roads of Spain*. London: Routledge and Co., 1856.
- FARINELLI, A: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Madrid: Centros de Estudios Históricos, 1920.
- FOULCHÉ-DELBOSC, R. *Bibliographie des Voyages en Espagne et Portugal*. New York: The Hispanic Society of America, 1896.
- FREIXA, C. *Los Ingleses y el arte de viajar*. Barcelona: El serval, 1993.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. *Bio-bibliografía de Viajeros por España y Portugal*. Madrid: Ollero y Ramos, 1999.
- HAMMICK, H. *The Duke of Wellington Spanish's State*. London: Spottishwoode, 1885.
- ROBERTSON, IAN *Los Curiosos Impertinentes*. Madrid: Editora Nacional, 1975.
- LÓPEZ-BURGOS, M.A. *Aportaciones metodológicas al estudio de la literatura de viajes* [Tesis doctoral]. Granada: Universidad, 1989 (Microficha).
- MANNING, S. *Spanish Pictures drawn with Pen and Pencil*. London: The Religious Track Society, 1870.
- RUIZ MAS, J. *Libros de Viajes en Lengua Inglesa por la España del Siglo XX*. Granada: Grupo Editorial Universitario, 2003.



OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

- LÓPEZ-BURGOS, M. A. *Granada como tema literario en los viajeros ingleses del siglo XIX*. Memoria de Licenciatura. Universidad de Granada, 1980.
- *Libros ingleses sobre España en dos bibliotecas granadinas*. Universidad de Granada, 1984.
- *Aportaciones metodológicas al estudio de la Literatura de Viajes: Viajeros ingleses en la Granada del siglo XIX*. [Tesis doctoral]. Universidad de Granada, 1989.
- *Granada 1802-1843*. Granada: Némesis Editores, 1995.
- *Siete viajeras inglesas en Granada 1802-1872*. Granada: Axares, 1996.
- *Por Tierras de Alhama-Temple: relatos de viajeros ingleses 1809-1852*. Alhama: Ayuntamiento, 1997.
- *La Vega de Granada: relatos de viajeros ingleses durante el siglo XIX*. Santa Fe: Ayuntamiento, 1997.
- *Por los caminos del Poniente Granadino: relatos de viajeros ingleses durante el siglo XIX*. Loja: Fundación para el Desarrollo Rural del Poniente Granadino: Ayuntamiento, 1998.
- *Santa Fe y la Vega de Granada*. Santa Fe: Ayuntamiento, 1998.
- *Guadix y su comarca*. Melbourne ; Granada: Australis Publishers, 1999.
- *Por las rutas de Baza*. Melbourne ; Granada: Australis Publishers, 1999.
- *Granada, 1802-1830*. Melbourne ; Granada: Australis Publishers, 2000.
- *Granada, 1830-1843*. Melbourne ; Granada: Australis Publishers, 2000.
- *Granada, 1843-1850*. Melbourne ; Granada: Australis Publishers, 2000.
- *Viajeros Ingleses en la Granada de 1850*. Melbourne ; Granada: Australis Publishers, 2001.



- *Viajeros Ingleses en Granada de 1860-1870*. Málaga: Caligrama Ediciones, 2002.
- *Por Tierras de Bandoleros = Travelling Through a Land os Bandits*. Málaga ; Lucena: Airon 60: Fundación para el Desarrollo de los pueblos de la ruta del Tempranillo, 2002.
- *La Bolsa o la Vida: bandoleros y atracadores de caminos en los relatos de viajeros ingleses en la Andalucía del siglo XIX*. Málaga: Caligrama, 2003.
- *Stand and Deliver!: Spanish Bandits of Olden Times*. Málaga: Caligrama, 2004.
- *Almería Dorada: relatos de viajeros de habla inglesa*. Sevilla: Consejería de Turismo, Comercio y Deporte, 2007.
- *Viajeras en la Alhambra*. Sevilla: Consejería de Turismo, Comercio y Deporte, 2007.
- *Plateado Jaén: relatos de viajeros de habla inglesa*. Sevilla: Consejería de Turismo, Comercio y Deporte, 2008.



